EL ÚLTIMO EDÉN

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Las cuatro estaciones del Último Edén-1

Y gritarán las piedras.
A mis padres, con mis amigos, los pastores de la sierra de Segura, humildes del valle y de corazón limpio.

Para situarse en esta historia

El protagonista de la obra que sigue a continuación, nació unos años después que terminara la Guerra Civil Española. De una familia muy pobre: pastores ellos a sueldo y en el corazón de los campos más solitarios y a la vez, más hermosos de la tierra. No fue a la escuela porque en el mundo rural y en aquellos tiempos, ni en sueños existía tal posibilidad. Recibió una educación rígida, plagada de privaciones, carente de libertad y con bastante represión desde su familia, que no podía transmitir sino lo que a su vez había recibido y ahora tenía.

Según fue creciendo, nuestro protagonista, sentía la urgente necesidad de revelarse contra la miseria y limitaciones que a su alrededor encontraba y al mismo tiempo, escaparse hacia posibles mejores mundos y horizontes. Como cualquier joven, logró romper lo que pudo, que no lo que aspiraba, y fue a parar a donde sus sueños le empujaban. Pero no resultó ni fácil el camino ni encontró lo que creía necesitaba ni tan poco logró la transformación y liberación que apetecía. Realidad siempre cierta en la vida de todas las personas.

Ya en su vejez, sintiéndose fracasado, vuelve a sus raíces, la tierra y el rincón que pisó y observó de pequeño. Desde este destierro y rechazado por los de la sociedad culta y ahora desplazado por los de su mundo rural, analiza y vive lo que podría haber sido y nunca fue. Porque ahora, el desplazamiento y la ruptura es tal que ni a un lado ni a otro ni adelante ni atrás, tiene cimientos ni mundo que le acepte. El mundo hacia el que huyó, lo ha rechazado porque no era de él y hasta lo condena y al volver al mundo que dejó, se encuentra que lo que había sido, ya no es ni tampoco están los que estuvieron. También este mundo lo rechaza porque el tiempo que con él trae, pertenece a otra época.

Así que el protagonista de esta obra, desde un mundo que no es el suyo, sin libertad y una sociedad que lo rechaza porque no es de ella, llora su destino sobre el único apoyo y consuelo de su fe cristiana y su esperanza en el Dios eterno.

AL COMIENZO, la sierra estaba llena de arroyos claros que surgían de los manantiales en lo hondo de los barrancos y tapizada de bosques espesos que eran como sombras impenetrables por donde, en libertad, volaban y corrían los animales silvestres y las nubes grandes cubrían, sin interrupción, las altas cumbres donde otras nubes blancas relucían al sol y en lo hondo de los valles, se remansaban los lagos de aguas purísimas manchadas sólo por el azul del cielo o la luna en las noches claras y por todos sitios, no existía nada más que silencios, el rocío temblando en la hierba verde, el respirar de Dios, aleteando y recreándose en el mágico sueño del edén que en la sierra, latió al comienzo.

Y como vio Dios que era bueno que el hombre también llenara y dominara este trozo del paraíso, un poco más acá de aquel comienzo y cuando todavía no estaban ni las carreteras ni los postes de la luz eléctrica y sólo existía un silencio grande que cubría los valles y una niebla tenue que lenta avanzaba por las cañadas y un gran puñado de arroyuelos que limpios caían por las laderas y las riberas resplandecían de hierba húmeda y por las colinas se apiñaban los árboles milenarios y por las hondonadas se amontonaban las nieves y bajo su capa de escarcha dura, se recogían las lagunas de aguas inmaculadas y por entre los agujeros de las peñas, brotaban los manantiales y en los charcos remansados, color de cielo y trébol tierno, bebían los animales.

Una de aquellas blancas mañanas, cuando el campo estaba en calma, casi de puntillas llegaron ellos y buscaron un rellano junto a las corrientes nítidas y donde el bosque tenía su claro y las rocas ofrecían un refugio, decidieron construir su nido y sólo tres eran: la niña color amapola y el hombre y la mujer y nada más llegar, revisaron el lugar, se sentaron sobre la roca y mientras pensaban cómo y de qué modo levantaban la morada, la primera vivienda humana que tuvo forma en el rincón-paraíso de este concreto trozo de sierra, la niña se fue con su juego.
- Por el río subo haber si doy con la fuente.
Dijo a la madre.
- Y yo me voy por el bosque haber si encuentro un tronco recio que sirva para la viga de la entrada.
Afirmó el padre.
- Mientras, yo limpiaré de piedras la tierra para preparar el lugar.

Aclaró la madre.

Y al poco, cada uno se ocupó en sus sencillas cosas y cuando ya caía la tarde, la primera casa que se reflejó en las aguas translúcidas del gran río, se alzaba hermosa y nada espectacular: sólo cuatro palos, unas ramas cortadas en el denso bosque, tres piedras algo ordenadas, la cueva tallada en la roca y el resto, ellos tres: la niña con sus juegos, el padre en sus tareas y la madre con sus quehaceres y a un lado y otro, el bosque lleno de seres vivos, los valles solitarios, las fuentes cantarinas y las nubes surcando el limpio cielo y así fue y surgió aquella primera mansión y aquellos fueron los primeros que tomaron posesión de las riveras y el dulce río que surge a la vida.

Y en cuanto ellos fueron un poco dueños del paraíso, uno de aquellos días, subieron por la ladera buscando el collado pequeño.
- En cuanto terminemos de coronar veréis el barranco que a ese lado se abre.
Decía el padre.
- Y el río ¿por dónde va?
Preguntó la niña.
- Frente a nosotros lo veremos cruzando el valle.
- ¿Y los charcos que decías?
- Ya pronto aparecerán porque, en lo hondo de las tierras del collado que vamos a remontar, es donde se remansan.
- ¿Ahí brota el manantial que es fuente de la vida?
- Lo primero que se ve es el río cayendo y remansándose en los charcos y tiene más remansos que corriente y entre las piedras grandes, un trozo de cascada y por el lado de abajo, se extiende la arena y de un lado a otro se abre un

lago limpio y ahí mismo, en el centro del charco, es donde brota el manantial.
- ¿Y a qué se parece?
- Yo sólo sé decirte que surge en borbotones redondos, como si estuviera hirviendo, cada vez más grandes y sin parar en ningún momento y por el mismo charco los borbotones se duermen y en olas arrugadas, las aguas se alargan hasta que rebosan y caen por la corriente del cauce que sigue bajando y en cuanto terminemos de subir y lleguemos al collado, ya veréis qué barranco y el río pasando por su centro.

Esto hablaban los tres aquella mañana mientras recorrían la tierra subiendo por la ladera y apartaban el monte con sus manos porque no iban por senda alguna ya que todavía por la sierra, nadie había trazado caminos y al rato, ya estuvieron sobre la ondulación del collado y el aire fresco que subía del río, los acarició y las profundidades de los bosques, los llenó de asombro y el barranco, por donde se remansaban los charcos claros y el borbotón surgía, era hondo y estaba lleno de silencios y el río lo bañaba por su centro y lo contemplaron durante un instante y luego siguieron bajando y como no tenían caminos, trazaron varios zigzags mientras descendían por la ladera y enseguida estuvieron en las orillas de las aguas.

Y sobre la arena, se quedan quietos y durante un rato observan el movimiento del venero y a sus pies rebosa el charco, un poco más abajo, la corriente se ciñe por entre las rocas y algo más adelante, ya surca el valle y tras los oscuros cerros del fondo, se pierde el río que según se aleja, cae más en picado buscando la parte baja del valle grande, por donde ya no se ven nada más que

sombras densas y lejanías borrosas que levemente dejan adivinar los grandes cortes de rocas en las laderas y los bosques más apretados a un lado y otro y más cerca de ellos y del charco donde surgen el borbotón, la tierra llana de las orillas del cauce, rezuma humedad y es buena tierra ésta y por eso ya la han observado despacio.
- Un día, nos pondremos a trabajar en ella y sembraremos las cosechas.
Dice el padre.
-Pero ahora que ya estamos junto a las aguas, voy a meterme en el charco a coger los peces que por ahí nadan.
- Según se vez, es grande la profundidad del remanso y hasta anuncia que te hundirás en él y puede que de esas aguas no salgas más.
- Eso es lo que parece viéndolo desde fuera pero yo voy a meterme y ya verás que conforme vaya entrando, las aguas me empezarán a llegar primero por la rodilla, luego subirán hasta la cintura y cuando ya esté pisando el manantial, lo más que me cubren es hasta el cuello y hasta ese punto quiero llegar porque es donde los peces son más grandes y nada me pasará.

Y así fue como casi sin esfuerzo, iban tomando posesión de la tierra y de los frutos que la tierra ponía ante ellos para que cogieran y comieran, aquellos hombres primeros que poblaron estas sierras.

Y luego ya, más humanos comenzaron a llegar y buscaron los sitios buenos y allí donde brotaba un manantial y había un rodal de tierra fértil para cultivar, los hombres se fueron parando y construyeron, primero chozas en las mismas cuevas y luego rústicas casas de piedra y junto a ellas, levantaron tinadas paras las ovejas

y cochiqueras para los marranos y trazaron sendas estrechas para ir de un barranco a otro y a las casas de sus hermanos y cuando pasó más tiempo, la sierra entera estaba llena de gente que eran pastores y carboneros y hombres que pescaban en los ríos y cogían bellotas en invierno y cuando ya los árboles, en sus huertos, fueron tantos, recogían uvas y membrillos y nueces y cerezas y de todas clases de hortalizas e hicieron matanzas con sus marranos y gallinas y dominaron y amaron la tierra sacándole el sustento con el sudor de su frente y si no vivían felices del todo, sí se sentían en sus rincones propios y en el calor del chozo y junto a sus familias y su trabajo y sus nevadas grandes y sus gozos y penas y sin parar de ir y venir siempre con sus luchas y sus sueños enfrentados y abrazados, al tiempo.

Pero más acá de aquel comienzo, llegaron los otros hombres que eran administración y como lo dominaban todo y amaban a la tierra de otro modo, allí donde sólo había pastores llenando, amando y cultivando los ranchales, tomaron cartas y dijeron que desde aquel momento, el monte y los manantiales y los senderos, estaban regulados por leyes y luego dijeron que no se podía cortar ningún árbol porque todo era propiedad de la Marina y en cuanto pasó el tiempo, muchos de los espesos bosques de la sierra, se quedaron despoblados y los primeros que habían llagado, sufrieron y fueron expoliados.

Y algo más tarde que, fue cuando ya la sierra se quedó sólo con dos árboles y medio de aquellos grandes bosques que existían desde el comienzo, llegaron los de la otra cara de la administración que se llamaba patrimonio y donde los primeros habían cortado los

robles, ellos plantaron pinos y más pinos. Otra vez prohibieron que los pastores tomaran las tierras con sus ovejas y no pasó mucho tiempo y otra cara de la administración siempre nueva, llegó trazando caminos y construyendo fuentes de cemento allí donde desde el comienzo había brotado un manantial de aguas limpias. Grandes casas de piedra donde al principio estuvieron las humildes chozas de los pastores y también prohibieron muchas de aquellas cosas, a los hombres que habían llegado primero y cuando ya parecía que la administración, esta y aquella y en silencio y siempre contra la paz y el rincón de los serranos del comienzo, tocaba fin, llegaron más y dijeron que los montes tenían que ser coto nacional y luego parque natural y también dijeron que, los pocos de aquel comienzo que aún quedaban junto a sus manantiales y sus huertos y sus rústicas casas de piedra, con sus ovejas y perros, fuera porque ya esto era otra realidad perfectamente regulada para otro mundo nuevo y que los caminos, muchos cerrados y otros carreteras y en lugar de ovejas, turistas en masa y en todo tiempo.

Y lo que surgió con aquel silencio del comienzo y los humildes hombres que cultivaban sus tierras y eran buenos y tenían su gozo entre el agua pura de los manantiales y sus huertos, fue agonizando poco a poco en una lucha a muerte, lenta y dolorosa que quedó escrita sólo en el cielo y en la vida de cada persona de aquellos y en el silencio de su ancha tierra que, a pesar de los unos y de los otros, sigue siendo suya y así les pertenece aunque ni siquiera ya existan y ahora, día a día, se busquen sus recuerdos y las señales de sus casas y los huertos y los nombres y los sencillos caminos que iban de un barranco a otro llevando sueños a los hermanos

vecinos o pidiendo ayuda y luchando con el medio, allí, donde al principio estuvo Dios creando y dando vida y amando y bendiciendo porque vio que todo, en aquel primer día, era bueno.

Nace el río Guadalquivir en la profundidad de las sierras, ahora parque natural, y cuando éste se remansa por el valle, sesenta kilómetros tiene ya y ahí justo, donde las cristalinas corrientes cortan la cuerda larga para escaparse de las montañas que le han dado vida abundante, decidieron construir el muro del pantano y como al remansarse, las aguas cubrirían el fértil valle, pues la aldea quedaría inundada y con ella y las tierras, para siempre perdido un enjambre de caminos, cortijos, huertos, rebaños de ovejas y también familias enteras y árboles.

Pero antes de que las aguas cubrieran al valle y, en su centro a la aldea, decidieron expropiar las fincas, echar a las personas de sus rincones de siempre, destruir las casas y borrar las huellas para que todo viniera a la paz y limpieza que necesitaba el embalse, mas el grito de los que se arrancaban, junto con los que se quedaban y murieron, llegó al cielo y mientras las tierras llanas se iban perdiendo para siempre bajo las aguas, un lamento quedó eterno emergiendo desde las profundas sierras y las purísimas aguas del llamado río Grande.

Comienzo del verano: ¡Y si era el verano! Pues ya verás tú: con los calores, siembras por todos sitios... Álamos, los árboles que te he dicho antes, la frescura de los arroyos, fuentes de aguas heladas por todos los rincones, en cualquier lugar podías sentarte a descansar. Las siembras ya estaban para segarlas y los segadores,

entonces todo era a mano, segando a brazo partido. Llevaban las mieses a las eras, trillaban con los mulos, porque entonces no había las maquinarias que hay ahora y se hacía con los mulos y un trillo de los de aquellos tiempos, que era una tabla lisa con piedras incrustadas.

Comenzaba la recolección de todo. Conforme maduraban las frutas se iban cogiendo y se preparaban las cosas para el otoño, encerrando los granos en los atrojes, la paja guardándola para los animales, las huertas en toda su madurez y como te he dicho tantas veces, no teníamos nada de fuera pero es que no nos hacía falta. La tierra nos lo daba todo y en abundancia.

En los veranos nos sentábamos en la puerta a tomar el fresco y allí cenábamos y los chiquillos jugando por las eras al esconder, a los corros y saltando a la comba, mis primas y yo... El verano, en mi paraíso perdido, yo ahora lo siento como al sueño más bello que deja sobre el alma la dulzura más suave y, por ser tan inalcanzable, se convierte en puro dolor.

** **Y MI DUDA,** Dios mío, y mi miedo, que es dolor y sabiduría y al mismo tiempo, gozo que quema sin dar la muerte y temblor eterno, es si seré capaz y debo, expresar la verdad real que en lo más profundo me desgarra dentro siendo tan particularmente mía y, todo Tú en ella pleno, que quizá y, a pesar de todo, me falte valor para mostrarme sincero en esta empresa de sangre y llanto que ahora, por tu amor y su amor, comienzo.

Porque cuando esta mañana son las ocho y estoy sentado en la roca, frente al cristal del agua que por el arroyuelo se aleja y apenas hace un rato que el sol ha

salido y el viento se lamenta al romperse sobre las ramas de las grises madroñeras, en mi rincón pequeño, en medio de este bosque húmedo y tan lleno de flores frescas, hoy tengo algo nuevo que decirte, que como siempre eres Tú pero hoy nuevo porque están estos campos que nos unen en una misma brizna y ahora llenos de sol recién nacido.

Toda la noche he estado atravesándolos y Tú detrás de mí o no sé si yo detrás de Ti, apartando el monte para buscar la senda que se está perdiendo y pálida tu cara en la presencia de las sombras y tu silencio. Tantos días en estos campos siguiendo tus huellas, perfume que anhela el alma del amado, sin la ciudad y su panorama gris cemento con tanto ahí enredado, es algo grandioso en mi vida, desde aquellos tiempos.

Y podría decirte muchas cosas. Como que ayer, al llegar del río, donde nos bañamos en aquellas mil mañanas de primaveras, a las sombras de las encinas viejas, me senté contigo y largamente, en el silencio, hablamos de la eternidad y el amor que nos corre por el corazón. Un pequeño barranco hice en la tierra excavando con mis dedos mientras te miraba en las hojas que el viento movía, en el río que corre y en la sierra siempre limpia y verde y, a voz en grito, de Ti hablando y también podría decirte lo de cuando por la tarde, el sillón sobre la hierba y la sombra de las madreselvas. Allí mismo estuviste junto a mí y me hablaste y al final me dijiste que tienes tu alma llena de amor para conmigo y que estás enamorado del mundo y los seres que creaste y al oírte, volví a ser el mismo.
- Y ahora sí creo, que estoy loco por vosotros. De todas maneras, aunque tú percibas que algo muy extraño pueda

resultar de este amor que le tengo, no te preocupe, no digas nada de ello y deja que pase el tiempo.

Te escuché sin apenas comprender y luego te dije que quizá por esto, algún día tendrá que pasar algo. Sí, algún día puede que pase algo pero ahora estás aquí: en el frío viento que sube del valle y me roza en la cara y duermes grandioso metido en tu saco de azucenas blancas o quizá no duermas, porque justo ahora mismo te he oído en el trino del ruiseñor que revolotea por la espesura aunque no se oye ningún otro sonido excepto el del arroyuelo que corre y dos pajarillos más que saltan de un quejigo a otro árbol.

Y aquí, en el suelo, casi acurrucado en tu calor, he dormido esta noche y ahora aquí, tan cerca de Ti que te rozo y te respiro, te escribo para que me recuerdes y así la memoria de este encuentro, sea eterna y te digo que me gustaría verte más nítidamente y sé que ahora sí puedo porque en esta sabiduría, ya me has hecho progresar algo y por eso creo que sólo tengo que levantarme de esta roca, abrir la puerta que se cierra en mi alma y mirar hacia los azules puros del valle y ya está. ¿Que dónde encuentro yo mi felicidad?

Lo inmediato es que dentro de un momento voy a golpear con mis dedos las perlas de rocío que cuelgan de las hojas de hierba para que las flores se despierten a este nuevo día y después te voy a llamar y entonces, voy a verte dormido, lleno de belleza tierna, sonriendo y, de entre tanto floreciendo a la vez que noblemente jugando, en un rincón pequeño de este edén tuyo, un día cualquiera por la mañana temprano y quizá luego, te lleve hasta el charco transparente para que te laves, como si

fuera un encuentro de verdad y un despertar mágico dentro de la dimensión de lo eterno y, por mil millones de noches, soñado.

¿Que desde dónde hablo de Ti?
Ahora, que todo está en silencio y el bosque duerme y Tú también mientras, la luz del sol va llegando y yo, recién venido de las llanuras del valle, por las sendas que se borran, estoy sentado en la roca que baña el agua de tu arroyuelo y la sierra al frente, eterna, limpia y verde y gritando que lo importante es que estás y no eres violento por desfallecimiento sino por el vigor y la verdad y lo claro. Por eso, ahora que la mañana es tan pura y los dos estamos solos frente al campo ¿por qué no me dices quién eres y quién soy en este encuentro tan silencio y tan fieramente proclamado?

** **REUNIRTE EN DOS PALABRAS** tanto y tanto, ya me gustaría y también poderte coger en el remolino que la corriente deja según pasa y meterte dentro de mí para que vieras, aunque sí lo sabes.

Ahora, temprano, porque todavía no ha salido el sol, no estoy a la intemperie sino en la iglesia que las hojas de bosque derraman por la ladera y tengo mi alma tan llena de paz, que corriendo por ella, te siento dulce, más amigo hoy que ayer y también de los otros y claro: esto ni tenía que decírtelo pero es que ¡si Tú supieras, si supieras cuánta belleza entra por mis ojos y mi corazón saborea!

Cuando ayer, hora a hora me sentía alejarme de Ti atravesando esos otros campos que me son raros, cuando por la noche todavía seguía alejándome y cada

vez más las cosas me empezaron a ser extrañas, desde mi asiento y mudo y a veces con mis brazos cruzados y a veces con ellos lánguidos y cayendo sin peso, todo el rato perdida la mirada camino arriba por entre las nubes, cuando ayer esto sucedía ¡qué dicha! Y siento que ni estoy a la intemperie ni en el vacío porque me llenas y me rebosas con tu beso.

** **Y AL POCO DE LLEGAR** aquí, una tarde, hacía mucho frío y habían limpiado el monte, cortando madroñeras y robles y por ahí andaban quemando las ramas y lo vi desde mi rincón pequeño y entre otras cosas, me entraron ganas de irme con ellos y bajé por el camino que bordea la fuente grande y al rato ya estaba a su lado y calentaba mis manos en las llamas alargadas y entretenido con los que por allí también jugaban.

No lo busqué ni lo esperaba pero de pronto, noté que Tú estabas, porque mi alma se quedó parada y fue tu cara, la singular belleza que de ella mana, la forma de estar y en aquel momento o tu mirada, lo que me dejó concentrado todo en tu figura y te observé despacio y por el interés que dentro me despertabas, ya sabía que te había elegido entre mucho, en este suelo.

Y algo después, aquella tarde te marchaste y mis ojos te siguieron hasta que te perdiste en la curva del camino, entre los jardines de las amapolas rojas y al poco, se hizo de noche y luego pasaron dos días más y todas las mañanas, a las nueve en punto, yo me ponía frente al camino por si te veía llegar porque mi alma tenía interés en volverte a ver de nuevo y también por las tardes, cuando se ponía el sol y luego al medio día, te

busqué y esperaba impaciente que asomaras, con tu aroma y tu beso.

Y le pregunté, muchas veces, al que cuida de las ovejas por si te había visto y muchas otras veces me fui pasando por el campo hasta el arroyo de la cascada blanca y me senté al borde del camino a esperarte, por si aparecías, charlar contigo pero transcurrió el tiempo y ni una sola vez te vi.

Y quizá no te vuelva a ver con el traje y el resplandor de aquel día y como dentro de poco voy a marchame de este rincón y seguro que no regresaré más a él, te morirás Tú, se morirán los pinos viejos que arropan con sus sombras la curva por donde te perdiste y quizá nunca sepas que una tarde, cuando te vi por primera vez, me llenaste de gozo el alma y tampoco, puede, que llegues a saber que te estuve esperando durante mucho tiempo y esta mañana, he dedicado un rato a pensar en Ti y para decirte, que te recuerdo y te quiero, aunque sólo fuiste como la luz de un relámpago pero dejaste herida que no paran de sangrar y conmigo llevo.

** **TENDRÍA YO QUE** saber escribir bien y no como lo hacen esos autores de famosos libros ni tampoco como aquellos inmortales poetas sino que a mí me gustaría saber escribir con pequeñez, con ese lenguaje del aire que pasa y del silencio que duerme sobre el paisaje cuando sale el sol cada mañana o así parecido al gorgojeo de los gorriones que se alborotan por entre los árboles, antes del amanecer.

Porque desde mi rincón pequeño, el de las plantas verdes delante del arroyuelo limpio, me atrevería contar algo de las mil cosas que, poco a poco, cada día voy viendo como por ejemplo, hoy observo que ya no revolotean las golondrinas sobre el cielo azul del marco de luz en la llanura y es porque se está acabando el verano y como a las golondrinas y a los vencejos no les gusta el frío, porque no son de estas tierras, se han marchado y esto indica que ha llegado septiembre y volverán las nieblas porque ya han vuelto las nubes y desde este rincón pequeño las estoy viendo pasar con sus tonos oscuros y con sus arrugas deshilachadas y sus gotas cristalinas y ya andan inquietos los ciervos por el valle y al fondo, la sierra, eterna, limpia y verde.

Entre tanto y los silencios que me ahogan, creo que lo bueno empieza ahora porque creo y siento que de todas las épocas del año, el mes más hermoso, es septiembre y sobre todo para una sierra tan grande como ésta y que tan sola y vacía, parece, a lo largo de todo el verano, aunque no sea así pero llega septiembre y se ven tonos amarillos y ocre, por aquí, por allá y miro y me voy dando cuenta de estos matices y de otras muchos que en mi se van durmiendo.

Y es que el rincón pequeño es como un gran balcón desde donde se ve medio mundo y, además, como por este espacio corre mucha vida a lo largo de las horas, aún se observa, se siente, se palpa, bastante más de lo que se ve y se sabe y por eso decía antes que me gusta, cantidad lo que en estos días estoy descubriendo y digan lo que quieran pero septiembre es bello por las lluvias que de nuevo se ponen en marcha y el sol que se torna naranja, al apagarse por las tardes y los silencios

profundos que arropan esta casa vieja, grande y sin techo a la que desde hace tanto vuelvo y cada tarde, ahora y cada mañana después y siempre con el único deseo de sentir tus pasos, estar contigo y gustarte y verte y con el alma ardiendo y atenta para recoger las cuatro cosas esenciales que son necesarias y quiero, para que cuando ya me vaya del todo, por aquí, quede algo de sus huellas y de mi aliento.

*__NUESTRO RÍO GRANDE,__ el que atraviesa tu sierra bella y roza mi rincón pequeño, anoche seguía corriendo limpio y hasta parece que me esperaba y me fui por los campos, cuando todos dormían, menos Tú y él, y llegué hasta el borde mismo de sus aguas y en el charco transparente, donde jugamos cuando niño, me paré y me puse a buscarte por si quería decirme algo o simplemente me esperabas.

Y lo primero que vi, quizá lo único, lo que con más fuerza brillaba, por su tremenda transparencia, fue lo que tanto aquellas tardes a los dos nos gustaba: la luz hecha viento, fundida con el agua, las piedras temblando en el fondo, por donde el charco se derrama, el vado pequeño y por allí ellos: nuestros amigos, los humildes, los que en silencio tanto te quieren y casi no hablan para no herir el rumor de las hojas que se mueven.

Pasaban, como en aquellos tiempos, las aguas claras de nuestro río grande y buscaban los caminos que ahora se borran y hasta la cintura ellos se mojaban, dándose ánimo para no hundirse y tanto, unos a otros, se ayudaban, que cruzaban y se iban pero allí se quedaban, eternos, siempre atravesado las limpias aguas,

fundiéndose con las piedras que en el fondo bailan, contigo y las melodías de nuestro río de plata y bello.

* **A LO LARGO DE LA NOCHE** me ha arrullado la corriente y como las aguas pasan casi rozándome, avanzan por entre la espesura y la oscuridad y sólo de vez en cuando, el viento se ha unido a su coro de notas pero ni el aire cálido, con sabor a eterno, que siempre mana de tu valle, logra hacerme olvidar, porque aquí estuviste, compartiendo juegos, por entre el verde de los pinos aunque esta noche son nuevos estos lugares.

Al salir el sol oigo a las ovejas que subiendo por el río, ya se van por la ladera y algo más tarde me siento en el peñasco de mi rincón pequeño y miro hacia el valle y veo el cielo limpio, algunos pajarillos cantan y miro al cerro de enfrente y lo veo todo cubierto de monte oscuro y espeso y la sombra de la mañana se derrama sobre el misterioso bosque donde también hay enebros, sabinas y madroñeras y más allá, la sierra, limpia y verde.

Y la sombra, mezclada con la bruma y esta añoranza en mi alma, lo hace frío, solitario, bello y doloroso y un poco más abajo se funde el arroyo con el río grande y como Tú no estás o si estás, no te ve mi alma, por eso lloro.

* **DE LA MISTERIOSA CASA** de piedra, construida al comienzo del arroyo, cerca del chorrillo, en la pequeña pradera y al abrigo de las nieves, metida entre las colinas y coronadas de pinos, tengo una imagen viva que me rezuma con el sabor de los manantiales más puros porque se funde con las rocas de las laderas y se pierde todos los años bajo la nieve del

invierno y aparece con la primavera y durante el verano, vigila al arroyo que desciende y a veces, sobre la cumbre y el silencio celeste de las rocas blancas, se mecen majestuosas cinco nubes negras.

Al verlas, siempre pienso que eres Tú que llega para irte de paseo por tu sierra y por esto y otros mundos que se hacen sueño donde el sol derrite a la nieve para convertirla en esencia de agua virgen, de la hermosa casa de piedra, tengo una imagen que me arde en el corazón. Me arde y me duele con el fuego que no destruye y sí quema y por eso te decía que de la misteriosa casa de piedra, ¡Dios mío, lo que yo sé y me hierve por las venas!

* **DE LA NIEVE QUE** por la cumbre, años y meses atrás he visto caer y luego extenderse como una sábana que cubre el suelo, de los barrancos redondos, de las praderas y arroyuelos que salen de los manantiales, del silencio y la oscuridad de la montaña, también guardo un recuerdo que me hiere y sabe a miel y de aquí que una vez más tendría que enredarme y como los veneros, por las entrañas de la sierra, perforar el núcleo del silencio y purificarme para luego aparecer gritando.

De la nieve por las cumbres, mezclada con los rebaños de ovejas y la soledad de los pastores, del balido de los corderos y la hierba verde de las cañadas, del frío de las noches y los caminos empedrados de escarcha, del rocío y las tormentas por las cuevas y majadas, de la primavera y las aguas limpísimas que la nieve deja, ¡Dios mío, lo que yo sé y cómo también ahora me aprieta en la garganta!

* **AL VERLOS,** aquella tarde, comprendí que reflejaban otra verdad rotunda: Venían de vuelta y atravesando veredas, buscaban las montañas verdes, donde en verano tienen sus pastos y sus ovejas tomaban las llanuras, las cañadas y las fuentes y como la emoción de la tierra amada les palpitaba en el alma, varios se adelantaron, avanzando a un ritmo mayor que el del rebaño.

Al final de la llanura se vieron solos y entonces el pastor los llamó desde lejos y les dijo que no:
- Si corréis tanto no veréis lo que pasa en el rebaño y se andáis menos y os quedáis atrás, será tarde cuando descubráis lo que ha pasado por eso os digo que hay que ir por el camino al ritmo que marquen los animales para verlos siempre y estar presentes en el momento justo porque el buen pastor se mueve con el ritmo que avanza con el día, lento y profundo pero preciso y verdadero y por eso es tan rotundo.

Aquella tarde, al verlos, comprendí que eran casi la verdad perfecta que Tú nos anunciaste y los que conocen a sus ovejas y se ajustan a ellas sin pretenderles llevar a otro ritmo distinto para no adelantarse ni quedarse atrás y ellos son tus humildes del valle, amigos míos por sus almas limpias ¡cuánto saben desde su estar callado, sus praderas verdes, la música del agua y la soledad del sol que les besa!

* **DEL MONTE DONDE** nace el río que conozco, entre las raíces de plata del pino que lo regurgita, de la sombra densa que se esconde en el rincón, donde los enebros se amontonan y los narcisos crecen a puñados, del chorrillo que cinco metros corre, regando berros y

salta tres rocas antes de fundirse en el cauce mayor, de la pendiente de la ladera y el barranco alargado, siempre húmedo y en invierno con niebla, de este lugar pequeñito, oculto a los ojos de tantos pero tan inmenso y con tanta belleza, de este trocito de tierra fértil, con paredes de rocas sangre, protegiéndolo al sur y también con praderas llenas de hierba, ¡Dios mío, cuánto también sé y cuánto mi alma lo recuerda! ¡Cuánto en mis noches lo sueño y mi espíritu lo abraza y lo besa y se funde y es tierra con tu sierra!

* **Y TE DIGO ESTO,** porque a pesar del tiempo, no se me borran en el alma. Los veo en mis sueños y aunque ya el cortijo no existe, ni las huertas, ni la fuente ni las ovejas pastan por las tierras, siempre bellas del barranco, los tengo vivos y como trozos perfectos que salieron de tus manos para completar los paisajes que por aquí pusiste, y aunque ahora hayan desaparecido, quedan, grabados en alguna región imperecedera y permanecen con la luz de aquellos días y latiendo con la fuente y el viento y también en mi recuerdo.

Claro que los veo todavía subiendo por la senda, atravesando la asperilla donde el arroyo se cierra, trabados en las ramas de las parras, cortando los racimos jugosos, amasando la harina para el pan y ya con el horno encendido, sentados frente a las llamas que en la cocina danzan bellas, mientras en la noche, fuera en el campo, cae la nieve y corren los arroyos.

Siguen y son ladera y aunque aun tienen frío y esperan, como pertenecen al grupo de los humildes y por eso amigos en lo más hondo de mi corazón, sus almas son la esencia de este pequeño rincón mío que Tú me

has dado y un poco la meta de mis sueños y la fuerza de lo que nunca podrá apagarse.

* **LA OTRA NOCHE** los vi caminando: siguen pasando por la vereda estrecha, que tallada en las rocas, atraviesa el tajo donde el río se angosta. ¿Era la última tarde? ¿Fue la primera mañana? ¿Es esta aurora que nace? ¿Es la noche que tras el monte espera? Tú sí lo sabes pero yo ¿Dios mío? La única verdad que palpo viva, es que me queman con el dolor de lo que permanece fiero y no acaba sino con la muerte y tu real presencia. Como si fueran los únicos que ni el tiempo destruyen, junto con el eco de sus pasos, el color sangre de las rocas y el río que brama cual herida fiera.

Avanzan juntos, como siempre, y llamándose "hermanos". ¿Suben a las praderas? ¿Van al manantial de las aguas asombrosas? ¿Recorren en valle tras sus ovejas? Quizá van con sus mulos cargados con la harina del trigo que en el molino han triturado las piedras y pueden que vayan al pueblo a comprar aquello que no les da su sierra, que regresen de ir a la boda de algún otro hermano, de la fiesta, de la lucha con los olivos, de regar la huerta que en el "piazo" chico empapa las aguas del río o de recoger las cerezas, que en la cañada, el sol ya ha convertido en sangre añeja.

¿Claro? Sólo a ellos pasando por su senda, con el perfume concentrado de todas las madreselvas y Tú que no paras de darle su abrazo y sólo esta noche, con su figura limpia, lo que me duele dentro y esta espera y sólo esto, Dios mío, tengo claro y a ellos perforando el tiempo y a tu amor que me quema y quema.

* **SU DECISIÓN FUE** nítida y la razón tuvo que ser profunda: en pleno vigor de su vida, en libertad, cortó el hilo que la alimentaba. Otra cara de la gran verdad que Tú me muestras. ¿No quiso manchar su corazón limpio? ¿Le quitaron tanto y tanto le cerraron los caminos?

Al lado suyo estaba yo cuando caía la tarde. Me habló de su casa en el cerro, de la familia, la cosecha y los animales. Me habló de su alma, del rincón donde se los encontró y las palabras que le dijeron, de la realidad nueva que a partir de aquel momento, como una espada amenazante, se instaló en su vida.
- Me han dejado sin caminos por donde ir, sin tierras que sembrar, sin luz en mi mente y sin gusto por respirar. ¿Dime tú qué hago?

Lo acompañé un poco más mientras subía y cuando me separé, lo animé a mantenerse fuerte, porque Tú estabas de su lado: él era de los débiles, de los humildes, sin casa ni techo, de los de corazón bueno y alma transparente. Pero nada más alejarme, sentí el golpe rocoso y el desgarro del grito de la muerte.

Al volverme, lo vi tendido, palpitando todavía y caliente, con los ojos fijos en las nubes y ya inerte, como las rocas caramelo de las montañas donde tiene sus raíces y su corazón valiente. ¿Qué podría yo decirte? ¿Qué pasó y pasa por mi mente? Que fue una decisión libre, llena de amor y valiente y aunque se rompió, humillando su mente, nadie más que Tú, Dios mío, y él, que enseguida brotó en fuente, ganasteis en la lucha aunque os quebró la muerte.

* **A LO LEJOS APARECIÓ** la tormenta, repleta de nubes negras amenazantes y relámpagos fieros. En un instante, en forma de caños de viento, dobló a los pinos, en truenos espantosos retumbó por los barrancos, en cascadas de granizo, nieve y lluvias, se derramó en las cumbres y en vellones de niebla ceniza, rodó por las laderas, cubriendo a los arroyos y a los rebaños de ovejas.

Vente mi niña
aquí entre mis manos,
que en las matas espesas
estamos a salvo.

Le dijo el padre al tiempo que corría llevándola abrazada cual trozo de su alma, pretendiendo que las gotas no la mojaran. Pero el diluvio fue tan de pronto y tan intenso, que en unos minutos, sus caras se hicieron charcos y sus manos y pies, ríos y cascadas. De los enebros, donde se refugiaron, las ramas saltaron, los cauces bajaron plenos, las piedras de las pendientes se hicieron añicos por los aires, las vaguadas se llenaron, la sierra se anegó y tanto las aguas la cubrieron, que la niña exclamó:

No sé cómo nos iremos de aquí
si la tierra es un mar,
con tanto escurrir,
y tanto temblar.

Pero a la media hora, ya no caían granizos. Tres minutos después se apagaron los truenos, al rato pequeño se desinfló el viento y a la hora en punto, se abrieron las nubes. Brillantes aparecieron las praderas

llenas de hierba recién mojada, las ovejas por ahí comiendo, los charcos relucientes y por encima de la oscuridad, el sol y el azul del cielo. Al sentir el gozo, después de temor, el padre dijo:

Ves como te decía,
que la tierra no es un lago,
sino el amanecer,
con Dios y tú a mi lado.

* **EN EL RINCÓN** verde,
arriba, a la derecha,
donde vuelan las palomas
y sus nidos tienen,
guardo mis secretos más puros
entre las emociones más bellas
y la luz más celeste.

Arriba, donde el rincón verde,
entre las ramas espesas,
las zarzas y las fuentes,
tengo mis sueños durmiendo
con mis noches de nieve,
esperando que en la hora oportuna,
Tú llegues.

Por el rincón verde,
donde en mis noches de frío
mi alma se mece,
a escondida y en la sombra,
mi cuerpo se extiende
cual mariposa en vuelo blanco
y así se entretiene.

Lo del rincón verde,
donde se concentra la luz más hermosa,
que estos montes tienen,
es el lugar de mi espera,
mi beso en tu frente,
en vuelo nocturno de viento
buscando verte.

Lo del rincón verde,
me late ahora con gozo
y tanto me crece
en este amanecer dulce,
que de Ti me hiere,
en esta mañana de plata
que llega y no viene.

Entre las palomas que arrullan
por tu rincón y mi anhelo verde,
tengo mi alma volando
y volver no quiere,
porque cuanto sueña
en Ti lo tiene.

No es fantasía sin flores
lo del rincón verde,
es donde Tú te amontonas
gritas y duermes,
donde mi alma te estrecha,
abraza y bebe.

¡Oh Dios, cuánta espera
y esta aurora que hierve!
Déjame, por fin, dormido
y que ya no despierte

en este tan dulce sueño
de nuestro rincón verde.

* **SE LLEGA SUBIENDO** por la senda vieja que va por el arroyo, escondida bajo el monte y se sale a la curva grande y remontando un poco, asoma a la cascada. Continua por el cerro, empedrado de rocas rajadas, atraviesa otro bosque de encinas viejas y ya remonta a las tierras llanas. A los lados brotan los manantiales, y en el centro, el quejigo clavado en las rocas. Desde aquí se ve pero aún está más arriba. La senda, mucho más rota, se pierde por la izquierda, en la ladera que sigue ascendiendo. Sale al collado y a la derecha, también al frente pero arriba, ya se ve la cumbre. Blanca sobre el azul del cielo al fondo y por encima, las nubes.

Desde aquí ya queda cerca. Se llega por el lado que mira a la tarde y sin senda. Metido por el monte, pisando piedras cada vez más agrestes y tragando aire con olor a sierra. Unos metros más, al final de la cuesta, se abre la llanura pequeña y se ven las palomas. Se ven sus nidos llenos de polluelos y se siente el arrullo atravesando el viento.

Este es el rincón donde tengo mis sueños, donde él me llevó aquel día de invierno porque tenía interés en que lo viera. Me convenció sin que se lo pidiera y desde entonces, más vivo allí que en otro lugar de la tierra.

* **SABÍA QUE EL MOMENTO** tenía que llegar y aunque era cierto, no quería creerlo. Durante mucho tiempo, he cerrado los ojos no queriendo pensar porque intuía que iba a ser doloroso. Pero hoy ya tengo aquí la realidad.

Me ha mirado, nos hemos dicho dos palabras y como mi corazón ha comenzado a temblar, he escuchado en silencio buscando su verdad. Me ha dicho que no volverá, que puede que eche ovejas, que para el año próximo no regresará, que ve mucha envidia, que la lucha es desigual, que es como es y que la falsedad no cabe en su ser.

Ni siquiera he podido decirle lo siento, lo comprendo, estoy contigo, te quiero aunque le he dado mi corazón, mi abrazo en el viento, mi ternura, mi amor. Y después le he dicho que consigo se lleva mi yo todo pleno. Que a partir de ahora soy un poco menos, que estoy triste, que lloro y muero. Que se queda conmigo en esta ausencia dolorosa donde su figura palpita y no permitiré que se me borre.

Hace un momento ha estado aquí, más que a despedirse a decirme que se va. Me ha dejado su grito por el silencio, fuera del sitio donde encuentro mi calma, hundido y triste. Y es que la verdad es así de rotunda: este trozo que otra vez pierdo, eres Tú que te arrancas de mí quitándome vida para darme el cielo. Esto lo sé pero Dios cuánto dolor tengo.

* **EL RAYO DE SOL**
que por entre las hojas limpias
me llegaba, libre y bello
y aunque era débil, calentaba,
ya no lo tengo.
Se me ha ido hace un rato.
Ahora siento frío en su lugar
y por eso tiemblo.

Miro a la tarde
y lo que busco, no encuentro,
porque la luz que se ha ido,
no es la del sol,
tampoco la del día,
sino la que da calor dentro.
La que han visto mis ojos,
tu puro reflejo.

Comprendo yo esta tarde
que aunque mi rincón es pequeño,
es tan grande y profundo
que ni cabe en mi pecho.
¿Que te pregunte
por qué me falta aliento
en este mar de aire puro?
Hasta esta mañana
un rayo de sol me alumbraba
y ya no lo tengo.

* **AHORA, EN ESTE MOMENTO,**
se ha nublado el cielo.
Miro hacia el valle
y sobre el fondo del bosque
veo la lluvia caer.
Huele a tierra mojada,
hay oscuridad en el monte,
sopla el viento
y en el aire frío que corre
me llega tu beso.

* **LOS FRAGMENTOS** que de Ti tengo,
me golpean en la noche

cuando creo que duermo,
en la aurora, al abrirse virgen,
con cada día nuevo,
en la mañana, que en rocío
impregna mi cuerpo,
al medio día, con la siesta
donde a Ti me entrego,
al caer la tarde,
en trabajo o paseo,
y cuando ya las sombras me cubren
y mis ojos cierro.
Los fragmentos que me gritan de Ti
en cada momento,
son tantos y con tanta vida
que aunque quisiera,
callar no puedo.

Su vieja casa entre el monte
rota por el tiempo,
con tres paredes caídas,
un techo, puro agujero,
la entrada sin su puerta,
zarzas en el granero,
vigas podridas de lluvias,
chimenea sin fuego,
ventanas secas y rotas
por donde a placer, pasa el viento.
Su vieja casa en el monte,
un trozo de Ti pequeño,
por donde los dos aun respiramos
aunque tanto esté ya muerto.

Los humildes del Valle,
mataron sus corderos,

para la fiesta de la aguas limpias,
donde tanto silencio,
en noches de estrellas plata
y palacios de hielo.
Montaron mesas de pino
y los que de fuera vinieron,
se apropiaron los platos grandes
con los sitios primeros.
Cuando de puntillas llegaron,
los humildes, dueños verdaderos,
ya no encontraron sitio
ni tampoco comieron.

Fragmentos que de Ti
por mil lugares, tengo,
gritándome callados,
que silenciar no debo.

Más fragmentos tuyos
por el río los llevo,
en la manada de vacas
que conduce el vaquero.
Saltan, corren y mugen,
por los charcos y fresno,
dejando el aire sembrado
de pisadas frías y momentos bellos.
En la corriente y lagos
que de Ti son espejo,
beben y se bañan,
cruzan arroyuelos,
comen la hierba
bajo los majuelos
y con la tarde y la sombra,
se pierden a lo lejos,

por donde el río se aleja
y nadan los recuerdos.

Presencias que gritan
y son grande ecos,
retumbando en mi alma
que se funde con ellos.

* **OTROS LIMPIOS FRAGMENTOS,**
que también me palpitan
y me saben a besos,
los sembró la tormenta,
aquel día de los truenos,
en aquella tarde de lluvia,
del rincón de los sueños.

Los vi cruzando la llanura. Al frente, los álamos. Más al fondo, la casa de piedra, el río, la pradera, el pino recio de la cumbre donde mana la fuente y el barranco de donde la vida llega. En forma de huracán, desde lo hondo empuja la ráfaga de viento y como un torpedo, en sus cuerpos se quiebra.

Uno de los álamos, el viejo y de raíces profundas, color plata el tronco y ramas bellas, abiertas al infinito, se dobla. Cruje con el quejido de la muerte y partido cae sobre la corriente limpia. Ellos, al verlo, quietos se quedan y como noto que también en sus almas se rompe, además de un amigo, un compañero y una pieza importante del rincón del que son y forman parte, los miro fijo. Buscó de qué manera decir algo y al no encontrar palabras, quiero preguntarle qué ha pasado.

Sin que sea su voz, del silencio o casi del viento, escucho: “le tengo cariño al bosque de los álamos, por la sombra tan fresca que da en verano, por la lluvia tierna que resbala en sus tallos y por los copos de nieve que al venir volando, se paran en sus ramas y ahí se quedan trabados. Pero aunque era el más viejo, parecía bien sano. ¿Por qué de este modo y así tumbado, termina su vida el rey de este prado?”

Su pregunta, que al mismo tiempo es respuesta, también en mi sangre se clava gritando. Desde entonces, no me voy de esta llanura y aunque cuando ando y ando, no paro de observar el río, la casa que se muere de vieja, siempre me encuentro perdido. Sin palabras, sin camino y hasta sin saber de qué color es ahora el viento y el infinito.

* **EL PUERTO DE LA LUZ,**
en las montañas del tiempo
y que anoche, mientras dormía,
vi en mis sueños,
me palpita ahora
tan dulce y fresco,
que por él me he quedado
teniéndolo en mi pecho.

El puerto de la luz,
que no es tierra ni viento,
ni cumbres con rocas blancas,
ni caminos que en silencio,
vayan y lleven a los montes
que bajo el sol conocemos,
me late ahora terrible,
con el sabor de lo eterno.

Aunque por él me he perdido,
todo en él ahora me encuentro.

El puerto de la luz,
que sin forma ni cuerpo,
sólo se parece a los otros
en que es más perfecto,
por entre el silencio grande
de las noches, en mis sueños,
lo hemos coronado limpio.
¡Qué gozo al verlo!

El puerto de la luz,
donde tu edén y yo duermo
con los bosques irreales,
no tiene más tierra y dueño
que Tú, rey de las aguas limpias
y yo, el del rincón pequeño.

Por donde se encuentra la luz
que contiene y es el puerto,
de placer llenas mi alma
en la noche mientras sueño.

¿Qué más quieres que te diga?
Que gracias,
que te quiero,
que en el puerto de la luz
me esperas y te espero.

Lo que he visto, es como un mundo sin forma ni materia. Sin camino, sin tierra, sin espacio. Desde mi sueño, a través del tiempo y acompañado por la lluvia de la felicidad total, he coronado la cuesta y me he

encontrado en el centro del irreal puerto de la luz. Lo he palpado y no ha sido con los ojos materiales de mi cuerpo, sino con los del alma. Al saborearlo con el paladar del espíritu, he sentido que este lugar es el espacio donde tiene que encajar la palabra. Y tengo conciencia que la frase ha de ser pequeña y exacta. Donde en miniatura quepa la plenitud viva, sin que pierda matices la belleza, la verdad o la hondura. Porque la palabra lo es todo, en su esencia más pura y donde la verdad, junto con la belleza, se estanca en sus lagos reales.

Estando en este vivir, adquiero conciencia de que el puerto es mi meta, el gozo que me ensancha pleno y donde, una vez coronado, al respirar, me relleno y sacio en todos los poros del cuerpo y del alma. La imagen o la emoción intangible que por las venas de mi espíritu corre, es el resumen de mi ser total. El original de donde saldrá la pequeña copia, reducida, casi en miniatura pero en ella condensada la esencia y la sustancia de cuanto soy y siento. Donde, en recipiente chico, se contiene la semilla en su plenitud.

Ahora, cuando llega el día, desearía no venir a la realidad. Pero la luz de esta nueva aurora me ha despertado con la imagen y el gozo inundándome total. En mi sueño lo he visto y como has sido Tú el que me lo has mostrado, además, lo he vivido y con la intensidad de la vida palpitante. Por eso he sentido gozo real al tiempo que he tocado con mis manos y he visto con mis ojos. Una experiencia total que no tiene hermana ni se parece a las de la tierra. Lo sé ahora, porque tan fuerte ha sido la emoción, que cuando en esto momentos llega el día, lo

que hubiera sido bello, es no haberme despertado, otra vez, a esta otra verdad.

* **UN TROZO MÁS** de la realidad de cada día es, ahora aquí, su pan redondo. Pan que alimenta y huela a leña, como el de aquellos días y en el cortijo entre los míos y la tierra amable, cuando la sierra era una casa grande. Pero éste de hoy, al mirarlo en este momento, además de recordarme el camino, la era y ellos luchando con la tierra, me sabe a pérdida y de ahí me surge el dolor, aunque sea gozo en lo irremediable.

No me lo ha dicho pero yo sé que ayer lo amasó con sus propias manos. Sé, como si lo estuviera viendo, que salió al campo a por ramas secas, las metió en el horno y allí las dejó hasta que las llamas las consumiera y las paredes de piedra se caldearan. En el calor de aquellas cenizas y las últimas brasas, puso el pan redondo y cuando ya estuvo cocido, lo sacó, dejó que se enfriara y luego lo preparó para traérmelo. Se puso en camino y después de atravesar media sierra, lo depositó en mis manos como el mejor regalo, como el presente más limpio porque le sale del corazón. Sin pronunciar palabras me ha dicho que es para mí, que coma porque es pan bueno. Después me ha besado y antes de darme cuenta, ya iba de regreso caminando en busca de su lugar.

Sé que ni siquiera lo ha advertido pero sin pretenderlo y queriéndome demostrar su cariño, me ha llenado de tristeza. Aquí me ha dejado pan del bueno con el que alimentar mi cuerpo pero al darme el beso, se arranca de mí. Ha quitado su figura de mi presencia y como enseguida noto que empieza a correr el tiempo,

siento el vacío de la pérdida. Acuden los recuerdos y con ellos, el dolor. El pan suyo, tan recio y con tanto sabor a lo que fui de pequeño, puede quitarme el hambre pero y lo que se ha llevado al irse y sé que nunca más volverá ¿qué o quién me lo devuelve o lo sustituye en este pecho mío? ¡Oh, mi Dios, Tú y este rincón amable, donde tan larga es la espera! ¿Por qué no son las cosas de otra manera?

* **EL HUMILDE ENCORVADO,** baja por la senda buscando el hortal donde quiere llenarse de barro, como cuando fue niño. Mancharse de tierra mojada y salpicarse con el agua de las acequias, mientras riega los tomates y limpia de hierbas malas, las patatas, que es lo que le gusta. Le gusta también sentarse a la sombra de la noguera, que según dice, sembró el abuelo de su abuelo. Y eso se nota a simple vista: La noguera, más que un árbol, es todo un bosque de tan grande, verde y fresca.

- Porque es que hay gente que sólo viene por aquí a ver el arroyo con su corriente y los pinos meciéndose al viento y de ahí no pasan. No pueden o no saber avanzar más.
- ¿Y cuál es el problema?
- Es como si se quedaran en la mitad o comienzo del camino. Más allá del vestido que las cosas tienen en el lado de fuera, existe otra belleza: la luz de las cosas por dentro. Si no se pasa del vestido que cubre, se pierde lo mejor de la vida.

Le pregunté si era por eso por lo que no podía vivir en la ciudad y me dijo que después de haber probado el sabor del bosque regado por la lluvia o la nieve, los silencios de la montaña en las noches de frío y el reír

alegre del manantial de las rocas, no es posible vivir en la ciudad plenamente. Ni siquiera cuando se llega a viejo y ya las fuerzas fallan, al subir por las sendas que se pierden.

El humilde de corazón limpio, se lo pasa bien al calor del cortijo de la umbría. Hasta que se muera, seguirá regando las tierras de su huerta. Le gusta mancharse de barro y agua, sentir el viento rozar su cara, regalar su alma con el rumor de la corriente del río, el canto de los pajarillos y cuando el sol calienta, le gusta sentarse en la sombra de la vieja noguera.

* **LA TORMENTA YA HA** pasado y ahora el campo huele a tierra mojada. También a pasto húmedo, que es sólo un pequeño matiz del primero. ¡Qué bonito se ha quedado el campo tan lleno de charcos turbios, arroyuelos menores y las rocas manchadas de lluvia!

Me entran ganas de sentarme en la piedra que se alza en el centro de la corriente. Después que se ha ido la tormenta, dejando agua tibia hasta en los más pequeños recovecos, nuestro arroyo limpio, me corre por el corazón. Su agua achocolatada, por la tierra que arrastra, brinca por las piedras, cae al charco, vuelve a chorrear, se desliza hasta la espesura de las madroñeras y la siento tanto que es como mi propia alma que se me sale del pecho y se hace corriente para irse contigo. Su chapoteo atraviesa el viento y aunque parece dolor al tiempo que dulzura, al rozar el espíritu, es otra realidad más grande.

Sin embargo, no bajo por la corriente para sentarme en la piedra a pesar de lo mucho que me

apetece. Llego a la senda y como voy buscando los trozos de Ti, que en forma de ensueño la tormenta ha dejado, con mis manos aparto las madreselvas. Me asomo a la llanura y veo la casa al fondo. Frente a los cerros del río. ¿Estará la abuelita jugando por allí? ¿Y la niña de espuma con su padre de roca?

Sobre la casa, rotas paredes de piedra que se desmoronan con la lluvia, aplastada entre las encinas y los barrancos a los lados, se cierne la niebla. Se cuela por entre el tono gris de la espléndida mañana y da la sensación, si me paro y la miro, como si estuviera llena de vida. Como si alguien muy grande arropara estos campos para hundirlos en el tiempo y hacerlos brotar, después, en otro lugar y con otra forma. No por otra cosa sino porque parece que tanta belleza, no pertenece al planeta Tierra.

Sin embargo, el campo sigue exhalando su perfume a tierra mojada y el arroyo parece como si brotara desde mi corazón y al alejarse, entre su corriente, se llevara enredada mi alma.

* **DEL MANANTIAL DEL PINO** y las rocas doradas, tengo tan bello recuerdo, que no se me olvidan. Nos fuimos desde la llanura de la luz y cuando llegamos al puñado de rocas amontonadas bajo el pino que mira la gran montaña, nos paramos. Teníamos varias razones para hacerlo:

Aquellas rocas parecían puestas allí expresamente para nosotros. Tú lo habías hecho y para darte gracias, también fue por lo que allí nos quedamos. Justo al borde del barranco, casi tocando la gigante cumbre, por momentos más blanca y verde, arropadas un poco por las

ramas del pino que tiemblan doblándose en la dirección del viento, junto al color más bello para rocas tan rodeadas de nieve por un lado y tan arropadas de verde, por otro. Estaban puestas allí para sentarse en ellas frente al infinito azul de la cumbre.

La otra realidad era el manantial: brotaba justo al lado, un metro por debajo, en la misma ladera que sostenía a las rocas. La nieve era un gran montón pegado a los pinos y la hendidura de la tierra. Ya calentaba el sol y al fundirse ésta, el líquido limpio se filtraba y entre las piedrecillas, medio metro más abajo, resurgía en venero.

Con las manos excavamos en el mismo sitio donde los hilillos brotaban y construimos una fuente a nuestra medida. No tardó el agua en ser transparente porque al no dejar de brotar, enseguida se llevó la tierra fina y dejó sólo piedras lavadas. Un juego parecía aquello allí: tan en la cumbre, donde tanta soledad y el durísimo paisaje. Si por el lugar no respiraba ningún ser humano ¿por qué sutileza tan fina y donde casi nadie puede gozarla? Fue lo que nos preguntamos.

En la fuentecilla bebimos, mojando las manos mil veces, llenamos las cantimploras y todavía perplejos, allí nos quedamos un rato más. Sentíamos que rozábamos casi en el final, aunque no era así porque la grandiosidad de la cumbre que nos miraba, nos lo decía. Mientras nos íbamos, acordamos no comentar nunca a nadie dónde se encuentra el manantial del pino que mira a la cumbre. Te vimos tan cerca y nos sentimos tan bien, que tuvimos envidia y temor a perderte.

* **RECUERDO AQUEL DÍA,** aquel trozo de sueño, en aquella mañana luminosa siendo todavía pequeño: Durmiendo se había quedado al resguardo de la roca junto a la sabina. La nieve se había derretido y la llanura se vestía de primavera.

A lo largo de la mañana, las ovejas han pastado en la pradera verde que es como un campo grande. Desparramadas, blancas por entre las piedras, moviéndose a ratos, buscando las matas tiernas y acostadas en la tierra, en otros momentos. Se alza el sol y el calor aprieta como en las mejores horas del verano. Cuando el día llega en su centro, el rebaño se mueve buscando la sombra de las viejas encinas. Los otros corderos, los que por las rocas lisas de la cañada, saltan en el juego de espuma que saluda a la vida, también dejan su recreo y cada cual se une a su madre.

Al abrigo de la roca gorda, al calor del sol y al fresco de la hierba, el más pequeño se ha dormido. La oveja lo busca y mientras recorre la llanura sembrándola de balidos roncos, el humilde del Valle, lo advierte. Conoce el rincón donde se aplasta porque mientras la mañana ha ido llenando de sol los campos, sin prisa, sus ojos han mirado y por eso sabe que pegado a la sabina duerme placentero, acurrucado, silencioso, blanco cual vellón de nieve que es primavera con el prado en flor. Al verlo ahora, hasta el pastor se queda parado y a descubrirlo tan dulce, duda despertarlo.

Todo es tan sencillo, tan lleno de inocencia, que mueve al respeto. Hasta dar cierto miedo andar por la hierba no sea que lo frágil se quiebre, y se rompa el momento.

* **EN LA NOCHE ESPLÉNDIDA,** cuando la luna brilla y el viento pasa cálido, los vi que llegaron al rincón. Bajaron por la ladera y junto a la encina grande, la de las bellotas gordas y dulces, detienen sus pasos. A palos derriban los frutos, llenan medio saco, lo esconde en las matas que rodean a las piedras, y siguen bajando al encuentro del arroyo.

Las otras tres encinas crecen en el rodal de tierra que pega a la corriente. También de bellotas buenas y tantas tienen este año, que sus ramas se doblan y como ya están negras, saben a miel. Se mueven aprisa porque saben que si los coge el guarda se las quitará y hasta, como aquel otro día, los llevará al cuartel. Uno de los tres se sube al árbol, agarra las ramas, las zarandea y las bellotas caen a chorros. Los otros dos las recogen del suelo y las echan al saco que en nada de tiempo ya tienen lleno.

Cargan con él, suben la cuesta, recogen el que en las matas tienen escondido y siguen subiendo cada vez con más prisa y miedo. Al rodear el cerro, dan con la senda que viene de entre el monte de la parte alta y se alarga por el barranco dirección a donde los arroyos se juntan. Ahí mismo y entre las zarzas, encuentra el burro color ceniza que momentos antes han dejado escondido. En su lomo cargan los sacos y todavía con miedo y más silenciosos, se alejan del bosque sintiendo que hasta este momento no los ha descubierto el guarda.

En la noche espléndida de luna de plata, la senda se ilumina mientras cruza la llanura y allá, al fondo y bien lejos, el pueblo se adivina. Sus corazones palpitan y

sueñan que al día siguiente en el pueblo venderán las bellotas gordas de las encinas viejas y con el dinero, comprarán un pan redondo para comer y quitarse el hambre.

* **EN LA MAÑANA FRESCA** de la primavera que llega el arroyo bajaba repleto y a estas horas, de algodón mullido, más que otras veces. La hierba, por la torrentera de las encinas oscuras, crece espesa y tan alta se mece que las ovejas se pierden entre las matas verdes. Antes de salir el sol ha caído el último chaparrón y por eso el campo, además de brillante y el bosque espeso recién mojado, es pura ola de perfume tierno.

En el año que corre, las lluvias han sido abundantes, los fríos, moderados y la primavera generosa como hace mucho tiempo no se conoce. La humedad que fluye y el viento que pasa no dejan de acariciar el terciopelo de los bosques renovados, las praderas que cubren el barranco y las cumbres a lo lejos. El rebaño pasta por ahí: bastante perdido en la espesa hierba, a media ladera entre el arroyo de las aguas limpias y comiendo de los tallos jugosos que tan abundante son. Algo más tarde, cuando calienta el sol, se ocultan por las sombras gaseosas de las encinas redondas y cuando llega el pastor, al ver lo que ve, se sienta y frente al barranco se queda quieto.

Lo mismo que de las fuentes, en esta primavera de la abundancia, del corazón le rebosa el gozo y los últimos años que tan buenos han sido. Lluvias y más lluvias y las praderas, en silencio, tupiéndose de hierba, el arroyo saltando lleno hasta los bordes, las encinas repletas de ramas con tallos nuevos, la ladera sin dejar de

escurrir agua en forma de cristal y los manantiales reventados como pocas veces. Esta primavera, el rincón no es tal sino un sueño plagado de vida que hierve joven hasta la sensación de la plenitud más redonda.

Sentado frente a la corriente y con su rebaño por las sombras densas, se palpa dichoso porque en la mañana fresca de la primavera que llega, entre sus brazos trae, como una rosa abierta que florece, el mejor espectáculo de agua, vida y verde.

* **CON TU TIERNO BESO,** me despierto al nuevo día envuelto en la húmeda luz que empieza a llenar los espacios. Siento el mar del silencio acariciar, con sus labios de algodón, el paladar de mi espíritu y noto las manos del viento rozando los párpados de mis ojos que se abren.

Oigo la aurora cautelosa y la lejanía de lo que ni siquiera siento y me percibo dulce. Hasta lo más hondo, todo lleno del calor placentero que entre tus manos tengo y de la música que canta y expande nuestro arroyuelo.

Es el momento mágico de este encuentro, tan lleno de paz en sombra para el alma, que hasta quisiera se detuviera y no fuera más adelante. Que de este sueño que empiezo a sacudir, nunca despertara ni el día abriera más sus pétalos de flor. Me advierto tan satisfecho, aquí contigo y en este segundo exacto que con el nuevo día Tú me regalas, que ni moverme quisiera. Ni un sólo paso desearía ahora dar, ni una palabra más pronunciar, ni recorrer algún trozo nuevo del camino, ni beber en más fuentes tuyas por estos campos. Es tan especial tu segundo, echo luz que se abre al viento, cuando ahora al

nuevo día me das tu beso, que sólo con el sabor dulce que transmite, todo lo tengo.

Que eres Tú en este día que nace y tan intenso y bello desde mi alma se despereza, ni lo dudo. Te siento bueno y regalándome tan a puñados, que beber y gustar cantidad tan grande, ni me da tiempo. Eres Tú, y como cualquier hálito tuyo es tan pleno, rotundo, inmenso, que sacia y basta, en este despertar sereno, y con esta luz que volando llega, lo tengo todo y no quiero más que tu tierno beso.

* **LA IMAGEN QUE MIS OJOS** vieron, aquel amanecer azul que me hablaba de Ti, rebosante de vida aún por aquí la tengo, en medio de estos campos tan todo calma, y se consume conmigo en este recuerdo aunque ya hasta las sombras de los cerros tengan otras esperanzas y yo, ande de nuevo recogiendo.

El trozo de tierra alargado que se escapa por el borde del río, y que desde toda la eternidad, ha sido escenario de mis juegos blancos, es verde-oro cuando se pone el sol. Esto lo recuerdo porque desde mi chozo de paja, en lo más alto del cerrillo, mirando a las aguas de la corriente y la profundidad del valle, lo estoy viendo. Las ovejas pastan en él mientras el humilde encorvado lo surca, ya entre las sombras de la noche que van arropando la figura de la gran sierra. Se queda en silencio, y temblando en mis ojos, y los tres, acurrucado en mi pecho, en la espera, como tantos días a lo largo de tantos años.

Pero amaneció y todo fue como en un mal sueño, con el valle roto y en el lugar de la pradera verde con su

fino rocío de cada mañana, una casa grande, con muchos cristales, tejas color caramelo y paredes blancas que en nada se parecen a la nieve de mis juegos. Según me despierto, desde mi chozo de paja y sobre la cama de monte cortado en la cañada, lo miro despacio y te busco a Ti para que me expliques, porque me cuesta creerlo pero no me equivoco: miro y estoy viendo que ya no tengo prado y ha sido de noche, para que no sienta el ruido de las máquinas ni vea la tierra que rompen. Mañana, ¿le tocará a mi chozo? Me pregunto asustado, al tiempo que a lo lejos, como si ya se fuera, camina lento el humilde encorvado.

Y mientras tanto que despierto y sigo mirando, para al fin creerlo, ya me estoy viendo en aquella otra casa tan lejos, que ni cielo tengo ni tampoco río para soñar mientras me duermo.

Esta es la imagen que mis ojos vieron, aquel amanecer azul que me hablaba de Ti y hoy se consume conmigo en este recuerdo.

* **AQUELLO ERA DE VERDAD** bello, con tantas estrellas por arriba, la luna detrás de las nubes y de los campos manando las melodías.

Mi llanura grande se extiende al norte de la casa vieja y por la ladera sur, el morro de la gran cumbre. Aquella casa ya no tiene habitantes y los dos sabemos que ahora se desmorona en la soledad del monte. Pero cuando por la llanura yo corría de pequeño y jugando con los pastores me iba hasta los hortales para coger tomates rojos, que después de partidos y con sal, sabían a manantiales limpios, la casa vieja era un hervidero de vida. Detrás de ellos aprendí a sembrar las tierras y

cuando la primavera se hacía presente y las sementeras estiraban sus tallos, la llanura que rodea a la casa que ahora es pura ruinas, parecía un vergel.

Para cuidarla, para mimarla, para llenarla de amor y que los animales salvajes no se comieran aquel trigal, que ya maduro y molido el grano, era el pan de los habitantes de la casa y el pienso de sus animales, ellos dormían todas las noches junto a las sementeras. Casi siempre con ellos me iba y lo que más me gustaba era acurrucarme al calor del humilde encorvado que conoce el fresco de los valles y la sombra de los barrancos.

Al ponerse el sol, cogía su manta de piel de oveja curtida y por el lado que pega al manantial, con hierba recogida del borde de las acequias, construía su cama y la mía. Sobre las hojas verdes extendía la piel de oveja, con la lana para arriba y alguna vez, en la misma orilla de la sementera. Lo que más me gustaba era meterme dentro del espeso trigal y esconderme entre la espesura y su perfume húmedo.

Tumbado frente a las estrellas, en la alta noche y la llanura, envuelto por el silencio que desde la cumbre chorreaba y abrazados por el viento que no dejaba de pasar, recuerdo que en aquel rincón se oía el latido de la sierra. El croar de las ranas en los charcos de la fuente, el siseo de la sementera mecida por la brisa, la música del arroyuelo yéndose por la llanura, el grillo bajo los manzanos, el canto del cárabo, el ir y venir de los animales salvajes acercándose a beber a la fuente y hasta el mochuelo cada vez que atrapaba un ratón.

Teníamos que agudizar el oído por si los animales se acercaban a la sementera pero recuerdo que aunque nos cogiera durmiendo, se oía todo. Un gran concierto. Un concierto único con todas las melodías concentradas y en el mejor de los auditorios.

Yo lo recuerdo y aquello era de verdad bello, con tantas estrellas por arriba, la luna detrás de las nubes, tan grande aquel campo y aplastado en la noche, sin dejar de oírse sonidos únicos y Tú entre ellos, siempre caminando y dando vida.

* **TE ASOMAS AL BARRANCO** y lo primero que ves es la gran poza azul-viento que se remansa plácida en mitad de la ladera. Parece un lago y si te fijas bien da la sensación que ni tiene agua de tan limpia. Hasta se ven las rocas de los bordes y las que por el fondo lo empiedra. Te crees que es poca cosa pero en cuanto empiezas a mirarlo yo no puedes escaparte de su magia. Te cautivan sus plácidas aguas, tan cristalinas entre rocas salpicadas de monte y árboles y más abajo, el oscuro barranco.

Te cautiva el río que desciende por la ladera, siempre saltarín, más limpio que la laguna y tan alegre, que ni parece río sino puñados de viento escapados de la gran sierra y mientras corren por el cauce se persiguen en un juego inocente. ¡Qué bello el caño de agua derramándose sin parar desde la fantasía de la laguna y Tú nadando!

Te asomas al cerro y ves la senda que baja por entre los árboles viejos con ramas relamidas por la nieve, negras y ásperas de tantos inviernos colgados en ellas. Ves la sombra y el tono oscuro derramándose sobre el

paisaje y ves la hierba creciendo, en rodales, a los lados. Hasta te retrae bajar a la laguna por no pisar la senda. Parece tan frágil, con su silencio de siglos, que no quisiera ser yo el primero en pisar, romper y tal vez, alterar para siempre el paisaje tan virgen que ellos dejaron por el lugar.

Y lo que parece es que por aquí, desde el comienzo de los siglos, no ha pasado ningún ser humano. Los que me pertenecieron, siempre iban de puntillas para no dañar y eso fue lo que a mí me enseñaron. Por esto, ahora, no quisiera ser el primero para que después vengan otros y suceda lo que en tantos paisajes.

Me dijeron los míos, y eso Tú lo sabrás bien, que de niña la abuelita del Valle sí anduvo por esta senda y se bañó en la laguna. Que jugaba con la corriente del arroyo de la derecha y que unos de sus juegos era buscar piedrecitas pulidas por el río. Era un profundo placer ver su frágil cuerpo moviéndose por entre la arena, la luz y el misterio de la ladera con su bosque y la corriente del agua.

Que aquello era un sueño dulce con un tan profundo regusto de dicha que hería el alma. Y ahora que lo recuerdo y lo comento, digo que no me extraña porque hay que ver qué barranco aquel, con su laguna en mitad, su bosque y el agua color viento.

* **DE LA SENDA QUE SUBE** la pendiente y después de pasar por delante del cortijo, baja por las junqueras y se mete en el río, no me olvido. La recorrí tanto cuando aún ni andar sabía, que ahora la llevo en mi alma, y en la distancia y sueños, la sigo pisando.

Arranca de la llanura grande por el lado derecho del cortijo y después de subir empinada, gira y asoma al collado. Nace aquí el arroyo de las junqueras y pegado a él, hondonada abajo, desciende. A la mitad, entre el collado y el río, por el lado derecho, queda la casa y más abajo los manantiales, las junqueras verdes y la vereda atravesándolos.

Se besa con el río justo donde éste se encuentra con el arroyo. Por aquí lo atraviesa y bien que lo recuerdo de cuando en aquellos días, todavía iba de sus manos. Hasta la cintura me llegaba el agua, al cruzar el arroyo y luego el río.

Por el lado izquierdo del tercer cauce, la senda sube, siempre rozando la corriente y cuando ya remonta a los valles de las cuevas, otra vez cruza el agua y se viene a las casas de las rocas. Hoy ya no están allí pero en aquellos tiempos, bien recuerdo lo grandioso del rincón: lleno de gente, los animales pastando, las chimeneas con sus chorrillos de humo subiendo desde el barranco, los niños jugando, las huertas repletas de cosechas frescas y el agua.

La corriente del arroyo, los manantiales cayendo, los charcos azules, las acequias, los hortales empapados, las fuentes, las cascadas y las corrientes grande. Donde muere la senda y comienza el barranco que anidaba a los cortijos y llenaba de tanta agua el arroyo, se acaba el mundo y nada la vida.

Por allí me sorprendo en las noches frías, y aunque la corriente, con su fantasía de luz, sigue limpia, ellos son

ausencia. Sólo Tú permaneces paseándote, acogiéndome cuando llego y prestándome tu interés para repasar las cosas que se lleva el tiempo. De la senda que sube la pendiente y después de pasar por delante del cortijo, baja por las junqueras y se mete en río, no me olvido.

* **LA RECUERDO,** como si la estuviera viendo, todavía niña y ya enfrentada a la briega de escalar el puerto de la vida. Luchando con la tierra, aprendiendo los caminos detrás de ellos en las mañanas de luces soñolientas, entre viento hielo, campos blancos tupidos de romero y chuzo de cristal colgando de las rocas.

Otro de tantos días pero de primavera y al salir el sol, se le ve irse tras las ovejas, con la azada al hombro, los pies descalzos, chorreando de rocío, hierba verde y tierra helada, mata de pelo rubio llenándole las espaldas, donde la luz que nace y su sueño, se enreda y juega. Cara de rosa recién despertada a la aurora y manos pequeñas de princesa sin castillo o quizá con él pero de viento, sobre la soledad de las cumbres. Como si la estuviera viendo:

Recorre el trozo de senda que lleva a la huerta que desde el arroyo se curva un poco y cae al otro barranco, más cerca de donde se pone el sol. Pisa la acequia que rebosante, lleva el agua a los surcos de los tomates, clava la azada en la tierra y abre la brecha para que ahora empape los terrones donde crecen las patatas. Salta y se moja y se mezcla con el barro al tiempo que su cuerpo se empapa de sudor caliente y su cara terciopelo, se tiñe de sangre y mana fuego. Como si, por un instante, invierno y

primavera se fundieran en los rayos nuevos del sol que nace y el perfume del campo que despierta.

Su gata blanca y canela, amiga en juegos y compañera entre rocas plata y la eternidad de los días, se restriega contra las piernas, el palo de la azada, salta, tropieza en los brazos y cae a la reguera. Se empapa de agua con barro y aunque sacude, llenando de cieno los verdes tallos del maíz, tiembla chorreando mientras busca el sol caliente en la tierra seca.

Como si lo estuviera viendo: el cortijo, su casa y nido plácido al calor de la lumbre y los suyos, junto al manantial, el trozo de tierra llano, encinas corpulentas, junqueras atusadas por las vacas, hozada de cerdos y la chimenea manando humo. Como un palacio de sencillas piedras pero asomado al balcón del barranco por donde se aleja el río mientras canta, y más al fondo, la raya azul del infinito recortada sobre las cumbres.

La tengo viva, como si no hubiera pasado el tiempo: todavía era niña y ya se le veía gran reina, adornada de joyas bellas. Frágil y preparada para enfrentarse a las tormentas, al silencio y la primavera con su magia de flores. La abuelita, de pequeña, ya era recia lucha al tiempo que juego dulce.

* **Y ES QUE LO ESTOY VIENDO:** la llanura alargada, el bosque de encinas grises, la sombra espesa, la tierra húmeda, las hojarascas pudriéndose junto a los troncos, el viento quieto, fría la oscuridad y por el suelo rodando las bellotas.

Las ovejas penetran desde el lado de la ladera, invaden la tierra llana y sin pararse, alcanzan el cerrillo, se esturrean por la hierbecilla que las ramas del bosque arropan, buscan los frutos que ruedan por el suelo, entre las hojas secas, y ansiosas los devoran. El pastor que las quiere, también recoge y amontona las que puede y llamando a la que ha parido esta tarde y a la que ya está vieja, se las da en la misma mano. Cerca corre el río, a la derecha y un más abajo, en sus charcos grandes que rebosan, se refleja la gris figura del brumoso bosque de encinas apretadas y viejas.

Como en un sueño, según estoy mirando, se me borra la imagen y se pierde el encinar de las bellotas gordas. Surge una casa grande de paredes blancas y muchos cristales que dejan ver el horizonte. Le rodean los caminos, no de tierra sino cemento y por ellos, un caballo tordo con montura de cuero, trota. Veo a mucha gente, que no conozco, montados en su lomo.

Por la senda que viene de la fuente donde las zarzas crecían densas, veo escaleras de piedra labrada, protegidas con barandas de hierro. Saltando, como si todas vinieran de los bosques libres, mil ardillas en chorro grande, salen y a la voz del que monta el caballo, se reúnen y lo siguen dóciles, camino de espectáculo. Ardillas bellas color caramelo y miel que no llegan desde sus bosques verdes, sino de la jaula de alambre donde beben agua en platos y comen pienso.

Por el otro camino que sube, trota el caballo rodeado de la piara de animales domesticados y al fondo, el escenario. Las piscinas, paredes blancas, muchos cristales que dejan ver la llanura sin hierba y el agua que

ya no va por el río ni sabe a nieve. Miro detenido y lo sigo viendo: mi bosque de encinas donde cogía las bellotas gordas, mi pastor, sus ovejas, su prado verde regado por el río de viento, los tengo en mis sueños pero ya no se mueven ni respiran por el rincón donde fuimos libres y sentimos frío, hambre y dolor. Bien lo recuerdo y los juegos que de Ti aprendí cuando comenzaba a mover mi lengua.

* **CUANDO YA HAN PASADO** tantos años desde que se fueron de la sierra, se le sigue viendo ausentes y al hablar con ellos, tristes. Lo mismo que yo en mis sueños, se preguntan:

¿Cuándo iré de nuevo a mi tierra? ¿Cuándo volveré yo por allí para recorrer sus caminos, abrazarla desde la cumbre, amarla desde sus prados, sentir sus maternales latidos, oler su perfume de hierba? Y siempre les retumba el amargor de la lejanía, de lo ausente, de lo perdido, de lo irrecuperable y lo mismo que a mí, la noche le repite: “Que ya no volverás, aunque vayas alguna vez. No será lo mismo ir de visita o de turista, que ser, estar y pertenecer a ella”.

El cortijo, el fuego en la cocina, el frío de la noche, el viento en las nogueras, las estrellas sobre cielo tan limpio, la nieve por los calares, las nubes en la cumbre... el otro fuego en las tertulias con los hermanos y en la era, en la puerta de la casa, junto a los caminos. Desde aquí tan lejos ¿cómo voy a ser yo aquel? Hasta que muera, palpitarán conmigo en el recuerdo, regado con el dolor que mana de su ausencia.

* **DE LA LLANURA QUE GRITA** quietud y su nombre se encuentra escrito en el rocío que tiembla, no puedo callar: Cuando la nieve cae cubriendo la pradera, y las fuentes que amo, se llenan de silencio, me salgo al campo por entre la hierba y contigo y los copos, organizo mi juego.

Primero, la llanura se cubre diez centímetros y ya empieza la emoción de la belleza. Me entran ganas de pasarle la mano para acariciarla porque de tan tierna hasta quisiera comérmela. Llega el viento, que ni se nota y los trozos de algodón que revolotean, se amontonan junto a las piedras, pegado al fresno, al borde del arroyo, en el tronco del quejigo y en la hierba pequeña. Cuando acuerdo, ya no veo la pradera y al poco, el suelo tiene casi medio metro de nieve.

Sigo en mi juego, dividido por el llano, la ladera, la cumbre, los barrancos y no me da tiempo a concentrarme en tanto, ni en ta variadas forma con tan dulce deleite. El viento pasando sin moverse entre tantos copos, tu fluir potente pero sin que se oiga, el vibrar del agua buscando los cauces. Quiero andar y me doy cuenta que es el momento en que no se puede ir por la sierra cuando la nieve es tanta. Pasa una hora, un día, tres semanas y mientras tanto me digo que es el invierno con sus noches largas vestidas de hielo y melancolía.

Pero pasa más tiempo y cuando llega la primavera y el sol calienta, la nieve se derrite y a los pocos días, brota la hierba. Salgo a mi prado, que es mi llanura cuyo nombre se puede leer en el rocío que tiembla, para de nuevo verte con la nieve que se va y enseguida inventamos otro juego. Ahora, lo que más embelesa es el

agua transparente en hebras finas que se hacen arroyos al caer por la ladera. Todavía puedo encontrar algunos rodales de nieve que se deshacen en cuanto el sol los calienta un poco más tarde.

Me siento frente a mi llanura mirando al paisaje y todo es como una magia que cautiva: deseo irme por entre la limpia hierba, tan fina, tan tierna, tan perfumada, tan bella. Quisiera revolcarme por ella, tocarla, acariciarla, rozarla por mi cara y hasta mascarla en mi boca. También deseo irme con el canalillo de agua que se desperezа fresca, recién fundida de la nieve que el sol calienta. La miro y la luz parece jugar con ella. Los rayos dorados la besan como si también quisieran bebérsela o purificarla otro poco antes de que se haga río. ¡Qué traje tan bonito se pone mi llanura, cogida de la mano de la soledad entre las miradas del silencio, cuando cae la nieve y al llegar la primavera!

Aunque no quiera, siento que la vida despierta y la emoción, en mi pecho, le saluda. Nace con una fuerza nueva que en nada se parece a los otros días y momentos. Se oye el latido fino, robusto y puro del corazón de la sierra, el palpitar de la sangre nueva y corriendo por las venas de las hojas verdes y se te oye a Ti que llegas, sin que en ningún momento te hayas ido.

Si yo me voy por la ladera y donde la cumbre roza el cielo, me paro en la llanura de las dolinas, la que también es belleza y su nombre reluce entre las estrellas ¿qué quieres que te diga? Que en la pendiente de la tierra que cae hacia el centro del embudo, todavía mucha nieve, brilla. Que es una buena y limpia pista para tirarse y rodar por ella. Y si me animo y me lanzo, nunca llego al

final. Tropiezo con los enebros, me enredo en las sabinas, me topo con las rocas, me engancho en las zarzas y aunque me levante y de nuevo lo intente, no consigo deslizarme por la nieve del modo en que yo quisiera.

Me araño, se me hielan las manos, me echo a rodar y doy tumbos como una bola de nieve, me canso y al final me digo que no importa: me lo paso bien en este juego con el sol, mi llanura sin nombre, el blanco manto que piso, la soledad y Tú entre nosotros. Me digo, para animarme, que lo importante es la emoción y pasar el tiempo entretenidos con las cosas que me regalas.

Pero como no dejas de invitarme y llenar mis ojos con la belleza mágica de tu mundo en y mi llanura, me animo de nuevo y me subo a donde comienza la pendiente que todavía tiene nieve. Abro mis brazos, sueño que voy a volar desde aquí hasta la cumbre más cercana y luego por toda la sierra, y puede que más y me echo a correr pendiente abajo. Se me hunde la nieve, se me quiebra el aire, no encuentro mis alas y como mi cuerpo es carne que tiende a la tierra, a ella vuelvo y la beso, en un brazo tremendo.

Tendido en el suelo entre la nieve fría, de nuevo me encuentro, diciéndome por qué todavía no puedo ni volar como sueño ni beber de la fuente que en mi pecho llevo ni jugar por mi llanura el juego que quiero. Cuando la nieve cae, frente a ella me siento, recordando aquellos días de nuestro juego-sueño. Todo era belleza y por eso te espero.

* **SI ME SALGO DEL CORTIJO** y me voy por el lado de los corrales donde duermen las ovejas, me pongo

en camino por la senda que pasa rozando las cuatro fuentes: El manantial de las piedras redondas, entre las zarzas, donde cogía moras negras en las tardes calurosas. La fuente de los jabalíes, en la llanura donde encendía lumbre para asar bellotas y quitarme el frío, en las tardes de invierno, el venero de la huerta donde tuve el nido de mochuelo, con los tres polluelos, entre las piedras del majoleto y la fuente de los álamos donde aquella tarde me sorprendió la tormenta negra que me puso chorreando.

Si me voy por la senda, en compañía de mi perra Bolera, los arrendajos que chillan y las nubes blancas, y al llegar a la llanura donde mana la segunda fuente que apenas tiene agua, me paro junto al pino redondo que tanto me gusta. Miro su tronco y después su arboladura y como veo que muchas de las ramas de la copa, ya están secas, otra vez acaricio su tronco y me pongo a subir. Porque necesito leña para la candela de la chimenea en mi cortijo y estas ramas muertas me la van a dar sin que tenga que ir más lejos.

Si me agarro fuerte a las ramas verdes que todavía el pino tiene, aunque me cueste mucho, asciendo por el tronco y en cuanto alcanzo las sin vida, las doblo hasta que crujen. Las voy tirando al suelo y como tengo que subir a la misma copa, en cuanto parto la última que ya no tiene sabia, me quedo sentado en el tronco que se curva.

Descanso y al contemplar, me doy cuenta que desde donde estoy, descubro tanta perspectiva que veo medio mundo: Completa toda la llanura, con la fuente que apenas mana, las ovejas que pastando suben desde el

arroyo de los espárragos, las encinas negras que cubren el cerrillo y se pierde hacia el río, las zarzas oscuras donde anidan las urracas, el cortijo al otro lado del arroyo con la senda que sube y la ladera que baja desde el collado de las eras.

Si me quedo mirando y espero que el pastor se acerque por si tiene que aclararme a dónde debo ir hoy a llevarle la merienda, en cuanto se pone debajo del pino me observa y después de saludarme me dice que ahora es el momento. Que hable con solemnidad, desde mi gran tribuna verde, y le diga a la gente la gran realidad de las cosas que sueño.

Si me animo y me creo que es verdad, que muchas personas me escuchan sentadas por el suelo, en la hierba, porque estoy diciendo palabras bellas colmadas de cosas importantes y llenas de pensamientos profundos, y cuando ya me he satisfecho, me bajo del pino de las ramas secas y regreso a mi casa, con el haz de leña en mis hombros, seguido de mi perra blanca. Si todo esto hago en esta mañana luminosa de primavera bella, ¿a ver quién se entera, a parte del pastor, mi perra de agua y los arrendajos que chillan?

Y cuando pase el tiempo, por ejemplo: cien años ¿a ver quién sabe o acaso recuerda que aquel día perdido, yo me fui por la senda para coger leña del pino que se seca y de paso hablarle a la gente de las cosas importantes que ellos desean? ¿A ver quién se entera si no eres Tú, yo y esta primavera?

* **Y SI ME VOY POR LA SENDA** que desde el chozo de monte, en el puntal de la peña, sube por el

arroyo de los juncos, pasa por la fuente de los álamos que se marchitan remonta la pendiente donde crecen las encinas de las bellotas gordas y después de atravesar el puerto de la entrada al edén, se pierde en la lejanía de los montes oscuros y el cielo azul- negro, subo por el camino de cortijo de las eras.

Si al llegar a la fuente de los álamos que tiemblan, me sorprende la racha de viento que precede a la gran nube densa y me da un empujón que casi me tumba y un susto tan grande que se me para el corazón, y en este momento el álamo viejo que ya se seca, se retuerce, cruje, se dobla violento y al final se quiebra.

Si miro y ya lo veo tronchado en dos, sin vida y cruzado en el arroyo la parte de arriba como si ya no sirviera y el pedazo de tronco que se une a las raíces, apuntando al cielo como si quisiera implorarte o pedirme ayuda, perdón o clemencia. Si miro y no acabo de creerme lo que a partir de ahora es el rincón, que ni parece el mismo porque el álamo recio, fuerte, hermoso y repleto de hojas verdes, ya no está.

Si ahora sigo la senda pero ya no tengo ganas de subir al puerto ni de ir al cortijo de las eras para juntarme con el pastor que por aquel lado tiene las ovejas. Si me paro y me siento y despacio observo lo que el viento ha hecho con este álamo tan fuerte, aquí en el barranco de las madrigueras y a pesar de tener la realidad nítida frente a mis ojos, no me lo creo porque me siento triste,

¿A ver quién se entera de que aquí esta mañana, el álamo hermoso que parecía una primavera, lo ha roto la tormenta? ¿A ver quién se entera y cuando pase el

tiempo, a ver quién lo recuerda de no ser Tú, yo y esta fuente seca?

* **SI SUBO POR LA SENDA** que va trazando zigzag ladera arriba y después de coronar el collado donde el viento arrecia mucho, me tropiezo con las ruinas de las casas que se desmoronan y al ver las piedras y la llanura, me acuerdo de ellos, su soledad, la monotonía y la paz plena.

Si me creo que allí todavía siguen las tres familias con su poco de tierra de riego, algunos animales que echan por el monte, trabajo para hartarse de sol a sol porque no saben lo que es el paro, y aunque ni pan, ni dinero, ni televisión ni neveras, tienen, sí conocen por experiencia que su lucha callada y dura con la tierra es el trozo más importante y la felicidad más completa. Si veo, al apuntar el sol, las cuatro casas llenarse de vida, los zagales guardando las vacas, ladera arriba en busca de las praderas, los hombres por los huertos sembrando las patatas, las madres preparando la masa del pan y los niños jugando por las eras, recogiendo leña del monte que no les pertenecen pero sí quieren o junto a los mayores aprendiendo el trabajo para la vida que les espera.

Si los miro clavado frente a ellos y sin que les pregunte me dicen que ahora les duele la ausencia del padre que ha muerto tres días después que la madre, una tarde de invierno y muchas nubes por las cumbres. Si me alejo caminando en busca de los manantiales de las partes altas y al volver mi vista para atrás, veo la noche cayendo y ellos reuniéndose por entre las tres pobres casas y luego junto al fuego de la chimenea, donde se

sientan, se miran y no dicen nada aunque en fondo sí sean felices.

Si antes de alejarme todavía los miro otra vez y me atrevo a preguntarles, y me dicen que en el trabajo callado y oculto es donde encuentran sus fuerzas, el amor sincero que los mantiene unidos, su entrega la faena de todos los días de sol a sol y ningún secreto más. Si me siguen diciendo que se sienten satisfechos porque en su rincón nadie sabe lo que es no tener trabajo y por eso entre sus manos tienen el gozo que pocas otras personas alcanzan aquí en esta tierra. La satisfacción de tenerlo todo aunque sólo posean nada más que un poco de pan, tierra virgen y agua fresca para regar las habichuelas y por encima, hacia la cumbre y las estrellas, soledad.

Si remonto un poco más y al mirar otra vez ya no los veo ni a sus casas ni a sus animales porque desde hace tiempo, las paredes se han caído y las zarzas crecen donde estaban las cocinas, y aunque sea maravilloso y un servidor lo haya palpado con sus propios ojos y sentido en lo hondo de la verdad, ¿dime Tú, quién los recuerda ahora? Y cuando pasen cien años más ¿a ver quién sabe que por aquí vivieron ellos si no es porque Tú y yo, que los queremos, los mantenemos vivos en nuestras almas?

* **SI ME VOY POR EL CAMINO** ancho que atravesando la llanura hermosa corona el collado de las tierras rojas y desciende por la ladera del monte espeso, donde se destiñe y cae la casa chica de piedra, y se mete en las tierras llanas del gran valle, al llegar al puente del río que viene del cerro redondo, me paro y observo el

agua saltando por el cauce y yéndose hacia las profundidades de los barrancos de la izquierda.

Por la derecha y atravesando las tierras llanas de la vega viene el tramo más joven de este río, recién salido de los manantiales de la ladera del cerro redondo. Al frente me queda el eje central de la amplia vega, con las aldeas blancas, los huertos, los caminos que los visitan, los prados llenos de ovejas y al final del todo, la lejanía azul del horizonte descansando en la espesura de los grandes bosques de pinos recios.

A la derecha, entre el eje central del valle y el tramo mayor del río que se aleja, arriba y descansando en la ladera del collado blanco y bajo la peña verde, la aldea hermosa besada por el sol que al nacer le da de frente y también repleta de vida pero quieta aunque engalanada y esperando el momento.

Si desde el puente del camino ancho del río que riega la vega y se pierde por el lado en que me late la vida, miro y ordeno, advierto que lo que más se ve es la aldea nieve que descansa y se derrama en la ladera, bajo la magnífica peña verde y la solana sembrada de huertos. Se ven sus calles estrechas surcadas por los que van al campo o vienen de las ovejas, las puertas de las casas recién regadas, las macetas verdes colgando en las ventanas, apoyadas en las aceras o sobre las paredes de las fachadas y a lo largo de las calles estrechas que se cruzan y se pierden en el campo.

Se ven las paredes blanquísimas de cada casa, las calles empinadas y bellamente adornada que suben al collado por donde la peña se agarra a la cumbre, las

nogueras grandes, junto a los arriates de rosales, sembrando de sombra y verde las puertas de las casas y arriba, más pegado a la majestuosidad de la peña, la casa limpia entre las bellas donde viven los dos con sus hijas gemelas. La yegua en la puerta y ya aparejada, las aguaderas puestas, dentro las barjas con la comida para el día, el cabestro y ellos preparados para salir e ir a la siega.

Si desde el puente que da paso al río claro que repleto baja repartiendo sabia por la vega, sigo mirando, los veo subir por la calle empinada, salir por la parte de las tierras del collado de la peña, meterse por la senda que escoltan los almendros y al poco, penetrar en el trozo de tierra sembrada de trigo que blanquea. Los veo amarrar la yegua, colocar el hato bajo la sombra de la noguera, preparar las hoces, los dediles, los sombreros y al rato, ponerse a segar la sementera. Los veo llevando los haces a la era, extender la parva, enganchar el trillo a la yegua y bajo el sol dorado que ya pica, dedicarse a la faena de la trilla.

Cerca, sólo unos cuantos metros de la era donde ya ellos están aventando las mieses para separar el trigo de la paja, crece el cerezo y en su sombra se ponen las gemelas para descansar un poco al tiempo que se limpian el sudor y respiran el aire fresco que mana de la vega. Y como por entre las hojas verdes todavía tiemblan las cerezas de la cosecha presente, porque el cerezo en estas tierras es más tardío que en otros lugares, las cogen ellas y mientras descansan de la trilla bajo las ramas del viejo noble, saborean el agridulce zumo de las perlas rojas que este año todavía se mecen entre las ramas tiernas del árbol que regala vida.

Si ahora, esta mañana, me voy por el camino que cruza el puente y me llego hasta el rincón del trigo de plata, la era de viento y el cerezo de perlas sangre, donde toman la sombra y cuya fruta blanda al viento tiembla, con mi presencia ¿a ver qué traigo por aquí que no tengan ellos? Y cuando pasen cien años más ¿a ver quién se acuerda de este cerezo, su sombra y la yegua, de no ser Tú, yo y el latido eterno que mana de esta tierra?

* **HOY ES SÁBADO** y ahora que acabo de despertarme, quedamente miro soñoliento a ver por dónde y cómo viene el día. Todavía es temprano porque no se ven claramente las encinas de la ladera ni los álamos de la fuente que mana bajo la peña “colorá” ni la profundidad del valle por donde suben las ovejas. Sólo se distingue claro la raya del horizonte que por encima de las cumbres grandes, viene asomando. El resto del campo, con las fuentes que brotan, las ramas de los bosques que tiemblan al viento, los arroyos que corren y los pajarillos que cantan, todavía duermen un poco como yo: entre dos velas mientras va llegando el nuevo día.

Desde mi tienda plantada en medio del campo, como sabes, al lado mismo de este arroyuelo nuestro, frente al valle y cara al día que se alza por detrás de las cumbres que me muestran el horizonte blanco, miro quieto, observo, gusto y siento sin tomar ninguna decisión. Las perdices cantan algo más abajo y tan aprisa que parece que están deseando que el día llegue para venirse por la hierba de la llanura y bañarse en el chorro que baja de la fuente. Nunca sé si cantan porque desean otra libertad a la que ahora mismo tienen o si cantan

porque es su tiempo o es que ellas deben cantar en cualquier momento, siempre que comienza a rayar el día nuevo.

La aurora que llega no habla, sólo arropa con su silencio y sin pedir permiso se mete dentro del alma para sorprender a los sueños que todavía no han regresado de sus mundos de colores ni de los campos de batalla. Abro mis ojos sin apenas ganas y cuando vuelvo a ver que aún el día viene bajando por el camino viejo que le entra al valle desde la solana del monte espeso, quiero seguir durmiendo pero ya no puedo. Mi pensamiento acaba de tocar diana y en la puerta está golpeando con la prisa del que tiene poco tiempo y antes de irse quiere dejar cada una de las cosas en el sitio que les corresponde, ordenadas y claras.

Hoy es sábado, un largo día bello, que viene cargado de grandes y vivos trozos de corazón y alma y por eso, a pesar de tanto y entre tanto, estoy durmiendo. Quisiera despertarme y al mismo tiempo no lo quiero. Quiero hablar contigo y decirte lo que, según va llegando el día, estoy viendo y siento y aunque lo primero es ordenar el camino y encontrar la palabra, también quiero no despertar de este sueño bello.

Es hoy un sábado que entra sereno y por ello ya no dudo que Tú estás ahí, dándole cuerpo pero como lo palpo tan cargado y ahora no sé por dónde entrarle para cogerlo, por esto me despierto con la duda que tengo.

II Entre otras realidades, debo enfrentarme, y ya he dicho que no quiero, al campo de batalla de donde acabo de venir ahora mismo. Del rincón que bien los dos

conocemos y ellos por allí luchando, he visto tanto, que al menos tres cosas tendría que decir para aclararlo pero dos de ellas las voy a dejar en espera del día nuevo.

La otra gran verdad que a lo largo de la noche ha luchado conmigo solo, con ellos y estos campos, es la que Tú ya sabes: la que más duele. Te la digo para así ir ordenando las cosas: ahora quieren vender estos campos nuestros. Ya han vendido algunos de los trozos que más queremos y como les ha gustado porque algo ha salido según sus deseos, van a seguir adelante y parar sólo cuando ya no tengamos ni una fuente limpia donde beber al volver de nuestros paseos.

Anoche me los encontré subastando los caminos viejos que desde hace tiempo se borran y como no estoy entre ellos ni tampoco puedo hablar, me cogieron en medio y cuando quise acordar ya me quemaba el fuego. Me dijeron que estaba estorbando y que si no me quitaba de allí y de aquí, irían contra mí. ¡Ya ves Tú yo quién soy y lo que pinto entre ellos y sus asuntos! Si no fuera por Ti, este arroyuelo que me has prestado, la aurora que cada día me regalas y el sueño con el que me remonto sobre el valle, los caminos y las fuentes ¡ya ves Tú quién soy yo, lo que puedo y lo que tengo!

Pero anoche, mientras me venía de los campos, me metía en mi tienda montada en el rincón que por unos días también me has prestado, y me acurrucaba al calor de mi propia alma y entre las sábanas limpias y perfumadas de tu cariño, oí lo que decían: venden el valle con el río entero, sus charcos azules, los álamos verdes y las praderas de la hierba. Venden los arroyos que bajan por la ladera, las fuentes, los manantiales, las sombras de

las encinas, las cuevas con su hiedra verde y la soledad de la llanura que tenemos a media cumbre. Venden los caminos viejos con los recuerdos y el eco de los pasos que sabemos, el viento que acaricia suave, el canto de los grillos y el brillo de las estrellas. Venden las ovejas con su pastor, las ruinas de los cortijos, el fresco de la sombra de las nogueras y los chorrillos de agua que las riegan.

Tú fíjate: lo venden todo cogiéndonos a nosotros en medio y hasta sin pedirnos permiso. Y claro: por esto y algo más, es por lo que estoy hecho un lío y necesito preguntarte: ¿Tú no eres dueño absoluto de las joyas que venden? Y te pregunto más: ¿No eres Tú Autor y Creador Supremo? A mis hermanos los pastores y a mí, ¿no nos regalaste este sin par edén tuyo? ¿No te oí decir que la fuente, junto con el arroyo, las zarzas y los ruiseñores que cantan al alba, nos pertenecen por la ley del amor? ¿No oí que hablando con los pastores libres, les decías que la pradera de la hierba verde, los tornajos donde se remansa el agua, la soledad de los campos, la sombra de las carrascas y hasta el silencio y la nube de los truenos y granizos, les pertenece porque Tú se lo regalaste? ¿No has dicho Tú esto y más cosas que escritas están y ahora quiero callarme?

Pues si es así: ¿por qué lo quieren vender hasta con nosotros incluidos y sin pedir permiso? Todavía metido en mi tienda, mientras veo que el nuevo día va llenando con su claridad los campos, sigo quieto. Acurrucado al calor de tu cariño y la música que me llega del arroyo que aquel día me regalaste.

III - Los que se acercan hacia el valle y vienen aún por los siempre viejos y nuevos caminos que pasan por

donde el río se angosta, ni siquiera se les ve con claridad porque la luz del sol que nace, es poca. Suben siguiendo a sus ovejas que avanzan lentas y cansadas, ya muchas cojas, y llegan con la ilusión latiéndoles porque pisan las tierras que les pertenecen, su cuna, su casa y el aire que al respirar ensancha el alma. Ellos son los pastores de las tierras altas que vuelven con sus rebaños, el hato de pan duro, los perros ovejeros, las miradas siempre puestas en los borregos que retozan y entre los días y las noches, en el pecho latiéndoles la esperanza. Creen que en las llanuras de arriba, donde siempre brotan los manantiales caudalosos y la hierba tiñe el paisaje de hermoso verde, la primavera se derrama grande, cogida de la mano de tardes de lluvias fabulosas.

Una manada se esparce por los primeros pinos de la llanura del valle mientras la otra todavía anda salvando las rocas difíciles por donde va el camino. En cuanto terminan de cruzar el cañón del río, en la casa vieja que llevan dentro y desde hacen tanto, conocen, se van juntando. Con la emoción de los recién llegados a la tierra prometida que mana leche y miel, echan sus primeras miradas al valle y enseguida comprueban que por aquí tampoco ha llovido mucho este año y se dicen que en cuanto llegue el mes de agosto tendrán que alimentarlas con pienso. Quinientos borregos, más las que son parideras, los carneros, las que ya están viejas, el sol quemándolos, la soledad, la briega callada y un verano tan seco, en la planicie árida de los campos que aplastan, ¡qué tremendo Dios mío! Pero, aún así, ¿por qué y cómo van a perder la esperanza?

Desde mi lugar recogido en este despertar sereno de una mañana de sábado claro, los estoy viendo, sin que

ellos lo noten y sé que vuelven. Dentro de un rato, en cuanto el nuevo día termine de remontarse un poco, comenzarán a subir por la ladera donde al otro lado ya se encontrarán con sus casas. Y desde este despertar, en el que me fundo sin despertarme del todo, a la realidad del día que llega, me acurruco en las sábanas perfumadas de tu amor, como queriendo huir, y te vuelvo a preguntar: ¿podrán ellos, rumbo al hogar que les espera y sabe a miel, avanzar por los caminos de siempre? Si ya están cortados y sin quererlo se meten en las tierras que han dejado de ser suyas aunque les pertenecen ¿podrán ellos seguir atravesando los campos con sus rebaños de ovejas en busca del hogar que acoge y las llanuras que sueñan?

Y si desde el rincón que me abriga y todavía este sábado, el sol no ilumina del todo, los veo llorar impotentes, como aquel día en el puerto que conozco, dime Tú, Dios mío, ¿debo yo intentar hacer algo por ellos? Y si debo ¿dime qué, cómo y cuándo? Puede que no sea del todo conveniente pero quizá este sábado que tan dulce se presenta en esta mañana joven que no quiere acabar de nacer, quizá es mejor que siga en mi cama y de mi sueño no despierte.

* **DE ESTOS QUINCE DÍAS** que no ha parado de llover y la llanura de nuestro valle, con su viejo camino, los arrieros durmiendo bajo las ramas del quejigo de la curva, sus burros en el prado, la casa de paredes de piedra, ella y la hija que se marcha a la ciudad y el hijo que cuida las ovejas, el alimoche entre las gallinas y las hormigas trazando caminos por la hierba ¿qué quieres que te diga? Que estoy un poco extrañado porque nunca antes, por estas fechas, ha llovido tanto como ahora. La lluvia

cae sin parar durante el día y la noche y es tanta que por momentos tengo la sensación que no va a cesar nunca más. Que se cierra para siempre en un diluvio como el de aquellos tiempos y cualquier tarde, mientras espero, llega el fin. Sólo a ratos, y estos cortos, sale el sol por algún roto de las nubes pero no tarda en ponerse otra vez oscuro y la lluvia vuelve, monótona pero fija, a lo largo de otra noche y otro día.

Amanece el día sexto y el cielo cubierto con más nubes espesas, negras y repletas de agua que no deja de caer sobre el valle, la llanura nuestra por donde el arroyuelo ya corre más lento buscando el río, las laderas al otro lado, las cumbres y este barranco por donde salta el pequeño arroyuelo. Es como un inmenso mar de cristales pequeños, tupidos y persistentes que continúan convirtiendo la llanura en pura laguna que rebosante chorrea. Hace un momento ha vuelto a salir el sol y como el cielo sigue encapotado, las sombras densas de los nubarrones oscuros, se proyectan en los paisajes y todo se tiñe de gris, además de la humedad y los charcos que se amontonan en las llanas tierras. Pero enseguida las espesas nubes, a torrentes siguen derramando sus gotas frías.

El camino de los arrieros, que viene desde la angostura del río y recorre el valle, se le ve solitario y el quejigo donde siempre se detienen a pasar la noche cuando suben por la llanura, se pierde entre las mil gotas de agua y la niebla. Los burros no pastan por el prado y en la noche, mientras los arrieros duermen, no rebuznan ni se van por otras dehesas. Hace ya tiempo que por el camino no pasa nadie y hoy menos que otros días.

La casa pequeña de las dos ventanas, la entrada chica y la higuera en la puerta, se le ve cerrada y aunque si se oyen dentro, la madre hablando con la hija y el muchacho, algo enfadado que sale y se va tras las ovejas, tampoco se les ve. Hace tiempo que la joven recogió sus cosas, recibió, en la mano, unas monedas de la madre, se puso en camino y por la senda que recorren los arrieros y entra valle arriba, se fue a la ciudad en busca de otra vida mejor ¿más bella? Por la puerta se quedaron las gallinas picoteando y buscando cigarrones o grillos por entre la hierba y entre ellas, el alimoche manso que un día el joven recogió herido en los acantilados de las cumbres altas. Tampoco hoy cacarean las gallinas ni canta el gallo de la cresta roja, al lado de la fuente, subido en la piedra.

En el puntal del cerro que baja hasta el río por donde crece el quejigo donde duermen los arrieros en las noches de estrelladas, el muchacho joven, hermano de la niña que se ha ido a la ciudad buscando fortuna, debería dar vueltas siguiendo a las ovejas, acompañado de su perro mastín y el pastor mayor pero no se le ve y en su lugar y el de las ovejas, sí se amontona soledad, el camino lleno de charcos, la lluvia cayendo a torrentes y borradas las huellas.

Las hormigas que tanto pueblan las tierras ricas de esta llanura nuestra, no van hoy por sus sendas de plata entre las hojas verdes de la hierba fresca. No suben por las piedras tapizadas de musgo ni pueblan los troncos de las encinas viejas, siempre cargadas con semillas, cigarrones muertos, mosquitos de entre los juncos del arroyo o alguna rana seca. Las hormigas hoy se ahogan en sus galerías subterráneas en espera de que acampe y

el sol caliente la pradera. Por los orificios de sus hormigueros, mana el agua que ya escupe la tierra y por las sendas lisas que tienen siguiendo la ladera, corren chorrillos delgados que buscan el arroyo de las aguas serenas.

De la ladera que me queda frente al rincón escondido, caen las cascadas repletas, pequeñas, más grandes, turbias, brillantes y saltan por las piedras de las rocas alargadas, se estrellan contra las matas de sabina, se pierden por entre la greñura del bosque a mis pies y desbordadas se vuelcan a los arroyuelos que reventando se despeña en busca de los cauces mayores. Por el lado de abajo de las paredes rocosas y las rocas que por el monte ruedan sueltas, ya brotan cien manantiales primerizos que salen por cualquier madriguera de conejos o rajas en las piedras. Son como ríos subterráneos que revientan por donde pueden y en el momento que menos lo esperas.

Miro a la llanura y por ella veo los cuervos siguiendo a las cabras monteses que en papados unos y otros, caminan cansinos, perezosos, indecisos, sin saber a dónde ir ni qué hacer. Se les ve moverse a pasos lentos, con los pelos y las plumas chorreando y avanzando con pesadez, agotados ya de tanta agua. Por debajo de ellos y algo más lejos, se mueven las urracas saltando por las piedras y buscando alimentos sin fuerzas ya para sacudirse el agua que tanto les chorrea.

Mientras la noche corre, estoy atento porque me gusta oír lo que pasa en el mundo que me rodea y en primer plano se oye despeñarse nuestro arroyo con un sonido nuevo cada día, cada hora y hasta cada instante.

La cantidad de agua que por él baja y su color, cambia de continuo. Más grande ahora, algo más moderado dentro de un rato, tranquilo y con tonos viento, cuando cae la tarde pero siempre robusto, grandioso y lleno.

Más lejos, en segundo plano, se oye el bramido de las otras corrientes, la del arroyo que baja del paraje donde ella tuvo su casa y cultivó las tierras para alimentarse de tomates, patatas y algunos caracoles, la del otro cauce que se junta al de ella por donde las peñas tajadas y luego caen por la cascada larga, siempre blanca y grandiosa. La del río, que aunque más al fondo, el rumor de su corriente, su música, su melodía nueva y siempre vieja, su invitación de amigo bueno, su quejido, su dolor de muerte y llamada afable, en la noche me llega recia, cascabeleo, señorial, tenor, potente.

¿Oír la noche? ¿El redondo silencio enredado en el lenguaje misterios, dulce y agrio, de la lluvia, el arroyo y la sombra nocturna...? De estos quince días sin parar de llover, el bosque del barranco casi perdido en la nieblina, la llanura que tanto queremos por lo que tan hondo llevamos y ahora tanto manar ausencia, el camino grande por la curva de los granados y las nogueras viejas, las zarzas creciendo en las eras y por donde estuvieron las casas y las piedras rodando ¿qué quieres que te diga? Que eres Tú que caes en lluvia y estás tan cerca que me estrujas con tu mano el corazón y lo esponjas y me besas y aunque es verdad que mil cosas faltan, estás aquí con ellos, con migo y con la tierra.

* **DE ESE RODAL DE TIERRA** negra que se esturrea en lo más alto del cerrillo, lleno de cardos borriqueros y ortigas de hojas anchas que tiemblan al

paso del viento y pican si las toco, ¿qué quieres que te diga?

Porque fue ahí, Tú bien lo sabe y yo lo vi, donde, sentados cerca del último montón de carbón sacado de la última encina de la tierra, aquel día los vimos por última vez, saboreando juntos su último trago de vino casero, bebiendo el último sorbo de agua de la fuente, asando el último trozo de tocino en las ascuas del tronco de la encina y comiendo el último trozo de pan que dos día antes habían cocido en el horno de leña de la puerta de la casa.

Del rodal de tierra negra, restos del carbón que salió de la encina gorda y vieja y que en lo alto del cerrillo, abona vastas hierbas ¿qué quieres que te diga? Que a pesar del tiempo, me sangra como las ascuas de la carbonera, aquella última tarde cuando los despedimos y que desde entonces sigue en silencio y, muda espera a que me acerque y de ella coja un puñado, que la bese y conmigo me la traiga para recuerdo perenne. Pero aquel momento, sus caras, sus figuras, sus huellas aquí grabadas en mi corazón ¿cómo las borro?

* **LA FUENTE,** principio de la llanura hermosa y donde el cerro redondo acaba, la tarde, el correr del agua y ellos ahí sentados ¿crees que se me olvidan? Las ovejas que pastan y con el ritmo del día que se va, avanzan dirección a donde sale el sol. Remontan el collado, por el centro y siguiendo la cara que la montaña ofrece al valle de las aldeas, atraviesan los pinares y continúan remontando. Con la tarde que se va coronan las sendas altas de la cumbre y buscan las tierras llanas donde duermen cada noche. En lo más elevado, casi a

dos pasos entre las estrellas y el cielo y dominando el valle, las aldeas, la extensa llanura hermosa, los pinares a lo lejos, las otras cumbres, las soledades, los caminos secos y los ríos que corren llenos.

Los cencerros y los balidos de las madres buscando los corderos, los pasos temblorosos de la niña que las sigue, mitad ya pastora en sus sueños y la otra mitad aprendiendo la verdad de la tierra, el monte que las roza, las peñas, la hierba verde y la llanura que tan llena de primavera, no se pierde nunca de vista ni se aleja, sino que se le ve ahí mismo, a los pies mientras se asciende a la cumbre y siempre es seria. Bañada de rocío al salir el sol y hermosa, sembrada de luz a lo largo de todo el día, llena de perfume a la hora de la siesta y vestida con su gala más grandiosa al caer la tarde.

La fuente en la ladera, el sol que cae y por encina de donde mana, la pendiente, los piornos, las mil piedras sueltas, el rodal de nieve todavía blanca, los majoletos, la otra fuente más pequeña, las flores solitarias que entre las piedras, se abren libres, llenando de color y olor la aridez de la montaña y arriba, al final del todo, la cumbre, los azules brillantes y limpios, el cielo y al otro lado y más abajo, las aldeas.

La fuente en la ladera, el agua corriendo limpia, los álamos temblando al paso del viento frío de la tarde, clavados solemnes, esbeltos y recios en la tierra al borde de la alberca, el arroyo chico con su brecha en la pendiente y entre la hierba alta que la fuente riega, los pastores sentados al calor del último rayo de sol que el día deja, las ovejas que pastan, llenando la pradera y mientras suben a la majada de la cumbre, ellos charlan.

Su voz de montes espesos, primaveras reventadas, arroyos colmados de espumas, charcos y cascadas, sus manos ásperas de enfrentarse a la vida desde que supieron andar y cada día con la lucha callada, la briega que ennoblece y riega de sudor la tierra, sus caras arrugadas de tanto rozarlas los amaneceres de hielo, las mañanas de escarchas, las siestas de luz y fuego, las tardes de nieves blancas, los anocheceres de rocío y niebla y la soledad de los campos, las montañas, la luz blanca reverberando en las rocas plata y la monotonía de las horas largas. Sus ojos transparentes de brillo inmaculado que trasluce el beso largo del silencio, el juego de las estrellas, el canto de los grillos, los caminos que se pierden y se enredan detrás de los rebaños, las flores en las vaguadas y sus borregos: copos de nieve que retozan y no paran, soñando, como ellos, en la gran mañana.

La fuente, los pastores, las ovejas, los álamos, la tierra, las horas monótonas y el viento que pasa, el temblar de la niña que los sigue y sus perros grises, en la tarde que se aleja y esta caricia amable que siento por mi alma, ¿no eres Tú que te abres y en melodía dulce me hablas y me hablas, me gritas, me quemas, cantas y juegas en la llanura por la hierba y retozas y besas y les dices y me dices que nos amas a pesar de tanta nieve, tanta soledad, tanta dureza, tanto esperar que sea mañana?

Los pastores, las fuentes que manan, las tardes, la música del pájaro que salta, el agua que corre y este débil dolor que dentro me agarra ¿no eres Tú, Dios mío, que a pesar de todo, nos quieres y nos abrazas?

* **EN LA CURVA DEL CAMINO** viejo que tanto hemos recorrido y que ahora ya no es nuestro, donde el arroyo se cruza y estuvieron las encinas que se llevaron por delante, todavía sigo entretenido con mis juegos. Deslizándome por la torrentera desde el tronco viejo del quejigo que se tuerce para el charco estrecho, donde al otro lado se esconde el agujero que tanto fue cama y lecho de los jabalíes y cobijo amable de los mochuelos.

En la curva del camino viejo que tanto hemos recorrido y que después de tantos años, tan claro aún recuerdo, se encontraba la piedra gorda que miraba y se asomaba a las aguas de este arroyuelo. La que fue nuestro escondite, atalaya, mirador, amiga, asiento, compañera y mudo testigo de nuestras algarabías y sueños y conoció del latido, entusiasmo y dolor de los arrieros que bajaban de los cortijos de las cumbres e iban a los que por las llanuras ya murieron. La piedra gorda que desde aquellos años aquí conmigo llevo dentro y guardo con el cariño del primer recuerdo que de Ti, en esta tierra, tengo:

Te lo digo, aunque Tú ya lo sabes, sólo para desahogar un poco mi pecho: la roca grande que para nosotros fue todo un mundo bello, ya no está ni el quejigo ni el lugar donde hacían sus nidos los mochuelos. Ayer tarde, cuando se ponía el sol, yo vi con mis propios ojos como a barrenazos la rompieron porque estorbaba para que pase el camino nuevo, que valle arriba, vienen trazando desde hace tiempo.

* **Y AQUEL JARDÍN VERDE** que al lado derecho del valle, Tú me regalaste y recorríamos cuando yo

pequeño y por donde tanto me gustaba perderme, en busca todavía no sé, de qué dulce sueño, por entre las madroñeras espesas, durillos altos y bellos, encinas como montañas y arrayanes y brezos de flores blancas, y madreselvas que densas arropaban troncos añejos, tiñendo de oscuridad la tierra, de perfume el recio viento, de manto verde toda la sombra y agua de manantiales con sabor a cielo fresco.

Aquel jardín tan primoroso que tenía su comienzo en el collado de en medio y bajaba por la ladera toda llena de romeros hasta el mismo río grande que corta el valle por su centro, subía por el lado derecho hacia la fuente de los fresnos y terminaba justo arriba, en los estrechos de los arroyos nobles que descienden de los huertos de nuestros pastores amigos, que ya tampoco tenemos. Aquel jardín con sus sendas tan llenas de ovejas blancas y tantos y tantos arroyuelos, tantas orquídeas doradas, tantos pájaros con sus vuelos y las tardes con el sol cayendo y las mañanas de hielos.

Aquel jardín con su pradera pequeña, el cortijo, las higueras y por el barranco los majuelos, no sé cómo ha pasado pero ya tampoco lo tenemos: la otra noche lo vi convertido en humo negro que se alzaba desde el valle entre columnas de fuego.

* **ME SIENTO RECOGIDO** entre las matas del espacio pequeño que aquel día me diste y donde, entre tanto, vivo y duermo y cuando ahora, este amanecer, abro mis ojos y despierto miro por el hueco que las rocas, el pino y el cerro que al fondo me tapa el cielo, veo que asoma la débil luz de otro día con que me premias, y

aunque eso sí, lo siento bello, algo me asusta, sin que seas Tú, y tengo miedo.

La nube blanca que alargada, ancha y en forma de escalones hacia la cumbre de lo lejos, al besarla el sol que nace la torna en oro y fuego, la niña de espuma que hace un rato ha bajado al río y en la arena ha cavado un agujero que llena de agua con sus manos y ahora busca peces y ranas para atraparlos y ahí meterlos, la carreta que chirría cargada con los maderos que han cortado por el bosque y tirada por los bueyes lenta baja por el camino viejo, la casa aplastada entre las zarzas con su camino de humo blanco alzándose por el viento hasta perderse y fundirse con la niebla húmeda, cual día de invierno, la viejecita que en su cama de madera seca, se apaga con el tiempo sin decir ni amén pero sí hermosa por dentro porque te quiere y te siente Padre bueno, nada de esto ni otras muchas cosas me dan miedo.

Sé que no estoy solo y como tengo que comer, andar por los caminos, vestirme, hablar, decir lo que siento, tocar y coger aquello que necesite, rozarme con otros, responder de lo que me encargan y si es posible, devolver el doble y perfecto y aunque no quiero sino besarlos, pedirle perdón en cada momento para que se sientan dignos y nunca puedan decirme que los molesto, no sé qué me pasa pero ahora esta mañana, en mi corazón tiemblo y no eres Tú ni los humildes sino ellos, los que me dan miedo.

* **AL COMENZAR LA MAÑANA,** he subido al cerro que está cara al sol y en medio tiene un peñasco redondo. Miro la ladera que me queda enfrente y la veo toda cubierta de monte oscuro. La sombra que proyecta

la luz de esta aurora, se derrama sobre el espeso bosque y al mezclarse con la bruma que sube del valle, los rayos oro del sol que le entra por la cumbre y el frío que corre, parecen sólo misterio. Trescientos metros por debajo de aquel pino, el arroyo que desciende por la ladera, no se funde con el río que corre por nuestra derecha. Allí mismo se ve una casita blanca, ya casi caída de tan vieja. La construyeron los míos y un día la tuvieron que dejar. Ya está medio caída o más bien, caída del todo porque la hierba y el monte, crece en la misma tierra donde se apoyaban las paredes. Parece que el misterio, aunque se mueve por aquí cerca, se esconde al otro lado de la cumbre.

El misterio, cuyo color desconozco por completo y por cuyos paisajes nunca he pisado pero cuya belleza intuyo en este momento ¡qué bello y qué dulce sabe en estas horas tiernas del mes de marzo! ¿Verdad que allí parece encontrarse el final de la meta? Pero ahora mismo y Tú aquí: ¿a que parece que no deseas irte? ¿A que pasa el tiempo y no lo sientes?

Cuando creía que iba a estar tres días subiendo montañas, ya lo veo: desde este peñasco redondo, alzado en la mitad y frente a la mañana, tengo el barranco a mis pies, el campo sereno, con sólo algún pajarillo que canta por entre las encinas de la ladera y un poco de viento que corre, sin ser fuerte. Y eso: aunque parece un día triste, en el fondo es bello

* **TÚ YA LO SABES pero** decírtelo me sirve de consuelo: a veces, en mis paseos por estos campos, descubro que me estoy haciendo viejo. Cada día aquellos recuerdos me llenan el alma y porque una gran parte de lo

que soy se quedó por allí contigo y ellos y aunque el tiempo ha seguido adelante y no he podido venirme del todo, me encuentro raro en este presente

A ratos paseo por los alrededores de este arroyuelo, siempre meditando y siempre con el rincón de las cuatro encinas dentro. Ellas crecen entre las pierdas que fueron paredes en las casas que ya no están, cerca del arroyo, al borde mismo, antes de nuestra llanura. Se salvaron y todavía no sé cómo y ahora, los jabalíes a ratos y yo en otros momentos, somos los únicos que aún por aquí venimos, las tocamos, las miramos y las queremos.

Una de estas encinas, la más vieja y de tronco retorcido, da bellotas gordas cuya parte comestible es dulce como las castañas. Recuerdo y recuerdo que cuando en aquellos tiempos vivíamos por aquí en libertad, en cuanto llegaba el invierno y las bellotas maduraban, mañana y tarde recorría el rodal de tierra donde crecen. Mil veces trepé por este tronco negro en busca de sus frutos, mil veces llené los bolsillos de mi pantalón y mil veces, sin notarlo yo, me quedé por aquí eterno.

En mis paseos, en este presente clavado en aquel pasado, yo no trepo por el tronco de la vieja encina. Busco por el suelo o por las ramas bajas y recojo las bellotas que tanto me gustan pero ahora, al ver esta encina y al sentirme de nuevo bajo la sombra de sus hojas verdes, al contemplar colgando los negros frutos, al gustar la música que mana del arroyo nuestro corriendo casi por debajo de ella, ni el tiempo puede borrar la imagen de aquellos momentos.

Aunque paseo, medito y te llevo conmigo no queriendo morir hasta el día que Tú lo decidas, ya nada es igual a lo de aquellas tardes en que fui niño y mis padres estaban. Hasta los frutos de la encina me saben de otro modo. Siento emoción sólo tocarlos, llenar hoy de nuevo mis bolsillos y cuando los parto como mi boca, en esta tarde que me arropa y que hace tanto se fue estando todavía aquí presente, quisiera compartir estas bellotas con aquellas personas que llevo en mi sangre latiendo. Pero no: me estoy haciendo viejo de tanto pasear por estos campos y tanto recordar aquellos tiempos.

* **PASAN LOS DÍAS.** ¿Frente? La sierra, la eterna y hermosa sierra donde he nacido, he luchado, he amado y llorado en los años de mi juventud y ahora en cada segundo me quedo mientras se apaga mi aliento. Sobre ella, hoy nieva desde por la mañana hasta por la tarde. Rueda el silencio, como siempre, respirando, exhalando el tiempo que salta de un siglo a otro inmutable y eterno. La nieve es como en aquellos días: suave, blanca, fría, limpia como el latido que me mantiene vivo y con ternura, sigue dañando mi alma mientras se me caen las lágrimas y noto que sólo Tú permaneces a mi lado dándome apoyo y prestándome calor.

Saboreo la sensación de la soledad total. Me noto por completo extraño no sólo en la tierra que piso sino entre las personas que me rodean. Sin ni siquiera un centro de querencia ni un punto de apoyo que no seas Tú. Como si estuviera flotando en el vacío, sin poder irme de este mundo y sin pertenecer a él ni en lo más leve. Cruzo mis brazos y sigo mundo con la única esperanza y fuerte de que por fin llegue el momento. ¡La tarde y la sierra con su nieve, Dios mío qué tremendo desde esta cárcel mía!

* **QUE LOS MOMENTOS** se mantienen vivos y no se apagan ni con la distancia ni el tiempo, eso Tú lo sabes y yo que estoy aquí de pie frente a las horas y los paisajes. Te lo digo por lo de aquella tarde y mi corazón latiendo entre los arroyos, las zarzas y los hondos barrancos de las rocas donde se quedaron, para siempre mis cabras.

El camino sale justo de la misma casa blanca que se alza sobre la roca dura del final de la llanura. Mi casa para siempre y desde aquel día que permitiste que se grabara en mi espíritu. El camino pasa por debajo de las encinas grises de los tres cerrillos, vuelca el collado oscuro y antes de meterse en el arroyo grande de los dos pinos, en su tierra roja, remansan los charcos de perlas que aquel otro día brotaron de mi corazón. El camino se curva donde las sinfonías volaban desde las cascadas y justo donde los dos arroyos se besan, un ramal se viene por la derecha para meterse por los zigzags de las carrascas y el otro se adentra por entre las zarzas, los olivos grandes y remonta a la tierra llana donde los cerdos se amontonan bajo las encinas de la dehesa buscando las bellotas. Donde aquella tarde de lluvia tanto corrí detrás de la manada.

El camino de mi alma, aquí mismo se transforma en tres y desde la fuente que derrama su agua y pedazos míos, en los tornajos de madera, y donde tantas tardes he jugado y al comienzo de la vaguada, llanura de las viejas encinas, se divide en cruz para irse a cada una de las tres casas. Recuerdo la llanura de las encinas viejas empapada de agua y escurriendo después de las lluvias, verde y teñida de sol en la primavera florida y

tapizada de pasto plata en los días de verano. Recuerdo las dos casas en lo alto de ambos cerrillos asomadas, conmigo, a la vaguada de los tornajos del agua, recuerdo la senda del centro y yo caminando y aquella luminosa mañana mis cabras subiendo por entre las jaras en la ladera de las paredes de tierra de otra de las casas.

Recuerdo como todo transcurrió con la puntualidad y detalle que deseaban los del cortijo grande y cuando empezaba a caer el sol, recuerdo como remonté al cerro de las rocas esculpidas y llamé a mi rebaño. Ya era la hora del regreso y lo que esperaba y deseaba es que mis cabras bajaran de los picachos a la llanura para encontrarse conmigo. Aquí mismo daría media vuelta y por la senda que sube hasta los tornajos, regresaría con ellas siguiéndome por entre las encinas, los olivos, los arroyos de los pinos, el collado oscuro y vendría a dormir, como tantos días, a nuestra casa. La de la llanura grande y que se cimienta sobre las duras rocas grises del puntal. Esto era lo que yo quería aquella tarde y mientras las llamaba, sucedía así hasta que descubrí que faltaban muchas.

La mitad, con el macho blanco al frente, las tres romeras, las dos negras y los chivos de colores, bajaban por la senda de la cumbre filigrana y se venían conmigo, siguiéndome dócil, como desde siempre había sucedido. Pero la otra mitad, la del macho grande y las hembras preñadas que por ser jóvenes, se envalentonaban por las rocas más complicadas y los barrancos más pronunciados ¿dónde estaban?

Dije a las que me habían seguido que me esperaran en la llanura del rocío nácar y subí por la

delgada senda que lleva a la cima de la cumbre, justo a las rocas labradas donde estaba el chozo del pastor de aquellas tierras altas. Me asomé al barranco de las profundidades abismales, rocas tajadas, laderas amplias y empinadas y con el aliento contenido porque la visión de esa parte de la sierra, pasma, me puse a mirar y a llamarlas.

Y Tú sabes como yo, que la tarde fue yéndose y mientras la luz por los barrancos se apagaba, mi alma se llenó de miedo buscando, llamando y mi voz por las lejanía temblaba sin que apareciera ni el más leve ruido ni la más ligera sombra de mis cabras. Sólo la profundidad de la gran sierra quebrada, la niebla vaporosa por los barrancos y cárcavas de las otras cordilleras, los horizontes de las cumbres perdidas que se borraban y el vacío gigantesco de las profundas hondonadas donde lo que más parecía existir era el retumbar de tu llamada a mi llamada.

Recuerdo yo aquella tarde, el chozo de aquel pastor, las rocas colgadas, los buitres volando y más allá de las últimas y elevadísimas cumbres, la presencia adivinada del pueblo misterioso y yo allí, sólo un poco asomado al abismo y con mi alma asustada. Recuerdo yo aquella tarde, tan solo y frente a mi cara, tu cara, con las cosas de la tierra y mis cabras, tan de pronto desaparecidas y la noche que llegaba. Por esto antes te decía que los momentos se mantienen vivos y no se apagan ni con la distancia ni el tiempo, eso Tú lo sabes y yo que estoy aquí todavía de pie y absorto, frente a mi cara, tu cara.

* **IGUAL QUE AQUELLA TARDE,** un poco ya entre la sombra de la noche y por detrás de la segunda casa que sobre la loma pelada, se alza majestuosa cual solemne estatua que nunca destruirá el tiempo ni la hundirán las lluvias ni la envolverán las zarzas. Tú lo estabas viendo y para que yo fuera testigo, sentí que me llamabas, desde ese cariño tan especial que me tienes y para compartir conmigo sólo algunas ráfagas de lo que ya tanto y desde tan lejano, me tienes prometido.

Me asomé al barranco que leve, más bien en forma de somera cañada, desciende desde la encina que también me traje en mi corazón, por lo de siesta y las chicharras y vi lo que pretendías mostrarme. El humilde del valle bajaba hacia el huerto que tiene a orilla del monte un poco ya asomado al balcón que mira al río. Seguía a su burro blanco y caminaba cansino por el peso de tantos años amontonados sobre sus espaldas y como la tarde empezaba a dar paso a las sombras de la noche, de entre las matas del lado de la otra encina que también es especial, asomaron los lobos.

Te llamó y me llamó y dio mil voces llamando a más personas porque sintió miedo y cono ninguno acudíamos para protegerlo un poco y darle ánimo, se deslió la faja y la comenzó a arrastras al tiempo que con su vara de castaño viejo, daba golpes a las piedras y a los troncos de los pinos, intentando asustarlos. Siguió bajando sin parar de golpear con su palo a un lado y otro y así hasta que se perdió por los romeros que miran a su huerto, a orillas del monte y vuelca a las cumbres lejanas.

Al taparse, dejé de verlo y aunque quizá no importe mucho dentro de tu gran proyecto, sí me gustaría,

Dios mío, saber por qué me enseñaste aquello y ahora, después de tantos días, lo tengo en mi mente, presente y con la fuerza de aquel momento.

* **A TREINTA METROS DE MI LUGAR,** junto a este arroyuelo, sobre la ladera y entre los peñascos, he construido un pequeño cementerio. En esta tumba, casi de juguete y desconocida para todos los demás humanos de este suelo, tengo enterrado los trozos de corazón que, desde aquel día hasta hoy, se me van muriendo. Junto a Ti y las melodías que brotan de las aguas que se alejan, le doy compañía tardes enteras sentado frente al arroyo y a ratos, lloro. Los amos y rezo por ellos sin que nadie lo sepa nada más que nosotros.

* **Y SIGUE HABIENDO MOMENTOS** en que apetezco otros mundos, necesito irme por otros sitios más lejos. Necesito conocer personas, hacer algo distinto a lo que hasta este momento he hecho. Necesito moverme y caminar por otros senderos, conquistar nuevos horizontes para no morir en lo que ya no tiene remedio. Pero al final siempre me pregunto: es que bajo el sol y fuera de Ti, ¿hay algo nuevo?

* **¿QUE TE PREGUNTE** y me pregunte por lo que ahora, en este nuevo amanecer, me duele? Cuando en este momento oigo el silencio de la anchura que empieza a despertarse, sólo me alivia un poco decirte que me siento triste, que me inquieta la presencia real de mil matices de los fantasmas que se alzan contra mí, que me hiere la realidad que en este despertar, se me presenta y que me sabe a bien amargo, el pensamiento que me envuelve. ¿Qué es lo que me pasa o pasa para que esté tan solo?

Mientras te espero, hay ratos en los que pienso que el dolor viene del recuerdo de aquel día que tanto se parecía a este pero en el fondo bien diferente, cuando por la puerta del cortijo se movían los vecinos, ladraban los perros, ardía la lumbre, hervía el agua en los calderos, olía a cebolla el ambiente, se amontonaban los hombres junto a las llamas y se fumaba, se bebía y se hablaba.

Ya estaban preparados los cuchillos, la mejorana, los ajos y el aceite y en la “chiquera”, también listos los marranos, gruñendo y cargando más el ambiente. Ya rueda el amanecer y como tantos ya están presentes, sin que lo noten y antes de que justo el momento llegue, me alejo del cortijo y me voy por el monte para perderme y no ver ni oír ni la sangre brotar caliente ni los gruñidos amargos del animal que al amanecer muere. Hoy es la matanza y como todavía soy pequeño me da miedo y por eso me escapo y me escondo donde nadie me encuentre. Es este un cuadro lejano, amontonado y perdido entre los escombros de la mudanza y los nuevos tiempos pero si yo me he quedado entre esa chatarra ¿cómo me arranco y lo sacudo?

Puede que tampoco sirva de consuelo para lo que tanto me duele pero el recuerdo de aquel otro día, con fuerza ahora me late entre las matas verdes de la ladera y la senda que baja y sube a la fuente. Me voy por el campo ancho, por la tierra que mira a la llanura y entre los lentiscos, las jaras, las zarzas y otras matas, crecen, ya bien desarrollados, altos, tiernos y hasta alegres.

La emoción me late y mientras la mañana sube cielo adelante y las ovejas llenan la tierra de la vega, los

voy cortando, pensando ya en el momento del encuentro con los míos en la cocina del cortijo, en el olor que desprende mientras se preparan y luego lo bien que sientan y saben al paladar. Los espárragos ya están grandes y buscarlos por el campo ¡hay que ver lo que apetece! ¿Qué tuvieron aquellos años que tan vivos permanecen?

La otra imagen que ya nunca nadie volverá a ver pero que como estatua de bronce firme en mi alma florece, se acerca por el camino que llega desde lo hondo del valle. La yegua tolda que trota lenta, el aparejo, las aguaderas, la leña encima y entre los haces, sentado vengo yo. No es nada importante ni la mañana se presenta diferente a otros días pero como por la puerta del cortijo ladran los perros, picotean las gallinas, corre la fuente, danza el humo que sale por las chimeneas y varios de ellos se mueven por el rellano dirección a las tierras que en lo hondo riega el arroyo, me siento bien mientras me aproximo mecido por el trotar del animal que me trae y quiere.

Quizá no sea sustancial ni siquiera la tierra ni los caminos ni el olor a vida que en el viento se desvanece pero cuando después de tanto tiempo, hoy con tanta fuerza, de esto y de aquello late el recuerdo, mi alma triste se siente y como el presente amarga, este día que nace me remite a Ti y se abraza a lo que fue verdadero y parece que semilla de lo que será eterno.

* **SI ME VOY POR EL CAMINO** que baja por la ladera sur y desde el cortijo desciendo al río pero antes de tocarlo, me remonto por la derecha e intento avanzar a través de las rocas pequeñas y la espesura del monte,

antes de llegar a cualquier otro punto, lo primero que me encuentro, es la cueva.

Si la noche se me echa encima y la oquedad es el sitio donde siempre me refugio, porque desde la entrada, se ve el río en lo hondo y las puestas de sol hasta que éste se oculta por las cumbres altas de la sierra, si su balcón natural, en la roca a unos trescientos metros del agua y casi suspendido en el aire, es el mirador perfecto para gozar la belleza del rincón, si desde el rellano, respiro el aire del nuevo día, contemplo el amanecer, los rayos del sol derramándose por los campos, la grandiosidad del verde de la cumbre por donde siempre asoma, la corriente y todo me parece el mejor paraísos.

Si la cueva, su balcón, el río con sus rocas, el camino y la vaguada de lo hondo, me llenan en alma y sin que lo busque, siento tu caricia en el rostro, te veo en el verde de los pinos que se mecen por la loma, en el gris de las rocas de la ladera, en los trinos de los ruiseñores por entre las zarzas y me creo que en este rincón podría vivir toda la vida pero si me animo y sigo el camino, enseguida me doy cuenta que al alejarme de la cueva, la mejor de las moradas, noto que se me ha metido dentro y como tantas veces, ya no me puedo ir sin quedarme un poco y llevármela, otro poco, sin que nadie me lo diga, sé que te encuentras cerca y por eso me siento agusto, dueño del universo y libre.

Y si te digo que esta es la senda y la cueva, que aunque sigue, parece que ahí termina para siempre y por eso aquellos días me enseñó otro puñado de tus secretos más íntimos y las veredas por donde se llega a ellos, ¿debo quedarme satisfecho sintiendo que ya he dicho lo

que debía y he visto?

* **CUANDO AQUEL DÍA** llegué, vi y comprobé, sin buscarlo ni pretenderlo, me convencí de tu existencia de la forma más sencilla pero rotunda y si me vine del lugar fue porque todavía no era yo libre para decidir lo que ahora sí. Trozos como la realidad que aquel día experimenté, son los que me tienen amarrado al pasado con esta fuerza.

Si me voy con el humilde del valle, que por razones de tierras y animales, tiene que ir al rincón y me pide que lo acompañe, si soy todavía niño y cuando terminamos de remontar la senda que sube por las tierras escabrosas de las montañas alta, al coronar el collado y rodear las rocas del cerro, nos encontramos la cueva donde viven, una plancha rocosa, tumbada hacia el río y curvada para las entrañas de la cumbre y entre la tierra y la pared, un hueco oscuro donde, desde tiempos lejanos, se acurrucaban y tienen sus riquezas.

Si es media mañana, la hora de la comida según la ancianita y aunque el humilde ha subido por cosas de sus tierras y los animales que cuida, los habitantes de la cueva nos dicen que tenemos que comer, aunque ni tengamos hambre ni en su vivienda haya mucho que ofrecer, lo que importaba por encima de las otras cosas, es comer hasta hartaros de los alimentos que ellos tienen.

Si la ancianita, ya curvada y con pocas fuerzas, le pide a su hija que saque el pan que guardan en la orza, que prepare la salten vieja de hierro, que vuelque en ella el chorreón de aceite que tiene en el bote y que avive el fuego. Si yo escucho y mientras miro me voy dando

cuenta que allí no hay nada más que aquel pan y aquel poco de aceite pero la ancianita enseguida dice que todavía quedan algunos chorizos de la matanza pasada, un poco de levadura, dos puñado de harina del trigo recogido en la tierra de la ladera que pega al río y un haz de leña seca. Si repite que mientras las migas se preparan, sacadas del último pan que guardan, se pone mano a la obra y con los dos puñados de harina de la orza, en tres minutos hace dos panes nuevos, enciende el horno y mientras nos comemos la sartén de migas con los tres últimos trozos de tocino, el horno se caldea y en poco rato, se cuecen los dos nuevos panes para que nos los podamos traer por si acaso en el camino de vuelta necesitamos comer.

Si en poco rato las migas están y sentados frente a la chimenea, nos las empezamos a comer mientras ellos nos miran y se les ves satisfechos por nuestra presencia y la oportunidad de hacernos feliz con su presente. Si no hemos terminado y ya tenemos en nuestras manos los panes recién cocidos y las dos ristras de chorizo que colgaban en la pared de piedra de la negra cueva. Si no queremos pero los vemos tan sinceramente entusiasmados y con tanto amor ofreciéndonos sus cosas que cogemos los panes y lo poco que de matanza queda y cuando cae la tarde nos ponemos en camino por la senda que regresa de la cumbre hacia el valle.

Si mientras bajamos, el humilde me dice que la acción de los pobres de la cueva, no se debe olvidar nunca, que aquello parece un sueño de tanta belleza y que ellos merecen ser amigos de verdad y para siempre. Si yo, aunque no lo comprenda del todo, cuando ahora ha pasado el tiempo, como los sigo viendo en su cueva de

piedras tiznadas del humo y la hiedra verde saliendo por las rajas de las rocas, a cada instante me convenzo de la eternidad de sus figuras por el volcán de amor limpio que de sus corazones mana. Si todo esto me ocurre y a pesar de ello, aquel día me vine del lugar, fue porque todavía no sabía con claridad dónde se te encontraba a Ti para beberte en la cantidad que sacia el alma y ellos me enseñaron.

* **ESTA MAÑANA,** debería darte gracias por el silencio dulce con que llenas el pueblo blanco donde me encuentro, el alboroto alegre con que los pájaros reciben la llegada de la luz que acaricia, el vuelo de los vencejos bebiéndose el aire sano que perfuma las macetas de las puertas de las casas, la luz que resbala por las tejas morunas de las viviendas que junto a ésta que me has prestado, se escalonan por la ladera y otra vez el consolador silencio que tanto invade y tan plenamente sabe.

Yo debería darte gracias por estos amigos que me has regalado y entre los que me despierto ahora y ese otro amigo, pastor en estas sierras tuyas, y que tiene su casa grande junto al puente de la fuente que ahora ya no corre. Mejor que nadie, Tú sabes de la bondad de su corazón y lo agradable que fue el rato que anoche compartimos.

Debería darte gracias por la hija de mi amigo pastor y que tiene nombre tan parecido a la candidez de las flores que por estos días llenan los campos por los que ayer me permitiste pasear, por su hermano y el rato de gozo que aquel día vivimos subiendo el monte de la fuente donde se juntan los pastores al caer la tarde y la

nieve aquella tan blanca en la que retozamos. También, por este amanecer en el corazón de la tierra de pastores y olor a majada, por el rumor limpio del agua que lleva el río que tan hondo les pertenece, por el caño que en la plaza redonda de las nogueras, se quiebra continuo arrullando el sueño de estos otros amigos, por los lavaderos de cemento donde tanto tienen soñado y compartido las madres de estas casas entre las piedras, por el verde de tan espléndidas laderas de rocas coronadas y praderas tupidas de hierba fresca.

Debería darte gracias por el gorgojeo que por risa tiene la que también lleva nombre de las flores rosas, por el cálido entusiasmo de sus corazones frente a los paisajes de esta creación tuya, con tantos manzanos cargados de frutos, tantos majoletos llenos de avecillas, tantos quejigos, tantas ovejas blancas llenando las sierras entre las rocas grises y tantos horizontes cargados de esperanzas grandes.

Por el monte que ayer nos permitiste escalar, por la sombra tupida de hierba donde comimos, la aldea chiquitita donde al caer la tarde estuvimos y la cueva que regurgita ese río de agua con tonos de miel, por la lluvia de notas dulces que de esa corriente brota, por el color de la cebada amontonada en la era ya para trillarla, por la frágil manzanilla silvestre que se desparrama en la tierra que calienta el sol de la tarde y que ya tiene el color oro líquido, por la orquídea piramidal y su puñado de flores rosa vivo y que es la primera vez que veo en tus sierras, por el perro ovejero que subiendo la cuesta cojeaba, por el otro pastor amigo mirando en la curva del camino frente a sus ovejas recién esquiladas que se iban por la ladera de la zamarrilla, por los tornajos de madera clavados en la

cañada y tan rebosantes de agua transparente, por las vacas negras, los corderos de rabo largo, el camión de paja y mis amigos los jóvenes, todos a una descargando las alpacas, la aldea pequeña cuyo nombre se parece a los destellos del sol que por la mañana asoma por las cumbres lejanas.

Ayer tarde, ¡qué hermosa estaba la aldea de las tres casas y la noguera con su asiento de hierro! Su fuente de cemento con el agua estancada donde lavan las mujeres, las patatas verdes, los garbanzos, el maíz y en las profundidades del río, por donde se despeña y cada vez más se agrandan los barrancos, las cumbres y los bosques, las sombras alargadas de la tarde, las nubes blancas asomando por lo alto, el viento fresco y las carrascas clavadas en los cascajales de las laderas.

Debería darte gracias por haberme permitido dormir esta noche entre ellos, en sus mismas casas y por el regalo del amanecer que les pertenece, con la soledad de las calles, las siluetas alargadas de los álamos que tiemblan amontonados en las tierras llanas del río, la figura doblada del viejecito que sube a regar los pimientos de su huerto y de nuevo el silencio, en esta mañana de plata. Debería darte las gracias por la piedra horadada recién besada por el sol que nace, por el molino viejo que ya no muele, por el caracol que escala la roca mojada del agua limpia, por la otra plaza que huele a pan y la panadería cerrada, el puente acicalado y tan cargado de años, las tostadas con aceite y ese pan suyo que tan bien sabe, la otra noguera asomada a las aguas que bajan desde la gran fuente y otra vez la soledad, las rocas blancas llenas del sol que ya se alza por entre las carrasca del lado de abajo de la gran llanura.

Debería darte las gracias por tanto y más que me acaricia en este día especial, por el cariño con que me tratas y porque me haces sentir que nos lo das sin que ni siquiera lo merezcamos: porque quieres y porque nos quieres. Así que gracias por esta invitación a tu palacio de rey y por haberlo decorado con la mejor gala. Sólo Tú eres grande y así de bueno sin pedir nada a cambio. ¿Qué menos que te reconozca dueño en esta espléndida mañana y el silencio con que nos rocías y el abrazo con que nos abrazas?

* **SI EL GRAN TEJO,** cuyo tronco color caramelo, de tantos años como tiene, rezuma tiempo condensado y muestra nudos, grietas y heridas en toda la superficie y algunos tallos nuevos que, al subir hasta la cruz, despachurran los que vienen a visitarlo, al verlo esta tarde reflejando su intenso verde-negro, me llena de emoción a la vez que de tristeza amarga. Si su corpulencia silenciosa y espejo vivo de tu real majestad, me remite al poder de la semilla pequeña que germina y cuando crece se hace un árbol con ramas tan grandes que llegan hasta el cielo y me asoman a la eternidad de tu esencia y como me sigo sintiendo barro, me acuerdo de aquellas palabras tuyas: “Nadie causará ningún daño en todo mi monte santo, porque el conocimiento del Señor colma esta tierra como las aguas colman el mar”.(Is.11,9¿

Si fue el año de la nieve espesa y justo la tarde en que los muflones salvajes saltaban por las piedras de la ladera de enfrente, cuando me lo mostraste la primera vez. Si recuerdo que cuando subía me paré a jugar con el agua del arroyuelo que baja de la cañada de atrás, a las espaldas del pino seco y después de tocarlo, por la

emoción y lo que de él me habían dicho, seguí subiendo por la cañada angosta y sintiendo el eco de tus palabras: “Se ha posado en estos montes la mano del Señor”. (Is. 15,10¿

Y como Tú me llevabas a igual que al niño pequeño que hay que enseñar, recuerdo mi entusiasmo con todo lo que me ibas mostrando: las florecillas rupícolas, tan bonitas todas y tan resguardadas en las grietas, en los barranquitos de las rocas, junto al tronco de los enebros o en los puñados de tierra retenida en las repisas, el espigón desafiante y alzándose potente, las rajas en las infinitas lanchas de la ladera, los manantiales brotando por las hondonadas, el viento empujándome desde el valle y los lejanos horizontes con sus nubes negras y blancas. Si También recuerdo la fuente entre el puñado de pinos jóvenes, la senda ya borrada, la espesa soledad por las navas de veinte nombres y sólo el nuestro, porque pertenece a los pastores que nacieron cuando el tejo y se acurrucaron en su sombra, es el bueno, las mil piñas secas desparramadas por el camino, las raíces de los pinos desolladas por los jabalíes y sangrando resina pegajosa a la vez que perfume y las bandadas de palomas. Si recuerdo yo esto y también lo grandioso de las dos cañadas cayendo desde la cumbre y la fresca humedad dando vida a tantos tallos verdes y protegiendo a tantos pajarillos solitarios.

Si ayer tarde, cuando el sol se ponía y el viento pasaba de puntillas acariciando las hojas de los majoletos y las acículas punzantes de los pinos, subí con ellos a ver tu árbol. El grande entre los otros y que clava sus raíces entre las rocas y el puñado de tierra negra que viene rodando por la pendiente en busca de la llanura donde

crecen las madreselvas enredadas con las zarzas, los rosales silvestre y el bosquete de carrascas. Si un poco más abajo, en la losa blanca que abrazan los arroyos, es donde pusimos sal para las cabras monteses y por eso, desde aquellos días, comenzamos a distinguir el rincón con el nombre de las salegas de la cañada.

Si ayer tarde, a cada paso subiendo por el camino viejo que ahora todo el mundo recorre, el alma me temblaba recordando los momentos por el pino de las horquillas, el de la copa achatada, el viejo de la oquedad quemada y que se clava en la misma tierra del camino y el corpulento entre los seis, sobresaliendo por encima de los otros y como parapetado en la cárcava. Si allí seguían sesteando los gamos y al vernos no huyeron y aunque gritamos y dimos voces para ver si corrían por la ladera y así gozarlos mejor, se coscaron sólo cuando vieron que alguien se acercaba tapado con los pinos jóvenes, se trasladaron veinte metros por la solana y en la espesura de los majoletos, se quedaron escondidos con la tarde.

Si el gran tejo, cuyo tronco color caramelo rezuma tiempo condensado y muestra nudos, grietas y heridas en toda la superficie y sigue creciendo en la cañada que es tan espléndida y recoge tanta vida, me habla de Ti y los miles de años que has estado mimándolo y cuando me siento bajo la sombra de sus ramas oscuras y en compañía de los que han venido, me dice que también está cansado y sufre con la presencia de esta avalancha de humanos y los días rodando lentos ¿qué quieres que te diga o le diga? Que ya somos dos con raíces profundas clavadas en la tierra y rocas de esta sierra tuya, finamente separados del núcleo donde bebemos nuestra savia por amor de los que Tú bien sabes y en nombre de ese millón

de cosas trascendentes y ahora piezas de museo expuestas en un escaparate y, aunque con valores y belleza, desposeídos para siempre de identidad y corazón. ¿Qué quieres que te diga, Dios mío, a la sombra de este gran tejo tuyo y con mi mano acariciando su tronco, si me siento triste y él conmigo llora?

* **SI DESPACIO RESPIRO** hondo largo rato, observo la gran casa en el centro de la llanura, el río por su barranco, el cortijo sobre la pequeña meseta arropado de pinos y algo más abajo, los otros cortijos también entre el monte y el silencio. Si a mi izquierda se alzan varios cerros grandes tupidos de monte y rocas y hacia el poniente, que es la dirección que hoy llevamos, también se eleva el cerro de los profundos tajos, el agua del río que corre cerca llenando de gala la mañana con el cielo azul y el sol cayendo sobre el verde del bosque.

Si cuando unas horas más tarde coronamos la cumbre y al sentir el gozo tengo la sensación de que todo el tiempo pasado estuve falto de libertad, de aire y por eso ahora en la cumbre, es como volver a respirar, volver a observar el campo sin que nadie nos empuje e indique la dirección en que hemos de ir o mirar para ver las cosas, los pueblos salpicados, las encinas recortadas y las flores en sus prados.

Si por un instante más me siento como tantas veces: orgulloso de haber nacido entre peñascos y monte, en el corazón de casi el triste silencio pero tan colmado de belleza, noches frías, luz, perfume y arroyos. Si respiro hondo y me doy cuenta que en el núcleo de lo que soy existe un anhelo que me arde y no es ni de trozos de materia ni abundantes comodidades ni de estudios ni de

tesoros que corroen la polilla, si respiro hondo y estoy contento porque hasta mí llega la verdad sencilla de la humedad del río y la voz de mi corazón me dice que eres Tú quién sostiene, da forma y vida a este concierto ¿no es para darte las gracias y pedirte perdón?

* **SI TE DIGO QUE LA FUENTECILLA** se encuentra en este mismo arroyo de la cañada, junto a unas piedras, en un sitio donde la corriente casi se embalsa a la sombra de unos árboles y sólo es un venero brotando por entre las rendijas de dos o tres rocas pero todo un puñado de belleza, como de juguete con su cascabeleo de agua que se pierde por el silencio, agazapado entre las sabinas y no se sabe ya si es música o viento .

Si te digo que le llaman “del pastor”, por el cariño tan grande que de joven le tenía porque siempre traía a mi rebaño cañada arriba y mientras los animales venían tomando el terreno plácidamente por las praderas del arroyo, yo los vigilaba desde lo alto, desde la zona esta por donde ahora va la pista, siempre con la ilusión puesta en el chorrillo de las tres rocas y mucho antes de que el ganado llegara ya estaba sentado junto al manantial y como el venero, cuando realmente resultaba placentero y bello es en los meses del verano, en esta época es cuando más me apetecía.

Si te digo que al llegar al él me sentaba ahí mismo, en la roca más llana y con mis manos comenzaba a forma una pequeña poza, abajo, donde el manantial toca la tierra, dejaba que pasara un rato y en cuanto el agua se tornaba transparente ya se llenaba de belleza todo el rincón. Si te digo que en ella yo saciaba mi sed y

después me quedaba sentado, contemplando, como si no tuviera prisa ni tuviera nada más que hacer en todo el día y los animales nunca bebían ni en la poza ni en el mismo manantial sino en el chorrillo que por el arroyo se va. Si te digo que todos, por aquel lugar, lo llamaban La Fuentecilla del Pastor por su agua tan buena y limpia y la belleza del chorrillo saliendo por entre las rocas y también por lo mucho que a mí me gustaba beber y sentarme junto a ella.

Si te digo que conforme hoy voy llegando a la llanura Tú me vas susurrando que la fuente mana por aquí y ahora que por fin, después de tantos años, he subido hasta los parajes lejanos y silenciosos, me gustaría verla para comprobar y si aún sigue con aquel misterio. Si te digo que quizá me siente en la misma piedra para, mientras descanso, observar el chorrillo hasta que me sacie y después de beber de sus aguas y llenarme de sus silencios, te esperaré paciente, libre ya de temores, hasta que llegues y me des tu mano, porque sólo Tú eres el padre de la lluvia, autor de las gotas de rocío, dueño del aire que respiro, escultor de estas montañas que recorro, modelador de la belleza que ven mis ojos e ingeniero perfecto de los ríos, las estrellas y el infinito lejano. Si te digo todo esto es porque me siento tu amigo en este edén que me regalas libremente para que me regocije y aprenda de tu sabiduría y por esto y tanto, hasta yo que soy tuyo, que menos que te de las gracias, mientras te espero, te gozo y juego en la fuentecilla que los dos queremos.

* **DEL PINO,** que a la mitad de la ladera, se alza esbelto, recto desde las raíces hasta la copa y tan grueso que tres personas no lo abarcan, con su tronco blanco y

bello clavado en las rocas duras y el manantial ahí mismo y chorreando por la ladera hasta el arroyo grande.

Del camino que se abre paso pegado al arroyo, lo salta cinco veces mientras sube pero sin puente porque siempre busca las vaguadas más llanas o el estrecho mejor tallado, la espléndida ladera que se ve según subo, con su singular pino recto, el manantial que humedece la tierra, la serenidad que emana y el esplendor del mágico silencio. Y el camino que se retira del cauce, rodea el cerro por el lado este a media altura entre el barranco y la cumbre y al llegar a la umbría se adentra por la espesura del monte.

Del misterio que desprende la umbría, la oscuridad por la densidad del bosque, el silencio por la ausencia total de presencia humana, la calma porque todo late y respira quietamente, alargada, atravesada por el camino del barranco y fría: en pleno verano es el paraíso del aire fresco, de las sombras deliciosas y de las aguas cristalinas, la cumbre que se ve lejos, la imponente personalidad de la umbría y la irrealidad de lo que entra por los ojos.

Del camino que cuando sale al otro lado del barranco que cimbrea la umbría, descansa en el collaillo de las encinas y que formando una U, acoge la senda por el centro y unos metros más adelante empieza a bajar y enseguida saluda la llanura, a un lado la cumbre y al otro, el cerro redondo, tengo la emoción latiendo y las nubes que no se me borran. Siempre que comienzo a bajar, llanura arriba y avanzando desde el río cargadas de agua, me salen al encuentro y cuanto más ando más ellas se me vienen de frente y más cercas las tengo.

Del pino, el camino, la umbría, el collado y las nubes negras que me buscan mientras regreso para mojarme con sus gotas recias de lluvia amable, lo que te digo es que no lo olvido aunque se esté borrando y tanto tiempo haga ya que no lo beso.

* **HAY UNA SENDA QUE ASOMA** por la cumbre y baja por la ladera buscando el río. Una senda que ya es muy pobre porque hace tiempo que dejó de ser usada por los serranos. Cuando esta senda, hoy estrecha, muy rota y llena de monte, llega al barranco, por entre las tierras se queda o se va suavemente en varias direcciones. Pero antes de caer al río, el último tramo al final antes de tocar las tierras llanas del valle, es tremendo. El trozo de ladera que por aquí existe es muy pronunciado y por eso la vereda tiene mucha dificultad para recorrerlo. Traza cerradas curvas en forma de zigzags, subiendo o bajando mientras se inclina peligrosamente conforme se acerca al valle. Un juego bellísimo al tiempo que peligroso para cualquiera que por el camino suba o baje.

Una limpia mañana de primavera, contigo, coroné la cumbre. Nos pusimos en el mismo rellano que la senda tiene cuando en lo alto empieza a bajar y durante rato estuvimos gozando de las profundidades misteriosas que a lo lejos tiene el barranco. Ahí mismo, donde la senda cae a las tierras llanas de la orilla del río, estaban las huertas y de ellas, sus hortelanos, las tierras fértiles, el agua que las riega y las planta verdes que ellos cultivaron, estuvimos hablando largamente y al final concluimos en que estas fueron las llanuras donde se dieron las mejores huelgas de la sierra. Ya no están y lo que pasó Tú lo sabes y también lo hablamos pero menos. Y eso es cierto:

la llanura empedrada de rocas rodadas desde las laderas, repleta de encinas milenarias y pegados a ellas los fresnos, surcada de manantiales puros, recogida junto a la curva del río y arropada por tantas sombras suaves, era un puro edén. Yo digo esto porque lo vi con mis ojos muchas veces. Y claro, la senda que desde el collado baja, surca la ladera, recorre la llanura y luego se pierde río adelante, también era algo mágico.

Era como las venas que llevaban y traían la savia al rincón. Todavía me acuerdo del miedo que me entraba cada vez que pasaba por las curvas que surcan la última torrentera antes de la llanura. Estaban tan inclinadas que siempre tenía que agarrarme al monte para no caer y salir rodando. Y cuando por un descuido a pesar de todo tropezaba, siempre bajaba deslizándome como por un tobogán y ya no paraba hasta caer en la suavidad de las tierras llanas. ¡Qué bello era aquello y cuánto gozo dejaba en el alma! Pero es que no te engaño: las curvas de la senda, cuando pasa por ese trozo de ladera, es de lo más emocionante.

Aquella bonita mañana de primavera, nos pusimos a bajar. Cruzamos el primer tramo por donde la senda desciende sin monte. Llegamos a la curva donde ya el monte crecía espeso y en cuanto avanzamos unos metros, comenzó la pendiente, apareció la espesura, las rocas y la senda rota. Esto es lo que esperaba. Ha pasado tanto tiempo, que por un lado las tormentas y por otro lado los pinos y la falta de serranos, han llevado el camino a su muerte. Pero si Tú hubieras visto la estrechez que tenía cuando por aquí pasaba, lo recogida que se quedaba al doblarse en la curva y la de piedras sueltas que por ella rodaban. Ya te decía que con el alma

en vilo y con todo el cuidado, teníamos que ir siempre y ahora, fíjate: todo es monte, tierra que rueda ladera abajo empujada por las lluvias y lo poco que se ve, ni siquiera parece camino. Los serranos no tenían que haberse ido nunca de aquí.

A mi queja quebrada, no respondiste porque la realidad presente, sabía a dolor y por eso no quería removerla. Seguimos bajando y en cuento pisamos las tierras llanas, el alma se le llenó de un gozo dulce al tiempo que amargo y hasta algo triste.

- Los manzanos crecían por aquellas rocas del lado de arriba, los perales y ahí mismo, las verdes parras que tantas uvas daban. En estas tierras teníamos las huertas de los tomates y allí crecían los melones y la hierba buena. Un vergel era la llanura y paraíso en pequeño por donde íbamos y veníamos con nuestras cosas y la alegría que estas cosas deban. La fuente manaba pegado al arroyo y por debajo de las rocas grandes. La fuente fue el manantial de vida de los serranos y la sangre por donde a ellos les llegaba la fuerza. Regaba las huertas, daba de beber a sus animales, llenaba el arroyo y todavía le quedaba agua para colmar los charcos anchos y luego los del río. La fuente estaba aquí mismo y ya no está.

Parados nos quedan frente a las grandes rocas arropadas por las sombras de los fresnos y miramos despacio. Donde manaba la fuente ahora se alza una obra moderna y por donde corría el agua buscando el río, baja la carretera tapizada de asfalto negro.

- Pues la fuente estaba aquí y ya te digo: sólo verla brotar con aquella cantidad de agua limpia y siempre tan fresca, transmitía vida. Y luego, si junto a estas piedras te sentabas, frente a esos cerros oscuros que al fondo se

ven, si mirabas despacio, ahí se te quedaba el alma enredada entre el vaho del monte y las briznas de niebla que al amanecer subían por los valles. ¿Qué tenían esos cerros para ser tanto? Lo que yo he sentido siempre es como si entre la oscuridad y lejanía de esos cerros, tapizados de tanto monte, estuvieran escondidos los secretos más grandes del universo. Como si por ahí estuvieran condensadas todas las sendas, todos los arroyos, todos los días de lluvia y primaveras floridas y todos los misterios dulces que tanto, a veces, se intuyen y no se ven. Esto es lo que me parece sentir según estoy observando la oscuridad verde de esos cerros en la lejanía pero la duda me crece porque, allá en lo hondo, por donde el río se pierde y las brumas borran ya el horizonte ¿qué otros misterios se esconden?

Y a mi pregunta presente, por cien veces más, nadie responde aunque bien sé yo que Tú eres el único que tienes la respuesta exacta. Aquellos son misterios tan grandes que nunca nadie ha llegado a descubrir. Siempre me pasaba como ahora: mirándolos me he quedado las horas muertas y soñando me dejaba abrazar por el embrujo de tan lejanos barrancos. Lo que ahí existe, nadie lo sabe pero debe ser algo tan dulce, tan excelso y maravilloso, que fíjate: sólo con mirarlos desde aquí, la realidad de cuanto nos rodea, se transforma. La senda, algo moría por esta llanura, otro algo se iba perdiendo por entre la espesura del monte que nos queda al frente y dicen, que yo no lo sé porque nunca la recorrí, que un trozo más se iba río abajo y por entre esas profundidades de infinitos condensados, se perdía para siempre.

¿El barranco que baja por la derecha? Ese era como el mundo grande donde las fuentes manaban a

puñados, los acantilados de las rocas caían formando hondonadas y allí, en lo profundo, se extendían las praderas arropadas por bosques verdes. Eran olas de luz, los rayos del sol por allí danzando y las florecillas meciéndose al viento, revoloteos de pajarillos policromos. ¡Qué hermosas, por el rincón, las mañanas claras traspasadas de azules y sostenidas siempre por el cascabeleo de las infinitas gotas de las cascadas cayendo! ¡Qué mundo el de ese barranco y qué días aquellos cargados de tan densos silencios!

Y aquella limpia mañana de primavera, seguimos andando por la senda que surca la llanura sin saber, ni siquiera a dónde íbamos ni qué buscábamos. En el fondo, era como si sólo quisiera recorrer el misterio del trozo de sierra para mí tan concreto y particular. Como si sólo quisiera dejar que las emociones me empaparan el espíritu porque necesitaba comprobar que aunque las tierras sí están aquí y hasta parece emanar de ellas las mismas gozosas realidades de los tiempos pasados, todo se presenta dolorosamente transformado. Una transformación que capto con mis ojos pero de la cual no quiero hablar porque me parece más gozosa la otra verdad: la que he palpado en otros tiempos y ahora nunca se me muere en el recuerdo. El valle de mis gozos en la lucha dura de cada día, el que era como el sostén real de nuestras propias vidas, está aquí, ya roto y cambiado por los que han llegado de fuera pero en el fondo, el mismo y gritando los mismos sonoros ecos eternos.

* **EL RINCÓN DE LOS ÁLAMOS** y las tierras llanas por donde va la senda, la curva del río donde se remansa el agua rodeada de las tierras verdes y escalones que bordean el charco, el camino blanco que

se retuerce salvando las encinas y antes de meterse en la espesura del monte, se transforma en tres: el que viene a este rincón mío, en tu arroyuelo claro, el que se va por el borde de las aguas y se junta con el que llega del valle y el que se adentra por la espesura del monte y, al frente, se pierde para siempre, el silencio de esta noche limpia, de estrellas brillantes tan tiernas y por aquí durmiendo, me ha dado un ánimo nuevo y Tú conmigo.

Ha sido hace un rato, y ya te digo: justo cuando brillaban las estrellas y el río descansaba a la sombra del silencio y a escondida del mundo, menos de los que pretendías que lo vieran. Tú has llegado, te has parado frente a mí, me has mirado, has pronunciado mi nombre, me has cogido de la mano y sin decir más palabras, me has llevado por el trozo de camino que se pierde entre el monte. Andamos despacio y mientras cruzamos el arroyo me has tocado otra vez, achuchándome contra Ti y enseguida has estampado un beso en mi cara, como señal del pacto que nos une.

Al sentir el calor de tus labios y saborear la dulzura que me trae tu cariño, mi corazón se ha puesto a temblar y al darme cuenta que desde la piedra gorda, sentados observan los que nos tienen envidia, te lo he dicho y tu respuesta ha sido el silencio y otro beso en mi cara fría y el calor reconfortante de tus manos apretando mi alma y mi cuerpo contra el tuyo. Te he preguntado si de lo que se trata es de un paseo para llevarme a ver algo que sea grande y, desde tu silencio, tu respuesta ha sido seguir invitándome a estar y gustarte sin otra intención que hacerme sentir el gozo de tu presencia y la ternura de la amistad para conmigo.

Después que se acaba la llanura me has llevado, siempre acurrucado al rescoldo de tu sincero amor, hasta el borde mismo de las aguas y en la hierba del escalón que rodea el charco azul, te has sentado junto a mí con la intención de enseñarme el río. Pero ahí, otra vez los hemos visto, tan metidos como siempre en los tesoros que corroe la polilla y hasta discutiendo no quién es más hermano del otro, sino quien tiene más razón y por eso he sentido la necesidad que desde tan lejos me viene persiguiendo: contar mis latidos íntimos y la verdad que de Ti sé pero al igual que otras veces en mi soledad me he preguntado: ¿a quién puedo y a quién debo?

En la noche limpia de estrellas brillantes y cuando el río baja rebosante de agua inmaculada, me has llevado de paseo por el rincón que tanto me gusta y además de darme tu beso de amigo bueno, me has dicho que me quieres y estás a mi lado. Tan tiernamente he sentido tu amor quemándome en el alma que hasta las encinas, el arroyo que me tienes prestado desde aquel día y los pinos que proyectan su sombra sobre la tierra que nos les pertenece, han perdido su belleza ante la paz rotunda del río de dulzura que de Ti brota. ¡Gracias por este gozo tan limpio, el ánimo que contagia tu beso y el que haya sido sin palabras, a estas horas de la noche y justo por los paisajes que tan clavados llevo!

* **CUANDO EL NUEVO DÍA** llega y el aire de la mañana se llena de vencejos que chillan persiguiendo el alimento tempranero, que por la luz dorada revolotea, lo que me colma de paz callada, es meditarte en lo que tan tiernamente arropa y saborearte sin temor en lo que tan dulcemente acaricia y es ancho como el infinito.

Cuando el nuevo día despierta y desde tu presencia apagada me llenas de esperanza que sabe a flores abriéndose en las praderas entre la quietud serena que he tocado mudamente desde las estrellas que en el río ya no se quiebran hasta la amplitud de los latidos que me elevan, lo que entre otras cosas quisiera es subir y ver si en la ladera sigue manando la fuente y cimbreándose al viento la noguera que me dio sombra, cuando comenzaba a beber de la esencia que mana de tu sierra, en aquellas tardes espléndidas de los rebaños de ovejas, susurros de madres entregadas, de prados con su hierba, de hermanos que acarician y por las sendas te llevan para mostrarte la vida mientras se sueña y se juega.

Cuando el nuevo día llega, entre mi deseo y la espera, lo que más me gustaría es moverme por la rivera con el eco de la fuente que conozco y sin pisar la senda ni rozar el momento para no romper lo que tiembla, acercarme hasta las curvas de los tres arroyos y las piedras puestas en fila para saltar la corriente en aquellas tardes de niebla. Y arropado en el rincón que tanto aquí conmigo me sabe a belleza, me gustaría recorrer el trozo de vereda que va, o al menos iba, desde los espinos de la cueva, pasaba por el vado de la parra fresca, dando la vuelta al barranco y se metía por las piedras que preceden al segundo arroyo y por donde la cascada se quiebra, se torcía para atrás y al cruzar la llanura de las huertas, se iba buscando las profundas lejanías que hacia el sol de la tarde se encuentran.

También, en esta mañana del día nuevo que llega tan lleno de Ti y preñado de tanta ausencia y tantos latidos de esperanzas nuevas, quisiera acercarme, siquiera de puntilla, por la pradera de los juncos verdes

que se recoge a la derecha de los charcos que remansa el río, allá, donde todo es o al menos era, poleo con olor a cielo, tierra fresca salpicada de charquitos, sombras viejas de encinas grandes con sus troncos envueltos en yedra y pastores, ovejas, vacas, música de soledades y eternidades de hierba con mil flores perfumadas y los niños con sus juegos que ríen y llegan y mientras las madres trajinan con la leña de la lumbre, las gallinas, la olla en la chimenea y la ropa en la fuente o paja en la era, ellos te dan gracias y son felices y vuelan.

Quisiera acercarme ahora, con el nuevo día que llega, y tocar la noguera donde aquellos días mis juegos con mi hermana la pequeña, la llanura de la hierba verde por donde el río a la izquierda y las curvas de los tres arroyos por donde las sendas y las piedras, en esta mañana que es plata y primavera pero mientras aquí te medito y mi alma se recrea tan abrazada a Ti y las cosas que sueña bellas, algo me dice que no vaya por allí ya que mucho puede no ser lo que era: ¿Acaso la llanura ya no tiene poleo y sin agua, se alza seca, en puro llano alargado de alquitrán, polvo y tierra? ¿Quizá la noguera que vibraba con el viento, sus hojas las tenga secas y su tronco se está pudriendo con el sol que en la tarde quema? Y por las curvas de los tres arroyos, las que abrazaba la senda que con el rocío de la mañana era un primor recorrerla ¿también sin el romero se ha quedado, sin el vado y sin las piedras que me servían de puente cuando yo iba por ella?

Cuando el nuevo día llega y el aire de la mañana me invita a dormir un trago más mientras te medito en mi alma y me encuentro desparramado por los rincones que fueron mi casa y ahora me golpean y sangran ¿qué es lo

que quieres que haga?: ¿cierro mis oídos y ojos para no ver ni sentir o me voy por la tierra amada y lloro y grito y mientras me desmorono con los caminos, espero a que brote el alba?

* **COMO SI LO ESTUVIERA VIENDO** y en un día como el de hoy que no sólo en tu sierra sino a lo ancho y largo, sangra una realidad amarga. Como si lo estuviera viendo y el camino escalando cerros, los olivos clavados en las laderas, las tierras con su carne abierta, los peñascos en lo alto, a lado de los árboles extranjeros y junto a las encinas solitarias, el cortijo callado donde no parece existir la vida pero sí late fuerte la sierra que grita desde el silencio.

Como si lo estuviera viendo y su enfado, su alegría, su sensación de libertad, su postura valiente y sin ruidos que le eleve desde el anonimato y le deje rotundo aunque todo sea humildad callada, un poco enérgica y dulce. Ha subido por el camino que atraviesa el olivar, se detiene en la puerta del cortijo, pregunta por el que manda y al encontrarse frente a frente, habla pidiendo lo que es suyo: el dinero que le corresponde de sus ochenta días embarrizado en el campo recogiendo las aceitunas y vareando los olivos que ayer fueron madroñales, de la huerta en la cañada, de la fuente entre los fresnos, del cortijo viejo y de... Después ha callado esperando la respuesta y lo que ha oído es que ya se le pagará, que no tenga prisa y que demuestre si son o no tantos los jornales y tantas las tierras que ha perdido.

Lo he visto bajar por el monte hasta el cerrillo que vuelca y en la curva de la piedra que mira al valle, ha escarbado, ha desempolvado el puñado de justificantes

que le pide el nuevo dueño y regresa al cortijo. Le ha vuelto a enseñar la verdad que reclama y de momento ha visto al dueño sacar el dinero y pagar lo que cree es justo. El silencio ha mirado absorto, la mañana ha seguido su camino de invierno frío con las nieblas por las cumbres, los barrancos quebrados de cascadas y el monte pasmado latiendo en su espacio exacto. Y el cortijo y los olivos y el camino y el cortijo otra vez clavado en lo más alto con la solemnidad de lo que espera sin respirar ni pronunciar un sonido.

Lo he visto coger su dinero, dar medie vuelta en el rellano de la entrada y comenzar su bajada por el camino que conoce y que también lo mira callado. Y mientras anda ahora ya mudo y con el alma sangrando a la vez que alegre en la inmensa dulzura que es soledad y amor, aprieta en sus manos los billetes que ha recibido, los mira, los cuenta, los dobla y con el gozo de la libertad más limpia, los viene tirando sobre la tierra blanca del camino que pisa.

Y mientras los olivos gritan al sol que los quema y dicen adiós al viento que pasa, rodea el cerro, asoma al barranco del gran valle nuestro y a cada metro de camino va tirando un billete doblado y luego otro y otro. Como si le sobrara el dinero o gozara pensando en la alegría que van a sentir los que venga detrás recogiendo a puñados y llenando las bolsas, los bolsillos y el corazón. ¡Cuánto dinero desparramado, tesoro ansiado y poder real y los olivos clavados en la tierra, los barrancos de las viejas madroñeras, el camino, al fondo la sierra, mi arroyuelo, tu presencia muda pero exacta y serena, el cortijo y los que recogen detrás y la mañana, el silencio, la bondad del aire que acaricia, el corazón que late solitario y su figura que

humilde y grande, baja repleta, como si rebosara por todos los poros a pesar de su pobreza en la tierra que ya no le pertenece y por el camino que ya no es tampoco!

Como si lo estuviera viendo y los letreros en las rocas que en la curva del camino, ayer plasmaron: “ Nos felicitamos, Fue lo mejor y aquí estamos presentes”. ¿Para qué, Dios mío, o qué anuncia o reclaman? ¿Tú no lo ves como yo? Las paredes de la casa que fue suya, rotas, las retamas secas y la entrada al valle torturada hacia una realidad que duele por extraña. ¿Tres billetes de papel que el viento arrastra y el tiempo pudre, por la tierra amada que da calor a las raíces y sombra y agua al corazón que en ella se ha acrisolado y es ella misma y sangre y alma?

Como si lo estuviera viendo y la mañana que muda sigue el ritmo monótono de lo que es y fue y el terreno y el silencio y la verdad y el corazón que se asombra, llora y ríe. Y estoy contigo, acurrucado en este rincón calentito, sintiendo el mundo rodar, viendo lo que no quiero decir y el agua y el viento en esta mañana que tanto sangra y la realidad ahí viva con el ayer, el hoy, el mañana: como si la estuviera viendo.

* **DEL PORTILLO QUE EMPIEZO** a recorrer ahora porque ya he bajado del cerro redondo y que presenta la misma altura o quizá un poco más que la ondulación del puerto grande, por donde aún se respira el rumor y trajín de los hatos de vacas bravas que se lidiaban en el pueblo por las fiestas desde mediado del siglo XVII hasta principio del actual, parte de las diez mil cabezas de ganado lanar y trozos de tierra cuyos pastos, por el año 1.619, se pagaban a diez maravedís por cabeza de cría

y las rocas doradas y rugosas que por aquí todavía repiten el eco de los grandes hatos de cabras blancas.

Del portillo donde en aquellos tiempos los rebaños se movían llenando praderas y barrancos y al caer la noche los pastores se juntaban y en los meses en que las temperaturas eran templadas, improvisaban sus camas bajo los pinos o en la oquedad de las piedras, y de la noche que por primera vez que me quedé con los más viejos porque conocían más a fondo lo que sucedía e iba a suceder en cada momento, a lo ancho de la gran sierra. Del portillo, entre otras cosas, recuerdo sus palabras:
- Esta noche tendremos lobos.
- ¿Cómo lo sabéis?
- Se palpa en el ambiente.
- ¿Y qué vamos a hacer?
- Lo que siempre: dormir bajo los pinos y estar prevenidos para cuando se acerquen. La caza comienza de pronto: el más sabio del grupo atrapa el olor en el aire, tensa los músculos, estudia las señales que le trae la noche, oye el chasquido producido por algún bicho que busca un tallo que llevarse a la boca y entonces, como un resorte, salta seguido de la manada. La víctima está ahí delante, en la oscuridad y no tardará en denunciarse cuando sienta el aliento del pánico. Los animales atropellan el monte tratando de escapar de la muerte pero sus perseguidores, expertos consumados, realizan los movimientos necesarios para llevarlo al callejón sin salida, aunque tengan que dar un gran rodeo para cortar la retirada y en cualquier regato seco, tiene lugar la lucha por la vida: mientras la oveja hace frente al que le parte el cuello, el resto de la manada ya se la empiezan comer por los traseros.

Entendí la realidad al tiempo que el miedo empezó a correrme por el cuerpo y estaba ya la sombra cubriendo los barrancos y la noche llegando a su promedio, cuando los rebaños temblaron porque en el ambiente se palpó la presencia de la manada y yo, que era la primera vez en mi vida que me enfrentaba a una lucha de lobos sobre las cumbres de tus sierras, me sentí helado y por eso les dije que se apretaran contra mí y me arroparan en el centro.
- Si llegan hasta nosotros, lo mismo da que estés en medio que a los lados.
- Eso lo decís para demostrar valentía pero sé que en el centro estoy seguro.
- Lo que sucede es que es tu primera vez. Te mueres de miedo y eso nos ha pasado a todos pero tú verás lo que va a suceder dentro de un rato: Sentirás que la oscuridad se abre, que tiembla la tierra y que cualquier rama que se mueva te parecerá un monstruo que viene a tragarte.
- ¿Cómo sabes que eso es lo que me ocurre?
- Los lobos imponen y más en las cumbres y en la noche. Si no fuera porque ahora mismo nos palpas a tu lado ya estarías muerto del susto.

No quise seguir hablando porque en ese momento, cuanto anunciaban los pastores viejos se me hacía real y era verdad que todo me tragaba y hasta la tierra se abría para devorarme. Me pegué a ellos, agarrándome al fuerte y mientras me sentía morir ni siquiera era consciente de la algarabía de los perros mastines saltando por las matas persiguiendo y mordiendo ni tampoco noté que una de las manadas de vacas se parapetó en las rocas y allí mugían haciendo frente a las fieras.

Del portillo y los pinos blancos donde la noche de los lobos me pareció no tener aurora y la resistí gracias al calor y la confianza que me prestaron ellos y que cuando amaneció quise creer que todo había sido un sueño, porque al mirar vi ya los rebaños pastando por las praderas de las cumbres y los perros mastines durmiendo tranquilos bajo el recio pino, la manada de lobos perdida en la profundidad de los bosques y el día rebosando placidez, quería decirte que también aquí en mi alma lo tengo guardado. En aquellas piedras que tantos ecos retienen y que también para siempre ya tengo perdidas, los pastores me enseñaron una de sus verdades más recias mientras me permitieron calentarme y sentirme seguro entre la fuerza de sus brazos y Tú me mostraste un aspecto nuevo de tu poder misterioso para que conociera un poco más lo que es tan excelso y tan gratuitamente nos tienes regalado. Lo del portillo que pega al puerto grande y la cama bajo las estrellas, no lo olvido.

* **ESTOY MIRANDO** y mientras de la corriente de nuestro limpio arroyo surge la canción grande de la libertad, el amor y el gozo, observo mi llanura con su belleza eterna y la luz que consuela. Hace un momento me han llamado y por la lomilla de las encinas viejas he bajado a ver qué querían. Al llegar han dicho que ahí, donde el puntal blanco se hunde en el río y las sombras de aquellas recias nogueras recogían a la noche cuando llegaba el día, se van a concentrar. Vienen desde fuera y quieren irse por los caminos viejos a conocer la sierra y como necesitan un guía, me buscan para que les hable y me vaya con ellos a no sé qué lugar profundo que les han dicho y no saben dónde pero que no quieren director, ni guía ni tampoco desean que nadie los manejen, que

quieren ir a su aire cuando quieran y por donde las apetezca, aunque sí necesitan de mí pero a su manera.

Estoy mirando y mientras la entrañable canción de este arroyo nuestro me llena el alma y me trae al día que tanto mi ser sueña y por mis venas corretea, los veo llegando esturreados y como me esperan pero no desean que me vaya con ellos, se van amontonando y comienza a moverse por las tierras que lo es todo y llevan a todas partes y están preñadas de canciones de fuentes y sombras bellas que nadie puede llevarse porque son las venas de esta sierra.

Un poco más abajo, donde las negras matas de carrascas y las tres piedras que tanto me sirvieron para recoger el fuego de aquella lumbre que me calentaba en las tardes frías y en compañía de los pastores, veo a mi perro. El que es color tierra y tanto me siguió por los caminos y barrancos de estas sierras y hasta fue mi compañero de cama prestándome su calor en las cuevas oscuras de las rocas cuando la nieve era tanta que en las cumbres y laderas nos quedábamos aislados hasta que el sol calentaba.

Lo veo y aunque sí sé que es mi perro de aquellos días, no lo reconozco por la delgadez que porta, las miradas tan perdidas que lleva, lo que busca, lo que come y lo que hace. Olisquea la tierra negra donde aquellas mil veces encendimos la lumbre y como ya no estamos ni asando tocino, tostando pan o cociendo alguna torta de pastor, sigue a los que por la tierra se concentran y los papeles que manchados de bizcocho, de aceite o de pringue de chorizo, van tirando, él se los come sin poder tragarlos pero se los come porque tiene hambre y no

quiere morir ni arrancarse de su lugar. ¡Pobre perro mío y su soledad, su tierra perdida, su rincón pisado y sin caminos ni dueño que seguir!

Ahí mismo, entre las piedras que tanto me sirvieron para recoger la lumbre que me daba calor en las tardes de viento helado y las otras piedras de la casa hundida que ruedan por la ladera que da cara al río, también el gato negro de la niña pequeña, se mueve y maúlla. Al verlos y oler el queso de sus bocadillos de pan blanco, los quiere seguir pero como los extraña, se para en la piedra del musgo y el hormiguero de aquellos días y mirándolos, continúa maullando. Como si los llamara a todos o en todo caso, le reclamara un bocado de algo para seguir con vida aunque sólo sea una tarde más.

Dentro del cortijo que ya no se alza blanco ni huele a matanza, la niña advierte que falta y sale a buscarlo.
- Si tú quieres cazar vente conmigo y ya verás como te enseño dónde se guarece el lagarto verde con lunares azules y que tanto miedo te da.
Bajo la roca suelta que todavía se balancea en la misma pendiente hasta que cualquier tarde la empuje el primero que por el lugar pase y ruede hasta el río, toma el sol el lagarto verde con lunares azules y que tanto se burla del gato cuando éste se acerca. El tiene su escondite y su cama de tierra con los trozos de hojas secas, en la misma raja de la piedra y como el gato ya no tiene fuerzas ni la niña de pelo rubio y ojos de cielo, le puede ayudar, sobre la piedra fría que se mira en el río, sigue maullando y los mira con la esperanza de que alguno se compadezca. Pero no es así: teniendo cuidado porque es un gato de campo, hijo de pastores y amigo de perros mastines, lo rodean y se alejan.

Un poco más arriba, al borde de lo que fue el camino y ahora es la carretera de asfalto negro, veo a mi encina. La de la sombra fresca y bellotas gordas y que siempre estaba verde aunque no lloviera o cayeran grandes heladas en el mes de enero. La veo y me siento triste porque la quiero y ahora sí es verdad que me la van a romper. Acaba de pasar y sin mucho pensarlo le ha dado unos cortes en el tronco y después se ha ido. La ha señalado para cortarla y como no me dé prisa y aunque sea con las uñas de mis manos, arañe y borre las marcas, mañana al caer el sol ya estará troceada y para siempre borrada de este valle verde, del paraíso de tu sierra, rincones de mi mente y la luz de mi alma. ¡Hay que ver con qué facilidad quitan de mi vista lo que tantos años Tú has tardado en formar y en los mares de mi espíritu es tan fundamental!

Pero estoy mirando y mientras la canción de nuestro arroyo limpio hoy más que nunca, suena a libertad y los pajarillos cantan ajenos a mi presencia y a lo que en el corazón sangra, quisiera, a pesar de tanto, darte las gracias por lo que en este día me llena y de lo que entre mis manos tengo, descontando la ausencia, la distancia, la soledad, algo la crueldad y también la indiferencia. Tú estás y por eso sé que todo queda y aunque al corazón la pérdida le parezca irremediable, no es así y eso lo sé y el alma espera.

* **EL VALLE VERDE** que se extiende cerca del río grande, por debajo de nuestro arroyuelo, la llanura arriba, más arriba el recodo de los arroyos y por lo alto la puntiaguda cuerda con las repisas que trazan escalones, al otro lado el barranco de los enebros y por encima, la

línea de la inmensa cumbre y más arriba sólo el horizonte azulado, algunas nubes blancas que vuelan y el viento frío acariciando las rocas grises. El rincón tan repleto de llanuras bellas, cuajado de arroyos transparentes, tapizado de praderas húmedas, algún que otro lago misterios que nadie conoce, sombras suaves que parecen mares de paz, muchas cumbres donde los robles se doblan al paso del viento y los ecos de aquellos que lucharon y en mi alma llevo.

En valle verde y más cerca del río grande que de la cumbre del infinito, el cortijo pequeño, la familia serrana rodeada de sus huertas, sus animales, los niños y sus sueños, la mañana que da paso al verano, como si lo estuviera viendo, el trocillo de tierra buena que entre los voladeros de las partes altas y los barrancos de la hondonada, ellos siembran de trigo, centeno, patatas cerca del manantial y algunos garbanzos. Poca cosa pero sirve para ir tirando junto con las nueces de la noguera, las uvas de la parra, los higos negros de las higueras del parazo, la gota de lecha de las tres cabras blancas, el tocino de la matanza y las habichuelas de la huelga que riega el río.

- Pues mañana, al amanecer, nos ponemos en camino y subimos al "Piazo".
Dice el hermano mayor a las dos hermanas menores.
- El pedazo cae lejos, las sendas son malas de andar y las cuestas muchas y empinadas. Nos llevamos comida, los tendíos para la cama y algo para hacer fuego. No vamos a volver cada día para llegar aquí de noche y madrugar para salir con el alba.

Como si los estuviera viendo y la mañana con el

sol asomando por las cumbres y ya pisando las primeras tierras de la ladera del barranco de los fresnos, con la más pequeña de las niñas entre ellos, el barranco amigo que para el hermano es tan bonito, el arroyo que escondido se queda cuando pasa por entre las zarzas, la corriente limpia siempre saltando por las piedras, la ladera ancha con la pendiente rara y las preguntas del la niña:

- ¿Qué tiene esa pendiente?
- ¿Es por lo escondida que parece, con ese aspecto de seria y algo recogida en así?
- ¿Qué tiene este trozo de ladera?
- Al mirarla desde aquí, es bonita pero si la miras cuando ya la estás pasando, además, es graciosa y si la miras ya dejada atrás, no es ni lo primero ni lo segundo. ¿A que te pasa eso?

La primera llanura y al frente el bosque verde-oscuro, con el color de la tarde plateada y silencioso como la cumbre que por encima le rodea, al fondo los arroyos limpios, a la derecha y más arriba, las fuentes manando y al otro lado, las sendas: el ramillete de veredas que más parecen chorros de viento blanco que escapados desde el infinito y rozando lentamente la tierra, se van otra vez al infinito.

- ¿Y qué hay en aquel mundo?
- Al otro, lado puede que se esconda un lago inmenso.
- ¿Y de dónde le viene a este rincón tanta calma?

La senda que da vista al recodo, la lomilla de tierra suave que después de subir diez metros, desciende buscando el vallejo del arroyo, ahí por donde se ensancha y deja al descubierto el cristal líquido que por él salta, más arriba, dirección a las paredes gigantes de las rocas de la

cumbre, brotando seis pequeños caños de agua que regurgitan sin parar día y noche, al frente y por donde sigue la senda, la cuerda que se recoge airosa como si quisiera cortarle el paso al camino, a las espaldas de la cuerda de enfrente, otro ramal de colina que también baja y mientras cae hacia el valle verde, parece como si quiera cerrar a la senda por la parte de atrás, arriba y de donde vienen los chorros limpios de los seis veneros de viento que forman la corriente del arroyo que comienza, alzado imponente, el grueso paredón pétreo y la gigantesca cuerda que cierra el mundo del valle por el lado del levante.

El valle verde, las colinas y el punto centro, donde el arroyo forma la figura del vallejo que es donde se da el recodo o recó, según dicen los serranos, la curva cerrada por todos los lados menos por el que salen las aguas, que manando en la hondonada del recodo, caen hacia el valle verde, la particular delimitación y los mil matices que el barranco tiene, la suprema y fina belleza que hasta impone y ellos que lo saben, porque les retumba dentro a cada instante y a pesar de la claridad no aciertan a pronuciar ni el nombre ni las palabras.

Y remontan las laderas camino de su piazo, cruzan la pequeña llanura que se extiende junto al vado, pisan las aguas, suben el leve desnivel que sigue y como la senda rodea el lado que por el frente recoge el rincón, recorren ese trozo y poco a poco se elevan por las repisas rocosas que vuelcan al barranco tercero. Sobre la segunda más ancha, bajo la ampulosa sombra del laricio viejo y la caricia deliciosa del viento que pasa, Tú los esperas sin que ellos lo sepan y por eso se paran. Es aquí donde siempre descansan para respirar el aire puro

que del barranco sube y deleitarse otra vez más en la visión del valle que aman. Ellos no lo saben pero el lugar es tu casa y por eso los besas y los abrazas y les llenas de fantasías los ojos y de dulzura y amor el alma.

Doscientos metros más arriba, ya está el pedazo, cien metros en lo hondo, el barranco se alarga y en las tierras de sus orillas, también crecen los pimientos que hace unos días han sembrado y junto a las verdes matas, brillan los melones y algo más al lado de las encinas que se tiñen de esmeralda, corre otro de los mil chorrillos, el cantarín chorrillo de la huelga del cenajo, que es como ellos lo llaman.

Frente y arriba, las nubes solitarias y por detrás, el azul profundo del infinito tendiendo sábanas, más a lo lejos, abriéndose las cumbres y más a lo lejos aún, la bruma sedosa y blanquecina, cerrando la visión. Una visión que no tiene fin aunque quede oculta por la neblina acuosa, ni tampoco un principio aunque arranque del mismo barranco del río y parece que luego se detiene un rato en sus piazos, quizá para jugar un con las niñas y después se marcha.

Y cuando ya por las noches, mientras duermen pegados al calor de las llamas que desprenden las teas, las tierras del recó junto con las del barranco entero, las laderas y los pinos, se van en compañía del viento y los chorrillos claros. Y por esto ellos saben, aunque no acierten a explicarlo, que ahí tampoco se acaba el mundo a pesar de ser tan rotundamente bello por parecer que es ahí donde vives Tú y por eso da comienza el universo.

El valle verde que se extiende cerca del río

grande, por debajo de nuestro arroyuelo, la llanura arriba, más arriba el recodo de los arroyos y por lo alto la puntiaguda cuerda con las repisas que trazan escalones, al otro lado el barranco de los enebros y por encima, la línea de la inmensa cumbre y más arriba, sólo el horizonte azulado, algunas nubes blancas que vuelan y el viento frío acariciando las rocas grises, ¿Tú lo recuerdas como yo y los niños caminando? Pero si aquello era lo que era, y bien lo sé, y ellos tus flores predilectas en este edén que has tenido el detalle de enseñarme ¿Por qué permitiste que pasara lo que pasó? Dios mío, si lo que estás mostrando a mis ojos es lo que es ¿qué me tienes reservado?

* **ENCOGIDO MI CORAZÓN** y la noche atravesando por la corriente del arroyuelo que me arrulla, mis ojos no pueden venirse del campo de la vida que tanto ahora es recuerdo y sueño y fantasía y dolor y regusto de paisajes tan llenos de presencias vivas.

Encogido mi corazón ahora llego y cuando me encuentro conmigo me recreo en el cerrillo gemelo que por la derecha escolta la llanura y por donde rebosa, la cañada de los tornajos, la senda y más silencios y más recuerdos y los pasos que ahí siguen y retumban en la misma espera que el alma mía y Tú con la sonrisa de aquella vez. No hace dos minutos que el pastor ha llegado con su rebaño desde las otras tierras profundas y como el día todavía tiene luz, un rato más deja que sus ovejas pasten en la ladera aprovechando la hierba grande. Y como cae la tarde y los borregos relucen de blancos y da gloria verlos tan gordos, juegan por la tierra inclinada, los tornajos rebosantes y los escalones del regato por donde desde la llanura salen las aguas.

En la torrentera tumbado el perro y a su lado el niño que con él juega a tirarle de las orejas hasta hacerle daño y que chille queriéndole morder pero no lo hace. Y a cada tirón del juego, y que duele, el niño esconde su mano al tiempo que exclama: “¡Haba!”. El perro ladra, lo mira pidiendo que pare, cambia de sitio, se vuelve y como el niño sigue en su juego, el animal le contesta: “¡Haba, haba!” protestando con sus ladridos y quiere morderle la mano pero otra vez su instinto le dice que al niño no se le hace daño porque es amigo y lo quiere. El y el pastor padre sabe que es un juego como cualquier otro de los muchos que es la vida y por eso los mira y los deja.

En la ladera, las ovejas y al fondo, por donde se entra a la llanura cuando se llega desde los tornajos, el camino con la tierra color naranja y el grito desde su silencio y la invitación a que en cuanto caiga la tarde, por él suban las ovejas para acercarse a la aldea y dormir en la tinada. Y el camino que asciende gritando la alegría del pelo negro, zarandeado por el viento, de la nieta que viene de estar con la abuela, y en silencio se le ve engarzando la cañada, la llanura, los rincones de lo que fue la casa, la primera aldea donde la hermana abuelita se acurruca en sus cien años, las otras casas, las sombras de las nogueras y la segunda aldea y luego la otra y el valle de la soledad con su río y el agua de la tarde con el sol que arde y la lejanía y las ovejas que balan y suben y la tierra y el sudor del pastor con sus sueños y su alma.

Y estoy mirando y por el otro lado de la pradera, un camino más que se aleja por donde hace un rato se ha ido otro de los rebaños a las otras profundas tierras. Pero

arriba, donde la llanura alta juega con el trozo más grande de los silencios reyes entre la abundante hierba, el manantial en su centro y las rocas que rodean, se han quedado las tres cabras blancas y ahora corren desorientadas, mientras balan y la angustia y el miedo, buscan a las que por el camino de los álamos y la fuente larga, descienden al mundo lejano de las otras finas hierbas. Como las estoy viendo y soy amigo del pastor, no sólo de palabras sino en lo más sincero de mi alma y en las verdades duras de su lucha larga en días que no tienen fin, ni vacaciones ni Semana Santa ni Navidad ni pagas extras, me subo por la torrentera, las llamo y me las traigo conmigo.

Sigo por donde las que ya se han perdido y las nubes duermen y cuando las alcanzo, cae la tarde bastante más y la sombra se va por el otro río que corre donde el viento tiene su cuna y la aurora tiembla. Al llegar lo saludo y le digo que les he traído sus cabras y que me gusta su rebaño y más las tierras por donde pasta, el ansia con el que comen la hierba, su olor a lana vieja y el sonido de los cencerros, el nacimiento del arroyo y la esencia de los mil mundos que le abraza, con la lejanía callada entre este otro hondo silencio. Él me da las gracias y también me dice que quiere pagarme con oro, dinero, queso añejo o un trozo de pan cocido en el horno de leña o tocino o que hable y le pida porque el favor de recoger y traer sus cabras, ha sido grande y eso merece un premio. Le digo que me basta con su presencia, su recuerdo cuando ya no esté, la tierra que riega la fuente y la cañada y que dentro de unos días compartiremos, como hermanos, el tesoro de joyas reales que en el barranco de la izquierda y junto a las piedras tumbadas, yo sé que existe y espera que vayamos a recogerlo.

- De todos modos, cuando paran mis cabras, te guardaré un tazón grande de su requesón blanco. Y ya sabes: tú vuelve cuando quieras que aquí tienes a un amigo para lo que se sea menester, se necesita y haga falta.

Y encogido el corazón y el alma, con el viento, la luz, el arroyo y Tú, que gritas y cantas, me vengo monte arriba a mi rincón, a esperar que llegue el momento que ya conozco y el alba, cuando al pasar por el romeral que es espeso y las veredas calladas, miro y veo la desolación del cortijo en la explanada. Me tiembla el viento que respiro, los pies y mis manos y mis lágrimas y no son ellos sino los otros los que ahora recorren las ruinas buscando piedras talladas, sartenes viejas de hierro macizo, artesas de madera de pino, camas oxidadas y también el trillo de la era, el telar que usó la abuela, el bieldo, las aguaderas, la almohada, el candil de aceite, la alcuza y el orón de los higos secos y los tendíos y las esparteñas.

- ¿Pero qué estáis haciendo vosotros en esta humilde morada que ya tan rota ha quedado que ni es escombros ni casa?
- Buscamos cosas viejas de aquellos tiempos para tener un recuerdo y mostrárselo a los amigos y a los otros. Queremos montar un museo.
- ¿Pero qué estáis haciendo vosotros si esto son joyas sagradas, y las piedras y el rellano, y la fuente y el camino y la encina y la higuera y hasta el viento que nos roza, son trozos de vida y alma?
- Tú sigue, no has visto nada, Sigue, anda y calla.

Y en la mañana, en la tarde, en la noche, en el día y a todas horas, con el corazón encogido, te busco y te grito que vengas para no ver tanta agonía en esta

insondable muerte que de llegar no acaba, en esta visión húmeda que la materia traspasa y donde tanto sigue bello y es verdad llana y blanca. Y Tú aquí, Dios mío, mañana tras mañana y en la noche y por el día y ellos que pasan y este dolor y la fuente de nuestro arroyo que canta y me abraza. Y mis ojos que no pueden venirse del campo de la vida que tanto ahora es recuerdo y sueño y fantasía y dolor y regusto de paisajes tan adentro y tan llenos de presencias amadas.

* **MIENTRAS SUBO,** sigo buscando el manantial que brotaba aunque algo me dice que por el rincón tampoco ahora ya hay agua. Después de la sequía de estos años, en verano y un venero a media altura en la ladera, ¿es posible que siga corriendo? Bien sé que la abundancia de los veneros de la sierra, son las nevadas y ya hace tiempo que no hay nieve a lo grande, como entonces. Me han dicho que este invierno ha sido de los peores entre muchos y lo creo porque es verdad que este invierno ha caído tan poca nieve y tan fuera de tiempo, que más ha dañado que lo contrario. Pero también me han dicho que este venero, y lo he visto con mis propios ojos, nunca dejó sin agua ni las tierras que ellos cultivaron ni la casa sobre el cerrillo, entre higueras de higos negros, granados y chumberas viejas.

Ya han brotado las nogueras y como el frío ha llegado fuera de su tiempo, ha quemado los tallos que empezaban salir y por eso ahora, los mil nogales que todavía danzan por los rincones donde estuvieron los cortijos, al menos dos años llevan que no dan fruto, aunque sí, cuando en verano paso por debajo de ellos, me los encuentro verdes y ampulosamente frondosos.

Pero ellos se fueron y la nena, como siempre la llamaban, todavía siguió corriendo por las tierras durante un tiempo y un día les llegó una carta que decía: “A 18 de agosto del 1979 querido ermano i cuñada i sobrinos nuestra mayor alegria es que al sel estas cuatro letras en buestro podel sos encontreis bien nosotros quedamos bien solo con muchas ganas de beros a todos bueno pedro de lo que me dices que sos andicho que seabia cortado joseantonio con el sierro pues si que es berda pero lla esta mejor gracia a dios i de lo que me dices que como esta mama y lucía y todos pues te digo que gracia a dios estamos bien y de lo que me dices que si tiene joseantonio trabajo pues te digo que si que te puedes benir cuando quieras que aora tiene dos ombres a julián y su ermano i a los zagales de paqui y el de modesto i el de pepe y máximo i a lorenzo i el juan de la pili y sin nada mas que te bengas cuando quiera i se despide buestro ermano i sobrinos con un millon de besos i joseantonio consuelo besos para la NENA i el nene adios”.

Ajena a la noticia, la nena corre por las tierras entusiasmada en sus juegos y con el corazón todo fantasía. Traza castillos de viento repleto de belleza y como a todas horas está rodeada de monte, parece que el campo, hasta se encarga cada día de traerle una ilusión nueva y entre todas y tan llenas de placer, al llegar la primavera aquella y Tú, el regalo fue excepcional.

Aquí mismo, como si lo estuviera viendo, donde las tierras ofrecían su manantial a los habitantes del cortijo, un poco más arriba de donde ando ahora y crecen los juncos, se mecía una pequeña espesura de majoletos, enebros y sabinas. Todos los años el bosque se llenaba de pajarillos y cada vez que ella venía por el manantial,

lo que más le gustaba era verlos revoloteando y su gran sorpresa fue cuando una tarde descubrió los nidos. Cinco y todos casi pegados entre sí y en las ramas del pequeño bosquecillo, a dos pasos de la fuente y de la senda que surcaba la ladera.

Desde el primer día se entusiasmó tanto, que ya no hubo por aquí ninguna otra cosa que le gustara más que ir a dar una vuelta y verlos afanados en sus tareas y junto a la senda se quedaba sentada para avisar a los que pasaban.

- Ten cuidado y no molestes a los pajarillos.
- ¿Qué pájaros?
- Los que tienen el nido en el bosque verde. Tú pasa despacio sin meter ruido no se vayan a espantar.
- Tendré cuidado pero la senda es para andar y no para que los pájaros vengan a complicarnos la vida.
- Ellos son amigos y si han tenido el gusto de venirse cerca a tejer sus nidos, que menos que les demos un poco de cariño.

El manantial del rincón, ya lo veo y está seco aunque, por las tierras y todavía, crecen los juncos y el poleo y hasta se ve algo de humedad, donde los jabalíes han hozado para bañarse. Sigo mirando y como las ruinas del cortijo las tengo frente, desde su silencio desmoronado y mi asombro, te pregunto: si ellos siguieran dentro ¿qué hubiera pasado? ¿Quizá lo que con el pequeño bosque, junto a la senda, donde estuvieron los nidos?

Por eso te decía que del rincón, la nena, la senda y los nidos, tengo dulces recuerdos y ahora que ando por aquí me digo que fue un encanto aquello y una pena esto,

porque el bosquecillo ya no existe ni tampoco la senda ni el manantial. La pista que sube en busca de la casa de lujo, algo más arriba, se ha llevado por delante la vereda que ellos recorrían para venir desde el valle a su morada, el bosque de majoletos donde los pajarillos anidaron y las venas del manantial que regaba las tierras y daba agua al su cortijo. ¿Qué quieres que te diga? Aquello, que es esto, fue una maravilla tan junto al manantial y a dos pasos del cortijo sobre la roca y mirando al valle, donde la nena vivía con su familia. Si me voy y sigo andando por entre los juncos y al rozarlos con mis manos pienso que ellos son los únicos que todavía por aquí crecen verdes, con sus raíces y en su tierra de siempre ¿qué quieres que te diga si lo que espero es que Tú me hables y me convenzas?

* **YO LO VI Y POR ESO DOY TESTIMONIO** de ello. Sube lento por la cuesta siguiendo a sus animales y aunque la tarde está lluviosa, no le importa el frío, ni la sombra de la noche ni la soledad, porque a pesar de sus años, sube y se le nota lleno.

Remonta la cuestecilla y al dar vista al collado, se le presenta la cascada. El chorro de agua cayendo desde la cumbre, las rocas tajadas y el barranco repleto de verde. Por entre los caños del torrente se le meten los animales y como teme que desde ahí se le pasen a la umbría y se vayan monte arriba y en la noche se les pierdan, se va a buscarlos. Los empuja al corral, por detrás de la casa y tan pronto como les cierra la puerta, se viene a su rincón.

La casa es de piedras duras recogidas en las laderas que la circundan y alzada en las tierras que bañan

los tres caños que desde las cumbres sangran. Abre la puerta y se mete dentro. Ya es de noche y como la lluvia sigue cayendo, la oscuridad llena los barrancos y las ramas de las encinas gotean sin parar la inmensidad que cae del cielo y trozos de su alma y canciones dulces y besos y sueños y tardes lejanas y mares y recuerdos.

Como tantas noches, sentado frente al fuego pasea por los tiempos en que la casa hervía de vida con la presencia de los que desde hace tanto que ya no están. Y con la lluvia que cae y al quebrarse grita, retumba el reír de los niños y el ladrido de los perros y mientras la noche avanzaba, el alma se llena en el espacio profundo del silencio y la tristeza corre y aunque es añoranza de lo que ya no está presente, sigue siendo dulce, porque lo esencial no ha muerto.

Desde lejos, desde la distancia, el tiempo y la vida que late al otro lado, se le seguía viendo. Viejo ya, como las rocas de la gran cumbre pero hermoso, señor de un mundo que se asienta sobre la misma eternidad y lleno. Dueño de las tierras solitarias donde su casa aún permanece y él soñando dentro, un poco ya lluvia y otro poco viento pero fiel a su memoria y raíces y consolidado sobre el amor que engendra sencillez y no en el odio que arrastra a la soberbia. Yo lo vi y por eso doy testimonio de ello y sé que Tú lo sabes porque y lo besas y no estás lejos.

* **CUANDO YA ESTOY** tumbado en mi endurecida cama porque es de tierra y sabe a ella pero es dulce para mí porque ha sido escogida desde mi yo nítido, en una decisión libre, cuando ya la noche me cubre y me golpea el silencio amigo que es viejo en el barranco y cuyo

nombre lo tengo apresado en mi aliento, cuando apago mi mente y sólo deseo quedarme en el vacío y cara a cara contigo, mi corazón tiembla. Sin materia, sin amigos, sin tierra, sin recuerdos, sin ropa, sin camino e incluso sin dolor y sin lágrimas, desnudo y limpio frente a Ti que estás y me enseñas la canción que reservas para el fin y mis manos vacías y mi presente, todavía ocupados en los negocios que no podré llevarme cuando llegue la hora de la partida, desnudo y limpio frente a Ti ¡cómo me tiemblas las carnes y la soledad con el deseo de ser bueno! ¡Qué grande Tú, te me presentas y qué pequeño, qué lejano, qué pobre y frío, el resto!

Cuando ya la sombra de la noche me arropa y estoy solo frente a Ti, en el vacío total del vacío que es la materia y la luz de la luna se refleja en las aguas limpias que se mecen alargadas en el charco azul que recogen las piedras, si abro mis ojos y miro, todo me besa y te ensalza con la misma fuerza de aquellos días: la cascada que es el corazón y vieja riega, la torrentera por donde se despeña, el monte clavado en el borde, la lisa piedra que lame el agua, las ramas de los fresnos que mojadas tiemblan, las gotas finas que al surgir del caño que se quiebra, vuelan y parecen niebla, las otras gotas más limpias y gruesas que escurren las hojas verdes y también tiemblan surcando el vacío y con la cascada caen y se rompen y se estrellan y el arroyo que mudo corre, los juncos entre las piedras, las adelfas siempre danzando para distraer al viento, la junta de los arroyos y las aguas que se besan y ahí: como escondido, callado, humilde y bello, el cortijo y la era, la tierra que como yo mira y duerme, calla y sueña y recibe gozosa el rocío que la riega y el cortijo otra vez y la cascada abierta con su caer si parar y mi alma frente a ella, quieta...

Y hasta recuerdo ahora, cuando la noche me arropa y el rincón me sabe a nido y los abanicos de agua me mojan como en aquellos días en que estaba y de verdad era la tierra hermosa, el chorro de miel cayendo blanco, dulce, limpia y jugosa y rellenando mis ojos de algarabías infantiles y mi boca, empachándose de la esencia más pura del romero y mis manos, sus manos y la orza, también llenas mientras por el aire volando las abejas y la miel otra vez dulce al paladar cayendo empachosa de los panales y la tarde y las horas y los panales de cera blanca, goteando más chorros deliciosos de miel buena. Y por arriba, por el monte y las laderas, junto a las encinas, esturreadas las colmenas y las flores tan bonitas y sus colores, su perfume, el viento meciéndolas y por el aire otra vez el zumbido de las abejas y cuántas cosas, Dios mío, en aquel rincón y el cortijo aplastado, tan bello él y tan callado y donde la cascada llora y derrama agua y canta y otra vez llora...

Como en esta noche que tumbado en mi cama de tierra endurecida, te siento y te amo y temo frente al vacío de mi alma y la aurora con mis manos que te imploran. ¡Qué tremendo eres Tú, qué bueno y cómo me enseñas la verdad que al final de todo importa! Cómo me acurrucas en la vida y en el rincón que besa el viento y me despojas para que cuando llegue el momento ya el espíritu esté preparado y amarrado con su soga, todo lo que aquí se quede y lo demás: Tú y yo y frente a tu cara, mi alma sola.

* **PREPARO MI YO PROFUNDO** y aprovechando que el campo está solo, me voy siguiendo la senda del río. Un leve camino ya roto por la lluvia y tapado por el monte pero todavía discurriendo por la orilla de las aguas

en la dirección de la corriente. A la derecha, sobre la tierra inclinada de la ladera, me queda el cortijo y a la izquierda, sobre la tierra llana de la ribera, me mira la peña grande. Por ahí mismo me adentro en la estrechura de la cerrada, sin dejar el trazado de la tenue senda y cuando salgo a la claridad, al llano extendido en la misma orilla del charco, me quedo parado y en silencio. Amenazante, frente a mí, se me alza el paredón de las rocas grises cayendo vertical e imponente hasta quedar en nada, donde se funde con las aguas remansadas del charco. Me sorprende la covacha oscura, tajada en el centro de la pared y la sombra húmeda cubriendo la cerrada y ahí, donde en las cárcavas se hunden las rocas, me atrapan las pequeñas matas que cuelgan.

En forma de ramillete, caen de las rocas y se mecen sin parar empujada por el viento que llega desde abajo. El que me acompaña, todavía espera un rato mientras mira fijo como si buscara y cuando ya está seguro o más bien empapado, me dice:

- Esas matas colgantes que llenas de vida tiemblan exhalando frescura y chorreando virginidad y pareciendo tan poca cosa, ya vez cuanta grandeza. Clavadas en la pura roca y donde no llega nada más que el viento de las ventiscas o la fina brisa de las tardes, la lluvia y la nieve cuando cae y un poco los rayos del sol cuando a media mañana asoman por la cresta de la cumbre, ya vez como gritan.

La cresta de la cumbre recortada sobre el azul intenso del infinito, por la ladera, el tajo de rocas con ese corte tan limpio y el color caramelo, por abajo, el río corriendo y tanta agua que salta, se para, se remansa para teñirse de cielo y luego se aleja enredada en su

juego alegre. Por un lado el viento que camina de puntilla y por el otro, el silencio que se pierde galopando por entre la bruma de lo lejos. Lo que ante mis ojos tengo, en ese ramo de diminutas flores carmín suspendido de las rocas y sin parar de temblar, tan frágiles y colgadas de la algarabía fresca y sus raíces clavadas en el alma de la dura roca ¿No eres Tú?

Como esta mañana, no voy a ningún sitio concreto, estoy sin prisa. Bajaré un trozo más siguiendo la rota senda y donde el charco se hace grande y da acogida a los chorros de cristal verde, me sentaré a mirarte. Porque en fondo siento que todo es como si aquí, bebiendo de los paisajes y sesteando por las sombras, hoy estuvieras sólo en forma de paz esturreada. En el ramillete de violetas carmesíes que cuelgan de la roca y el viento besándolas para regalarte su aroma.

* **TAMBIÉN RECUERDO** aquel día que iba por el collado del centro siguiendo la senda que luego se va por la ladera de la derecha para volcar al otro collado, el del aire y cuando todavía voy por el primer rellano, noto que del barranco suben pequeñas rachas de viento. “Quizá cuando llegué a la curva, sean menos”. Me digo y caigo en la cuenta en lo de las vacas.

“Pues si hoy me las encuentro y me embisten, ya sé lo que tengo que hacer”, me empiezo a decir mientras camino y ya voy dando vista al abarranco. “Si me las tropiezo lo primero que haré será buscar el tronco de algún árbol. Junto a él me quedaré quieto frente al toro y cuando ya lo tenga cerca, me doy la vuelta por la encina y lo burlo. Si vuelve y me embiste otra vez, repetiré la burla y así hasta que se canse y se vaya. No me cogerá tan

fácilmente como él piensa". Sigo diciéndome y ya estoy recorriendo la ladera.

Miro bien y descubro que por la tierra hoy no pastan las vacas y ya me lleno de tranquilidad y sigo surcando la solana. Me vengo para el lado izquierdo y según me aproximo al segundo collado, el aire es más fuerte. Rachas grandes que suben desde el valle y al chocar con la ladera, rebotan para atrás y por la ondulación del collado, se escapan para la cumbre. "Pues tendré problemas con este viento huracanado". Sigo pensando y ahora preocupado.

Sé, porque lo he oído de los serranos, que cuando hay ventisca, pasar por el collado tiene su peligro.
- En una ocasión que caminaba por ahí un grupo de personas, les entró una racha de viento por detrás y los levantó en volanda, diez metros más abajo cayeron rodando y dos de ellos, alzados por los aires, siguieron dando tumbos y por lo alto de los voladeros se hundieron para siempre en las profundidades.
- Pero eso parece un sueño.
- De sueño nada, ocurrió y desde entonces todos sabemos que el paso del collado del aire, es arriesgado. No le pierdas nunca el respeto.

Y hoy parece ser uno de esos días porque según me voy acercando, algunas de las rachas que desde el valle suben son tan potentes, que al romperse contra la tierra de la ladera, rebotan para el collado y al pasar por aquí, los chorros de viento arrastraban tierra, piedras y monte.

Un poco antes de llegar a las tierras suaves por

donde entra el aire y ya se ven las nubes de polvo y las ramas secas de carrascas empujadas por el viento, me paro y miro despacio el fenómeno que a dos pasos tengo y me dijo: “Si continuo puedo tener serios problemas pero aunque esta ventolera arrastra tanto polvo, tampoco es para acobardarse”. Y sigo recorriendo la última curva de la senda y al girar ya me meto en el centro del collado y nada más dar las espaldas al cerro de enfrente siento el empujón.

Suave pero tremendo, en forma de bofetón me azotan los chorros del aire que vienen rebotados de la ladera de enfrente. Detrás de la primera fuerza helada, aparecen las nubes de polvo, los trozos de ramas sacas y las pequeñas piedras rodando y como ahora ya la senda y yo nos vamos en la dirección que el viento sopla, no ando sino corro y hasta ruedo empujado por la fuerza invisible que al quebrarse en los pinos, silba, grita y cruje y quiero agarrarme al monte para sujetarme pero no me sirve.

Mientras sin interrupción soy azotado por las recias ráfagas que collado arriba entran, miro para los lados y lo que más me impresiona son las oleadas de nubes de polvo que por la ladera ascienden dando tumbos. Como si la montaña misma se estuviera deshaciendo para fundirse con el aire y perderse cumbre arriba en el infinito azulado o como si ahora ya quisieras llevarme entre tu poder de huracán para que compruebe que Tú, además de ser flor y padre bueno, también te tornas tormenta, tempestad y rayo que hiere, destruye y quema.

* **DESDE LA LLANURA** que orla el río por el lado sur y por el levante corona el arroyo de las tres encinas, subo y en cuanto remonto la cuesta que deja la huerta a

la izquierda y a la derecha el puñado de álamos largos que amarillean y tiemblan, ya estoy en la tierra suave de la puerta del cortijo. Por el camino que desde el rellano arranca y rozando la fuente oscura de las zarzas espesas donde al caer la tarde me vengo a comer moras negras y a beber agua fresca, sigo y ya tengo al frente el arroyo donde nace el manantial de las encinas grandes. A la derecha me queda la llanura de los pinos redondos, el otro ramal del camino que la atraviesa y al fondo el gran arroyo de los jabalíes, las cascadas blancas y arriba, las fuentes caudalosas de las aguas que saben a miel y a verdes hierbas.

Por el barranco primero que me queda a la izquierda, siguiendo la senda que lo remonta y pasa por debajo de las encinas viejas, me quiero ir para subir hasta el collado y coger hoy las bellotas dulces que desde tantos años me pertenecen y tan bien me sientan. Pero los mastines que me siguen y son compañeros desde aquellos años en que aún era pavesa, luchan y quieren irse por el camino que continúa recto porque intuyen que en los manantiales de las aguas que saben a miel y a fresa, es donde se bañan los jabalíes que desde aquí ya olfatean. Al cruzar el arroyo de la fuente donde como moras al caer la tarde, nos paramos y ellos ladran mirando y queriendo irse por el barranco de los jabalíes y yo los observo buscando la hondonada de las encinas gruesas y ya te veo a Ti, todo potente y bello por los oscuros bosques de las laderas, en los dos barrancos de las fuentes que regurgitan viento, por las encinas que la brisa remueve sobre la cumbre de la niebla, por los caminos que suben, los marranos salvajes y las veredas.

La senda que sube buscando mis encinas recias,

me la encuentro rota de los coches grandes que acaban de pasar y el barro con las rodadas, los charcos y las piedras, son tantas que no puedo avanzar más. Por la senda segunda que se dirige a donde los jabalíes tienen sus bañeras, en varios puntos y otros tres, han puesto cadenas y junto a ellas algunos hombres que vigilan para informar a todo el que se acerca, que por el lugar de los manantiales y sus laderas, hoy están las monterías y por eso la entrada prohibida queda.
- ¿No sientes los tiros?
- ¿Y las bellotas que quiero coger y desde aquí veo su color y como tiemblan?
- Ya no te pertenecen porque las tierras no son como en aquellos tiempos y controla esos perros que hoy no eres pastor ni tienes ovejas.
- ¿Pero y la fuente del agua que sabe a miel y el gusto amargo-dulce de las bellotas que son como castañas peladeras y los caminos que suben, la visión por los barrancos y en la cumbre del viento el latido de mi alma y el sueño que tanto se me repite y otra vez estos barrancos tan llenos y las bellotas gordas y buenas?

Desde la llanura que por el lado de arriba tiene el cortijo y la fuente que en ella brota y a veces ya no brota, te miro mudo, preso frente al mundo que desde mi alma chorrea, late y se proyecta y sigue siendo la primera leche que me diste a beber aquella tarde primera y quiero pero no te pregunto. Frente a Ti y en tu centro mi núcleo, al otro lado de la barrera, me siento preso y te miro mudo, llorando, eso sí, para que veas.

* **LOS DOS CERROS BAJAN** llenos de monte y donde el río dibuja la curva ampulosa, se derraman a lo grande dando paso al barranco por donde se van las

aguas que al poco, se pierden detrás de las lomas largas. Desde las cumbres de las sierras altas y saltando las rocas que tajan las cascadas, vienen las aguas y aquí, donde la curva se hace vado y se extiende por las tierras que derraman los cerros, la llanura se desparrama, abriéndose en dos riberas de tierras llanas partidas en su centro por la corriente, tupidas de plantas bañadas de sol y en medio, el luminoso espejo de los charcos con sus olas, la brisa besándolos, la sombra de los tarayes y los ruiseñores.

Graciosamente recogido en el barranco y tapizado de prados mullidos con las aguas que lo bañan, los pajarillos llenando la espesura de las adelfas, las ramas de los álamos arropándolo y por el lado que pega a la oscura sierra, el viejo bosque de encina y más unido a la solana, entre el viento y canturreando, los fresnos milenarios.

Desde el camino principal, la sendilla que baja sin pretensión de comerse el mundo y saltando las lomillas del terreno, se adentra por el bosque de los tarayes, da tres curvas buscando el mejor paso y por donde la corriente fluye con más potencia y las aguas se duermen en la playa del espejo, se deshace en la tierra.

Y aquellas tardes lejanas, que no se me han muerto, nos venimos por ella, ocultos bajo el bosque y escondidos en los entresijos de la brisa y su beso y al llegar a donde desaparece la senda, en los chinos que sobre la playa chica ha dejado la marea y con las piedras menudas que rodando por las laderas, han caído a los cauces, y arrastradas por las aguas en mil tumbos bajando río adelante y puliéndose cada día hasta que las

olas las deja sobre la playa dorada de la curva del río, nos paramos a jugar

Tardes enteras con nuestros corazones colmados y la fantasía revoloteando por entre el rumor de las aguas en castillos de sueños que después de levantados, al borde mismo del charco, dejamos abandonados hasta que el tiempo y la corriente se los lleva y así pasando los días y somos felices con sólo las sencillas piedras y tu presencia, aunque sin saberlo pero sintiendo que estás.

Y una tarde de aquellas, justo al lado del camino que sube buscando la sierra espesa, los hombres se ponen a levantar el mirador.
- ¿Para qué sirve?
Les preguntamos.
- Para que los que vengan, se paren y gocen de la curva del río.
- Pero nos estáis quitando las piedras pulidas de nuestros juegos en la playa?
- Ya veréis qué bonitas engarzadas en las paredes de esta obra nueva.

Cuando pasan tres días y volvemos, ya vemos el mirador concluido y sobre él los que suben, contemplando el río. Pero más que en el río, se entretienen mirando las máquinas que desde al atalaya hacia la curva, trazan un camino.
- ¿Para qué sirve?
De nuevo les preguntamos.
- Es una pista de tierra para llegar a la gravera de la arena del río.
- Pero estáis rompiendo los tarayes, los fresnos que en la curva crecen, las praderas de tierra llana, el bosque de

encinas viejas y la playa de nuestros juegos.
- Ya veréis qué casas tan bonitas en el valle y la calle nueva.

Y desde aquella tarde que no olvido, el sencillo verde del bosque silencioso lleno de pájaros cantando, ya no está ni la senda ni la ampulosa curva ni el aire amigo ni la algarabía de la corriente saltando por las rocas ni el claro espejo de las aguas. Las máquinas lo han roto y lo que hasta ayer, fue un luminoso remanso de charcos con sus olas de plata, la brisa besándolos, la sombra de los tarayes, los ruiseñores, con la playa de arena y las piedras pulidas de nuestros juegos, ahora son aguas sucias, color ocre y sin apenas vida. ¡Aquellas tardes lejanas, que no se me han muerto y Tú aquí sosteniéndome un poco más...!

* **EN ESTE PACTO MUDO** que a la sombra del tiempo, entre la luz de la noche, la complicidad del silencio y los tres metros de aire templado que por puro cariño, desde aquel día me tienes prestado, te palpo y te siento y al mirar distraído hacia el círculo verde que arropa la sombra de la roca donde brota el manantial, veo el cortijo, todavía remontado, blanco, vestido de novia y como yo, callado.

Sobre las tierras del cerrillo y la noguera en la puerta, la reguera que trae el agua del manantial de arriba, bajo la roca, y la lleva a la llanura donde estuvieron los huertos que ya no da lechugas sino espinos y cardos que al tocarlos pinchan. Y lo que más resalta, es la piedra gorda remontada en lo más elevado, en la misma entrada y rozando la sombra de la verde noguera y él ahí sentado: mirando eterno, la vereda que se va o se acerca,

hundida por la trinchera de tierra que abrió el tiempo y ellos, de tanto ir y venir y pisar el suelo.

Sigo mirando y veo las calles del pueblo con la casa grande que se enfrenta al río que han dejado por el centro. Dentro, el de los tesoros de la tierra que en la noche se levanta buscando el cofre donde los guarda y mientras el resto duerme, lo abre y se pone a contar las joyas, los broches de oro, las cadenas, el dinero en billetes y lo palpa, lo besa, respira y otra vez lo toca para sentir la emoción corriendo por el pecho al tiempo que hace memoria y recuerda que ésta la robo de tal sitio, aquella de tal otro y de aquel, y así hasta un cofre entero donde se amontona, además del dinero, su sueño y su dicha. Y Al llegar el día lo cierra, lo esconde bajo el colchón de la cama donde duerme y se arropa para conciliar el sueño ahora que los demás trabajan por el campo y en el pueblo.

Y en la otra casa también donde se amontonan y algo más arriba, frente a la ladera que ya no tiene monte sino calles asfaltadas, junto a él, el bueno y que tan ahora mismo ha llegado que todavía tiene puesto el traje de trabajo, me siento y lo escucho. Lo que quieres es lo que Tú: salvar el mundo y para ello necesita gente joven, limpia de corazón, que sea noble y buena y que no se ría de los demás sino que tengan un alma sincera y grande.
- ¿Sabes de alguno?
- Conozco media docena y son jóvenes alegres, tremendos por su nobleza, la limpieza del corazón, su sonrisa y el respeto para con los otros ¿cuántos necesitas?
- Con tres salvo al mundo y ya verás como no miento.

Y cuando hoy de nuevo me despierto y me siento contenido en Ti y desde tu rincón y el del arroyuelo, sigo viendo el cortijo sobre el montículo, la senda que ya es trinchera vieja de tanto como por ella han pasado, el pueblo en la ladera y en la casa grande, el de los tesoros que roe la polilla y que no duerme por la noche y al bueno, que con los dos, se sienta a mi lado y me pregunta por la bondad de los jóvenes que conozco y este pacto callado que tenemos mientras llegas y espero ¡cuánto clavado en mi corazón, que desea ser bueno, cuánto sentir que si no estuviera qué sería de mí y este recuerdo!

* **Y SIGO VIENDO AL CERRILLO** y al bueno, ahí donde la pendiente muere y baja en picado hacia el barranco, en su chozo de palos con las ramas de pino y las de retamas que sirven para la techumbre y dentro, y en el mismo centro, la lumbre ardiendo y junto a las llamas que danzan, él que se calienta y el muchacho que llega con el cuchillo en la mano.

- Ni te muevas porque sino te clavo.

El pastor que lo mirar y sin titubear un momento, no duda en hablar diciendo:

- No voy a defenderme y no es que le tema a tu amenaza de hierro.

- ¿Y eso?

Veo como que se levanta y con palabras de hombre repleto le dice que ni su fuerza ni sus amenazas ni las armas sirven ni pintan nada para el acuerdo entre los hermanos y que lo que a él le falta no es ni pan para el cuerpo ni dinero para el bolsillo ni honor para el “ego” o prestigio que dé fama, sino cariño, compresión, tierra para clavar sus raíces y un poco de pan que entone el cuerpo.

- De pan y amor puedo darte todo lo que necesite y para eso no tenías que haber venido con tu amenaza de fuego. Puedes cogerlo de mí sin luchas y sin violencia y de postre, ven conmigo y mira, verás que sencillo y bello.

Y miro y veo como abre la puerta de su humilde chozo y frente al barranco, frente al cielo y la lejanía, con nuestro valle y tu arroyuelo, igual que yo, observa y habla de Ti caminando, escondido, reluciendo y respirando por el bosque que chorrea en las laderas, el río que cae en cascadas, las estrellas que todavía tiemblan y la lejanía, que es por donde más eterno palpita su corazón, el mío y tu beso.
- A los dos nos pertenece y esto, fíjate como se consigue: amando y agradeciendo.
- ¿Por eso sabes que no soy malo?
- Y también sé que no has venido por tu voluntad sino porque te han obligado.

Los veo, los sigo viendo y ahora ya están sentados frente al fuego, celebrando tu presencia y entre ellos, mi recuerdo y tu beso. ¡Qué grande Tú y qué padre Bueno y lo demás, qué mezquino, qué pequeño!

* **¿DÓNDE, ENTRE OTRAS REALIDADES,** yo tengo mi fuerza? Lo que puedo sentir y digo, es que mi corazón está virgen, que tengo mis manos limpias y que te quiero y hoy, cuando este otro día me regalas, dentro de la pequeñez de mi cuerpo, la pobreza que me arropa y la tierra que para clavar mis raíces, no tengo, me siento grande. Creo que soy libre porque mi corazón no está manchado ni vendido a la materia por las cuatro cosas que seducen en esta vida, y aquí está mi fuerza, mi verdad y mi riqueza. Tú estás y en mí tienes un espacio

limpio donde todavía no ha entrado la materia y ahora, mientras desde este día que llega, debe ser no permitir que te manche o que te pierda y menos por cuatro pesetas o tres fugaces momentos que son pavesa que aunque pueden darme algo de fama u honor, al fin es tierra, oro del que roe la polilla y al final no queda.

Quizá por esta realidad y el día que de nuevo te dignas regalarme, se me venga al recuerdo y sienta el momento de aquel tan hermoso día y sus cosas bellas: Mi padre que nos reúne y nos anuncia que tenemos que partir hacia el rincón donde se concentran los pastores, sus chozas y sus ovejas.
- ¿Pero se quedarán aquí las casas, los amigos, los espacios conocidos y las querencias?
- Aquí se queda todo por aquellas tierras nuevas que es paraíso y tronco de la raza más noble del planeta. Y ahora nosotros que somos tres y nos llaman para que vayamos y nos dan posesión y entrada a las llanuras grandes que son benditas entre las otras, mañana seremos raza predilecta, convertidos en veinticinco mil pastores y sus praderas.

Recuerdo el momento, la tristeza de arrancarse y el carro surcando el polvo de los caminos y recuerdo el tronco del árbol que mi padre me mostró: con sus nudos y la podredumbre de la lluvia, sus ramas viejas y nuevas, los escalones que lo remontan y sus raíces. La sombra que derrama y su tremendo tronco abriéndose paso por entre los otros y destacando potente, recio y milenario... Quizá por esta realidad y el puñado de materia que soy todavía, noto que a pesar de todo, pertenezco a una raza de corazón puro y manos limpias y por eso caigo en la cuenta que en esta verdad y Tú conmigo, es donde tengo

mi fuerza.

* **ESTABA YO SENTADO** en el columpio del tiempo que la tarde se va llevando, respirando despacio, en el viento, los trozos de vida que desde el valle me traes y esperando paciente a que llegues con la promesa escrita de lo que me tienes anunciado y andaba yo, distraído, trazando un camino por los pliegues de la tarde, recordando que eres luz y soñando que te me acercas vestido de inocencia para que mis ojos te gocen y mi alma palpite extasiada en la emoción y tu belleza, cuando apareces de pronto con tu sonrisa de amigo y me notificas la noticia: que te alegras de verme, que me recuerdas y que todavía guardas en tu pecho el calor de mi figura.

Y ahora que te has ido y hay más soledad y ausencia, claro que siento la necesidad de darte las gracias por haberme permitido beber de tu rostro con estos ojos míos, bañarme en tu sonrisa con este corazón tan pobre y embriagar mi alma en el perfume fino de tu hermosa presencia. Andaba yo distraído y Tú has llegado en un beso de paz en flor y por este detalle tierno, que no merezco y tanto levanta el ánimo, gracias.

* **Y AHORA TAMBIÉN RECUERDO** que andaba yo aquella tarde distraído entre las cosas de mis juegos de niño, cuando otra vez te vi y desde entonces no puedo olvidarlo: estás sentado en la piedra que hay junto al río y miras, triste, el agua a tus pies y desde el charco hasta el infinito, la sierra limpia y verde. Por la curva del camino que surca el valle, se acerca el arrieros que viene del cortijo de abajo y sube al cortijo de la loma y mientras camina pegado a su burro, cojea por culpa de aquello que bien sabes. Al verte, se para y te pregunta por qué tú

aquí y a estas horas y como le respondes que descansa, vuelve a preguntarte si ha pasado algo. Con cinco palabras fundamentales le narras lo esencial de lo que en tu alma tienes y al final suplica para que te vayas con él.
- Traigo el burro lleno de fruta que venderé por los cortijos de arriba y aunque no es mucho, sirve para ir tirando.

Por un rato guardas silencio mientras sigues mirando a la sierra, siempre limpia y verde, como si intentaras adivinar las sendas y ellos detrás de sus ovejas y como pasado un instante, le dices que no, él se acerca a su burro, coge de la fruta y te da hasta llenarte los bolsillos.
- Con esto tendrás para unos días y luego, como las aves del cielo, que ni una pluma se les cae sin que el Creador le dé permiso.

Algo más tarde te veo acercarte a la vieja casa, ya casi hundida donde aún viven los niños pobres y la abuela y al subir por la cuesta te tropiezas con la mayor que al verla, y como te reconoce y te pide, metes tus manos en los bolsillos, le das una fruta que se la come enseguida y te mira pidiendo más para ella y sus hermanos. De nuevo buscas en los bolsillos y sacando el total de la comida que acaba de darte el que sube por los caminos y cojea detrás del burro, se la das y conforme la va cogiendo, la mayor te dice que guardes alguna para ti. Le respondes que ya encontrarás algo como lo encuentran los pájaros que por el bosque saltan y te alejas de ellos y su cortijo humilde que sobre el cerrillo se cae.

Te recuerdo y no te olvido, sentado en la piedra que hay junto al río y mirando triste, el agua a tus pies y desde el charco hasta la línea más profunda, la sierra

siempre eterna, limpia y verde.

* **AHORA CAE LA TARDE** y cuando todavía la última luz del día se enreda en el monte limpio y verde de la sierra eterna, ya estoy buscando mi cama para acostarme. Aunque oigo a los que han venido y desde aquellos días tanto llenan estos campos nuestros y los hacen suyos a espaldas de mi dolor, nada por aquí tenemos en común y por eso, como no tengo con qué o quién compartir mi tiempo, en cuanto se pone el sol, me acuesto, me acurruco en Ti, cierro mis ojos y me duermo. Ya estoy en la cama y mientras la luz última del día se va escondiendo sin prisa, me viene al recuerdo, bebo y me paseo, por el trozo de tierra verde junto al majuelo, en lo hondo del barranco oscuro del silencio.

La primera vez que pasé por el lugar siendo todavía pequeño y vi tanta agua manando por debajo del arbusto, rodeado de tantos narcisos, tanto verde y el arroyo allí mismo, recogiendo el venero, me asombré tanto y tanto se llenó de gozo mi alma, que restregué mis ojos por si era un sueño. No me lo esperaba y menos tan abundante y fresquita que más era hielo fundido nadando en el silencio del barranco y su cascabeleo resurgiendo, cayendo desde el manantial y el cloc, cloc en el charco del arroyuelo.

- Que es una fuente.
Me dijo mi padre.
- ¿Cómo puede ser si nadie habla de ella?
Le respondí yo.
- Que te digo que es una fuente que vamos a descubrir por primera vez porque hasta el silencio de este hondo barranco, nunca nadie ha llegado.

Y era una fuente de las de verdad y como son las fuentes que Tú tienes modeladas en la sierra que me regalas: un manantial en medio del paisaje y agua que brota de las rocas, cerca de las raíces de los árboles, junto a la corriente del río, en las llanuras de las cumbres o en cualquier otro sitio y de cualquier manera, con agua limpia y siempre fresca. Así son las fuentes de tu sierra que en nada se parecen, y ahora ya todo el mundo conoce y llaman fuentes, a las construidas por los humanos en las avenidas de las ciudades, en las plazas de los pueblos e incluso junto a las carreteras que por nuestros campos han trazado.

La fuente del majuelo, ahí donde sólo hay hierba fresca, sombra de pinos, suave música de viento yéndose por la ladera, alguna mariposa revoloteando por las flores, pajarillos y silencios y con su pequeña playa de arena en el arroyo, la pradera algo más arriba y más sombras grandes y el barranco, me dije que era un sueño y como íbamos cansados de la larga ruta, el manantial nos reconfortó con el más relajante consuelo. Agua fresca entre flores y más pura que el viento, junto a una pradera con su música natural y el azul de la tarde y el cielo y Tú con nosotros, ¡Qué gloria y qué bello!

Y ahora que se va el día, desde la distancia y el tiempo que tanto nos sigue alejando a la vez que clavando en mi corazón todo lo que fue eterno y por su limpieza Tú quieres que permanezca porque son muestras de tu propia esencia, mientras la noche con su paso de tortuga y la sábana de las tinieblas me van arropando, me entretengo, bebo y me paseo con las cosas que conmigo tengo: los pasos de mi padre

subiendo los caminos detrás de sus ovejas, mis labios bebiendo en el agua fría de la fuente del majuelo, los pinos secos clavados en las cumbres, Tú en el canto de los grillos y tu voz y su eco, retumbando por las montañas en los veneros que en lo escondido manan y el barranco del silencio con la fuente que le pertenece a mi padre. Y esto lo sé y es un secreto, porque la descubrió el primero y en ella me dio a beber la mejor agua que quita la sed y el mejor sueño. Por eso ahora, en esta tarde noche, te lo digo y lo recuerdo.

* **EN EL MARCO DE LA LUZ** del valle con el río y en la roca en que ayer te vi parado, veo ahora concentrados a los que acaban de llegar. Entre otras cosas se les oyen decir que quieren comer porque es medio día y sobre la misma piedra, al borde del charco y encima de la hierba, se van sentando y sacan la comida que ya traen preparada: tortillas de patatas, chorizo frito, trozos de jamón, abundantes bebidas y melón, naranjas, uvas, melocotón y café y bombones y helado para endulzar el postre, caramelos de miel silvestre. Y ahí mismo, junto a la piedra donde las hormigas luchaban para escapar de la lluvia aquel día tan oscuro, amontonan las sobras para que se las coman los animales del monte y luego se van porque quieren ver la sierra.

En el marco de la luz de la piedra del río que tú acariciaste y roza el agua serena frente a la sierra limpia y verde, entre otras escenas, recuerdo aquellas horas de otoño y cuando también era medio día y por eso, el momento de la comida. El joven de las cabras blancas que van por la ladera que surca nuestro arroyo, me dice que sólo tiene el puñado de migas caseras que apartó de

las que por la mañana ha comido en el desayuno. Le digo que yo sólo tengo un puñado de nueces de las que cogimos en la noguera de la puerta el otoño pasado y que de postre podemos buscar moras por las zarzas del arroyo que nos queda cerca, ahora tu arroyuelo y mi nido. Después de las moras, y cuando ya estemos satisfechos, le digo que podemos subir a donde hozan los jabalíes y brota el venero de la solana y en la tierra suelta y con los juncos del arroyo, hacemos una poza. Le ponemos un caño de juncos secos y hueco y cuando la arenilla se pose en el fondo del charco, ya tenemos agua clara color de viento y fresca como la nieve. Podemos beber y luego, de segundo postre, jugar con el barro de la reguera que lleva el agua al huerto, mientras pasa el día y sus cabras pastan por el monte, el río corre y frente, la sierra eterna, limpia y verde.

En el marco de la luz de la tarde y el valle, con la piedra ceniza y ocre que se mira en la corriente, sobre mis pasos grabados y en la brisa esponjosa que se filtra por los tarayes, como dueños absolutos de tu río, la sonrisa de ellos y entre los momentos y la hierba que rodea la piedra, mi yo temblando. Y ahí, bellos mis recuerdos a los pies de tu asiento y mi espíritu, con sus migas, mis nueces y las moras, el río pasando, la tarde que oscurece, el marco de luz que lo transforma y frente, la sierra eterna, limpia y verde.

* **PERO AHORA,** cuando ya me despierto y desde la cama dulce que frente al arroyo tengo, me siento lleno y tan bañado por la nueva luz, que por todo mi cuerpo tengo tu puro beso, miro para el valle y también lo veo: es el humilde encorvado que camina despacio y un poco a espaldas del tiempo, doblado al rozar la muchedumbre y

erguido bello, frente a las montañas por donde retumba la voz que va siguiendo.

- ¿Cómo sabes que está si hace tres días que ha muerto?
Le pregunto.
- Lo sé porque lo siento: la sombra de las encinas, el verde de la hierba, la soledad en mi corazón, la tarde y este silencio con la hondura de la noche, el aire limpio, el monte y el día en que se fue y desde entonces en mi alma, su lugar vacío y lo que respiro ¿no es ella y El dándole en posesión su corona de reina y su reino de estrellas?
- Pero ahora, desde este presente tan bello y hoy tan quebrado, gritando como si aquellos días hermosos, ya estuvieran rotos para siempre, por su ausencia y tan viva en tu alma y en la mía, chorreando su dulzura, se hace duro no verla más. ¿Por qué después de tanto tiempo y tanto haber sido el gozo de nuestras vidas se va dejándonos en desconsuelo?

Y el humilde del valle, mientras surca la llanura y se hace canto, sueño, vida y palabra tuya, para darse ánimo y atravesar la tarde hacia las montañas por donde resuena tu voz, me repite su credo: cuando el amor no es nuevo cada día acaba en esclavitud y de aquí el dolor que ahora siento. Se fue y lo hizo al modo en que las flores de estos campos: en primavera, a primera hora de la mañana y en silencio y ni dejó el arroyo de correr ni de pasar el viento.
- Pero es que ella vivió así.
- Y como fue un canto agradecido, a pesar del dolor ahora, parece como si no se hubiera ido y como mi corazón lo sabe, tras mi cara triste, mi alma está feliz.

Y ahora, cuando desde mi cama dura ya estoy bebiéndome el día que me regalas, miro y veo el brillante sol chorreando por las peñas y las montañas quietas en su silencio de plomo. Como si Tú no pasaras, como si yo no estuviera ni fuera materia, como si no se moviera el tiempo, como si todo ya se encontrara en su centro, en su equilibrio perfecto y en su calma exacta pero, aún así, Dios mío, aquí estoy, frente a la sierra siempre eterna, limpia y verde y lo veo y te siento.

* **YA ME ESTOY HACIENDO VIEJO** y mientras espero que el día llegue, repaso los momentos en mi mente porque de ellos, Tú y mis sueños es de lo que ahora, mi vida y yo, toma alimento. Y cuando hace un rato caminaba por la senda que cruza la llanura que baja al río y desde el puntal sube al cortijo blanco, a la cañada del pastor, a la soledad del suelo que alimenta cruces de palo de enebro y a las huelgas de las tierras que riega el arroyo, he visto tanto que hasta me duele repasarlo.

En la curva que cuando era camino, se llamaba de las nogueras y ahora no sé qué nombre tiene porque ya es carretera con asfalto negro, por el rellano donde descansaban los burros al subir con los sacos de patatas de las huelgas de los avellanos, se ha parado el autobús largo. Se han bajado los viajeros y mientras abren las puertas y van cogiendo las cosas, les dicen que la meta es el charco del río para así bañarse, comer, tomar el sol con el aire puro y gozar de los paisajes. Y mientras me vengo, los voy viendo todos en fila, atravesando los campos y en busca del charco azul de nuestro río limpio.

En la otra curva que más arriba, pega a los

voladeros del manantial y donde al caer las tardes se juntaban los pastores para charlar y por entre las verdes ramas de los álamos, revoloteaban las torcaces tomando las aguas limpias, el que ha llegado, habla por su aparato móvil y ordena lo que tiene que hacer. Que vaya y compre el vestido, que lo pague, que se lo lleve luego al que ya sabe y vea si el escote es mucho o poco y que lo cosa, que planche los otros trajes y que los ponga en la percha y los guarde con mucho mimo y así: que todo esté preparado para cuando vuelva y a punto para ese día no sea que luego falle algo y digan.

En este lado del río, en la llanura que acaricia el viento y tanto rebosa el fluir íntimo de nuestras vidas ahí atrapadas desde aquellos ya tan lejanos días, que no se van aunque parece que, a ratos, sí se vayan, otros de los del grupo que ha llegado, se han reunido y junto a la piedra que es parte de nuestro corazón y tanto grita aunque no hable, encienden su fuego. Se sientan alrededor de las llamas y mientras la noche cae y el río a dos paso baja con la misma señorial belleza de aquella tarde, ellos se alegran y cantan por el placer que contagia el aire libre y las estrellas y el agua y la tienda de colorines, recién comprada, que están montando pegado al fuego y la piedra que es nuestra alma.

Algo más arriba y también antes de que se ponga el sol y por el trozo de llanura donde se alzaban las casas, con ellos y sus tesoros y en las noches de lluvias y nieve, refugiados al calor de lumbres de teas de pino y rojas llamas, tres más se mueven con aparatos y exploran y excavan buscando reliquias viejas, trozos de lo que sea con tal que sean antiguas y mejor si son de plata.
- Pero si ellos sólo tuvieron arados de palo, alguna piel de

zorro cazado por el monte, esparto, cacharros negros sobre las ascuas, soledad y escarcha por los caminos y los pastores, esparteñas y albarcas.
- ¡Y si nos encontramos un reloj de los de aquellos de bolsillo con su caja y dentro, aquella joya antigua o aquella cruz dorada!

Al otro lado del río, siguiendo la senda que yo llevo y que corona la cañada donde aquella tarde el pastor me enseñó las ovejas paridas y las preñadas y las praderas de hierba donde pastaban con los corderos retozando y las tinadas, sube el grupo que portan mochilas gigantes y escalan sin ir por la senda, con la ilusión puesta en la llanura, que es donde el cerrillo mira a la cañada y mientras suben y sudan, los oigo que hablan:
- Pues en la encina que hay al lado de arriba, en las ramas que caen y se cogen con las manos, es donde me han dicho que el pastor dejó colgadas las viejas cencerras de sus ovejas y los cordeles con los que las amarraba. ¡Tú te imaginas que lleguemos y todavía estuvieran ahí, como si esperaran a que vengamos a por ellas! Las cencerras de las ovejas que el pastor acarició con sus manos y que son de lata, de metal que huele a monte y a roña y a resina y a lana, ¡qué música en aquellas tardes y qué sonidos de campanas por la hierba de la fuente y la ladera de la casa!

Y por donde la senda estrecha, remontaba la ladera empinada en busca del rincón de las sombras y el silencio y la hierba perfumada que se enredaba en las cruces de las cien tumbas calladas, los de los “amotos” relucientes que saltan, se empinan y braman, pateando los romeros y hoyando la tierra santa.
- Pero ¿qué estáis haciendo por aquí si esto es rincón de

águilas, de buitres dueños del viento y arroyuelos de aguas claras?
- Los viejos caminos y quebrados, son los buenos para estas máquinas.
- ¿Y del ruido, del polvo y el humo sobre esta limpísima sábana?

Y cuando habiendo ya llegado a los voladeros que pegan al río por donde las grandiosas cascadas resuenan con los arpegios que ponen el bello de punta y el eco de tu voz retumba de montaña en montañas, veo a los que en pandilla grande se amontonan y se quejan y se empujan tirando de sus bicicletas. Dicen que suben a los lagos y que como hoy es un día tan especial, se han concentrado desde muchos puntos y algunos lejanos y han puesto en marcha lo que llaman la competición de las bicicletas por los caminos que se pierden.

Y es lo que te decía al principio: como ya me estoy haciendo viejo y sólo espero que en cualquier momento Tú vengas y me des tu beso, es normal que tenga que renunciar a seguir recorriendo muchos de los caminos que se borran y aunque tan bellos son y tanto me pertenecen, ya no sirven para llevarme ni llevar a donde llevaban. ¿Qué quieres que te pregunte? ¿Qué quieres que haga?

* **CON LA TARDE QUE CAE**, apago mi mente y al cerrar mis ojos me veo caminando por los paisajes de ese mundo irreal que ni es materia ni sueño pero sí eternidad.

Y si al mirar descubro la casa solitaria y blanca, sobre lo alto del cerrillo, el sol perdiéndose por detrás de

las verdes cumbres y el viento que empieza a soplar desde la llanura larga y llega frío, y la sombra de la noche que no tarda en cubrir los barrancos de la gran sierra y el viento que sigue soplando y al oírse, ahora ya desde dentro de la casa, suena a quejido con acento de zumbido agudo y triste. Y cuando parece que en cualquier momento puede empezar a llover y un poco antes de que así suceda, todavía no en el centro de la media noche, se oyen los golpes en la puerta y el padre que enseguida sabe que ahora no es el bramar del viento, sino alguien que pide ayuda y mientras prende fuego a la "torcía" del candil de aceite y ya se prepara para descorrer el cerrojo, con voz de sierra concentrada, pregunta:

- ¿Quién viene a estas horas?

Y fueran contesta que:

- Me muero de frío y con esta tempestad ni una cueva tengo donde refugiarme.

Y de nuevo el padre, que ya sabe quien es porque al oír su voz lo reconoce, tira del cerrojo y al entrar, la fuerza del viento, arrastra las llamas del candil poniendo la puerta abierta de par en par, apagando la mecha que arde y dejando la estancia del humilde cortijo, en total oscuridad, y otra vez el padre habla y dice:

- Pasa que cierre.

Y aterido, un poco atolondrado, el anciano pasa y ya en el centro de la estancia se empieza a pegar a las llamas que en la chimenea todavía arden y restriega sus manos queriendo quitarse el frío que lo hiela, cuando ahora es la madre que al oírlo, se ha levantado, ha cogido la olla de porcelana negra, la ha colmado de leche y después de calentarla sobre las brasas del fuego que sigue ardiendo, llena el baso hasta el borde y al dárselo tan calentito y

entre tanto vapor, el que ha llegado y como tantas otras veces, expresa agradecido un,
- ¡Dios te lo pague, hermana!
Y ella satisfecha:
- Que así sea, hermano.
Porque sabe que desde años lejanos, cada quince días, el anciano se da una vuelta por el cortijo, pide un trozo de pan, charla un rato y se marcha al siguiente chozo y de esto, todos por aquí lo conocen por el sin casa, el anciano de la sierra que es amigo de muchos.

Y si yo ahora, con la noche que cae, aunque apague mi mente y cierre mis ojos, me sigo viniendo por los caminos y al pisar la tierra que es imposible sacudir de lo que soy, hasta veo la negra y vieja encina del manantial, quebrada por el viento y su tronco clavado en el mismo centro del huerto, justo donde me parece que ayer por la tarde estuve sembrando las patatas y preparando los surcos para las cebollas y los tomates ¿qué quieres que te diga, Dios mío, si mi corazón vive y no vive y está con ellos y contigo y no tiene nada más que amar?

* **EN NUESTRA EXCURSIÓN,** en busca de la fuente que también quita la sed, aunque de otro modo, ya vamos saliendo por las últimas casas de la que es aldea y, desde que nació, paraíso de la niña. Y como ahora andamos recogiendo trozos para recomponer el cuadro que desde mi infancia tengo roto, recuerdo que por aquí se derrama otro cachito de esa excelsa imagen.

Sólo fue como un sueño y se nos presentó en forma de visión divina cuando la tarde se iba apagando y el río que transporta esencia, comenzaba a llenar de rocío

las últimas hojas de hierba de la pradera que ahora pisamos. En aquella ocasión no era una bonita mañana de primavera sino una cálida tarde de agosto. Veníamos de recorrer la sierra y como ya habíamos oído hablar del nacimiento, al pasar por aquí, decidimos quedarnos.
- ¿Pero dónde?
- Vamos mirando y donde se vea un trozo de tierra libre, lo más pegado a las aguas, nos ponemos.

Y fuimos mirando según recorríamos el tramo de carretera y al cruzar por el collado, vimos lo que buscábamos. Primero descubrimos un rebaño de ovejas pastando por las partes altas, las cuatro casa de la aldea y tres personas caminando por los cortos trozos de calles. Buscamos el camino que da entrada al rincón sin saber dónde nos metíamos y mucho menos conocer a los que vivían en las escondidas casas.

Atravesamos el enclenque puente, cruzamos el trozo de calle y enseguida los vecinos salieron a recibirnos, más movidos por la curiosidad que de otra cosa. Los saludamos y después de preguntarles, no dijeron que ahí, cerca de las aguas que por el río pasan, podíamos poner la tienda.
- Aunque eso sea propiedad, ahora no está sembrado y sobre la hierba que crece, dos días una tienda, no estorba a nadie.
Dejamos el coche frente a las casas viejas y nada más reconocer el terreno, nos ponemos a montar el campamento. Dos tiendas que levantamos justo al borde mismo de las aguas y mirando hacia los pinos que se amontonan por la ladera que, tiempos atrás, criaba centeno.

Ya se está poniendo el sol y las ovejas comienzan a subir buscando la tinada. Los vecinos, asomados a las puertas de sus casas, no paran de mirar y de pronto vemos, que de una de las casas, sale la niña. Se viene primero hacia el coche, coge por la veredilla que trae al río y cuando ya se acerca a las tiendas que tensamos, se aparta a la izquierda y en la corriente se para. Durante un rato, mira fijamente a los que por entre las tiendas se mueven, a las tiendas mismas y a las cosas que por ahí vamos soltando. La vemos también y lo primero que pensamos es que si se viene a nuestro lado, nos va a gustar mucho. Una niña serrana, hija de pastores, con el color de la cara parecida a los rayos del sol de la tarde y la sonrisa tan fresca como el rocío de los valles, es cosa grande para celebrar el encuentro, en este momento y trozo de paraíso.

La miramos desde la distancia y como siente vergüenza, lo único que hace es ponerse a jugar con el agua al tiempo que canturrea una canción sin ritmo y de vez en cuando mete sus pies en la corriente limpia.
- Si se atreviera a venir y nos saludara, fíjate qué gozo.
Expone uno.
- ¿No te parece un sueño?
Comenta un segundo.
- Yo la veo como mariposa revoloteando por el paraíso donde el río nace.
Dice un tercero.
- Y es como el saludo más limpio del río recién brotado.
Aclara un cuarto. Y ella no deja de estar con su juego al tiempo que mira la tarde, yéndose por las cumbres y acaricia el agua que alegre corre.
- ¿Quién será que tan sueño se le ve y se funde tanto con la luz que cae y el viento que pasa?

- ¿Y por qué no se viene y se trae su juego aquí con nosotros?
- Si es hada o mariposa vestida de primavera ¿cómo va a venir a darnos compañía? Además, si se acerca ¿qué le decimos?
- Yo le preguntaré su nombre y si me dice que para qué quiero saberlo, le diré que para llevármelo conmigo y no olvidarla. Si quiere, le cortaré flores para tejerle una corona y si no se asusta, le diré que siga sonriendo. Si ella me pregunta para qué tanto sonreír, le diré que entre su gracia clara hemos visto enredada la esencia suprema del valle donde nace el río y como eso es puro gozo, nos gusta su alma.

Se va la tarde y la niña se marcha a su casa dejando su perfume desparramado por el río y la tristeza de su ausencia temblando en las sombras que la noche trae. Y al amanecer, el valle que surca el río y nosotros hemos pisado por primera vez, rezuma una primavera nueva. Una verdad dulce que desde la pura tierra, recoge al alma entre su viento limpio y la transciende hasta la eterna luz del gozo Grande. Así lo sentimos nosotros y por eso al notarlo y mirarnos, queremos hablar de lo que no tiene forma pero llena el valle, manando desde lo más íntimo del ser y el manantial gigante que da cuerpo al río.
- ¿Pero qué decimos y cómo se llama?
- Se llama Dios y decimos que es presencia inmaculada abrazando a los humildes y belleza gozosa que se les permite ver sólo a los y limpios de corazón.
- Pues si ya está dicho, que así quede.

Dos días más tarde nos vinimos de la pradera verde y al despedirnos, ya era nuestra amiga en la forma y esencia en que lo habíamos soñado. La madre nos dijo

su nombre y hasta nos la vistió de primera comunión para que le hiciéramos una foto. Luego nos regaló una talega llena de chorizo de su matanza y después nos dijo que allí teníamos su casa para cuando la necesitáramos. Desde entonces, el lugar donde nace el río, tiene un nombre nuevo que sólo nosotros conocemos: El paraíso de la niña.

* **SUENA LA MELODÍA** de la brisa besando las hojas del bosque y el ruiseñor, entre su zarza espesa de este arroyo mío, lanza su trino al sol que cae. Es un momento mágico, todo eterno, chorreando la abundancia de la quietud y el silencio que se masca y al verte a Ti, en tan clara luz que ciega de tan prolongada y bella, los recuerdo.

Y en la mañana callada que no tiene igual y pasa silenciosa vestida de azahar, el niño en su juego se va por el charco y a los diez minutos oyen que le llaman. Mira y ya viene bajando por los filos de la cuesta y antes de llegar, de entre la hierba mojada de rocío, levanta su vuelo el pájaro pequeño. Se le ve arrecido y como tiene miedo y quiere volar para escaparse e irse por su mundo libre, lo intenta y lo intenta y no lo consigue.

Al verlo la niña, corre detrás y con la ayuda del hermano lo atrapa enseguida, lo acurruca en sus manos y como suplicando le dice al amigo:
- No tiene fuerza porque del frío de la noche y la humedad de la hierba, se encuentra aterido. Le voy a dar calor en los nidos de mi pecho y ya verás como luego vuela.

Y despacio, para no romper lo que es ta frágil, lo pone entre la ropa y su cuerpo de seda, al lado del

corazón que late primavera y con él entretenido y la mañana que los besa y el río y la corriente y el olor del romero y la rivera y el pajarillo durmiendo ahí, donde palpita el alma, los dos se acercan al charco de las aguas transparentes y antes de sentarse en el mismo borde y seguir con el juego, la niña lo mira y entonces le dice:
- Venía a estar contigo y de paso, contarte un secreto.
- ¿Es bueno?
- Que a partir de mañana, no tendréis trabajo, porque han vendido las ovejas y os van a despedir y lo siento.

Como ya ha pasado un rato, casi un siglo de hielo y sigue muda la hiedra, la luz y el silencio , con sus manos de nieve, busca por el pecho y como el avecilla ya bulle despabilado, lo atrapa por los pies y entre sus dedos y revoloteando, mientras pía implorando libertad, se lo muestra al amigo. Más al descubrirlo ella ahora tan fresco, tan chiquito, tan lleno de vida y bello, ya no quiere soltarlo no sea que al perderlo, otra vez venga al rocío de la hierba, o la nieve de los prados o al hielo de las noches, y se quede sin fuerzas y nunca más arranque vuelo pero por la orilla del río y el monte espeso, se arrebola la bandada de compañeros y como son de la misma especie, la niñas, al verlos:

- Serán sus padres. Tengo que soltarlo para que se vaya con ellos aunque ahora me guste quedarme con él y enseñarle mi juego.
En la mañana hermosa del río que canta y los niños jugando, ella abre las manos y sus dedos de azúcar y el pájaro escapa con una volada rápida que le lleva al centro de la espesura de las adelfas donde la bandada lo arropa y le dan su beso, y después a la encina vieja, y luego, la

libertad sencilla del aire que pasa perfumando las horas de este trozo de sueño.
- Era un pájaro preciso que no tenía fuerzas y fíjate qué contento entre sus padres y los suyos, en su mundo y el viento. ¡Lo que hace el corazón y el calor del pecho!

* **¿QUÉ TENÍAN ELLOS** y aquella tierna niña, imagen de lo frágil y puro, que da tanto gusto recordarla y a pesar del tiempo no se borra nunca? ¿Qué tenían ellos y Tú tan grandioso y derramando belleza donde todo es tan sencillo que nada parece tierra? Ya han cruzado la llanura que se extiende por la cima de la cumbre y remontan la tierrecilla suave que asoma al río. Al volcar queda la ladera y a mitad de ella, el cortijo de las nogueras. Más abajo ya salta la corriente y al otro lado, el otro enorme barranco oscuro. Por encima, y a un lado y otro, se levantan las rocas formando escalones hasta terminar en cumbre y entre las grietas y las repisas, crecen las carrascas. Espesos bosque de encinas milenarias que cuelgan amenazantes con la belleza del vacío a sus pies y el temblor que les imprime el vientecillo que asciende del barranco.

Ya han cruzado la llanura que se extiende por la cima y por la derecha les va quedando la ladera del arroyo mediano. Algo más abajo se hunden ladera y cauce y por la asperilla naranja que por este lado del río se alarga frente a la aldea, se ve la borrosa senda. Una chispa de senda tallada en la pura roca y retorciéndose de acá para allá mientras cae para la rivera del río. Por ahí chorrea el agua que las nubes han derramado en las partes altas y por el arroyo que va por el centro, también se despeña la corriente.

Durante toda la noche, la lluvia ha caído sin parar y aunque a media mañana ha aclarado un poco, cuando ya por la tarde va apagándose el día, las nubes se tornan negras y amenazan lluvia otra vez.
- Tú decides lo que hacemos pero si la lluvia sigue y el día se acaba, lo mejor es que nos quedemos en el cortijo de las nogueras. Esto te lo digo porque también es bueno que lleguemos a saludar a nuestros amigos.
Expone otra vez la madre.
- Es que tienes razón y de este modo, si ya por la noche no llueve, al amanecer y mañana, nos será fácil cruzar las rocas húmedas de la senda cuando pasa por la asperilla.

Y nada más terminar de pronunciar estas palabras, la lluvia empieza a caer. Las nubes negras que amenazantes cubren las cumbres, llenan el barranco desde la parte alta y comienzan a dejar sus gotas. Al sentir el agua chorrear por sus caras, los tres aligeran el paso descendiendo por la ladera con el cortijo ya a un tiro de piedra.
- Pues a pesar de esta lluvia y la luz del sol que se apaga, en cuanto lleguemos al cortijo ¿vosotros sabéis lo que haré?
Dice y pregunta la niña de pronto. El joven, que la lleva cogida de la mano porque "este ángel dulce", como él la llama, es el gozo supremo de su alma, le pregunta:
- ¿Qué harás tú?
- En cuanto salude a vuestros amigos del cortijo que son también mis amigos, me voy a ir por el trozo de sendilla que baja hasta el río. Lo voy a cruzar por las piedras gordas que en la corriente pusieron y voy a subir ese otro trozo de sendilla que va por aquel lado y desde allí ¿a ver si adivináis a dónde iré?

Como el hermano la conoce y conoce con detalle el rincón de la sendilla que sube, le dice:
- Adivino que irás al misterio del segundo barranco oscuro que le entra al río por aquel lado.
- ¿Y para qué iré a ese barranco?
- Eso también me lo sé de memoria. Deseas visitar el charco largo y verde que se esconde entre las negras sombras de los fresnos. ¿Me equivoco?
- No te equivocas y ahora que lo has mentado ¿te pregunto lo que tanto me intriga?
- ¿Qué quieres saber?
- Lo del barranco, su oscuridad, la transparencia del agua, la sombra de los árboles y la sendilla que por ahí sube ¿qué es lo que esconde y por qué resulta tan extrañamente bello?
- Eso te lo diré cuando lleguemos porque aunque está lloviendo y la noche ya empieza a cubrir los bosques, yo te quiero acompañar.

Y esto se lo dice el joven por lo que tan hondo llevan en su corazón. Tantas veces ha jugado y con la niña por el barranco y el borde del remanso verde oscuro, que venir ahora por aquí y no irse con ella a repetir el juego de siempre, es algo casi imposible. ¿Qué tiene el barranco, el charco oscuro, la sombra densa y la profundidad del cañón por donde baja la corriente? pregunta imposible de contestar como tampoco es posible contestar qué tiene la aldea pequeña, aplastada allá a lo lejos, las finas aguas del río y la roca sudando chorrillos limpios a un lado y otro de la senda.

Los vi aquel día bajando hacia la misteriosa aldea y luego apartarse del camino y, mientras la lluvia los iba

empapando, irse en busca del cortijo. Vi como los granizos cubrieron la tierra que pisaban y luego vi como al llegar al cortijo, lo primero que hicieron fue pararse y mirar hacia la aldea. Vi como la vieron escondida allá en lo hondo y tan repleta de misterio, mientras la lluvia caía, la noche llegaba y la niebla se alzaba barranco arriba. Vi luego, como el hermano se fue con la niña de la mano y saltaba la corriente del río limpio. Vi esto y mucho más, todo ello como en un sueño pero al mismo tiempo, tan real y dulcemente bello que luego pasado el tiempo no se me han borrado.

Aun los sigo viendo dentro de mi alma y lo mismo que la niña preguntaba por el misterio del barranco, yo me sigo preguntando: ¿Qué tiene el barranco, la sombra que lo cubre, el silencio que lo arropa, la senda y la aldea ahí aplastada, que después de la visión de aquel día, dejó tan dulce sabor dentro de mi alma? Y aun más: ¿Qué tenían ellos y aquella tierna niña, imagen de lo frágil y puro, que da tanto gusto recordarla y a pesar del tiempo no se borra nunca?

* **ESTOY MIRANDO** y lo que veo y aun así, me pasa como a Ti: no quiero creerlo pero el recuerdo está palpitante: Una gran noguera al frente y los álamos un poco antes de las primeras casas. Ya estamos llegando y lo primero que se me presenta con toda fuerza no es la realidad presente sino lo que emergen desde el fondo del tiempo. Un trozo de vida, durmiendo ahora ya en el recuerdo pero lleno de vigor que navega por entre las cosas que se han clavado en mi alma. A mi recuerdo acude aquella tarde de la tienda montada junto a la corriente de este río, mis compañeros saltando y

corriendo por la corriente y la niña entretenida en el charco algo más abajo.

También acude a mi recuerdo, la casa, ahora aquí solitaria, llena de desconchones gritando la presencia de los que la habitaron y ya no están. Y el otro recuerdo, es el de aquel día del incendio en el monte y, al caer la tarde, los campos llenos de ceniza, humeantes y solitarios. Tres trozos grandes recortados del gran trozo de estas sierras que no mueren jamás a pesar del tiempo que ha pasado. Y parece que ello ahora se me presenta con esta claridad para que no olvide que el presente, lo que esta tarde respiro por aquí y mucho de lo que aún queda por llegar, se cimienta sobre aquello que fue y ya pasó a lo eterno.

De la casa desconchada, recuerdo varias escenas hermosas. En la puerta ellos tenían unas cuantas macetas llenas de plantas que al llegar la primavera, cada año florecían. Nada importante pero aquello era el signo de la vida y daba su toque de alegría por la puerta y las paredes. Llenaba de verde las mañanas de aquellas primaveras y transmitía calor de presencias humanas cada vez que las veías y a ellos trajinando de acá para allá. Cuando por la puerta los niños se entretenían en sus juegos, desde su silencio humilde, acariciadas por el sol y los chorrillos de vientecillo que pasaban, las macetas llenas de plantas, vigilaban calladas y embellecían el escenario. Cuando los mayores llegaban del campo lo primero que del hogar amable les salía al encuentro, eran los tallos verdes de las macetas adornando la puerta. Casi nadie les prestaba atención porque estaban allí, crecían, florecían, se marchitaban y volvían a brotar y eran como el termómetro de la vida, marcando el ritmo de los días y de las horas, sin apenas ruido.

Todo fue así de sencillo, bello y grande hasta que ocurrió lo que nadie quería. Una mañana se fueron ellos, no se sabe a dónde, o por lo menos yo no lo sé y la casa se quedó cerrada. La puerta se quedó sin el juego y presencia de los niños, las macetas se quedaron si manos que las regara y por eso las plantas se secaron. El caminillo, la entrada y el río mismo también se quedaron sin la presencia de ellos. Y hasta el montón de leña seca para la lumbre de la chimenea, que casi eterno en la puerta se veía, desapareció para siempre. La puerta de la casa perdió su color y las viejas cerraduras se oxidaron. Por el ambiente, el aire parece que los rezuma y a todas horas grita llamándolos.

Y por eso ahora, cuando acabo de penetrar en el rincón, lo primero que he notado, ha sido su ausencia. Me doy cuenta que las macetas se han secado y las que todavía quedan por aquí, hasta la tierra la tienen derramada y convertida en polvo. Por las paredes de la casa se ven los desconchones y por el silencio de la tarde, aun siendo hermosa y pura, los notas ausentes. Una realidad dura, sangrante y dulce al mismo tiempo que amorosamente grita sus nombres e inútilmente pide que vuelvan. Y por eso una vez más me digo que esta es mi sierra amada con su cara verdadera de lucha por la vida, la belleza siempre palpitando y a su lado, punzando el vacío de la ausencia y la muerte.

El otro recuerdo que ahora se me agranda con la fuerza de lo que no muere nunca, es el incendio de la ladera, el humo alzándose desde los barrancos y las cenizas amontonadas donde crecían los milenarios robles. Lo vi aquella tarde y para empaparme más de lo

que allí ocurrió, me fui por la tierra de la colina. Desconcertado iba y abrumado por lo que a cada movimiento pisaba. A un lado me quedaba la ladera que vuelca al río y sobre ella, las hondonadas repletas de nogueras.
- ¿Qué ha sido lo que ha pasado?
Le pregunté al pastor, que había madrugado más que yo y que ya miraba desde lo más alto.
- Anoche ardió todo este monte y ahora ya lo estás viendo: ni una rama verde queda y los gruesos troncos que han resistido, lentos se los está comiendo el rescoldo en compañía de la tarde que cae.

Lo miré despacio y seguí mirando el campo y como en mi alma sentía casi la misma tristeza que él en la suya, le quise preguntar cómo había sido y por qué pero no me atreví. Sabía lo que me iba a responder.
- Y qué importa por qué y cómo haya sido. Lo que sí está claro y ahora duele, es que ayer por la tarde, esto era un bosque grande, repleto de hojas verdes que se mecían al viento y más repleto de vida silenciosa. Sólo unas horas después, ya estás viendo lo que es: tierra yelma, negra y achicharrada, cenizas grises que se lleva el viento y chorros de humo blanquecino que trazan sendas blandas camino de las nubes. ¿No lo ves?
Me decía él al tiempo que con el puño de su mano despachurraba las perlas acuosas que le brotaban de los ojos. Y sí que lo veía y hasta querías llorar en su compañía.
- Porque ahora ¿sabes lo que dirán?
- No quiero saberlo aunque lo sé.
- Y tú fíjate despacio y dime qué te grita lo que tenemos delante.

- Mirando despacio y sintiendo lo que me quieres decir, vengo todo el rato y lo que me grita, ya lo sabemos y lo sentimos. En la ladera no hay una mata verde y sí muchas piedras negras y tizones humeantes. El viento que pasa sube caliente y los pájaros que vuelan no tienen una rama donde posarse. El arroyuelo que baja desde las cumbres, corre solitario sin ni siquiera una mariposa que revolotee por encima y las cenizas, son lo que ya me decías antes: pavesas color plomo que se van de acá para allá como buscando un sitio en el espacio para desaparecer en el vacío. Esto es lo que veo y aun así, me pasa como a ti: no quiero creerlo.

* **MIRANDO LA IMAGEN LIMPIA** del arroyo que tengo a mi lado y cada vez más salta y empapa, estoy entretenido mientras la tarde pasa y me roza el viento que huela a humedad y también sacia. Y de nuevo se me va mi alma por aquella otra imagen, sí ya lejana pero fresca todavía y tan nítida como este arroyuelo y que a pesar de correr con el tiempo, tan poco pasa.

Pisando las tierras del camino que entra al valle, vamos nosotros y además del los puñados de sueños que de él mana y dan gozo, sentimos la caricia del fresco vientecillo impregnado de tomillo y el trino de dos pajarillos que revolotean. Se abre al frente el valle teñido por la luz de la tarde que cae y cerca, la compañía amable de la hija predilecta de mi amigo el pastor, el gozo más dulce de su corazón, que nos mira, habla y recuerda que cuando era niña por aquí se venía con su padre a cuidar las ovejas, a bañarse en las aguas claras que remansa el río, a regar las patatas del huerto en la vega, a estar en la casa de la amiga que tiene en la aldea y otras veces y en compañía del hermano, a coger moras de las zarzas del

camino y también algunos días, a jugar y correr por la torrentera.

Y en aquella ocasión que lucía el sol y era la más bonita de las tardes de primavera, lo recuerda todavía con la dulce emoción de la niña que juega, como una de las cosas más tiernas de su infancia y que nunca se ha visto por estas sierras, estaba por aquí junto al hermano y cerca del río cristalino que tiene nombre de fortaleza, por el camino que sube y al calor del padre que guarda las ovejas, por las tierrecillas de la puerta del valle y más abajo, las zarzas, sus zarzas y sus moras y luego el río y las huertas y el molino viejo a la sombra de la noguera y las acequias que ya no llevan agua ni mueve al molino ni riega las huertas.

Y se acerca al hermano y con esa sonrisa que Tú conoces y conoce ella y que tanto se parece al rocío que tiembla en la hierba o a la brisa que cubre los valles en las noches de estrellas y de pronto le dice: “¿A que no me pillas?” y el hermano la mira y contesta: “¿Que no, ahora verás?” Y ya viene la carrera persiguiendo a la hermana que grita, que corre y que tiembla y que se hace sonrisa en la tarde y algarabía jubilosa y belleza y flor de los prados chiquita que al paso del viento otra vez tiembla y de nuevo grita y tropieza y tan dentro va de su juego y tanto su alma desparrama gozo, que cuando se da cuenta, se ha metido de lleno en la torrentera y ahora grita más y alzas sus brazos y se agarra al viento y besa la tarde en un beso largo que se parece a las aguas limpísimas que las huertas riega y por fin cae al suelo y rueda.

- ¿Y toda fuiste de lleno las aguas heladas del río?

- Bajé rodando por la ladera y de lleno caí en las zarzas espesas.

Y aquello ya fue el grito que de verdad pide auxilio y el miedo y los pinchos de las zarzas viejas y la niña allí atascada en la espesura del susto total y el padre que corre y con la navaja corta, aparta, pisa y la mano recia que se agarra a la mano pequeña y tira de la reina que, además es su vida completa y el gozo profundo de su corazón y la blanca azucena y la luz de los valles y la violeta del río y la luna jugando y otra vez llenando los campos y la nena, sangre del buen pastor que, en la tarde juega y aunque ahora tiene sus brazos arañados y rotas la venas y sangrando llora mientras se acurruca en el padre que la abraza para quitarle el miedo y darle fuerzas, que mira y que ríe al hermano que la consuela y se acaba el juego de la niña traviesa que contigo y con ellos y mi alma, es avezuela que ahora me corre por la sangre y por el viento se alza y vuela y se me hace recuerdo entre tus manos y mis pasos y el color de la sierra que eterna, limpia y verde, al fondo y contigo, me grita, me llama y me espera.

* **ME DESPIERTO Y AL MIRAR** veo rayando el alba hoy con su tono de fuego y oro y tan callada que ni se le siente pero se palpa. Tengo frío y no es que esté fría la mañana pero el aire pasa y es frío a pesar de este mes de julio ya rozando sus últimos días. El cielo se ve lleno de nubes, con nieblas bajas y tormentas que en cualquier momento pueden descargar.

Me despierto y entre otras cosas y lo que ya he dicho, en mi mente sigo dándole vueltas al camino que quiero recorrer una tarde de estas o una mañana, porque

también quiero ver cómo está la tierra que sigue tan muda. Quiero tocar y sentir la noguera ya tan comida por las zarzas, el pino viejo, la encina, la hiedra y la sendilla que subía al voladero de los álamos donde todavía brota el manantial que ya no riega huertos y quiero pasar y ver, la tierra que se inclina por la espesura húmeda y negra de los enebros. Es donde se escondían los jabalíes y se perdían las vacas en aquellas tardes calurosas cuando les picaba la mosca de la "cuca". El rincón que por aquí todos conocíamos por el de las malezas, y según quién lo pronunciara, un calificativo diferente: de los madroñales, de las clemátides, de las encinas viejas, de las mereras y el barranco del miedo y la niebla.

Me despierto y entre otras cosas y las que estoy hablando contigo, miro por el espacio que en forma de ventana grande, me abren las madroñeras frente al barranco, y además de las nubes negras cubriendo el cielo y el aire frío que corre y el columpio de las ramas en su juego eterno con el viento y la senda que tengo que recorrer con el quejigo y las piedras blancas escondidas junto a las esparragueras y que son "cuajao de sal", lo que más en este momento palpita en mi corazón y me emociona y me llena de fantasía el alma y de perfume y sueño la mañana, es lo que intuyo del lado del corazón. A veinte metros de mí, frente y en el silencio del día recién nacido, en la ventana del oscuro-verde de los enebros y la cortina suave de la brisa y el silencio, te intuyo y miro a cada instante y no te veo con la claridad que ansío pero te intuyo.

Te adivino durmiendo con tu cara relajada y color de primavera florecida y te veo todo grandiosa y dulce belleza que respira y late y se mueve y sueña, con la

fragancia de la mañana chorreando por tu pelo y callado. Todo silencioso llenando la cama que te sostiene y te da calor. Ahora mismo he mirado otra vez por el deseo tan grande que tengo de verte durmiendo en tu cama nácar y que también adivino sin llegar a saber más de lo que desde esta distancia me traen los rayos de luz y en esta espero y ansia sigo adivinando. ¿Cuándo será el momento en que mis ojos se sacien a sus anchas en la contemplación de tu hermosura y la tez fina de tu cara?

Me despierto y además de la melancólica sombra fría y tierna arropando ahora mismo nuestro arroyuelo, del lado del alma, que es el color azul y el infinito donde descansa la sierra limpia, eterna y verde, sólo tengo caminos evaporados y sueños que se me amontonan pidiendo paso y gritando un sitio en los recuerdos que relucen para que también los lleve conmigo el día del vieja grande. Del lado del alma, ahora lloro y busco y quisiera besar las flores inmaculadas que me han nacido en la sangre que va por mis venas pero también como del lado del corazón, se me desangra la tierra entera en esta amanecer que ahora llega, tengo que sentarme frente al arroyo y abrazarme a la espera y seguir quemándome en este fuego donde todo es intuir, hasta que Tú quieras.

* **NO ESTABA SEGURO** que hubieran venido pero como son mis amigos y desde aquel día lejano los quiero, toda la tarde he estado pensando en ellos y notando que en ese instante llegaban pero se ha terminado la tarde y no han venido y lo siento. Sé que ahora, también como yo, necesitan consuelo y casa dónde vivir y algo de tierra con algún camino que recorrer y alas para alzar vuelo y como no han llegado y los quiero, al mirar por donde se

va el agua de nuestro arroyuelo, de refilón te he visto paseando por la tierrecilla del balcón dorado que mira al valle, y entonces me he ido detrás de Ti y me he perdido por el recuerdo.

Atravieso la llanura dirección norte y busco la senda por entre las matas que se amontonan en el linzado y cruzándolo, bajo hasta la pequeña hondonada que hoy está llena de pasto blanco y perfumada de un aroma que da muerte. Es aquí donde, si me pongo, puedo recoger a puñados, los más auténticos trozos de aquella juventud mía que era puro juego y los latidos más limpios, de entre los millones que son, de este pobre corazón que ya se cansa.

Pero sigo la sendilla que va subiendo por el repecho y mientras avanzo me acuerdo de la última tarde y el último juego, de aquella hermana mía que a pesar de tantos años, la tengo tan vida, que me parece como si todo hubiera pasado ayer mismo y no muy tarde. Por la parte de arriba entra el fresco chorrillo que, aplastado y jugando con la luz del sol, la hierba verde, los juncos, las adelfas y las zarzas, viene del cerro de la cueva, atraviesa las cuatro piedras gordas y al llegar al charco, se extiende nítida por los lados de mil piedrecita que la corriente ha pulido y ya por la arena, se hace luz, con la pincelada de la más fina pureza y por eso el agua, no es tal, sino cristal remansado y el charco, la placidez concentrada, manchada o enturbiada sólo por los rodales de sombras de las zarzas y las ramas de los álamos.

Y la veo que ahí mismo, sentada en el borde de las aguas y olvidada de sus juegos y de mí y ensimismada en las irisaciones plateadas de la superficie, inmóvil, se pasa las horas. Pero según transcurre el tiempo y la

mañana, se levanta mete los pies por el viento remansado y se pone a irse de un lado a otro mientras la pisa y siente las cosquillas del fino líquido escurriéndose y las piedrecitas, resbalando por la piel blanca de sus dedos de plata. Yo sé que ella pretende atrapar la fragilidad de la corriente y que al pisarla, el agua se quede ahí, quieta bajo las plantas de sus pies todo el rato y para siempre pero sucede que en cuanto pone ese tierno trozo de su cuerpo sobre el limpio cristal, éste se aparta y busca y se aremolinea y se revuelve y luego se va por otro camino y de nuevo ríe y canta. Y Claro, Si no fuera así, y ella ni lo sabe, ¿dónde estaría la emoción de este juego suyo y la diversión y la gracia?

Y la sigo viendo que me mira, sonríe, me llama y me habla y luego coge piedras pequeñas, se agachas, las tiras sobre las aguas siempre buscando un punto concreto, y rebotan, saltan y al final se pierden por la orilla entre la hierba o por la corriente donde ya es cascada. Me mira y se anima a seguir en su juego y cuando ya se cansa se viene a mi lado y me pregunta por los caminos que llevan a las cumbres que en todas las épocas se ven blancas, por los cortijos de aquellas llanuras lejanas, por los niños que viven en las cuevas del barranco de los castellones y por las ovejas pastando en las hierbas finas y por las cabras y luego me dice que le gusta verme a su lado y en la orilla del charco y que me meta en el agua con ella y me zambulla y nade y avanzamos por la superficie y mientras porfiamos a ver quien alcanza antes la orilla, sonríe y grita y canta.

Y cuando ya pasa un rato largo y la tarde también con nosotros se baña, mientras sigue el silencio cantando por entre las sombras del arroyo y las ramas se mecen y

se mecen y no paran de subir al cielo y bajar a la tierra y besar las nubes y soñar con el alba, me mira otra vez y me dice que ahora quiere dormirse en la arena y que mientras el sueño la abraza, que la escuche porque tiene que contarme sus sueños, sus ilusiones de princesa o de capitana por los países fantásticos de los castillos y las hadas. Y cuando ya va cayendo el día, antes de que la tarde por fin se vaya, me dice que algo le preocupa porque algo pasa, que no sabe pero por algún sitio se nota que algo se rompe y se acaba.

- Como se va acabar nada si aquí en estos campos tenemos nuestras casas, las tierras, los arroyos, los montes, las huertas, las cabras, los pastos, los caminos y las sendas para ir de un rincón a otro y, además, tenemos amigos y muchos más que habrá mañana y que vendrán a este charco a coger ranas o como nosotros, a jugar, a bañarse en el reír y cuando luego se nos haya acabado las ganas de este arroyo y sus corriente, nos iremos por la hierba verde de la llanura, cogeremos moras de las zarzas, beberemos en el manantial de la encina, cortaremos flores por las praderas y cuando sea el verano, sestearemos en la sombras espesas de las madroñeras que tanto te gustan y como a nuestros padres les encanta que haya mucha gente por aquí, seremos felices y tendremos trabajo y pan en abundancia y casa con chimenea y lumbre en la cocina y ya verás tú, ya verás cuántas y cuántas mañanas, libres por estos campos y repletos y los charcos y el agua.

Y ella me escucha y calla hasta que aquella última tarde también nos tumbamos en la arena y sin hablar apenas dos palabras, dejamos que el tiempo corra, que salte, que brinque por las cumbres y que se vaya y

aunque nos metemos en el agua y en silencio nadamos hasta rendirnos, hasta empaparnos el alma y aunque todo es tan emocionante o más que los primeros días de la vida, se nota que ella tiene razón porque algo pasaba. Un rato después y a salir del agua, me pide que le ayude y diez minutos más tarde abandonamos la playa, atravesamos la llanura y cuando ya se pone el sol, llegamos al cortijo de paredes blancas.

Y hasta hoy, ahora mismo que sigo la sendilla que va subiendo por el repecho y mientras avanzo me acuerdo de la última tarde y el último juego, no caigo en la cuenta, plenamente, de que aquel fue el último juego que jugué con ella, la última tarde que vi su sonrisa y el último minuto que mis ojos vieron su piel nácar. Pero, en aquella tarde de primavera abierta en la mañana y tan bañada de rocío ¡qué guapa estaba mi hermana, qué hermosa, qué dulce flor de montaña, qué belleza tan nítida y tremenda Tú te llevaste, Dios mío, dejando triste mi alma!

* **ESTOY SENTADO FRENTE AL VALLE** y el rincón del arroyo que no para de correr y además de la pequeña cascada que chapotea y monótona se duerme en el charco, lo que más me embelesa y remite a Ti es la ola blanca que a cada segundo se derrama en el puñado de arena de la orilla. La miro boquiabierta y observo como se forma en el mismo centro, justo donde se quiebra la corriente cuando termina de saltar por la roca. Se esparce por el charco y en una ondulación mágica que avanza y al ritmo del corazón, crece y en la orilla se apaga empujada por la que viene detrás y luego la siguiente y así toda la mañana, todo el día, toda la noche y sin parar nunca, como si no tuviera fin, como si el final de esta ola, fueras

Tú mismo y el latir de tu presencia en esta sierra que me contiene.

Estoy sentado frente al valle y además del fluir rítmico del arroyo que por mi lado pasa y la ola limpia que se quiebra en la arena y nunca descansa, se me viene a la mente la imagen de aquel momento bello cuando por el valle estaban. También se movían al ritmo del tiempo que no duerme ni para pero que no detiene su paso igual que esta agua que me arrulla, acariciando las flores que me han nacido en el alma y me besa y me perfuma y no cesa de recordarme que su latido eres Tú y yo mismo y la mañana.

Sigo atento sin dejar de mirar al valle y veo la sombra del roble por la llanura alargada y las hojas que la proyectan, calladas y columpiadas por el viento que con el ritmo de este agua clara, también acarician el tiempo y el fluir íntimo de su savia, sangre que le alimenta y la tiñe de verde y da forma a su cara. Por la sombra del roble gigante y la corriente del arroyo cuando por ahí pasa, se mueven ellos comentando los detalles del trabajo, que al llegar el día, emprenden y entre tantos tajos está la huerta que hay que cavarla, el camino que hay que recorrer, las cabras por el barranco, la otra reguera y el agua que empapa la tierra del huerto donde ya las patatas tiemblan verdes y el sol del nuevo día y la abuela con las gallinas de los pollos y el muchacho en la tinada y el monte y el arroyo, la corriente, la llanura y ahora la zagala de tez morena y el puñado de sueños que sueña, siempre dulce y callada. Y sus manos que tiemblan recias y se agarran a la tarea de la lucha diaria y entre las inquietudes que hoy le trae el día se ve el camino por la cañada y ella subida en la yegua que trota lenta en buscan del cortijo de la

cumbre donde también le late el corazón y respira su alma.

Estoy mirando sentado en este pedestal que me sostiene a tu lado y ya veo que desde el valle que es el centro de la vida que bulle por la sierra y de la hierba y del agua, me voy, dando las espaldas al roble viejo que tiembla al viento y a su sombra alargada y cruzo la llanura dirección a la profunda sierra que tras las cortina de la brisa de nieve y el horizonte azul de lo eterno, me llamas. Y tengo al frente el camino que como siempre calla pero que ya va cruzando la llanura y se retuerce en las hondonadas del barranco y tras la roca que como un monumento se alza, el comienzo dulce que otra vez me llama y me rebosa en sustancia de gozo y me habla de Ti y me besa y me abraza.

Y como al frente sigo teniendo la gran sierra por donde se va el camino que cruza en silencio la zagala en busca del rincón donde también tiene su nido, sus juegos y hasta la flor que ha visto crecer día a día, miro mis manos y mis dedos y noto que algo me falta y aunque Tú estés presente, es verdad que aquellas cosas que se han visto crecer cada día, cuando luego ya no están, siguen siendo hermosas y gritan y duelen y como su recuerdo no se borra, aunque Tú estés y me embeleses con la ola blanca que a cada segundo se derrama en el puñado de arena de la orilla de este charco, algo falta.

* **Y POR EL BARRANCO,** siguiendo el camino largo que baja con el río jugando y reflejándose en sus aguas, regreso hacia la tarde y vengo asustado. Conteniendo mi aliento y aplastado en el asombro que me

vence y me anonada en el último ángulo oscuro de la sangre que da vida a mi alma.

Porque vengo de estar con ellos, de la casa blanca que tienen justo al mismo borde de las aguas limpias que van por el río, y además de su sonrisa por las ovejas que en las noches duermen en lo más alto del cerro y junto a ellas, y bajo el pino, el hermano y la hermana, hoy la princesa del valle tiene la cara pálida y le duele la cabeza y la barriga y las manos y un poco el alma porque hoy de verdad, la que juega con las mariposas y la brisa fresca, está mala. Y aunque ella sabe hablar casi todos los idiomas que en la tierra se hablan, como el francés, el ingles, el de las flores, el de los corderos cuando balan, el de las mariposas y el de los montes con el alba, el río y las fuentes y las estrellas que por las noches cantan, y también el del viento que de madrugada se quiebra en los pinos del cerro donde tiene su cama, si le preguntas, no sabe por qué las ovejas buscan las alturas para dormir en las noches claras. Y es que la niña, la reina de la hierba verde que juega en las tardes en la corriente del agua, a pesar de su sonrisa y su perro y sus primos y su pollito endeble que pía y no anda, hoy está preocupada porque su cuerpo de carne le duele y se quiebra y se cansa.

Y al venirme y dejar los pollitos piando en la puerta, cerca de la corriente que hermosa pasa, he tirado por el barranco que huele a otoño y setas recién nacidas y a bellotas y a castañas y he visto los jabalíes que de los dos charcos que tengo delante, han salido huyendo en manada. La madre, es una marrana grande y fuerte y los hijos, cinco rayones pequeñitos que no tendrán más de tres mañanas y como son tan chicos aún, al querer huir trepando por la ladera de la solana que la madre

atraviesa, tropiezan y ruedan por entre las piedras y las raíces que ellos mismo levantan en su nerviosa fuga por entre las carrascas y casi no pueden seguir a la madre de tan pequeños y la pocas fuerzas y el miedo y el ansia.

De mi lado mismo se arranca una ardilla y, más que asustada, extrañada de mi presencia por este monte, corre un poco, se para cerca del agua, empina su cola y mira y salta unos metros, cruza el charco, busca el tronco del pino y lo remonta dos metros y se para otra vez moviendo la cola y mira a ver qué pasa, arranca y sigue subiendo y como me acerco, al fin transpone tronco arriba y se pierde por la copa, en las ramas. Y todo es como si hubiera querido echar un rato de juego para divertirse un poco conmigo y cuando ya se cansa, se va a su nido para desde la atalaya segura de su pino particular, seguir en su mundo callada. Podría decir que de pronto este rincón se convierte en el paraíso del juego de la ardilla y el agua, aunque no me ha sorprendido demasiado porque sabía que por estas laderas abundan y también sabía lo juguetonas que son cuando de huir de la presencia de alguien, se trata.

Y ahora chillan, revolotean y bailan los arrendajos por el tronco del pino tronchado en medio del agua y subiendo la ladera en busca de la aldea que en la llanura de las nubes ya es polvo que pasa, la madre lleva de la mano a la niña pequeña que ni llora ni habla.
- Si yo no te protejo y te enseño el camino y las fuentes y las flores y el viento que respiras y te arrulla y te abraza ¿Cómo podrías tú, mi niña, entrar en la vida y recorrer el barranco y la cañada? Porque yo soy la madre que da seguridad, protege, enseña, acaricia, calienta y calla y tú

eres lo frágil frente a lo desconocido y lo que ataca y quiebra y mata.

Y algo más arriba, en la explanada del otro gran río cristal que también pasa y va a su aire por las sombras, los juncos y las charcas, los autobuses llegan y ellos se bajan y entran al museo y se asombran y se recrean frente a los cuadros colgados de las plantas secas, las piedras y las ramas.

- Y ahora pasen y vean las maravillas de los ríos y las fuentes y las cascadas.

- Pero ¿y el autor?

- Es que esto es obra de tal que vive en la aldea y además de poeta es pintor que sueña y que espera y que ama.

Yo también miro y el autor, Dios mío, por ningún sitio aparece con su firma verdadera y por eso ni te dan las gracias ni te conocen latiendo en tus verdes montañas ni con ellos te llevan y no tienen culpa pero así son las cosas y así ruedan y así pasan.

Y por el gran barranco que tanto me rebosa, me confunde y me entierra, regreso en silencio hacia mi rincón del gozo y la espera y por la derecha me corre el río señorial, limpio, amoroso, infinito y belleza, con la luz de la tarde que de frente me llega, nadando en sus olas de espuma donde el sol se refleja. Al frente, la tarde que cae y las nubes negras con bordes de fuego que parecen oro, el sol que otra vez se enreda y los rayos azules que por los lados se escapan y a la izquierda, las rocas escarpadas, otra vez el sol quebrándose en ellas, la sombra más abajo, las piedras doradas, el monte verde y oscuro llenando los barrancos, la brisa tapizando las

praderas, la cinta del agua por el río que se retuerce, se quiebra y se aleja en silencio y en las cumbres empinadas y recias, tu beso en mi alma y mis recuerdos por entre ellos en su casa de la rivera del río que es nido de plata. Todo y este miedo que me arrincona frente a tu obra, con tu nombre y las huellas claras y el silencio que me grita y tu voz que me habla: “Yo soy Dios, el autor verdadero y aquí está mi firma frente a ti, estampada”.

* **ME VOY POR EL COLLADO** de las tierras blancas y en la tarde que tengo clavada en mitad del verano con el sol ardiente y el centro de mi alma, busco el camino que arranca en la misma hondonada donde brota el venero que llenaba la vieja alberca que ellos construyeron, y aunque por aquí ahora sigue manando el agua, en lugar de regar huertas con tomates y patatas, va por un tubo de plástico negro a los tornajos de troncos de pino que un poco más abajo han clavado en las praderas para que beban las manadas de ovejas, cabras, jabalíes y también los ciervos y las monteses. El camino se ciñe por el lado derecho del cerro de las rocas en forma de castillo y mientras baja, además de los pinos que huelen a resina y de las piñas menudas que con el sol se abre y de ellas saltan los piñones que vuelan y se van por el aire y se clavan en las rajas de las rocas de la ladera que me corona, va frente al otro cerro gemelo de las laderas verdes y las rocas cortadas.

Y mientras bajo ya veo que el camino lo han roto los arroyuelos de las lluvias del invierno y también las rodadas de los coches que ahora se meten por todos los rincones y por el silencio y la ausencia de los que ya no pasan. Y lo piso y lo miro callado empapándome del perfume que mana del espliego mezclado con el sol que

lo quema, la soledad, el viento y otra vez la ausencia de los que ya no están y me asomo al valle de las tierras buenas que fueron sus huertas y ahora son zarzas llenas de pajarillos y de silencios sólo enturbiados por el graznido de los cuervos, los chillidos de los arrendajos y el canto de las cigarras enganchadas a las ramas sin vida de las parras que ya no da uvas y del sol ardiente de la tarde dorada.

El camino que ya no es el de ellos sino pista de tierra que hicieron para lo que no hacía falta, se curva y se quiebra por entre los pinos que fueron carrascas y más pinos y tierra blanca y polvo y soledad y la monotonía de lo abandonado a la fuerza allá donde las nubes saltan y me duele mientras lo recorro y más me duele y me extraña, las hojas amarillas que arrancadas de algún libro viejo, al pasar por aquí y a trayectos, alguien ha dejado tiradas. Y recuerdo que, cuando en aquellas tardes también por aquí bajaba mirando siempre fijo las cumbres gemelas a las que recorro y al otro lado del valle y a la misma altura, lo que más me gustaba era extender mis manos, tumbarme sobre el viento y creer que volaba atravesando los barrancos, las laderas y las cañadas y en un abrir y cerrar de ojos, ya aterrizaba en lo alto de las cumbres al otro lado del valle y allí, con los de aquella aldea y las nubes, a dormir me quedaba. Recuerdo que aquello era un juego, una ilusión desbordada que no podía ser real pero que gustaba.

Pero esta tarde me duele la llanura cerca de la aldea y junto al arroyo y la fuente que mana y su hierba verde que se está secando y en los bancales de la tierra buena que en su día dio patatas, el poleo que crece a puñados y ya huele a menta con sus flores azules que se

abren al sol de la tarde y también callan. Y ahí mismo, donde el arroyo se hace vado grande y pasa el camino y se ve el pilar con su caño seco y el horno hundido y las tejas rotas de las casas caídas y las calles solas, comidas por las ortigas y quemadas de sol, crecen los ciruelos que vengo buscando y los membrillos y los perales y las parras.

Las miro y aún están verdes, algunas pintadas de fucsia y un poco doradas de miel, amontonadas en las ramas que cuelgan y sin fuerzas se caen, se doblan, crujen y se quiebran porque no pueden con tantas. Todavía no han madurado y como recuerdo que el año pasado y el anterior y otro, también por estas fechas vine por aquí y llevé un zurrón lleno, hoy he vuelto otra vez y no están buenas y nunca sé en qué fecha exacta maduran porque en estas alturas dependen de que los fríos se prolongue más, del sol, del viento...

Tendré que volver dentro de unas semanas, si puedo y quizá luego me las encuentre como el año pasado: maduras todas, el suelo negro, muchas ya comidas por los zorros, los cuervos y los jabalíes y las que aún estén en sus ramas, en cuanto me acerque al tronco y lo zarandee, se caerán solas como en aquellos días y se despachurrarán si dan en las piedras o en la tierra dura y entonces, como el año pasado y el otro y así desde que se fueron y hasta que tenga fuerzas y pueda volver, comeré hasta hartarme, llenaré mi zurrón para llevarme las mejores, me tumbaré a la sombra del ciruelo viejo que le pertenece a mi padre y mientras dejo que la tarde se vaya y en mi alma saboreo los dulces sabores de lo que aún vive aunque parezca muerto, me consolaré con el beso del viento, la aldea aquí sola y rota sobre la

ladera mirando al arroyo y asomada al valle, el recuerdo de ellos, el perfume de la hierba seca que huele lo mismo y un poco a pérdida y tu presencia que sigue inmutable.

* **CUANDO AHORA QUE AMANECE** oigo las perdices por la ladera, al contrario de lo que debería ser, no tengo ni una sola gota de alegría en mi alma. Me acabo de enterar que también se va, y lejos, la hija del pastor de la aldea del manantial. Hace ya dos años que se casó y como aspira a una vida distinta y tan quebradas están las cosas por esta tierra suya, se marcha a lugares lejanos y sé que en el fondo también se va llorando.

Algo parecido a cuando cortaron la encina gorda del valle que fue como una fiesta pero a la inversa. Recuerdo que por la mañana se levantó mi padre y como la hierba del campo y las sementeras de la llanura, estaban empapadas del rocío de la noche, me dijo:
- Vente conmigo porque conviene que vayas aprendiendo las cosas por si algún día ya no estoy.
Y me fui con él siguiendo los caminos y apartando con las manos las sementeras mojadas, altas y ya granadas, cuando al llegar a donde brota la fuente y la sombra de la higuera arropa a los juncos y la piedra grande donde siempre me sentaba, los veo.

Han cortado la encina más vieja del valle, han desmochado sus ramas hasta la cruz y ahora están liados con el tronco y la peana. No tienen que darme ninguna explicación y menos a mí pero como me paro junto a ellos y fijo me quedo mirándolos, quizá para dejarme contento, me dicen:
- Ahora vamos a acometer la tarea de partir el tronco por la mitad para convertirlo en tablas que luego perfilaremos.

Las virutas y las ramas que sobren os las podréis llevar para la lumbre.

Ahí mismo, por el lado de arriba que es por donde los lobos aquella noche le entraron a la manada, frente a ellos y en la otra piedra gorda, me siento a mirarlos porque tengo curiosidad ver en qué convierten el tronco de la gran encina. Y aquello fue como una fiesta pero a la inversa. Quizá como lo de esta mañana y Tú en el sol blanco que baña los campos, mudo, bello, dando calor a la tierra y las ramas del bosque, sin decir nada mientras el arroyo salta y canta y yo intentando abrazarme a mi alma.

* **DEBERÍA HOY DARTE LAS GRACIAS** por los tres amigos que han venido y el que me he encontrado donde se asan los chorizos cerca de las aguas del arroyo que besa el río y luego el rincón llano, la sombra de los álamos, las zarzas y las parras por donde recuerdo aquellas mañanas de la luz, los juegos celeste con los niños en la corriente del cauce y los baños de la alegría en los charcos remansados entre las adelfas.

Debería darte las gracias por el charco grande donde la gente se amontona, toman el sol, comen, se bañan y ríen, por los dos que me han acompañado y ella, por el calor junto a este charco, por tanto canto de cigarras y también por el gozo y los días y mañanas de lluvias solitarias junto a las ilusiones de los niños surcando las aguas frías y los que se lanzaban desde la roca naranja, perforando el azul del charco y luego saltaban otra vez desde las piedras redondas que surgen en el centro y por los tres niños de aquellos días y en especial, la niña de pelo rubio que tanto jugaba llenando el río, el barranco y las tardes de aquel verano y mi alma.

También por la carretera que fue camino y esta mañana, se curva olivar arriba, rozando las madroñeras, el orégano, los racimos de las moras que ya están negras, el chorrillo de agua junto al cortijo abandonado y que ahora es casa de vacaciones y el perfume que todavía el viento retiene de aquellos tardes en que comíamos arroz mientras la niña era ausencia sobre la tierra caliente de los olivos, la ladera dorada, el canto agobiante de las cigarras y luego aquella otra tarde perdida en la sombra del otoño y el bosque de los madroños rojos y la lluvia frente al barranco grande y la niebla y la soledad y la ausencia otra vez y Tú y la belleza desde la quietud y la tristeza.

Por el rincón del arroyo verde donde esconden el campamento y la fuente del caño grande bajo el cerezo viejo y otra vez por la cuesta larga que nunca termina y siempre va en umbría y el mirador que se cuelga en el viento y sobre el barranco, las piedras rodando y ella, la que hoy nos acompaña y tiene corazón de ángel y se ahoga de pena entre tanta alegría y que no se puede asomar al vacío porque siente vértigo y se va mañana de estas tierras suyas y por eso el alma llora y está triste y la mira y la besa desde el viento con tanto sabor a sierra y se le quiere por su corazón de fuente clara, su inocencia, su mirada de tarde dulce que tiembla llamando al mundo y vuela y es esencia de mejorana al salir el sol y reina de candidez que pregunta, mira, llora y sueña.

Y más adelante, por la aridez del terreno aunque verde y perfumado de espliego, la ventana en la roca, el cortijo derrumbado que se asfixia de sol y tan solitario y aunque tiene nombre, qué importa hoy ni el del arroyo

seco ni la curva con la carretera hundida de las mil lluvias de este año ni la otra llanura sobre las rocas y frente al barranco tan grande donde también se alza el cortijo del último pastor que pisa esta tierra y que ahora no se le ve aunque sí huele a oveja y la tierra de la llanura llena de cagarrutas, de tornajos para el pienso, de chapas cubriendo el techo de la tinada, del silencio porque su hija, ella, la que es el alma del pastor y entre nosotros va ahora y aunque se alegra, como mañana se marcha y esto es como una despedida al aire libre y por entre los arroyos, ya Tú sabes lo que el corazón siente y aunque no hable, ni gima ni llore para ser fuerte, si está desolado y quisiera no tener que beber este trago ni ver lo que sucede ni saber nada.

Y ahora viene el río grande que nace en la cúspide de la sierra total y es silencio despeñándose por las rocas, las cuevas, las galerías y las sombras de los álamos que me laten en la sangre ardiente que alimenta mi corazón. Entre la cueva que ya está hundida y no es tal pero que da nombre al rincón, la casa de piedra que ahora alquilan, colgando donde el río se curva y se hunde en el barranco y aquí fue donde aquella noche de la nieve nos refugiamos y, frente al fuego, estuvimos quitándonos el frío del hielo que nos mataba pero ni sentimos calor ni ahora es ella aunque lo sea porque no es trozo de lo esencial, la llanura con su fuente fabricada y las mesas de piedra donde en estos momentos comen muchos y también nosotros por aquí el día que nos quedamos atascados en el agua encharcada, la hierba verde al lado de la zarza espesa donde nos esturreamos la tarde que venía el que ya no está y la pequeñaja de la sonrisa que ahora es mujer en la ciudad moderna.

Por el puente que cruza el río y entre los arrayanes espesos, las cascadas sonoras y el charco cristal, fue donde pusimos las tiendas la noche que la lluvia cayó sin interrupción mientras dormíamos y más arriba, al salir el sol, despertamos la madre de los tres rayanos y luego la playa de las chinas lavadas por el agua de viento donde estuvimos sentados tomando fuerzas y frente a la sierra impresionante. Pegado al puente mismo y en el lugar que sólo yo conozco, crece el acerolo de las frutas en ramillete y roja de sangre que maduran por Navidad y antes de salir el sol, y todavía por entre las escarcha, recojo cada año.

Más arriba y en la carretera que ahora es asfalto y siempre fue camino para burros peludos y yeguas toldas, frente a la llanura del río, los álamos y la fuente con mesas de cemento, hoy nos paramos y al son del chorrilo limpio que sabe a nieve, la que es belleza de los montes y hoy sonríe manchada de tristeza y alegría contenida y estamos paseando por su sierra para celebrar y llorar la despedida porque se marcha mañana y sueña entre el miedo y la esperanza, parte el pan, distribuye el queso, obsequia con tomates rojos y pide que comamos y bebamos porque es la hora de alimentarse en el último día juntos.

Comemos y bebemos, y ni siquiera tiene sabor a pan lo que tan rico ha sabido siempre. No calienta el sol aunque sí achicharra ni corre el agua aunque fresca riega la hierba verde, los juncos, la menta y el poleo y las piedrecitas blancas y el orégano de la zarza que ya se mece granado y los álamos de la llanura y en estos momentos se me atraganta los bocados con el dolor de alma y quiero decírselo pero me callo para no llenar de

más pesadumbre ni el día ni la sonrisa ni el agua ni el perfume del romero ni el color dorado de las cumbres que nos coronan.

Más arriba, ya está la tarde con el sol que ahora sí quema, las cigarras que chirrían y la carretera que sigue subiendo y desde donde se ve la casa colgada, el barranco imponente de los álamos, las cumbres de la nieve donde nos perdimos aquel día y los buitres que planean y la tierra verde aunque seca de aquel incendio que tanto arrasó y la ladera de las piedras sueltas que sólo cría enebros raquíticos y el silencio amontonado que se encharca en el cielo y el balar podrido de las ovejas que hacen cien años se fueron de estas tierras.

Viene el collado y al volcar, los ciruelos viejos clavados en la tierra seca, huertas abandonadas al sol de la tarde que más quema y las ciruelas ya negras, temblando en las ramas que se doblan y rezumando miel y resina agria y ella que nos anima porque quiere cogerlas para saborear, por última vez y aunque sea levemente, la sustancia de la tierra que es esencia en sus venas, sabe a cielo y a tardes de barrancos llenos de niebla y a juego de cuando pequeña. Y nosotros que la arropamos y gustosos, zarandeamos las ramas para que las ciruelas caigan y llenen el suelo, sus manos, su cara, la bolsa de plástico, su alma y otra vez su boca que con la emoción y el viento que sube del arroyo y quema, habla y dice:
- Tú no lo sabes pero te has llevado la mejor serrana.
Y al oírla quiero gritar pero me callo por lo que creo merece la pena al tiempo que me agarro a Ti y te digo: "¿Que no lo sé yo, Dios mío? Y sólo mirarla me quema, me trae el gozo, la alegría, la flor y la belleza y esta tarde, cuando ahora se está despidiendo y quizá nunca más

vuelva, fíjate Tú que tremendo y cuánta pena aquí donde sólo hay pajarillos y mariposas que vuelan. Fíjate Tú como lloran las piedras aunque ni siquiera lo sepa el río y ni yo me atreva a decir lo que siento, me amarga y me consuela. ¿Que no lo sabes? ¡Dios bendito! Quizá no lo sepa ella y él y el barranco que mudo mira y la hierba blanca que tiembla y el espliego o la mejorana o la madre o la hermana pequeña ¿pero yo? Si me estoy muriendo a chorros y me callo y sigo en esta agonía de arena.

Por el arroyo que más adelante corre limpio, se hunde y se quiebra, la llevamos de paseo por el camino que es de tierra y mientras subimos de la mano y el sol más y más quema, se refresca en la fuente del caño grande, en la corriente que da vida a los narcisos largos, en el arroyuelo por la tierra, en los charcos remansados, las paredes húmedas de la cueva donde la sombra es fresca y tiembla con las plantas rupícolas y la hiedra y los pinos recios que conoce y clavados en los paredones cuelgan y más arriba, el charco también a la sombra y las culebras y el campamento y la otra cueva del humo donde aquel otro día de frío se protegió de la lluvia e hizo lumbre y restregó sus manos para darse ánimo y luego miró la pradera y la vio toda cubierta de azafrán silvestre y de hierba y lloró aunque fue feliz y estaba en su tierra, entre los pinos que crujen y la voz dulce del padre, de la fuente y de la huerta.

Y ahora, cuando ya se acaba el día y desde el collado grande bajamos por entre las piedras que secas, grises y ardientes, se aprietan junto al camino que hoy es carretera, cuando nos saludan las ruinas entre los dos cerros, el del barranco y el de la era y entre las paredes rotas se ven los troncos astillados de las parras viejas con

algún tallo verde y la encina corpulenta, desde aquel día, proyectando su sombra sobre la tierra de la entrada y al frente caen las aguas remansadas por el suelo fértil de la ancha cañada que fue pura huerta. Cuando algo más abajo ya se ven los espejos azules del pantano pequeño remansado entre las rocas, las cuevas de los tejos, los pinares y la morra de la cordillera que esconde la otra gran llanura, cuando a la derecha se me quedan las paredes rotas de otro cortijo también ocupado por los que no son de aquí y algo más abajo se ven más ruinas de tinadas, cortijos, chozas, eras, caminos, huertas y manzanos, perales y ciruelos.

Cuando a la izquierda nos sale la pista y en ella la tabla clavada con el letrero que indica al camping que se esconde junto al arroyo hermoso y donde mana la otra fuente, cuando al pasar por el cortijo del collado donde todavía vive el pastor y algo más abajo, entre el sol de la tarde, la presencia gris de las viejas encinas y la solana que mira al arroyo, en el cortijo cuarenta y cinco que también se cae, sentado en la puerta lee el de pelos rubios porque no es de aquí pero si respira en la total soledad mirando a la cumbre de la cordillera y al pasar, la que nos acompaña y es hermana en el corazón que le quiere tanto, le pregunta por el camping y cuando algo más abajo, en el puntal que cae y mira al arroyo, me parece verla también asomada a la ventana de su viejo cortijo y leyendo en los libros antiguos que le compró su padre cuando empezaba a ir detrás de las ovejas y tan pequeña era que se perdía por entre el trigo y no se le veía.

Cuando ya bajamos y recorremos la tierra que rodea las otras casas que ahora son escuela rural y el

pastor que también conozco y duerme la siesta tumbado en la hierba de la puerta de su viejo cortijo porque anoche estuvo de boda y al frente, sólo un poco más abajo, ya nos deslumbran las aguas ahora verdes y azules del embalse que tanto sueño, ahora que ya el día está gastado y se muere, como ella, entre el pálido escombro de la tarde y la despedida eminente y sin remedio, como ya me duele tanto y tanto la quiero viéndola tan lejana de nosotros y su tierra, siquiera para consolarme un poco, tengo necesidad de preguntarle:
- ¿Por qué te vas? ¿Por qué tienes tú que irte de esta tierra tuya, tus amigos, tus padres y tus raíces? ¿Por qué nos dejas tan solos si por ahí vas a ser extranjera perdida en la soledad y los bloques de los pisos fríos, el asfalto y la civilización nueva? Y la casa blanca y amada donde hasta hoy has habitado tú ¿por qué desde ahora, es un montón de escombros y un carcomido esqueleto de madera?

Pero otra vez me como las palabras, guardo silencio y mientras ya nos vamos despidiendo de su sierra y también a ella la vamos sintiendo perdida allá a lo lejos y hablando por su teléfono móvil, se me caen las lágrimas y me siento más solo y triste, acurrucado un poco más en Ti y el arroyuelo que me da compañía y como ya es mañana y la noto ausente, lejana, fría y bien arrancada de esta tierra suya, ni siquiera tengo ganas de hablar contigo ni pedirte explicación. Sólo aguanto y bebo el trago amargo de esta ensombrecida ausencia y que el tiempo pase pero Dios mío, ¿por qué tanta pérdida si ya mi corazón está sin fuerzas?

* **ESTA MAÑANA,** y cuando el campo está parado y como suspendido en Ti, me voy por la vieja vereda que

se borra, a ver si te encuentro, y sí que estás pero escondido en tu espléndida belleza y nadando en la quietud del silencio que sobre la total mudez, inunda la tierra. Miro hacia arriba y por la empinada ladera que, repleta de monte, se alarga buscando la cumbre, intuyo el camino de mis pasos añejos y si miro al mapa que ahora andan escribiendo para recoger estas sendas, también lo veo pero donde más nítido y bello está, es en mi recuerdo y en los valles de mis sueños por las noches.

Y de entre mis pasos viejos, destaca aquel día que al pasar por la cerrada, el alma se nos llenó de placer. El gran charco del río, el que se embalsa y luego se estira sereno y azul formando un embalse natural aprisionado entre dos taludes rocosos y la senda que va por la torrentera de una de las paredes, tan peligrosa que un mal paso llevaría, irremediablemente, a lo hondo y a la vez tan bella, que se hace imposible subir a las montañas y no pasar por ella, hoy estaba rebosante de transparencia meciéndose entre las rocas y los pinos. Desde hace algún tiempo, por algunos pueblos de las comarcas, se comenta que la senda y el charco azul, lo van a adaptar para que lo visiten y se bañen los que vienen de fuera y no quiero creer que sea verdad por el destrozo y la irremediable pérdida.

Y aquella mañana, al salir de la cerrada y comenzar la ascensión hacia la cumbre de la gran pureza, nos encontramos con uno de los pastores del valle.

- Anoche murió la abuelita y hoy todos están en su casa dándole el último adiós, llorándola y preparando el entierro.

Nos dijo y la tremenda noticia nos partió el alma. Conocíamos a la abuelita del valle desde siempre y para nosotros era tan querida que de verdad pertenecía a nuestras vidas como la mejor, la más sabia, la más humilde, la más reina de todas y por eso, con pena miramos hacia el valle y el corazón se nos llenó de tristeza. ¡Nuestra querida abuelita, belleza de estos paisajes y reflejo puro de eternidad, por fin hoy volando por las nubes hacia el cielo de la buena estrella, al encuentro del Dios que tanto buscado en las tardes por entre la niebla! ¡Qué bello pero al mismo tiempo qué pena!

Seguimos subiendo, ahora ya un poco heridos en el alma pero abrazados con fuerza por el misterio limpio de las sierras y una vez más descubrimos que así son estos bosques y así han sido y serán siempre las personas que aquí nacen y mueren: Como trozos de paisajes, como lagos serenos rebosantes de humildad, como valles y praderas fundidas con los espectáculos de las montañas donde Tú los quieres y los besas.

Y aquella mañana, al coronar la cordillera de las rocas blancas, brutalmente fuimos sorprendidos por las impresionantes cascadas de las cumbres. Caían anchas, majestuosas, bordadas de espumas de nieve y cantarinas semejantes a mil coros de ángeles. Nos sentamos frente a ellas y decidimos no seguir subiendo porque era tan linda su visión con aquél cielo limpio, aquél sol de oro y el valle al fondo con la casa de la abuelita, que sólo nos apetecía quedarnos allí frente a ellas y en silencio, mientras Tú nos mirabas.

*__DE UN SÓLO TIRÓN__ he dormido toda la noche y por esto me he levantado temprano y, además, porque tengo proyectado ir a la cueva de por encima de la cañada larga y el pastor que vive en la aldea, me acompañará. Mientras desayuno y me recreo en los acordes graves del arroyo que es mi compañero y a cada instante me remite a la eternidad, de entre los pinares de la ladera de enfrente, veo salir las ovejas. Son las del pastor que vive por las praderas del collado de las rocas y al verlas me traen a la memoria los paisajes y como la imagen que de ellos tengo en mi alma, es como un dulce vuelo de paloma remontando el viento entre alas blancas de belleza pura, por mi corazón corre el deseo de irme a visitar el lugar pero decido que hoy no puede ser porque ya tengo pensado subir a las cumbres de la cordillera que lleva a la cueva, más sí me digo que tengo que ir a ver este rincón, cualquier día de estos.

Es un paraje tan repleto de orillas viejas y nuevas, donde se concentra tanta paz tibia remansada por las sombras, tanto silencio en flor besado por el viento, tantas llanuras verdes salpicadas de estrellas, tantos manantiales de imágenes amigas y tanta eternidad de sierra limpia derramada entre los pinos y el azul del cielo de las alturas, que sólo se te respira a Ti, en placer sencillo que se cuela en el alma sin sentirlo pero que es tan finamente puro que ensanchas y casi das la muerte de gozo. Tengo que ir un día de estos a las praderas del collado de las rocas porque ahora caigo en la cuenta que son para mí como otras tantas esencias desnudas de estas sierras: Bocanadas de aire limpio y solitario en el valle humilde de las revueltas umbrosas que mi corazón necesita para seguir viviendo. Las ovejas y la tenue voz del pastor que salen de entre los pinos y se van por el

río hacia lo hondo, me lo han recordado. Tantas veces he visto este rebaño pastando en las dehesas del laberinto de los espejos donde duermen, se acrisolan y juguetean mis viejos sueños, que ya las llanuras verdes de las cumbres son también manadas de ovejas desparramadas silenciosas en forma de notas sonoras entre rocas y arroyuelos.

Cuando ahora me estoy despertando entre la bendita soledad de tu sombra y el jardín que me arropa, suena a agua de fuente blanca, en la mañana luminosa y fría, quisiera darte las gracias por este sueño que me regalas y este calor dulce que va por mi alma y me remite a Ti aunque ni te merezca ni te abarque.

* **ESTOY MIRANDO LA VENTANA** de ramas que vela el horizonte y con el viento se viene y se va en forma de columpio que se entretiene en la mañana y al fondo veo la nube blanca que con bordes de fuego, asoma por las rocas llenando de caprichos el azul del cielo, mientras ahora siento, lo que fue ayer, correr por mi alma con el sordo murmullo del dolor que no mata, y caigo en la cuenta de aquel otro día cuando era pequeño.

Entre las piedras donde el cauce toma la parte llana antes de juntarse con el cauce mayor, en el puñado de arena que se ha orillado al lado que pega al fresno verde, estoy yo entretenido en el sueño infantil del blanco día, cuando no es todavía media mañana y espera y espero a la hermana pequeña y a la otra mediana porque me lo han dicho y ya las oigo por la fuente del agua sonora donde lavan las mujeres y beben los burros.

Cuando veo al pastor amigo que trajina con las piedras de la ladera, arrancándolas de entre el monte, amontonándolas junto al camino, cargándolas en el burro huesudo y llevándolas, luego, sobre su lomo y por la senda, cuesta arriba, al rellano de la sombra del quejigo, balcón al valle, donde las descarga.
- Si me pudieras ayudar sería un alivio y terminaría antes.
Me dice al pasar por mi lado y verme en el juego que cree es tontería y pérdida de tiempo, sin saber que espero. El querido hermano de sueños alegres en el nuevo día, trajina con su faena empujado por la ilusión que lleva en el corazón, me mira y como le pregunto para qué son tantas piedras y las ramas que por el monte están cortando, me explica que es para construirse la casa de piedra, como todos los serranos, porque dentro de unos días se vendrá a vivir con la zagala que ha escogido como esposa, hija d e los del cortijo del arroyo largo.

Y estoy mirando todavía con mi juego medio cansado cuando veo que por la parte de arriba, un poco al lado del arroyo, los otros tres van soltando los palos de los troncos de pinos gruesos y luego vuelven a por más y luego se los llevan y después, ahí mismo, algo más pegado a las aguas del charco, amontonan las traviesas de madera de pino y quejigo que también han cortado y las dejan bien apiladas en espera del momento para llevárselas. Al lado y también más abajo, amontonan más pinos cortados y estos, porque ya lo he preguntado, son para llevárselos por la corriente, río abajo hasta los rincones de esas tierras lejanas donde construyen barcos y fábricas grandes y palacios y caseríos de recreo y cortijos solariegos y puentes y más palacios.

Y como entre las piedras que el arroyo en el vado ha dejado, tengo mi pequeña playa de arena limpia y aquí esta mañana, entre la buena luz tranquila con que me besas, estoy parado mientras miro y espero que en cualquier momento, por el cerrillo y el camino, asomen la hermana pequeña y la mediana para ponerme a jugar con ellas, estoy callado mirado a la corriente pasar y caer al charco. No es ni grande ni me parece importante el trajín que bulle a mi alrededor o quizá es que no comprenda mucho y por eso miro, juego, espero y callo mientras la mañana chiquita, en su silencio, va de paso y nadie se entera o si lo sabe, no le da importancia como Tú. Y entrevelado, el arroyo corriendo, el viento por los álamos del río, sonando, la mañana, el anhelo de su corazón enamorado y junto a la arena dorada, yo quieto y soñando sin saber qué decir pero sí ya sangrando.

* **ESTOY SOLO Y TENGO MIEDO** y como el corazón me tiembla y aunque Tú sabes y sostienes los secretos manantiales del alma mía que tanto te espera y necesita vida, me siento pequeño y sin luz ni fuerzas. Porque tantas ruinas, Dios mío, siendo tanta tu grandeza, no me cabe en esta mente ni en los ojos que me has dado ni por los caminos que se mueren y tanto me rebosan en recuerdos que aunque tristes, son belleza.

Si cuando la tarde cae y el último sol quema el camino que parece sueño y sube por el arroyo y miro y veo a lo lejos la sombra de los pinares y más a lo lejos, las casas queridas del viejo pueblo y algo más cerca, el río deslizándose con su majestad de rey.

Si el humilde entre los sencillos también viene por el camino pero en dirección contraria a la mía y a sus

espaldas trae el haz de leña seca y en la curva que esquiva las rocas puntiagudas, nos encontramos y al verme el anciano se para, suelta su leña y al mirarme, dulce dice:

- ¡Ya ves qué cansado vengo!

Y además de retumbarme sus palabras, se me clava con fuerza la imagen de su vieja y arrugada cara y la bondad que por ella chorrea, me anima a preguntarle:

- ¿Para quién es la leña?

Y otra vez oigo su voz que amable me dice que vive solo en la casa pequeña del arroyo del agua y que las taramas que recoge son para cuando llegue el invierno porque como ya está viejo, anda cansado aunque acepta su destino y por eso de Ti no se ha alejado nunca porque ha tenido mucha necesidad de tu consuelo y que si no hubiera llenado su alma de tu grandiosa fuerza, todo hubiera resultado un gran vacío y la vida humana realizada sobre el vacío ¿qué sentido tiene y qué espera?

Si sentado a su lado, frente a la tarde, el sol desvaído y Tú llenando el silencio, con el río relumbrando por el valle y la sierra a lo lejos limpia y verde, lo escucho sin entrar en su conversación y al rato se levanta, carga con su brazado de ramas secas y sigue el camino que sube por el barranco buscando la casa que se ve entre las zarzas, junto al arroyo y no mucho más arriba de donde estoy. Y si mientras ahora se aleja lo miro y me digo y te digo que es hermosa su figura subiendo por el camino blanco que va orlado de mil madroñeras verdes y otra vez te digo y me digo que también su figura desprende paz aunque su apariencia es de pequeñez, casi de algo que no existe o como pavesa que el viento mueve y vuela ajena a todo y todos.

Si como no tengo prisa, sigo sentado al borde del camino y como el día se acaba, tengo menos prisa porque ayer por la tarde, cuando con el rincón a las espaldas comencé a subir por el camino, sentí miedo al ver los tres que me seguían y ahora creo que ya se han ido y por eso estoy más tranquilo y tengo pensado quedarme por aquí cerca para dormir en cualquier rincón de estos montes ya que por esta tarde tampoco voy a ningún sitio ni nadie en el mundo me espera si no eres Tú y la fuerza misteriosa y oculta que me empuja a recorrer estos montes mientras me siento feliz y gozo paz en mi corazón y el silencio y la belleza que derramada tienes en tus campos.

Y si en estos momentos oigo un ruido cerca parecido al chisporroteo de troncos que arden y al mirar a mi derecha, por el suelo veo el hormiguero y las hormigas que avanzan por la sendilla que a su medida, han trazado por entre el pasto y van cargadas con semillas y en la puerta de su agujero, otras retiran la tierra que estorba, la cáscara de las semillas mondadas y la paja de la hierba seca y van aprisa y entran y salen y se alejan cargadas con los desechos y se vuelven otra vez nerviosas y asustadas se meten dentro y ahí se quedan.

Si de nuevo oigo el mismo crujido de tizones que crepitan y ahora ya percibo que viene de entre el monte que hay en la curva de más adelante y al mirar con atención descubro que del otro lado del cerrillo sale un gran chorro de humo negro que se alza en zigzag y por el espacio callado del viento detenido, se diluye y sube hacia el azul del cielo y si me levanto y corro buscando las madroñeras del arroyo y ya las llamas se me presentan largas y ensangrentadas cerro arriba, avanzan veloces achicharrando encinas, pinos, madroñales, romerales,

oréganos y mejoranas, no lo dudo y corro más para el arroyo y de las madroñeras de la ladera de enfrente, corto dos ramas largas, me voy para el pasto que arde y con las ramas verdes golpeo fuerte al fuego contra el suelo y consigo apagar un trozo pero por el otro lado de la ladera, el frente de llamas rojas se extiende por la solana y suben violentas arrasado el bosque entero.

Si no lo advierto y en uno de los momentos en que me vuelvo para atrás descubro que estoy rodeado porque a los golpes de las ramas las chispas han volado y la lumbre ha prendido también a mis espaldas y a los lados. De nuevo corro y al saltar para escapar del círculo, tropiezo, caigo y enseguida siento que el calor quema mi cuerpo y al cubrirme con las manos para protegerme, otra vez ruedo y caigo hacia el arroyo y siento que me arden los ojos, la cara, las manos, la piel de los brazos y por eso el dolor me aguijonea y hasta quiero llorar, gritar, correr pero
es ahora cuando caigo en la cuenta que las llamas también rodean la casa blanca del anciano que no tiene fuerzas y enseguida adivino la tragedia.

Y si me levanto de entre las aguas del arroyo y con el miedo y el dolor mordiéndome el alma, subo veloz cauce arriba al tiempo que grito llamándolo y ya veo que las llamas vienen también del lado sur y del poniente y de todo el arroyo con las zarzas, los pinos, el bosque de los álamos que en la tarde juega con el viento, las encinas y los quejigos que son fuerte como rocas y tienen sus troncos carcomidos de la lluvia, la nieve, los años y los mochuelos y las lagartija que entre su podredumbre se acurrucan y arden como teas y también los cerros que hay pegado a las paredes de su casa blanca donde el

bosque es espeso y por eso ahí, el humo ya es una densa cortina que se arremolinea desde el barranco del río que sangra plata y se extiende por la oscura ladera y al tiempo que se espesa, se ensancha y se alza amenazante, negra y llenando de sombra la gran sierra.

Y si al llegar a la casa recogida sigo gritando y pido que por favor salga fuera y corra porque si se queda dentro arderá lo mismo que la yesca de las hojarascas de las encinas que estamos viendo, y descubro que el pobre anciano se ha escondido en lo más hondo de la estancia y al empujar y romper la puerta, entro, lo busco y lo veo acurrucado y aunque le meto prisa porque el fuego ya nos rodean por completo y si tardamos en huir, arderemos como las zarzas del arroyo y en este momento, el sin tierra bajo el sol, me contesta que no tiene fuerzas, que está torpe y que si sale, las llamas lo achicharrarán y para animarle le digo que aún hay tiempo para escapar por el barranco del lado que da al norte porque es cuesta abajo y de aquí todavía el fuego está lejos y si entonces me contesta que será imposible, que huya solo y que me salve y que no me preocupe por él y le digo que es absurdo porque tiene que salvarse conmigo o al menos lo tenemos que intentar porque su vida no puede terminar así ya que si tanto ha luchado y siempre ha vencido, cuando es el final, tiene que coincidir con la dignidad y el coraje que le corresponde porque si ahora se deja quemar, morirá sin honor y de este modo, su muerte no tendrá ningún sentido.

Y si le digo que se arranque y se venga conmigo y tiro de él, lo levanto del rincón donde se ha acobardado, lo empujo hacia la puerta y luego sigo tirando y aunque las llamas ya han prendido en el montón de taramas secas

que apila en la misma entrada de su casa pequeña y también en las zarzas que rodean las paredes, lo empujo por el charco de aguas azules que indiferentes siguen saltando limpias y adornadas con los encajes de espumas que saben a montañas puras y bajamos cien metros más y ahora nos salimos de la corriente, subimos por la parte de atrás que es por donde la ladera ya está quemada y con él sobre mis espaldas, al pisar la tierra, me hundo, me tambaleo y tampoco tengo fuerzas para remontar la cuesta y alejarlo del peligro. Y como la tierra todavía está caliente y cubierta de cenizas, las pavesas, el humo, la brasa y los tizones apurándose, llenan el suelo y el vientecillo desconcertado remueve los desechos de lo calcinado y por el espacio y la negrura de los barrancos, se lleva la desolación de la tarde entre el mágico fluir de tu presencia en el día que se apaga y el bosque calcinado.

Si sobre lo más alto del cerrillo, junto a la roca achatada, me paro y con cuidado lo voy soltando sobre la piedra y al tiempo que respiro él me pregunta por qué lo hago y si le respondo que porque lo siento hermano mío pero me contesta que no lo conozco de nada y de nuevo le digo que lo he visto solo y en peligro y ya esto es una razón buena y la otra es la que ellos siempre han practicado: la ayuda mutua y el compartir lo que se tiene hasta dar la vida, si fuera necesario.

Y si en estos momentos el fuego ya se ha extendido a lo ancho de toda la gran solana que vierte sus aguas al río del valle y arden los barrancos, los densos pinares, las encinas viejas, los arroyos y las grandes torrenteras que caen para el río y también la casa blanca y la pequeña huerta y la sementera de trigo y centeno y

la otra encina negra y las cañadas de las amapolas y donde pastaban ayer las ovejas y el fresno donde las palomas tenían sus nidos y las madreselvas y las llamas cada vez más gigantes se alzan anchas y asfixiantes y ya por el camino se ve subir a mucha gente cargada con hachas, palos largos y otras herramientas y entonces él me dice que tenemos que huir porque si ahora llegan y nos encuentran dónde y cómo estamos, nos culparán de lo que somos inocentes y entonces le digo:

- Pero tú lo sabes y yo también.
- Eso es real y de testigo tenemos a Dios que lo ha visto

Y si me recuerda que hasta mi vida he dado por salvarlo y apagar el fuego y que no ardan los paisajes que tan dentro llevo y que como ahora sigo vivo, no me quiere ver en el otro lado del sufrimiento y por eso me sigue diciendo que tiene miedo, mucho miedo y que tenemos que huir antes de que sea más tarde y nos arrope la noche y nos queme el viento.

Como tantas y tantas veces, Dios mío ¿qué quieres que te diga? Que cuando ahora la tarde está en su silencio, caminando rotunda por la sombra de este sueño, sigo con mi alma asomada al barranco, sola, hambrienta, enferma en su recuerdo, palpitando entre la venturosa caricia que aquel día recibió por el llano bueno y sangrando, herida, triste, asustada y muerta frente al sol que relumbra por el cerro.

* **EL VIENTO SUBE DEL VALLE** siempre viejo, siempre el mismo y siempre nuevo y su chorro ancho y limpio, me besa, me abraza, se queda aquí conmigo y no se queda sino que se va y se lleva el calor de mi cuerpo y por eso, al rozarme, lo siento fresco, acariciando mi piel

casi sin tocarme y aunque se me cuela hasta el alma, no puede llevarse de ella la pesadez ni la luz de la imagen que tanto es y vive conmigo.

El viento, sin apenas ruido, fresquito y con sensación de hermano que consuela, pasa sin interrupción y con la luz y mi pensamiento, me pasea por entre las madroñeras de la ladera que se me cae encima, por donde aquel día mi padre buscaba setas y después, imágenes inconcretas para el que sobre el papel blanco quería plasmar no sé qué extraña pegatina que condensaba y recogía lo más nuevo, lo último y como le faltaba un trozo, detrás de él bajamos por la senda del barranco rozando las piedras blancas de los “torcos” que están huecas, afiladas y llenas de agujeros finos y de surcos que parecen dedos resbalados y después pisamos la hierba.

Y recuerdo que al coger el trozo de senda que desde el arroyo sube por la ladera media que mira tres veces al arroyo y dos al valle, rozamos la sombra de las encinas que no se me olvidan y antes de remontar y encontrarnos de lleno en el blanco rellano que precede al cortijo que tampoco se me olvida y hace de balcón sobre el valle y los caminos que lo surcan y la sierra profunda y las nubes que siempre le dan compañía, rozamos los trozos blancos y endurecidos de las mil ramas secas de enebros, sabinas, madroñeras, encinares que desde los tiempos remotos ruedan y ruedan por el barranco y nunca se pudren ni se rompen demasiado ni dejan de rodar por entre las piedras huecas de los torcos ya blanquecinos como las rocas con las que comparten tierra, tan duros o más que ellas, tan empapados de sol, nieve, hielo, agua y

de tan limpias soledades como la amplitud del barranco, las encinas y el arroyo y mi presencia.

Y ahí, debajo de la sombra sigilosa de las encinas viejas y el viento viejo y siempre nuevo y frío que a todas horas sube de la llanura, tuvieron la reunión los que bajaron del cortijo grande del balcón del valle, los que subían de la llanura que les pertenece a los pastores y los que llegaban de la ladera donde con mi padre, recogía setas esponjosas y empapadas de humedad con olor a musgo florecido y llenas de trozos de hojas podridas.

Y lo que se dijo en la reunión casi se me ha borrado: que si había que ponerse de acuerdo para ver qué era mejor, que si el proyecto era bueno, que si las ovejas, que si el pastor, que si hay que conservar y mantener limpio, que si los pinos, que si los robles, que si los caminos y los cortijos, que si la fuente y el agua limpia, que si aquí sobra, que si aquí falta...

Y como el viento no deja de pasar y ya es la una de la tarde y en la reunión no pinto nada, la ruta sin senda que trazo siguiendo el arroyo, aunque resulta emocionante y bella, no es el camino más rápido para llegar a la cima pero como estoy convencido de que en la sierra no debo tener prisa, porque aquí es donde ya no hay que ir a ningún otro sitio, no me importa qué hora sea.

Por eso, porque no tengo prisa, al llegar a la cumbre, me paro y respiro el aire y gozo del rincón y Tú que me contienes y para mí, me digo que si esta sierra es mía, si yo soy esta sierra, si creo en la eternidad y por lo tanto en Ti como creador mío y de los montes y nada tiene que ver esto ni con la reunión de los papeles, las hojas

escritas y en blanco y los proyectos bajo la encina que mira al arroyo, ahora mismo, este rellano de las montañas, con su panorámica de barrancos y cumbres, no lo debo sentir como algo a lo cual llego, lo admiro y sigo.

Observo el paisaje, único en este caso, porque este lugar es único en todo el planeta, dejo que me bulla dentro la sensación limpia, la primitiva, la que no está enturbiada con ningún tipo de interferencia y poco a poco siento como viene a mí el murmullo y el cosquilleo de tu verdad pura y tu presencia. Este rincón, en esta mañana, con sus pinos y sus robles, el cascabeleo del agua por el barranco del arroyo, los pajarillos, el suave viento y la hierba a mis pies, me pertenecen desde el momento en que lo creaste. Por eso lo he soñado tantas veces, por eso es tan viejo como yo y va conmigo por donde me mueva, por eso lo conozco, me pertenece, me habla, nos fundimos y no somos dos sino uno que respiramos, vivimos, latimos y nos transformamos en Ti y su primavera.

Cargado, orientado, rehabilitado y centrado en mi espíritu y punto de sintonía con mi cuerpo, sigo la ruta. Dejo el camino que hasta aquí he traído porque comienza a bajar hacia el barranco y lo que deseo es subir a la cumbre más elevada y me voy para la izquierda avanzando puntal arriba y desde aquí todavía los veo bajo la sombra de las encinas de la ladera que mira tres veces al valle, con sus papeles en las manos, los colores de sus ropas, sus proyectos y sus lápices.

Y allá, un poco más lejos, donde ya el viento de la sierra no llega ni tampoco el rumor de las fuentes ni el

perfume del valle ni la sombra de este rincón mío ni la blancura de los torcos ni las ramas secas que tienen siglos y ruedan sin pudrirse, la sigo viendo a ella. La que es reina entre las reinas bellas y llevo en mi sangre desde que nació y más desde aquella última tarde que la paseamos por la sierra, con el corazón temblando por ver si se quedaba en su casa y su tierra.

Y se le siente decir que aquello es diferente: la tierra es llana y con muchos alcornoques, jaras pringosas, aulagas, remolacha de regadío, algodón, cebollas y patatas y luego que los ríos de esta tierra suya, allí son carreteras anchas, y los cortijos que aquí junto a las fuentes tienen álamos largos, allí son grandes bloques de pisos y antenas y cables y coches y los álamos ni se ven ni se siente el viento ni cantan las cigarras ni brillan las estrellas en los charcos anchos ni chirrían los grillos y por eso ya está cansada de un mundo tan feo y tan extraño y que se quiere venir porque el trabajo no es la delicia que parecía ni la ciudad es tan bonita.
- Pero ahora ¿qué hago?

Y el viento, mi viento, el que desde el valle me da su abrazo y sube por el arroyo, por el monte, por el charco que sí es de verdad y ancho y translucido y como yo, se desangra callado, ahora mismo está quieto, parado, mudo, llenando la sierra entera, el barranco, mi corazón y el espacio que Tú ocupas conmigo donde vivo y sueño y recuerdo y me desangro.

* **MI AMIGO,** estaba aquel día sentado sobre la hierba verde de la nava de abajo con sus ojos puestos en el rebaño, la luz de la mañana que ya va llenando de vida los campos, la sombra alargada que el despeñadero

proyecta sobre la llanura de la pradera y las ovejas que pastan.

Y está él gozando con esta visión de paz, algo distraído y dejando que su corazón se llene del misterio dulce que por aquí Tú tienes derramado cuando, por la senda amada que baja de la cumbre, llego, me pongo a su lado y le pregunto:
- ¿Lo has visto?
- ¿Te refieres al pino seco?
- Al viejo ejemplar que nació hace doscientos años.
- El que clavó sus raíces en lo más alto de la cumbre, al lado sur, mirando al valle y creció hermoso, siempre erguido y noble, lo he visto hoy. Durante muchos años resistió los vientos helados, que desde las cumbres descienden en los días de invierno, las grandes nevadas que tantas veces han cubierto estas sierras y las heladas recias que en el mes de enero cristalizan por los montes. Venció las sequías otoñales y los bravos vientos que ladera arriba ascienden hacia las cumbres y tan vigoroso, tan fuerte, tan magníficamente preparado para la dureza de estos rincones, estaba que pocos podrían aventurar la suerte que después ha corrido.

Hoy he pasado por allí y lo he vuelto a ver y sigue siendo bello y único pero hoy él está seco, sin vida. Se marchitó y ahora se pudre en el silencio de las cumbres y esta mañana se dobla hacia la tierra con sus ramas rotas y su tronco color caramelo, un poco pelado y canoso como la plata vieja. Si lo empujas con la mano, se mueve y si te quedas allí junto a él, en los días en que el sol calienta fuerte, lo sientes crujir y ves su madera romperse y cuando lo miras más despacio, descubres como se raja y se abre por la cruz y por los nudos donde años atrás

existía una rama verde y cuando el viento sopla por las cumbres, como en los días en que era joven, se le sorprende cayéndose a pedazos, un trozo de corteza un día, una rama pequeña otro tarde, una piña algo después y a intervalos largos, las ramas gordas de las copas. Cuando cae la lluvia, se le cuela por las brechas abierta en el tronco y como por ahí le va entrando la podredumbre, está ya casi hueco por dentro aunque todavía por fuera tenga una hermosa apariencia.

Allí, junto a la roca redonda, amiga y compañera desde los años en que era pequeño, me he sentado y aunque sí tenía prisa, no me importaba porque ya sé bien que he de hacerme a estas sierras, respirar con ellas y adaptar mi ritmo y latidos al suyo y porque hoy quería darle un poco de compañía y conforta mi alma, como tantos días, con su presencia en lo más alto de la cumbre.

Miré su copa, que ya no tiene vida, y la vi caída por el peso y se dobla hacia el lado norte y se parte. Lo observé despacio y me dejé abrazar por el mismo viento que lo roza porque quizá el próximo invierno se tronche del todo y sus ramas se despeñen por la ladera hacia el río y me fui luego hacia la otra punta de la cumbre dejándome allí la belleza de la muerte clavada en las rocas. Así que lo he visto hoy y te digo que ya acaba su existencia uno de los gigantes de esta tierra nuestra. El fuerte, el bello, el rey de las cumbres, el que desafió al tiempo sin inmutarse desde lo alto de su colina, el que fue testigo de las noches, los días y de la soledad de estos barrancos, deja de vivir y se marcha de estas sierras para siempre, con la nobleza y la dignidad que le corresponde a los grandes: en silencio.

- Pues un día de estos me tienes que llevar contigo hasta esa cumbre porque yo también quiero ver el pino antes de que muera.
- Un día de estos te vienes y subimos a darle al último adiós.

Y estamos nosotros charlando del pino seco que se muere y con él se lleva los silencios más repletos de nuestras vidas desde el día primero, cuando al mirar veo que un piquete de sus ovejas se ha separado del resto de la manada, por la parte del pinar que pega al despeñadero e intentan, por ese lado, remontar a la meseta de la hierba fresca en la cumbre.
- Si las dejas libres se te matarán.
- Tienes razón porque conozco el despeñadero y como los animales no calculan el peligro, cuando acuerdan no saben seguir y caen por cualquier sitio. Quédate aquí que voy a por ellas.

Mi amigo abandona la cama de hierba fina que tiene frente al resto del rebaño y la pradera y se va por el lado sur y se da cuenta que los animales ya han remontado tanto que lo mejor es meterse por el lado contrario, salirle al paso y volverlas para atrás y así lo hace. Yo lo estay viendo subir y noto también como poco a poco va alcanzando a las ovejas. Pero como ya los animales han remontado mucho, mi amigo tiene que elevarse a lo más difícil del despeñadero y justo cuando ya está en lo alto se encuentra con un escalón que no puede saltar. Se para, lo mira, lo rodea y tomando carrerilla, da un salto con la intención de salvar el vacío y caer encima del escalón que le impide el paso.

Pero mi amigo, por unos centímetros, no se sitúa todo entero en lo alto del escalón que quiere remontar, sólo llega la mitad de su cuerpo y una pierna y la otra mitad se queda colgando en el vacío y como un péndulo tirando de él, con violencia, para abajo.

- ¡Agárrate con valentía!

Le grito al darme cuenta de la tragedia y el peligro que su vida corre pero ni me oye ni puedo agarrarse. Su cuerpo se dobla para atrás, cae al vacío, resbala en la roca que por debajo sobresale, se engancha entre las ramas de la carrasca y dando un par de giros sobre sí, se precipita al vacío total. Mientras se desploma, lo veo abrir sus brazos en un espantoso grito que pide socorro a lo largo de toda la caída y aunque lo estoy observando claramente desde mi cama de hierba que es prestada porque hasta hace un instante era la suya, a dos pasos de él y el corazón se me va parando y me voy quedando sin vida viendo como la de mi amigo se desgarra por el despeñadero hacia el barranco, no puedo hacer nada para ayudarle.

Cayó, por fin, a lo hondo y cuando me acerqué y toqué su cara ya no existía ningún hálito de vida en su alma. Sólo chorreaba sangre por las carnes de su cuerpo y al verlo con los brazos extendido en forma de cruz, los ojos abiertos frente al azul del cielo, las grandes nubes blancas que se alzaban hermosas revoloteando por la raya las cumbres y la sierra a lo lejos eterna, limpia y verde, quise creer que me decía que por allí se había escapado hacia las praderas inmortales que florecen más allá de las estrellas y al encuentro glorioso de tu abrazo grande.

A mi amigo, desde las llanuras verdes de las montañas de estas sierras nuestras, Tú te lo llevaste por

entre la brisa limpia de una mañana de primavera y vi que era sonrisa con sus brazos abiertos y su cuerpo roto, en medio de la hierba fina que comía su rebaño y el silencio blanco que dormía sobre el viento. Ahora lo recuerdo y me acurruco un poco más a Ti.

* **ESTOY MIRANDO DESDE MI ATALAYA** que se enfrenta al valle, a la sierra de la lejanía brumosa con la mitad del cielo y los bosques oscuros y las laderas y las cumbres, los arroyos y barrancos con la sombra dulce del que contiene este nuestro, y además de verte a Ti grandioso, abierto como una flor blanca y llenando con tus pétalos la inmensidad de lo que ven mis ojos y lo que saborea mi alma, como en canal se me abre, desde el rincón, la ladera y las zarzas del arroyo donde ya no canta el ruiseñor porque se fue la primavera pero sí salta la corriente y los mirlos revolotean y la sombra se alarga y cae el agua y más al fondo están los caminos y la hierba y el valle y la oscuridad de los charcos del río y la tierra y la tarde.

Estoy mirando y desde el trocito que me recoge y se alza como un mirador de los sueños frente al valle, veo la ladera que cae por entre el monte espeso y las piedras diciendo por donde iba la senda y yo por ella caminando, siempre bajando porque bajar es ir en grandeza, cogido de la mano de mi madre, de la abuela, de mi hermano mayor y sus amigos los pastores, de mi hermana la mediana y la pequeña y de mi padre cuando iba con las ovejas y luego en las tardes de aquella primavera que no se me olvida nunca, cuando con mi hermano cogimos miel en las colmenas y ahí mismo, en el tronco y a la sombra de quejigo grande que se clava junto a la senda, nos sentamos y nos pusimos a chupar

panales de cera blanca llenos de miel dulce y espesa pero blanca casi como el agua del arroyo porque era la primera corta, las de las flores del romero que florece en enero y se coge antes de que llegue la primavera.

Y volaban las abejas queriéndonos quitar el rico manjar que les pertenecía, se nos pegaban los dedos, se nos caían los chorros de la dulzura desde los panales hasta el suelo y acudían las hormigas y se nos derretían los ojos, la cara y los labios y como un poco más abajo, sólo cien metros y después de remontar la loma corta y volcar a la hoya de las rocas doradas, las zarzas espesas, los álamos y la cueva oscura, por la parte de abajo del paredón y mirando al río, brota el manantial de las aguas frescas, abundantes y purísimas como el aire, nos bajamos por la senda y al llegar al venero rebosante y con la sed del dulce banquete sorbido de los panales recién cogidos de las colmenas, bebimos en la frescura de la fuente y ahí nos quedamos lavando nuestras manos, mirando al valle, gozando el rumor del arroyuelo bajando y con los otros cien panales en las manos y repletos de miel de romero blanca y buena.

Estoy mirando y desde esta atalaya grandiosa que desde tu silencio eterno se abre frente a Ti y al valle, adivino por donde, desde el manantial para abajo, iba la senda que era ladera pura y en forma de tobogán donde jugaba cuando la nieve cubría la sierra. En las conchas grandes de los pinos viejos o en las ramas secas de las encinas rotas, me montaba al comienzo de la caída y por encima de la capa de nieve lisa, me dejaba caer por la pendiente del tobogán que forma la senda y no me deslizaba sino que rodaba, me atascaba en el monte, empujaba y abría surcos por la nieve y me torcía otra vez,

me estorbaban las piedras que sobresalen en mitad de la cuesta, el quejigo que se adhiere a la otra piedra y tiene sus raíces atravesadas por el camino, las madroñeras que como a puñados de dedos se abren en diez troncos viejos y se enmarañan, se doblan y se quiebran y no dejan paso libre y luego el barranquillo, la pequeña cuesta y al final las rocas gigantes y la curva y la caída y más piedras.

Y ahí, por donde la senda ya se descuelga y se retuerce para saltar el escalón de las rocas que se derraman potentes en el trozo más roto de la ladera y por eso más difícil de atravesar por lo empinado, lo escabroso, lo profundo y lo alargado al tiempo que el más hermoso por espectáculo de la caída, la profundidad del barranco y los manantiales cayendo por entre la sombra de los majuelos, las encinas y los numerosos narigones de las rocas asomadas al precipicio, por ahí es por donde en invierno y en las noches de los grandes fríos, las cascadas de las espumas blancas de las montañas, amanecían heladas.

Y luego ya más abajo y antes de tocar las aguas que por el río cantan y saltan y se estrellan y van a lo suyo, contigo siempre reinando sobre las olas y la hierba salpicada de las orillas frescas, sube el otro camino que también conozco de cuando iba por él con las carretas en los días del barro y los surcos de las ruedas y la yegua siempre hermosa, dócil, valiente y recia tirando del carro monte arriba atropellando agua y piedras por el arroyuelo y la fuente y la pradera de las ovejas, en busca de los troncos amontonados y de las otras maderas y de la resina y de las ramas secas.

Y sigo mirando desde esta atalaya inmensa y como tanto ya tengo mis ojos llenos y tanto en mi corazón se aprietan las tardes y las mañanas con el recuerdo de las cosas que fueron bellas y entre las ramas del monte que se mueve y los bolsillos de tu ausencia donde guardas las sorpresas que me reservas, al ver la otra curva del camino que remonta y baja y luego sube y pasa por donde las vacas de los cuernos rotos sestean y luego por la cañada que se aplasta y los rosales silvestres donde el agua se extiende para que el sol mejor la bese, me sorprendo y me digo que por ahí también pasé yo ayer por la tarde y subí hasta el cortijo que se alza en el cerro y al entrar, allí estabas Tú y ella y aquello fue una explosión de gozo por el encuentro, la sonrisa de mi padre, la de mi hermana, mi madre y la abuela siempre querida y como el sol que sobre la cumbre relumbra, atenta y dándome la mano para que te conozca y no me pierda, mientras voy surcando por estos montes las viejas y eternas veredas.

* **Y EN ESTA TARDE,** en que los ruiseñores se preparan para marcharse y por eso, aunque entre las zarzas sigan saltando alegres, ya no cantan, me acuerdo de las palabras de la abuela, aquel día que por los caminos me llevaba de la mano por donde al final de la planicie y aún sigue brotando el manantial del río y se meció la dulce laguna de aquellos tiempos.

- Cuando llegas al collado de la tinada y te asomas al barranco por donde debe ir el río, que hoy no va porque está seco, te dispones a bajar. Las casas blancas donde se anida el pastor de las cumbres, aplastadas silenciosas junto a las aguas limpísimas del río recién nacido, es lo primero que te complace. Te sigue gustando el rincón por su silencio y el verde de sus nogueras y luego te agrada

más por lo recogido que se encuentra y el nombre tan bonito que le pusieron. Pues el camino, el trozo de carretera no asfaltada sino encementada, baja recto al valle, que ya hemos dicho, es cuna de la aldea. No te lo esperas por lo embelesado que vas tan dividido en la belleza pero lo notas enseguida. El alma te da un tirón, te mete en un puño, te hunde dentro del espíritu y sin que tú lo pretendas, enseguida sabes lo que pasa.

- ¿Y qué que pasa?
- Pues que estás bajando y no es un camino que te lleve por la ladera para dejarte en el barranco y la vega. Notas que vas bajando por esa región que, en sueños, alguna vez has intuido y es la que recorre toda la vida humana, desde el nacer hasta el valle de la eternidad.
- ¿Quieres decir que este camino va por aquí pero al mismo tiempo viene y va a otros lugares?
- Viene desde praderas bellas que todos hemos gozado en la etapa de la niñez jugando los juegos del comienzo de la vida, atraviesa las llanuras que casi no descubres porque enseguida se pronuncian hacia abajo y algo más adelante, es cuando te das cuenta que el estado normal de la vida, no es subir sino bajar.

- ¿Y cómo entonces siempre nos repiten tanto que tenemos que subir en sabiduría, en estudios y títulos, en riquezas materiales, en madurez, en capacidad para dirigir y gobernar?
- Pues fíjate que el estado normal de la vida es bajar. Bajar a la humildad en lugar de subir a la soberbia, bajar a la pequeñez para encontrarte en el valle por donde corre el agua rodeado y sobre pasado por las montañas, bajar a la pradera que es donde se remansa la placidez y

descansa la armonía, la paz, las florecillas y la hierba que tapiza la llanura.

Por eso, en cuanto te asomas al collado y descubres la llanura tan recogida en sí misma, tan repleta de huertas y por donde brotan los manantiales que casi son viento de tan puros, el alma te pega un tirón que te deja sin aliento. Enseguida descubres que vas hacia la belleza, hacia el descanso, hacia la armonía perfecta de tu ser con el universo. Bajar es mucho más redondo, más placentero, más en sintonía con la verdad de uno mismo, que subir. Es un profundo gozo que conozco por experiencia y ahí, casi ahí mismo, es donde nuestro mi amigo el pastor de las cumbres tiene su nido. ¡Fíjate qué rotundo siendo al mismo tiempo tan sencillo y transparente!

Y ahora recuerdos sus palabras y un poco caigo en la cuenta que ella me hablando de Ti en su corazón y por eso ya intuyo que aunque los ruiseñores hayan dejado de cantar y dentro de unas semanas se marchen dejándote solo por tu barranco y con tu silencio, es lo mismo que ella entonces me decía: ellos tienen que irse como también se evaporan las flores de las primaveras, y eso es bajar, para que Tú te quedes llenándolo todo con tu silencio y desde sólo tu amor y tu misterio, mañana harás brotar otra vez la vida, y eso es subir. Ahora comprendo un poco por qué tanto se me borran las sendas y tanto has empedrado mi corazón de ausencias en este silencio que respiro, cada día más denso y limpio.

* **MIENTRAS ME IBA DESPERTANDO** tumbando frente a la raya azul que dibuja la silueta de los montes, despacio he ido abriendo mis ojos, todavía entumecidos

por el sueño y de pronto me ha sorprendido el color naranja brillante de la luz que llena los campos. Es como una llamarada de fuego vivo que sin quemar llega desde el disco redondo del sol que se levanta y al ver la llanura y las ramas de los árboles que me arropan, tan teñidos de este color sangre fuerte, me he acordado que hoy es tres de agosto y también domingo y por lo que ya conozco de otros días y años, seguro que hoy la sierra se llenará de mucha gente, muchos coches y muchos que subirán por los caminos y los barrancos a comer y bañarse en los charcos y bajo las sombras de los fresnos y las encinas.

Me estoy acordando que por estas fechas y en los pisos de las ciudades, las ventanas de las viviendas se cierran, las calles se quedan algo más en silencio que otros días, más desiertas y las carreteras más llenas de coches que penetran por los barrancos y caminos de estas sierras buscando sitios solitarios y escondidos para encontrarse con el agua que corre por los arroyos y mezclarse con las sombras y el silencio, con la idea de pasar un día más fundido contigo y los árboles y las fuentes que te dignaste regalarme. Y me estoy acordando de aquel rincón solitario del chorrillo de la nava y el día que con mi amigo el pastor de la llanura, lo vi por primera vez. Fue como el encuentro con un sueño deseado y recuerdo que mientras subíamos por la senda que ya también se ha borrado, a lo que yo le preguntaba, él me iba diciendo:

- No es un río ni un arroyo ni un pantano ni una laguna. Tampoco es una ladera que para recorrerla se tarde cinco horas. Si me pongo frente al chorrillo y abro mis piernas, fácilmente puede pasar por entre mí, y aun

queda sitio para otros diez chorrillos como éste. Por lo tanto, no es un chorrillo grande.

La llanura por donde se extiende, derramándose por toda ella sin llegar a inundarse, es como una pequeña plaza. Tendrá unos dos metros cuadrados sin incluir los árboles de la orilla ni las rocas que en forma de monolitos, la embellece. La laguna es aún más pequeña pero la laguna está arriba, en lo alto del cerro y parecen que la hicieran con la fantasía de los sueños: Toda azul, transparente como la luz del sol que la besa, silenciosa aunque moviéndose cadenciosa, acurrucadita bajo la otra gran ladera desde donde chorrean los pinos y las rocas. La laguna es así de hermosa, allá, escondida entre varias cumbres muy grandes y recogida en el regazo de su hermosa soledad, porque por allí no pasa nunca nadie. Nunca va nadie por aquel lugar, ni los que guardan estos bosques ni los que desde las ciudades vienen con sus coches visitando lo que a su paso encuentran.

Por esto es la laguna tan bella y llena de tanto gozo sólo mirarla. Pero la gran belleza de la laguna es su chorrillo, el que cuando rebosa cae por la ladera chica y baja zigzagueando hasta la llanura que es como una pequeña plaza. El chorrillo es la gran belleza porque es pequeño en cuanto a cantidad de agua que corre por él pero si lo miras despacio, allí cerquita de su corriente, descubres que es como un río inmenso que canta, que salta, que reluce, que desciende y se curva como un juego. Porque como no es grande, juega con todo. Con la ladera que además de bañarla la surca, la refresca, la abraza siempre con el cariño de un hermano y ayudado por los rayos del sol que la viste de plata.

- ¿Pero tú lo has visto?
- Que yo lo he visto las mil tardes que junto a su cascada en miniatura, me he parado embelesado. Por arriba cae alegre y se abre como los brazos de un niño pequeño y cuando ya viene bajando la ladera, no parece otra cosa sino hilos de ensueño que por aquí y por allá quieren hacerse viento, bosques y praderas pero cuando llega a la llanura no sólo es más hermoso sino que le roba al viento su transparencia y disfrazado de él se ensancha como en una gran ola de perfume y luz, llena de rocío las flores de las praderas y en cada brizna verde deja lagos de humedad que brillan como estrellas al besarlos el sol.

Hasta el bosquecillo de pinos, el que está ya al final pegado a la llanura, no llega ni este chorrillo ni la hermosura de agua que por él baja. Por eso el bosquecillo está allí, recogido, esplendorosamente verde pero quieto y mudo en su trocito de tierra. El secreto del bosquecillo en nada tiene que envidiar al de la laguna o al del chorrillo.

- ¿Pero tú lo has recorrido?
- Que yo he recorrido mil veces este bosquecillo y de los guíscanos grandes y dorados que crecen aquí, a la sombra, he llenado sombreros y sombreros. Primero nace uno, pegado al tronco del pino. Llegas y lo ves y te llenas de alegría. Pero cuando lo estás cogiendo ves otro un poco más allá, tres más, junto a la roca y por fin el gran rodal. Te vuelves loco mirando, cogiendo, escarbando y cuantos más coges más hay, más grandes son, más parecen oro y más alegría que te llena el alma. Los guíscanos de este ensueño de bosque junto al chorrillo de la laguna y la llanura que parece plata, son únicos.

Y cuando llegué, cogido de la mano de mi amigo el pastor del valle y vi lo que por el rincón Tú tienes modelado, lo mismo que él, me dije que único es todo este trozo de sierra aquí, en el silencio de estas cumbres, donde no llega nadie más que el viento, el sol, la nieve en invierno, Tú, él y yo que somos los dueños. Por eso, desde aquel día le cogí cariño y por eso ahora lo sigo viendo como si fuera un sueño dulce y para que siempre permanezca igual de bello, no voy a decir dónde se encuentra. Sólo Tú y yo, porque mi amigo el pastor del valle ya no está, sabemos el lugar por donde se desangra el chorrillo de la laguna, que entre cumbres, es azul transparente.

Por lo demás, el día que hoy me empiezas a regalar por este rincón donde tararea nuestro arroyo y mi alma aprende la ciencia de tu plenitud en espera de que llegues con otra presencia, amanece lleno de viento fresco que sube desde el valle y me consuela al rozar mi cara y con el cielo algo tapizado de nubes blancas en forma de borregos retozando por la llanura de la hierba. Amanece brumoso por las lejanías de las cumbres y los valles y bastante desteñido el azul con el que siempre arropas la grandiosidad de esta sierra nuestra y, además, como un poco cansino. Como si el día de hoy fuera ya viejo y no quisiera despertarse a la nueva luz que le empuja y por eso, aunque me parece el mismo de tantas veces, también lo veo nuevo y pleno, cosa que mis ojos te agradecen y más mi alma, que entiende que otra vez le regalas con un puñado de amor desconocido y fresco. Y por lo demás, quizá dentro de un rato me vaya a dar un paseo siguiendo la vieja senda que remonta el arroyuelo.

* **VENGO DE ESTAR DONDE CRECE EL SERBAL** y al pasar por la senda la he visto tan rota que me he parado y me he puesto a arreglarla en la medida que yo puedo arreglar lo que tiene roturas tan grandes. Junto a la ladera del castellón rocoso, por encima del barranco del gran manantial de las canales y por donde estuvo la merera, por donde la senda se hunde en las misma rocas y la poca tierra de la inclinación, pendiente, está rota por completo. Las lluvias del invierno pasado reblandecieron el suelo, abrieron un poco más las grietas de las piedras y como rodaron tanto y a su paso tanto monte y ramas dejaron, el trozo de senda que pasa por la hoya del quejigo, ha quedado tan rota que ni se ve ni se puede pasar por ella y como la recuerdo y la quiero de la vida de aquellos tiempos, lo que se me ha ocurrido es pararme y ponerme a quitar las piedras que pueda, las ramas y los troncos de los pinos secos y al final, después de mucho esfuerzo, mucho sudar y casi ningún resultado, me he cansado y en la misma roca del gran mirador sobre el valle, me he sentado.

Y mientras lo contemplo sintiendo que reviven los momentos de aquellas tardes y días, me he dicho, teniéndote presente, que sería bueno si pudiera reunir a mis amigos para hablarles. No a los de los proyectos y papeles grandes con lápices y corbatas, que son los nuevos, sino a los otros: los jóvenes hijos de pastores que tanto quiero y tan hondas raíces tienen en estas sierras y tanto ellos conocen los senderos de ahora y de aquellos tiempos, pera decirles que tenemos que unirnos y con nuestro esfuerzo, igual que fue en aquellos días, arreglar este camino antes de que sea demasiado tarde y ya tan roto esté que no sea posible ningún arreglo. Nosotros, los de aquí, los nuestros, unidos y con nuestro esfuerzo, a lo

mejor podemos impedir que esta senda se rompa tanto que ya no tenga remedio y a lo mejor podemos hacerlo igual que se hacía en aquellos tiempos: sin romper más suelo que la vereda que van dejando los pasos de tanto subir y bajar del arroyo al valle, a la llanura de la aldea del almez, al cerezo y a la fuente del acebo y a la higuera de los higos negros y a la era y al pedazo de trigo bueno y al mirador desde donde se ve todo el valle y al serbal de donde ahora mismo vengo.

Lo he visto, lo he tocado y ¡qué bello! Entre las ramas de los quejigos de siempre y qué verde sus ramas y su silencio. Ya están gordas las peras silvestres, las serbaleas y como en aquellos días, cuelgan en ramilletes y algunas, como siempre fue, están por el suelo, medio secas, medio comidas de los pájaros, las ardillas y los jabalíes pero aunque ya es casi su tiempo, todavía no se pueden comer porque están muy ásperas y aunque las blancas sí tienen ya sabor a ese agridulce bueno, hay que esperar a que sea su tiempo. De ahí, del serbal ahora mismo vengo y me he traído conmigo un ramillete con cinco o seis de sus peritas verdes y mientras ahora aquí te siento a mi lado un poco más en este momento y nuestro arroyuelo, se me viene al recuerdo lo de aquel día en aquellos tiempos.

La casa es una de la más bonita de la aldea que todos conocemos como la del y fue una cortijada en otros tiempos pero hoy es ya una pequeña aldea llena de encanto junto al borde del arroyo y donde se derraman las laderas del pico alargado. ‘La casa de las gemelas’. La llaman los vecinos porque aquí es donde viven las dos hermanas gemelas, los padres y ellas dos que sólo hay cuatro miembros en la familia.

La casa, que se alza según se entra en la aldea, a la izquierda y luego casi al final de la que podría ser la calle principal, está construida mirando al macizo del monte elevado y es alargada, blanca, nueva y en la entrada tiene como un balcón, una terraza llena de flores y al caer la tarde, en los días de calor, es el mejor sitio para sentarse al fresco y, además, como mira un poco al norte, en cuanto el sol desciende hacia el horizonte de las otras cumbres, la misma casa hace sombra. Arropa con su sombra toda la terraza balcón de la entrada y si te sientas aquí, con el monte enfrente, las otras casas de la aldea algo más abajo, la sombra de la tarde, el viento fresco y el azul del cielo más bello del mundo, desde luego que te parece un sueño. Porque es este un rincón lleno de encanto, el más tranquilo y apacible de la aldea desde donde se ve todo, hasta el serbal que hay en la ladera de enfrente.

Resulta que este verano, al caer la tarde llegamos nosotros y como lo primero de todo fue sentarnos en la terraza y como desde el balcón, ya he dicho que se ve tanto campo y tanto mundo, no sé cómo, uno de los tíos de las gemelas nos dijo:
- ¿Ves el árbol que hay allí?
Señalaba a la ladera al otro lado del arroyo. Y sí, en un trozo de terreno que no tiene monte, se veía un gran árbol verde y enseguida pregunté:
- ¿Es una noguera?
Por esto de que las nogueras son tantas o más que gente por estas sierras.
- Es un serbal.

A mí me extrañó y volví a preguntar:

- ¿Qué es un serbal?
- ¿No sabes lo que es ese árbol?
- Es la primera vez que lo oigo.
Y entonces, enseguida me dijo que:
- El serbal es una especie de peral silvestre cuyo tronco crece recto y largo y sus ramas tiran a lo alto; sus hojas son parecidas a las del fresno, aunque algo más estrechas y recortadas alrededor. Las frutas son asperísimas hasta tal punto que no se pueden comer sino modorras, cuando ya están pasadas y son como peritas de unos 2 cm. de longitud, verde grisáceo, amarillento o parduzco. La misma calidad tienen los nísperos que se han de guardar después de cortarse y dejarlos que maduren en paja.

La corteza del serbal, es áspera y blanquecina, con raíz gruesa y que profundiza mucho y tiene flores blancas y los frutos los da en forma de racimos. La fruta es sumamente áspera al gusto hasta que se suavizan mucho tiempo después de cortadas del árbol. Son así mismos muy astringentes. Si antes de madurar, cuando se muestra amarillo, se corta en tajaditas y se comen después de bien secas al sol, restriñe el vientre y su harina y su cocimiento hacen el mismo efecto.

El serbal florece en mayo o ya entrado junio en las tierras altas y frías y los frutos no maduran hasta septiembre y son muy apetecidos de las aves. Los cazadores de pájaros usaban de ellos como cebo para atraerlos y cazarlos. Algunos montañeses lo llaman el perulo. En árabe andalusí se llama el fruto del oso.

Así que sintiendo que ya me he pasado de tantas cosas como he dejado dicho sobre este árbol, para ti y

otros, digo que jamás nunca te asombres de las realidades de estas sierras. Es un mundo tan denso, tan profundo, tan lleno de maravillas y tan repleto de la presencia del Creador, que aunque hay que asombrarse, es mejor maravillarse. Es mejor dar gracias y llenarse de gozo porque ya ves tú, hasta desde este balcón de la casa de las gemelas en la aldea del manantial grande, se descubre algo nuevo. Un árbol silvestre que se llama serbal, que crece ahí mismo y aunque parece nada, es una joya, una maravilla viviente como tantas otras.

Y lo que después de aquel día ha pasado, es que ahora cada año, cuando maduran las peras silvestres del serbal, la madre de las gemelas, me trae un puñado de su fruta silvestre.
- Esto para que no olvidéis nunca mi árbol.

Una tarde de aquellas, el pastor de la llanura, me llevó por la senda que remonta desde el valle y me puso sobre la roca del gran mirador y para mí y en forma de secreto, me dijo donde nace el serbal que desde entonces conozco y al cual todos los años acudo para recoger su fruta cuando está madura. Por lo demás, darte las gracias en este otro día nuevo, con este puñado de serbales verdes que ahora mismo tengo en mis manos, el arroyo, las moras que todavía no han madurado y el viento.

* **ME PREOCUPA EL CAMINO ROTO** y cuando esta mañana es casi frío, el aire que recorre el bosque, subiendo desde el valle y llenando todo el barranco, la ladera y la ancha solana hasta la cumbre, mientras compruebo que todavía es cinco de agosto, me asusta no el que el otoño comience a dar señales, sino lo que he

visto hace unas horas y parece que ya no tiene otro rumbo.

El cortijo pequeño con su entrada recogida en el rellano, la higuera que sembré con mi hermano, la mañana que empezaba a caminar, el camino rozándolo y la tierra amiga y parte del pequeño paraíso, lo he visto rodeado de muchos, por el rellano de la entrada los coches amontonados y otros dando la vuelta, metiendo ruido y llenando el aire de sonidos extraños a este rincón y humo sucio y más abajo, donde manaba la fuente caudalosa entre los membrillos, los granados y los álamos y rebosaba la acequia llevando el agua a la tierra llana del río repleta de panizo, garbanzos, trigo y patatas y al llegar el verano pastaban las vacas amigas del niño que se mareaba y no tenía fuerzas para andar y en el otoño en la tierra se clavaba el arado de madera tirado por la vaca "colorá" y el suelo abría sus carnes para recibir las lluvias y otra vez las semillas y los brotes de las cosechas y el golpe de la azada y el agua que la riega y el sudor de la frente y la eclosión de las hierbas malas y las pisadas del que la cuida y el cariño y el sueño y la mano amiga y el beso.

Por ahí, en la llanura que rodea las aguas del río, he visto las tiendas montadas, más coches apiñados, muchas caravanas, muchos niños que juegan por las aguas del río y caminos nuevos, ajenos a lo que por aquí hubo en aquellos tiempos y entre tantas paredes de edificios para recibir a la gente, fregar los platos, lavar la ropa empolvada en la excursión por los senderos, beber, comer, ver la tele y jugar al billar, he visto un trozo de aquellas ferias pero en lugar de venderse mulos, vacas, yeguas, burros, pavos, ovejas, cabras, marranos y

esparto, se vende bebidas para quitar la sed, café para estar despabilado y entre otras mil realidades ajenas a la tierra, al rincón y a mis vivencias, se venden pulseras de cuero, camisetas, collares, pendientes, llaveros y de todo aquello que sirva para llevarse un recuerdo.

Y desde el camino que llega perdido por la puerta del cortijo donde sembré la higuera que dio tan buenos higos negros y ahora ya no está, me acerco pero no andando, sino en forma de ave que con alas de espumas atravieso el viento para no tener que sentir la pesadez del camino que se borra o no tiene identidad y al pararme junto al que vende de todo, veo las piedras preciosas enganchadas en los llaveros. Las cojo y al notar su transparencia y la luz de tu sol brillando sobre ellas, le pregunto por su nombre, lo que valen y de dónde son y descubro que sólo sabe decirme cuánto cuestan.

Y al cogerlas en mis manos y sentir su tacto, a mi mente acude el recuerdo de aquella niña de nieve, la hermana pequeña, que jugaba por la mañana entre la hierba de la pradera y los chorrillos del agua que la riega. Sin que yo le pregunte, me dice:
- Anoche tardé en coger el sueño diez segundos y de un sólo tirón, luego, dormir todo seguido. Cuando me he despertado esta mañana, me encontraba tan relajada y tenía un regusto tan dulce en el alma, que no me lo creía. ¿Sabes por qué?
- ¿No lo sé?
- Es que tuve un sueño bello.
-¿Qué sueño fue?
- Iba andando por un lugar de estas sierras. Había una pequeñas senda y a la izquierda una ladera también pequeña. Me encontré con el pastor y al preguntarle me

dijo que en esa ladera, entre la tierra, se encontraban las piedras más bonitas del mundo.
- ¿Qué piedras son?
Le pregunté.
- Parecen cristal de roca en forma de puntas de cuarzo pero son mucho más preciosas.
- Pues voy yo a buscar a ver si me encuentro alguna.
Le dije y me fui por la pendiente.

Junto a unos pinos y en la torrentera del pequeño arroyo, me puse a excavar y enseguida apareció como un filón de rocas semejante al cristal de cuarzo por lo limpias y transparentes pero su forma no se parecía a las puntas de cuarzo sino a la de los chuzos. Como son las estalactitas, así eran estos trozos de roca. Me llenó de gozo verlas y como realmente eran tan bonitas y transparentes, empecé a coger todas las que podía porque era fácil arrancarlas. Sólo tenía que cogerlas por la punta más gruesa y tirar de ellas porque se presentaban como acostadas ladera arriba.

- ¿Qué pensabas hacer con tantos chuzos de piedras transparentes?
- Mientras las cogía me decía a mí misma que se las iba a regalar a todo el mundo para que cada uno tuviera una de estas piedras bonitas. Luego me decía que tendría que volver otra vez al lugar para coger más y seguir regalando a más personas y hasta me preguntaba que cómo era posible que estas auténticas joyas, no las hubieran descubierto otros antes si estaban allí, en medio del campo y en una ladera de cualquier monte de estas sierras.

Cuando desperté hasta me seguía diciendo que junto a mí, tenía un montón de estos diamantes y por eso me levanté con tan dulce sensación de gozo. Se lo comenté a nuestro amigo el pastor y entonces me dijo que el haber soñado con aquellas piedras era lo mejor que me podía ocurrir.
- ¿Por qué?
- Ese sueño es como la proyección de tu propio interior. Tu espíritu se encuentra sano, transparente, lleno de entusiasmo y bañado de paz pero sobre todo, transparente. Lo más importante del sueño tuyo es la transparencia.
- Y eso era verdad: la transparencia de las piedras que vi en mi sueño, era lo que más me fascinaba. ¿Tiene esa transparencia algo que ver con la luz de los paisajes de estas sierras nuestras?

A la pregunta que la hermana pequeña me hizo no contesté porque esto pertenece al misterio de tu gran secreto pero cuando esta mañana comienzo a perderme de nuevo por los recovecos del monte verde que me arropa y ya empieza a desprenderse de sus hojas porque se barrunta el otoño, me sigue preocupando el camino tan roto y la presencia de tantos por la orilla del río y tan de espaldas a lo que antes mis ojos y en mis manos tuve por aquellos días.

* **DOLORIDA EL ALMA** y de fondo con la sensación amarga de ruinas y desolada aunque sintiéndote presente dando fuerzas y sosteniendo el pulso sólo por puro deseo y amor desde tu lado, me enfrento a este nuevo día con que me obsequias. Solo estoy en mi desnudez total y aunque ya te digo que la sensación de ruinas es completa, me recojo en Ti a través del hilo débil

que en todo momento tengo conciencia que me amarras y me muevo por el rincón hasta llegar al balcón que conozco y me regalas y desde donde además del valle y la sierra entera, se ven los sueños de mi alma, mis recuerdos y las ilusiones que fueron y las que están por llegar siempre en las dos dimensiones: hacia atrás desde el comienzo y hacia delante hasta el final, detalle que tienes conmigo sin que lo merezca, como ya te he dicho.

Y desde mi balcón frente al barranco y a las galerías del tiempo por donde la vida está trabada, esta mañana lo veo a él, allá a lo lejos, por la oscuridad del monte en los barrancos donde se juntan los dos arroyos y se dividen las tres sendas y anda con sus ovejas, como siempre, en soledad y dándole cariño. Lo veo y más lo siento y como ya es la hora de la comida del medio día, me digo que he de ponerme en marcha e ir hasta su lado para llevarle los tres bocados de pan de centeno y los higos secos y que coma y tenga fuerzas pero también me digo, y eso Tú sabrás por qué, que para llegar hasta él tengo dos caminos: el primero y es el que más me gusta, es asomarme a este balcón colgado frente a la profundidad de los barrancos y del tiempo y saltar al vacío para salir volando por el viento y en un recorrido dulce sobre la tierra y las hondonadas y sostenido siempre por Ti, recorrer la distancia que me separa y situarme a su lado. Y el otro camino, es el clásico de siempre, bajar por la ladera siguiendo la senda y pisando el suelo, andar y andar hasta encontrarme con él.

Estoy asomado al balcón de las galerías del tiempo y los caminos por las tierras nuestras y en estos momentos también me digo que en cuanto tenga tiempo me voy a poner y desde aquí mismo, voy a pintar un

cuadro sencillo con los colores que por aquí estoy viendo desparramados y sólo con el deseo de tener entre mis manos y detenido en el tiempo con lo que soy, esta fantasía grandiosa con que me regalas y me recreas sin mérito ninguno por mi parte. Y al mismo tiempo que esto pienso también estoy sintiendo y acepto que cuando luego pase el tiempo y llegue ese día de mañana en el cual ya no estaré, me gustaría que esto, mi cuadro del sueño y las gotas de sangre que por aquí han dejado mis recuerdos, sean sólo para los que conmigo han compartido este suelo, estas veredas, este hambre y este anhelo.

Y estoy mirando ya acariciado por el sol de la mañana y el fresco del vientecillo que llega desde el valle y cuando estoy apunto de lanzarme y trazar mi vuelo por los espacios del barranco en busca y al encuentro de mi amigo el pastor, me doy cuenta que falta algo. Sobre la ladera de la derecha de este arroyuelo, en el trozo de tierra llana que se recoge bajo las rocas empinadas y donde nace el manantial doscientos, ayer por la tarde se mecían, verdes y ya casi a punto de granar, las matas del sembrado y ahora ni lo veo y sí por la tierra y ya crecidos, los pinos y los “ajorros”. ¿Qué ha pasado y por qué lo han hecho?

Dolorido en mi alma y otra vez en el día nuevo, la desnudez de mis sueños, con los recuerdos y tu consuelo, estoy asomado al balcón viendo el pastor amigo allá a lo lejos que me lleva de la mano por la senda que baja del cerrillo al tiempo que me dice:
- ¡Verás qué bello!

Y algo más arriba de la curva de la encina, aparece el cortijo abandonado y entre sus ruinas y a la sombra, las ovejas sesteando y repartidas y llenando todos los aposentos: la cocina, el horno de cocer el pan, el corral de los animales, las habitaciones donde dormía el anciano y también se apilaban las patatas y los panizos y en la del lado que da a la montaña, en la que era del hermano que hoy no está, sólo la oveja grande con su corderillo recién nacido. Aun no se puede tener en pie y aunque lo intenta siempre buscando la ubre de la madre para mamar, se cae una y otra vez y al acercarnos, todo lo que queremos, ni la madre ni el hijo se asustan si no que nos mira, lame a su corderillo y bala llamando.

Luego el pastor se acerca más a la madre enamorada y al recién nacido le ayuda un poco y enseguida encuentra la ubre apretada y ya lo que se oyen son sus chupetones al coger las tetas, luego su respirar que es casi ronqueando, su tragar de los calostros calentitos, el balar de la madre complaciente y amorosa, el andar de aquí para allá, la armonía del momento, la compañía de la sombra y del amigo con su corazón derramado en lo que es su tesoro y que me mira y me dice:

- ¡Ya ves qué bello!
- Sí que lo estoy viendo.

Y en la mañana de hoy, desde mi balcón del sueño, dolorida el alma y de fondo con la sensación amarga de ruinas y desolada aunque sintiéndote presente dando fuerzas y sosteniendo el pulso, yo quisiera arrancar vuelo e irme allí a su lado y junto al arroyuelo que él también tiene por aquella ladera, sentarme y escuchar otra vez,

de sus labios, el bonito sueño que aquella tarde me contó y que aún recuerdo:

* **DICEN QUE OCURRIÓ** hace mucho tiempo y aunque cuando tú lo sepas ahora dirás como tantos, que es un sueño yo te repito a ti que también hay muchos que dicen que fue cierto: El joven aquella mañana subió hasta lo más alto del voladero de las rocas que miran al valle, el mismo en el que hemos estado comiendo cuando hace un rato bajábamos por la ladera. Y subió allí porque él, a lo largo de bastantes noches, había soñado tanto el voladero como la profundidad del valle con sus praderas verdes y sus ríos blancos surcándolo y también aquella roca grande. La que en la ladera de enfrente por el lado de abajo del pico redondo, sobresale y todos por aquí conocemos como la piedra del tesoro y sistemáticamente en su sueño siempre ocurría lo mismo:

Se encontraba en lo más alto del voladero y allí con él había algunas personas.
- ¿Qué me dais si de un salto soy yo capaz de cruzar el valle y ponerme encima del pico redondo?
Les decía a los que le rodeaban.
- No te damos nada porque eso que dices es imposible. Nadie puede dar un salto tan grande y volar como si fuera viento.
- Eso no ha pasado nunca pero yo os digo que soy capaz de conseguirlo de la forma más sencilla. ¿Os apostáis algo?
- Te damos dos pesetas cada uno de los que estamos aquí.
- ¡Vale! Recogerlo entre vosotros y cuando vuelva de este salto mío me lo entregáis.

El amigo del joven se puso a recoger el dinero y cuando estaba en plena faena cayó en la cuenta de un detalle, paró su trabajo de recaudación, se acercó al joven y le dijo:
- Estoy pensando que esto podría ser un buen negocio.
- ¿Qué podría ser un buen negocio?
- Si es verdad que tú saltas y de un brinco atraviesas el valle y te pone en la gran peña, esto es algo que nunca ocurrió en el mundo. En cuanto lo anunciemos, de todos sitios vendrá mucha gente a verte y si eso ocurre, podríamos hacer lo siguiente: yo me convierto en tu socio, hablo con la gente, le anuncio tu gran aventura, les cobro dos pesetas a cada uno y luego tú saltas para que todos te vean volando. Si sale bien y es verdad que puedes realizar esa proeza, será un negocio redondo sin esfuerzo casi ninguno por nuestra parte y también con muy poco riesgo. Pero, además, dime ¿es verdad que puedes volar? Porque si lo anuncio y les cobramos y luego no es posible, tú fíjate en qué lío nos metemos.

- Ya te lo he dicho, y a los que nos rodean, que puedo volar con la facilidad del viento sin apenas esfuerzo ninguno y todo el rato que quiera.
- Pero vamos a ver ¿a ti quién te enseñó a volar con esa facilidad si eso jamás ha ocurrido entre las personas?
- Para que lo sepas te voy a decir que desde hace mucho tiempo, cada noche cuando duermo, me veo en lo alto de esta roca. Siempre me rodea tanta gente como ahora y todos me mira y me piden que salte. En mi sueño yo espero un poco y cuando ya han venido más personas, me preparo en serio. Me sitúo en el mismo borde del voladero, alzo mis brazos y doy un gran salto y me lanzo al vacío. Al principio todos gritan asustados pero en cuanto pasan unos minutos y me ven surcando el gran

valle por encima de las praderas y los bosques, exclaman: “Increíble pero lo tenemos delante de nuestros ojos, es verdad que puede volar.”

Y para que tengas más detalles de como ocurre este sueño mío, te diré que en mi salto yo controlo con pleno poder en todo. Desde la roca salgo volando y sobre el valle trazo una amplia curva en forma de arco iris que va de una roca a otra dejando el valle en el centro de la espiral. Voy a caer en el mismo pico de la roca del tesoro y luego vuelvo trazando otro vuelo igual. ¿Y sabes lo que me ocurrió la otra noche cuando lo soñé que aunque en el sueño era de noche, en el salto era pleno día?

- ¿Qué te ocurrió?

- Pues que una persona invalida, es decir, que no podía andar y por eso no había dado un paso en su vida, me pidió que lo llevara conmigo para así gozar la emoción que produce ver este valle desde esa altura suspendida en el viento. Le dije que sí y que se agarrara a mis espaldas. Saltamos y todo fue tan perfecto y emocionante como ya lo había sido otras veces. ¡Si tú hubieras visto cómo se moría de gozo y daba gracias a Dios por maravilla tan grande!

Cuando el amigo de joven terminó de oír las palabras del muchacho, se dirigió al público y le dijo que por hoy ya se suspendía la sesión. Que se les devolvía el dinero y que ya se le avisaría el día y la hora en que se llevaría a cabo el próximo salto.

- Tenemos que estudiar un pequeño problema y por eso ahora no puede ser.

* **COMO SI LO ÚNICO IMPORTANTE,** en esta somnolencia que con el sol del medio día cae, fuera el profundo silencio, la soledad muda que me arropa y el

latido débil de mi alma que remarca el ritmo del tiempo y de vez en cuando se para y al mirarse a sí misma, se sorprende y se asusta por el próximo y certero encuentro con tu majestad. Porque eso sí es realmente cierto: mi encuentro cara a cara contigo y donde ya me sobrará hasta el silencio, el viento que ahora respiro, el sol que este medio día me calienta, la luz de este arroyo y hasta las hojas del bosque denso.

Como si lo único importante sólo fuera el silencio que me arropa y por eso busco la sombra de la encina para tumbarme sobre las hojarascas podridas y echarme a dormir la siesta aunque no duerma y sí sienta tus inexorables pasos en otra rama más que se quiebra por el bosque, en la canción vieja del arroyo que en su monotonía sigue corriendo y en este pensamiento mío que me relame.

Sufro y no sé qué hacer con los años que ya tengo encima, la escasez de caminos por donde irme sobre mis pies y la meta del final, no ya tan lejos y hacia atrás, tirándome tantas ruinas de presencias intangibles, mis hermanos con mis padres y la blanca casa sobre la llanura y hacia delante, me tira este leve rescoldo de ilusión que me acerca a Ti y el oropel de lo nuevo con su brillo de promesas inciertas y dentro, Dios mío, ¿qué me tira hacia dentro y me dice que yo no soy ni el único en tristeza y en apuros sobre esta tierra?

Pero como si lo único importante en esta tarde de agosto que se va, fuera el profundo silencio y el vacío que a mi alrededor has levantado para que un poquito más nos quedemos desnudos y frente a frente.

* **LAS ENCINAS Y LAS PALOMAS** están aquí. ¿Por qué no habrían de estar? Este es su sitio y su lugar desde siempre. Las encinas son las mismas, tienen que serlo pero las palomas sí estoy seguro de que no son las mismas, no pueden serlo. Hoy las vuelvo a mirar y otra vez me entra la curiosidad de averiguar por fin, qué encina fue una y cuál la otra. También en aquellos días me pasó lo mismo. Pero igual que hoy, me dije que seguiría y seguirá siendo más hermoso si no sé más de estas encinas que lo que ya conozco y mi amigo me contó.

Probablemente la una estaba cerca de la casa que fue la primera, la del nido y él, una de las mil tardes de primavera por estos paisajes, vio que las palomas entraban y salían por entre las ramas sin parar. Se acercó y lo que ya había pensado, se lo encontró allí. Ya los pichones estaban grandes y como les pareció tan bonito, no los cogió sino que desde aquel momento los hizo sus amigos y todos los días, cuando pasaba por el lugar, se acercaba a verlos. Ya sólo verlos era un gozo inmenso porque cada mañana tenían más plumas, estaban más grandes y eran más bellos.

Una de aquellas tardes bajó hasta el río, cortó ramas de mimbre y con ellas tejió como el tejado de una pequeña casa. Las entrelazó por entre las ramas de la encina, por encima del nido, del modo que los pichones quedaron protegidos por arriba.
- Como por aquí hay muchas tormentas en esta época, por si acaso cae alguna, esto les salvará de los granizos y de las lluvias fuertes.
Se dijo y tenía toda la razón porque unos días más tarde llegaron las tormentas y aunque crujieron

espectacularmente y descargaron gran cantidad de agua, ellos no tuvieron problemas.

Se terminó la primavera y ya los pichones se fueron del nido. Con la bandada remontaban las laderas llenas de pinos y luego al caer la tarde se venían por la llanura de las encinas y junto al manantial estuvieron todo el verano y parte del otoño sesteando por las encinas, aprendiendo las costumbres de la bandada y memorizando las rocas de las cumbres, el rincón del río, el sonido de los campos, la dirección en que sopla el viento, el color de las nubes por el cielo y el comienzo y final de los barrancos.

Cuando vinieron los fríos ya se fueron y a partir de aquel momento algo bello desapareció de la llanura pero volvieron. En cuanto llegó la primavera, la bandada ya surcaba de nuevo los espacios del barranco, y ellos, los que habían sido polluelos la primavera pasada, cerca del camino escogieron otra encina para hacer su nido y él se alegró porque de este modo comprobaba lo que tanto había soñado: No sólo ellas volvían otra vez sino que allí de nuevo, construían su nido. Sabía que esto era bueno y, además, le gustaba porque representaba el signo de una amistad sincera de los animales salvajes con el hombre sabio que domina la tierra y en esta ocasión, la naturaleza, en lugar de excluirlo y tratarlo como a un extraño, lo confirmaba como hermano de ella y lo gratificaba.

Pero ¿No iba a ir por allí alguno de la civilización de los libros, de la comodidad y de los coches? Pues fue. Aquella primavera llegó y le dijeron que era amigo de no sé quién y que por lo tanto, había que dejarlo que fuera e

hiera lo que a los otros no les estaba permitido sin caer en culpa y tener problemas y él, como no tenía nada que ofrecer y quería dar algo porque así le salía y le sale del corazón a todas las personas que tienen raíces en estas cumbres, le ofreció lo mejor, lo más querido: Le llevó hasta le encina donde estaba el nido, se lo enseñó, se lo explicó, le habló del cariño que le tenía y lo mucho que para él significaban los pájaros.
- Es hermoso ¿Verdad?
Le expresaba con el deseo de hacerle sentir lo que siempre había gustado. El que había llegado no dijo nada. Se fue y dos días más tarde apareció con su hijo pequeño porque quería enseñarlo a cazar. Quería que aprendiera a pegar tiros y que supiera manejar bien una escopeta.
- Hoy vas a cobrar tu primera pieza. En esa encina hay un nido y en el nido una paloma echada empollando sus huevos. Tú no te pongas nervioso porque ella no se moverá. Descúbrela bien, apunta tranquilo y luego dispara y verás que fácil será tu primera pieza, tu primer trofeo.

Y dicen que la explosión retumbó por el barranco con la potencia de una bomba. Dicen que a oírla el pastor se le llenó el alma de amargura y que subió corriendo desde el barranco y cuando llegó se encontró todas las ramas de la encina llenas de plumas y mil trocitos de carne colgando por aquí y por allá. Dicen que la sangre manchaba el tronco de la encina y que los huevos, donde ya casi respiraban los nuevos pichones y el nido, ni se encontró por parte alguna. Y dicen que el que tenía luz verde para hacer e ir por donde quisiera porque era amigo de alguien importante, le dijo al pastor:
- Ha sido mala suerte. Se ha puesto muy cerca y por eso su primer trofeo ha quedado tan roto. Pero en fin, ya sabe

disparar y ya puede decirle a sus amigos que ha pegado su primer tiro.

Ahora vengo del lugar y aunque la tierra sigue en silencio y todavía sorprendida de aquella presencia extraña y de la que era hermana y daba consuelo, te he sentido a Ti palpitando y dando alegría al campo, como ajeno y hasta algo indiferente porque eres poderoso y bueno y porque apuestas más por la vida y la luz del corazón que por la muerte. Vengo de allí y traigo en mis manos el cielo aunque no he visto ni la encina, ni el camino ni el majuelo.

* **AQUÍ, EL VALLE DE LAS TIERRAS** de en medio donde crecen los tarayes y en ellas, esta mañana primera de otoño del aire fresco y las nubes negras cubriendo el cielo y los relámpagos y los truenos que brillan y crujen y retumban por los barrancos, los pastores que están recién llegados y por eso sienten la alegría del contacto con la tierra amada y entre ellos, yo que soy su amigo y esta mañana también su discípulo que los sigue fiel y les pregunta y los escucha y los observa y los admira y los respeta porque los veo buenos y sencillos y no tienen en su corazón nada más que la inquietud por sus ovejas y en sus ojos el reflejo de todas las fuentes que manan por la sierra y el brillo de todos los arroyos de aguas claras que corren escondidas por el monte y la hierba.

Aquí el valle y las nubes negras que siguen llenando de truenos el barranco y de perfume a tierra mojada, el aire, en cuanto caigan las primeras gotas y bajo las encinas grandes que se curvan en la ladera mediana, los pastores recién llegados y yo con ellos preparando la marcha hacia las tierras grandes de la

llanura donde dicen que las hierbas han crecido tanto que ahora el pasto llega por las rodillas y por eso es una buena pradera para que pasten las ovejas y se harten de comer y como estoy entusiasmado, les digo:
- Que quiero irme con vosotros porque el camino, las noches bajo las estrellas, el viento primero que se respira en la llanura y en encuentro con la tierra, hoy no me lo no pierdo.

Y los pastores que se mueven bajo las ramas espesas de las encinas que desde la ladera se curvan hacia el valle y entre las piedras, encienden su fuego, sacan su tocino, lo asan en las brasas, cortan su pan y frente al valle y por la parte de abajo sus ovejas entrando a los pastos, se sientan a comer y a mi, que estoy con ellos, me da pan, tocino, vino y la navaja para que corte los alimentos y luego me dicen:
- Estamos preparando la marcha y tú no te preocupes que te vendrás con nosotros.

Y en cuanto terminamos de dar cuenta de la comida que sabe a gloria y ya estamos dispuestos y con fuerzas para afrontar la mañana de las nubes negras y los truenos fuertes, el camino por el valle hasta llegar a la espesura de los tarayes y luego después el encuentro con el primer refugio, la casa vieja que en la cañada de la espesura se cae pero que todavía tiene techo y sirve para cobijarse y pasar la noche mientras llueve o quitarse el frío junto al fuego, mientras nieva, nos repartimos los papeles. Dos de ellos se van para la segunda casa que es la más grande y también se cae y se oculta en el mismo surco del arroyo seco, bajo los álamos y frente a las aguas del río, otros dos se van para la primera casa que es la pequeña y tan bonita que ni se cabe en ella y

además de verse las estrellas mientras en la noche se duerme, se oyen todos los murmullos de la naturaleza y otros dos se van a dar una vuelta por el camino a ver cómo se encuentra de presencia de los que ahora todo lo llenan y las tierras y el monte y el pasto que ya huele a humedad porque la tormenta comienza a desparramar sus primeras gotas.

Y yo que tengo otro papel, el más bonito de todos porque ellos me lo han dado y porque me gusta y porque desde donde arde la lumbre que han encendido bajo las encinas para asar su tocino, se ve todo el valle y las ovejas entrando por las tierras llanas de la parte de abajo y los tarayes que se apiñan por la rivera del río y que el viento de la tormenta, mecen y los dobla en cariñosas caricias que van desde la llanura hasta el río, las encinas que ahora tengo y el camino que se pierde por la parte de arriba y que es por donde se han ido ellos y hasta las casas viejas y la máxima espesura de los tarayes y el barranco que entra por el lado derecho y las tierras blancas y los tres huertos que dan pepinos grandes y el rincón de la fuente y el olor a pasto mojado y la oscuridad de la tormenta que por ese lado se concentra.

Y junto a las llamas, frente al valle de las tierras altas, bajo las encinas, entre el olor a tierra mojada que ya el viento ha esparcido y las ovejas que careando suben y el pasto blanco que ya no cruje porque la lluvia lo ha mojado y los relámpagos que saltan de una cumbre a otra y hasta rajan los viejos quejigos de la ladera, me quedo esperando ha que vuelvan y demos comienzo a la marcha hacia las tierras de la llanura amada pero mientras las llamas me calienta del frío que ahora ha dejado por aquí la tormenta y el viento me roza, sueño con la llanura

grande del pasto blanco, las encinas viejas que la cubren, la senda que viene por la ladera de enfrente y baja y con los manantiales que ayer por la tarde recorrimos y los veo a ellos tan metidos en sus cosas, tan mojados, tan llenos de cariño por sus ovejas y sus tierras y no sé cómo viven, me digo, y aún tienen alegría porque, además de todas las otras cosas que les han triado por aquí para complicarles la vida, este valle y la llanura del pasto blanco, en cuanto cierren el muro del pantano que están construyendo donde la sierra se estrecha, quedará para siempre bajo las aguas.

Así que mientras ahora espero a que vuelvan y me pidan que me vaya con ellos a la llanura del pasto blanco, si la tormenta descarga fuerte y llena de granizos las tierras llanas y los arroyos, de aguas turbias, no me va a asustar mucho porque estoy con ellos, que están contigo y con sus ovejas, sus caminos, sus ilusiones y sus tierras y sus chozos y sus sueños y las estrellas que en las noches claras, cuando duermen, Tú les prestas, mientras ahora mismo, y todavía no lo saben, otros planean, cómo derribarles sus casas y prohibirles pisar sus tierras.

* **MIENTRAS ESTA MAÑANA,** la tormenta ha ido dejando su agua, sus granizos, su viento y su perfume de tierra mojada no sólo por este barranco de nuestro arroyuelo y donde me he refugiado para recorrer toda la sierra antes de que llegue la hora que me tienes señalada, sino por las tierras de la llanura que me sostiene y por las laderas de enfrente, me subo un poco más por la senda y hacia la izquierda, lo primero que encuentro es el gran bosque de troncos de madroñeras con casi cinco metros y con muchos madroños todavía verdes y al fondo se ve la cascada cayendo y de pronto,

se me viene al acuerdo el día que me lo encontré en el collado, cuando subía a la aldea.

Junto al tronco del pino viejo me apoyo y estoy descansando y respiro el fresco aire que desde el barranco asciende y me refugio bajo las ramas para que la nieve que cae, no me empape mucho, cuando al observar, descubro que no termina aquí la senda. Como yo, parece detenerse, un breve instante, sobre la leve llanura del collado y luego sigue subiendo, por el mismo filo de la cumbre que se alargada y buscando el calarejos y miro y, a través del monótono crujido de los copos que caen, oigo sus pasos.

El joven camina, no subiendo ni bajando, sino detrás de su rebaño, uno más de tantos días a lo largo del invierno, pisando la blanca y también fría capa de nieve y en algunos sitio, el hielo y a cada paso sus pies se hunden en la mullida alfombra y su calzado, que no zapatos ni botas sino esparteñas, se cubren de copos blancos y la carne la trae casi al aire y por los lados de las sandalias cuelgan más trozos de hielo.
- Párate un rato junto a esta roca, coge una piedra de estas que por aquí ruedan y golpea esas esparteñas tuyas.
Le digo distraído, sin ni siquiera caer en la cuenta de que no puede oírme ni verme porque nos encontramos separados en el tiempo. No puedo tocarlo pero yo sé que existe en esa dimensión donde Tú nos abrazas y es posible el encuentro y hablar aunque la distancia sea grande en la escala temporal y por eso oigo que me responde:
- ¿Y de qué me sirve quitar con una piedra el hielo que se ha cuajado en estas esparteñas?

- Tendrás menos frío en los pies.
- Aunque me arranque el hielo, el frío será el mismo y mis dedos seguirán helados.
- ¿Pero te has dado cuenta de la nieve que hay y cómo llevas los pies? ¿Cómo se puede andar por aquí con sólo unas simples sandalias de esparto?

- Eso lo sé mejor que tú porque lo estoy sufriendo.
- ¿Y hasta dónde llega tu dolor? Porque según estoy viendo, no parece pequeño ¿o es que ya tienes costumbre?
- A estas cosas uno no se hace nunca, se aguanta y aunque duela, se sufre porque no existe otra salida.
- Pero si al menos tuvieras calcetines, un poco te calentarían.
- ¿Quieres ver cómo tengo los pies?
- Si es para que haga algo por ti, no quiero verlos. Sufro viendo lo que soportas y la herida que en silencio llevas dentro pero no puedo hacer nada por aliviarte y aunque pudiera, no sé cómo.
- Ninguna obligación tienes para conmigo pero para que lo sepas te voy a enseñar las grietas.

Y junto a la roca del pino en que me he parado, se sienta, con la piedra rompe el hielo que alrededor de las esparteñas, lleva, desata el cordón que sujeta las sandalias a los pies y se las quita, se deslía unos trapos y aparece la carne viva. Por los tobillos y la parte de arriba, las heridas rojas que sangran y por los dedos, más trapos viejos.
- ¿Estás viendo?
- ¿Cómo es posible que con esas llagas puedas andar por esta nieve y tener fuerzas?
- No hay otro camino.

- ¿Y los dedos tan envueltos en trapos?
- Congelados los tengo y por eso ni los siento. No te los enseño porque si me quito las vendas, con ellas se van los trozos de carne.
- Un día te cortarán los pies porque tantas heridas y la congelación, te quedarás sin venas.

- Eso es lo que tú crees pero no será así. Cuando llego por la noche a mi casa de la aldea, siempre mi madre tiene preparado la olla con agua caliente y eso me alivia. Luego me siento frente al fuego y con el calorcito de la lumbre, todo vuelve a otra realidad aunque al día siguiente tenga que echarme al monte para darle careo a los animales por las laderas. Pero en fin, el invierno siempre es así y como ya estamos acostumbrados a luchar con la nieve, aunque sea duro, lo aguantamos.
Sereno, sin un quejido de dolor se vuelve a poner sus esparteñas y se las ata.
- Tengo que seguir con mi ganado porque ya ves que se me pierde por el monte. Si en otro momento nos vemos, charlaremos lo que quieras.
- Pero antes de irte quería preguntarte algo.
- ¿Qué es?
- ¿Por qué los pastores de estas sierras, dicen que ahora, les tenéis miedo a la civilización y a los tiempos de las cosas nuevas?
- ¿Eso es lo que te han dicho?
- Es lo que me han dicho.
- Pues te han equivocado.
- Ponme un ejemplo que lo comprenda.
- Es sencillo y claro. Ven para acá.

Y se muevo un poco para lo alto del puntal y lo sigo. Se para y mira hacia el barranco del gran río.

- Observa porque frente a ti lo tienes.
Miro y como frente a mí sólo veo las laderas pobladas de monte y por entre él y ellas, los arroyos corriendo y las fuentes manando, le digo:
- Tendrás que darme más explicaciones porque no veo lo que quisieras.
- Si esperas un poco y miras despacio, verás a muchas personas sentadas sobre esas laderas contemplando el espectáculo.
- Sigo sin ver y sin entender. ¿Qué espectáculo es?
- Dentro de poco, la gran ladera que vuelca al río y que tan pobladas de monte y surcada de arroyos ves ahora, no será lo que es.
- ¿Y qué será?
- Como un enorme graderío que prepararán bien para que los grupos de personas se sienten.
- ¿Y eso para qué será?

- Han visto que es bonito este río, han visto que tiene cascada muy bellas, han visto que está preñado de silencios limpios, han visto que estas cosas gustan a los de fuera y se dan cuenta de que esto deja dinero. Dentro de poco, ya muchos andan soñando y haciendo planes, abrirán carreteras, construirán llanuras para que aparquen los coches, levantarán miradores y junto a ellos, asientos y gradas. Harán mucha propaganda y en masa, dejarán que los las personas llenen estas tierras. Los sentarán mirando al calarejo y hacia el río y los dejarán que se embelesen. Les dirán que por las cascadas y los charcos del río bello, en otros tiempos nadaban las nutrias, anidaban las lavanderas cascadeñas y los mirlos acuáticos.

Les dirán que por estos montes que ahora pisamos, vivían pastores que se pasaban el día siguiendo a sus rebaños y que en invierno, andaban por encima de las nieves con sólo unas esparteñas y los pies llenos de heridas y recubiertos de hielo. Les dirán que por aquí vivíamos nosotros refugiados en las cuevas y comiendo requesón de cabra con pan duro o torta de pastor y entonces ellos, la gran masa, preguntarán: "¿Y no habéis guardado, en el museo, algunos de esos magníficos pastores?" Les dirán que no y ellos responderán: "Pues es una pena, porque un pastor de esos es toda una bella pieza. Ya no hay en estas sierras serranos como aquellos y nos gustaría verlos, tocarlos, charlar con ellos". "Pues no os preocupéis que a lo mejor se puede hacer algo". Les responderán. "Vosotros sois los que mandáis. Sois los que venís a estas sierras a dejar dinero y por eso os damos todo aquellos que pidáis. Si lo que ahora queréis ver son pastores de los viejos tiempos con sus antiparras y sus esparteñas pisando hielo y nieve por entre estos montes, no preocuparos que ya veréis como rescataremos alguno del pasado. Hablaremos con él y le diremos que ganará dinero y que será una vida mucho más cómoda y divertida que la de guardar cabras por las montañas y ya veréis como acepta.

Lo convertiremos en una pieza de museo para que todos vosotros, cómodamente sentados en los asientos y miradores que hemos puesto por estas laderas, podáis gozar de las bellezas raras pero, además, lo vamos a hacer bien: Le diremos al pastor, pieza única y verdadera, que se vista con sus esparteñas, que se eche a andar por las verdaderas sendas viejas y que cuide a sus ovejas tal como lo hacía antes.

Así todo será más real, más vivo, más emocionante. Un pastor en vivo que camina por los montes de siempre con sus cabras de siempre pero ahora como en una obra de teatro: representando una función para que vosotros os lo paséis bien. Para que veáis que en estas sierras, pensamos en vosotros para que no os falte de nada porque sois los que mandáis y pagáis y eso, también es cosa buena.

Hasta vamos a procurar que cuando el pastor se mueva por este río, lo cruce andando por los vados de antes, que se bañe en los charcos de aguas limpias en que siempre se bañó e incluso que pesque truchas y nutrias lo mismo que lo hacía en aquellos tiempos. Veréis vosotros qué cosas más bonitas y qué tradiciones más originales vamos a rescatar de estas sierras. Como el pastor siempre fue persona de poca cultura y no muy sabio, en cuanto le demos dinero, se pondrá a nuestra disposición para todo lo que de él queramos. Manejar a un pastor, es lo más fácil del mundo. Así que tranquilos porque no pasará mucho tiempo sin que tengamos montado por aquí los espectáculos que vosotros estáis pidiendo".

Estas y otras cosas les dirán ellos y no crees que será una broma. Se pondrán mano a la obra y en un abrir y cerrar de ojos, la sierra entera y este río con sus barrancos y laderas, será un puro espectáculo.
- Y si eso que me dices se hace real y a ti te piden que colabores en forma de actor representando el teatro ¿qué harás tú?

- Claro lo tengo y rabia dentro de mí también llevo: no me venderé. No me doblegaré a ninguno de esos montajes y menos por treinta monedas.
- Pero un pastor nuca ha sido rebelde. Tú solo contra tantos y contra la corriente que tan fuerte arrastra ¿qué podrás hacer?
- No me importa lo que pueda hacer. Actuaré en armonía con mi conciencia y de acuerdo conmigo y con el Dios que me ha creado. No me dejaré arrastrar ni comprar por ninguno de ellos y menos aún estaré de acuerdo con las cosas que no
sean buenas para estas sierras por más que me digan que los de fuera dejan dinero y crean puestos de trabajo.
- Pues ya verás como te quitarán las ovejas, te derribarán la casa o cueva donde vives y hasta te prohibirán que andes por este monte. Ya verás como te machacarán tanto que hasta te sentirás mal contigo.
- Lo que vaya contra mi conciencia, jamás nadie nunca podrá obligarme a que lo acepte.

Y, además, tengo pensado lo que voy a hacer para protestar contra el circo que ellos quieren meter en estas sierras.
- ¿Y qué harás?
- Me iré a la carretera por donde pasan los coches y plantaré junto a ella una tienda para meterme por las noches y me pondré en huelga de hambre. Escribiré un letrero que diga: “Soy un rebelde que no se somete a lo que ellos han decidido y por eso me he puesto en huelga de hambre y porque estoy en contra del destrozo que en mis sierran están haciendo. Llevaré esta postura mía hasta sus últimas consecuencias. Si es necesario moriré para que así alguien en estas sierras sea valiente de una vez, y, con todas las consecuencias, se oponga a lo que

interesadamente los otros se empeñan en implantar. Soy un rebelde en huelga de hambre que está dispuesto a morir antes que consentir”.

- Pero eso será una actitud trágica que te hará sufrir y más aún porque te encontrarás solo. Quizá todo el mundo se ponga en tu contra y fíjate tú lo que eso es: muerto de hambre, sin un amigo que te apoye y, además, en estos lugares, vivirás un calvario.

- Eso ya lo sé y todavía habrá otras cosas que agravarán más esta actitud mía: nunca por aquí un pastor se puso a defender las tierras donde nació con la valentía con que yo lo pienso hacer.

- En esto no te doy la razón. Las noticias que tengo, me dicen lo contrario: si alguien, en alguna, ocasión defendió estas sierras oponiéndose con valentía, fueron los pastores de las montañas. La historia se encuentra plagada de luchas de pastores en defensa de estos montes. Tú sabes que algunos han muerto en la cárcel y otros de tristeza recluidos en las casas de los pueblos de colonización que le dieron. Los más valiente en estos montes y hasta con inteligencia, siempre habéis sido los pastores. ¡hay que ver qué cosa!

- Pero lo mío será distinto. Mi enfado contra ellos no será sólo porque me quiten las ovejas y me derriben la cueva donde vivo. Será porque en principio no estoy de acuerdo en cómo están haciendo las cosas en estas sierras. Aunque como dices, me encuentre solo en esta lucha, tú imagínate qué profundo placer dentro de mí cuando en mi conciencia sienta que no soy un borrego como ellos. Que tengo la verdad en mis manos y que muero por ella antes que bajarme los pantalones y convertirme en pelele como tantos ahora por aquí. Ni

siquiera esclavo del dinero aunque creo que más de uno vendrá a escondidas a ver si me pueden comprar.
- Eso es lo que te iba a decir: que te prepares porque la lucha será tremenda. Primero te ignorarán, te dirán que un pastor tiene poca importancia y cuando luego empieces a salir en los periódicos, más de uno vendrá a ti para convencerte con los más extraños argumentos.

- En fin, ya me tengo que ir. Me has pedido que me pare contigo para responder a algunas de estas cosas que te interesan, y lo he hecho. No sé si bien o mal o como tú querías o no. Te he dicho lo que ahora mismo siento y a mi manera y si no te convence ni estás de acuerdo, lo siento. Soy lo que soy y pienso y siento lo que ya sabes. Si nos vemos en otro momento, tendremos la oportunidad de hablar de más cosas. Ahora me voy porque como los animales se empiezan a recoger bajo los cenajos de las rocosas de las partes altas, en la covacha que allí tengo, me voy a refugiar y lo primero que haré, es encender una lumbre. Me sentaré junto a ella a ver si me caliento un poco estos pies y estas manos porque sino cualquier día de estos muero.

Le digo que lo comprendo y lo veo alejarse. Sube delante de mí recorriendo la misma senda y mientras lo observo irse, me sigue extrañando lo de siempre. Su alegría. A pesar de tanta dureza y tanta privación, a pesar de los pobres zapatos de esparto que no quitan ni el frío y los tan raros pantalones anchos, remendados y descoloridos, lleva dentro mucho gozo. Es feliz y se comporta como si entre estos montes tan llenos de hielos y nieve, tuviera su tesoro. Su gran tesoro que, ahora sí lo sé con certeza, eres Tú.

* **ESTOY SENTADO DONDE EL ARROYO** se abre en dos por entre las rocas y en el sillón de musgo verde, aunque seco porque es agosto, que Tú me has preparado. Por los lados, al frente y a las espaldas me rebosa y arropa el bosque y mientras me baña su sombra espesa y me perfuma el rumor de la corriente saltando la estrechura de las rocas, observo atento el silencio entre la espesura de las hojas y me distraigo con las que de vez en cuando se desprenden y caen al suelo. Noto que muchas de ellas ya están secas pero otras todavía están verdes y, sin embargo, se sueltan de sus ramas, trazan dibujos por el aire mientras caen y sobre las piedras, la tierra e incluso sobre mi propio cuerpo, se paran y se mezclan con las que cayeron ayer, hace dos días, el año pasado y las de hace diez años. ¡Qué cantidad de hojas tiene el suelo de este bosque y en su silencio!

Estoy mirando algo distraído sin dejar de estar contigo y a lo lejos y sobre el cerrillo, veo el rodal de tierra donde estuvo la casa, la pequeña casa del misterio y hasta los veo a ellos, aunque ya no están, dentro. El padre, la madre, el hermano y la hermana y el padre, aquella mañana de invierno, Tú te lo llevaste y acepto que porque lo tendrías escrito y los que quedaron, también un poco ya murieron. Unos meses más tarde la madre preparó cuatro cosas al hermano y en una maleta de tablas viejas metió él dos cosillas más, cargó con ella, bajó por la senda que desde aquí estoy viendo, cruzó la llanura y el estrecho del río por donde se rompe la sierra y desde aquel día, el hermano todavía no ha vuelto.

Y en la casa pequeña y blanca que se alza sobre el cerro frente al gran valle de la hierba verde y de la sierra a lo lejos limpia y eterna, trajina la madre y la hija con las

tierras del huerto, el agua del arroyo, las cuatro cabras blancas, las gallinas, el centeno y la tierra dura y las muchas piedras donde siembran los garbanzos, el trigo negro y los panizos y perales y los membrillos y los ciruelos... y cuando por la noche se llenan los barrancos de la soledad y el silencio, las dos se mente en su casa y sentadas frente al fuego se calientan en las llamas y piensan en Ti como Padre bueno y les llora el corazón de tanto frío, tanta lucha, tanta ausencia y tantos recuerdos y luego se estrujan las lágrimas y cuando ya la noche va por su centro, se meten en la única cama y se calientan y se animan y quieren coger el sueño mientras en la ladera de la montaña, entre las rocas y el monte espeso, se estrella la nieve fría del cruzo invierno, se hielan las cascadas por los barrancos y silba el viento y así hasta el amanecer y luego otro días más, otro mes, otra primavera y otro año y más silencio.

Hasta que una mañana al levantarse la hermana, ayuda de la madre, descuelga la sartén del humero, preparan las dos sillas de patas cortas, las cabras, las gallinas y el perro y con el burro cargado, como si lo estuviera viendo, se viene por la vereda que sale por debajo del huerto, atraviesa las madroñeras y por donde la senda salta nuestro arroyuelo, se pierde camino de las tierras llanas del valle, del rincón viejo, de la senda ancha, del vado grande del río y luego, del camino que se aleja de la sierra y al frente, tu corazón de padre y el cielo abierto y Colgando sobre el horizonte blanco, su fantasía y su sueño.

- Que escribas, hija y me cuentas cómo te van las cosas y vuelve cuando quieras o puedas que yo te quiero.

Recuerdo que su cortijo no se ve desde el valle porque lo tapa el voladero por donde se despeña la cascada grande y hay que subir y remontar la primera parte de la ladera y a pesar de eso, se ve sólo cuando ya se está encima. Desde el camino viejo, que ahora es la carretera del asfalto, subía la senda que iba derecha a su cortijo y como lo tengo todavía tan fresco, recuerdo que en el cortijo del valle, aquella noche junto al fuego, la abuela me lo contó y ahora, mientras sigue avanzando la tarde y con mis ojos recorro el cerro y me distraigo en ver las hojas que desde el bosque van cayendo, lo repaso en mi mente:

“Tendría ella muy claro en su cabeza las cosas y en el fondo sabía bien lo que quería, porque de otro modo no se explica lo que hizo porque nadie llegó nunca a comprenderlo aunque sí respetamos y aceptamos aquella decisión que le llevó a la soledad más absoluta hasta el día final y por eso te decía que esa mujer fue un héroe y a demás una santa.

El caso es que como se hacía vieja porque el tiempo no pasa sin dejar huellas y vivía tan sola, a todos nos preocupaba que un día le pasara algo. En una ocasión, ahí, al cortijo grande, vinieron las señoritas y una de ellas, que era una buenísima persona, ya andaba, desde hacía algún tiempo preocupada por la soledad de la anciana. Le preocupaba a ella mucho que la mujer siendo ya tan mayor, viviera sola en un monte tan agreste y grande como era este cerro.

- La pobre mujer, un día de estos, cuando menos lo esperemos, le va a pasar algo y sola como está, a ver quien le ayuda.

Decía una y otra vez la señorita.

- En eso tienes razón y nosotros somos los que de deberíamos tomar medidas.
Le contestaba la señora hermana.
- Pues hoy tenemos que subir al cortijo de la anciana a ver si la convencemos y se viene con nosotros a la casa del pueblo.
- La idea es estupenda porque, además, es obra de caridad pero ya verás como la abuela no quiere y si acaso logramos convencerla, verá como otra vez se vuelve ella a su cortijo.
Le decía el mayoral de las cabras.
- Tenemos que intentarlo porque la pobre mujer allí sola, corre peligro.
- Pues siendo así, estoy dispuesto a echar una mano en lo que la señorita necesite.
- Por ahora, lo único que necesitamos es que nos acompañes hasta su casa. Tú sabes por dónde va la senda y como conoces bien el terreno, seguro que llegamos porque nosotras solas ¿a dónde vamos por estas tierras tan llenas de monte y escarpadas?
- Eso está hecho. Les acompaño a ustedes hasta el cortijo de la anciana porque también estoy de acuerdo en hacer algo por la mujer antes de que un día se muera en la pobreza y sin compañía de nadie.

Así que aquel día salieron temprano del cortijo grande y se pusieron en camino monte arriba en busca de la abuela. Estaba ya yéndose la primavera y entrando el verano y por eso en cuanto el sol se alzaba en el cielo pegaba fuerte sobre la solana. De aquí que ellos procurasen salir rayando el alba a fin de llegar pronto y volver para medio día a comer a cortijo grande. También por esto, aquella mañana era todo un espectáculo la gran

ladera. Las vacas pastaban por las cañadas, los rebaños de cabras atravesando los madroñales y las manadas de ovejas subían o bajaban buscando las mejores praderas junto a las corrientes de los arroyos.

Los tres se pusieron en camino ladera arriba guiados por el mayoral de las cabras y como la señorita, aunque era una excelente persona, no estaba acostumbrada ni a las sendas ni a las cuestas de estos montes, pronto tuvo problemas.
- ¿Qué le pasa a usted, señorita?
Preguntó el mayoral.
- Como estás viendo, se me han roto los zapatos y los pies me duelen tanto que no puedo más.
- Si quiere nos volvemos y otro día subimos.
- Eso ni hablar. Hoy tenemos que llegar hasta donde vive la abuela aunque a mí se me llenen los pies de heridas.
- Pero sin calzado no se puede andar por estos montes.

- Vosotros los serranos sí os movíais por aquí con total agilidad, con los pies cubiertos por simples esparteñas y además de ser felices, camináis por estas sendas a diario venciéndolas un día y otro sin problemas.
- Pero no es lo mismo, señorita. Usted no está acostumbrada y es normal que esta subida le resulte dura. Si usted, el problema de su calzado lo arreglo enseguida.
- ¿Qué se puede hacer?
- Le dejo mis zapatos que casi son de la misma medida. Usted se los pone y ya verá como seguimos subiendo y llegamos.

A la señorita le gustó la idea y por eso no tardó en ponerse los zapatos del mayoral. A media ladera, bajo la

sombra de un pino, se sentaron y mientras él se quitaba los zapatos de esparto y ella se los iba poniendo, a la mente de la muchacha acudió la imagen del tesoro de la abuelita.
- ¿Es verdad o no?
Le preguntaba al mayoral.
- ¿Por qué me lo pregunta?
- Es que lo he oído bastantes veces de unos y otros y claro, aunque no le doy crédito, al final una llega a dudar. Ahora que tengo la oportunidad te lo pregunto a ti porque creo que sí estarás bien informado.
- Pues mire usted señorita, lo que sé es poca cosa y desde luego todo también pura habladuría porque el tesoro de la anciana yo no lo he visto nunca y creo que tampoco lo ha visto ni tocado nadie.
- Y lo que sabes ¿qué es?
- Sé que ella, al parecer, andando un día por estos montes se tropezó con unas rocas raras que nunca nadie había visto y que eran como piedras preciosas. Dicen que eran trozos de piedras que brillaban como el cristal, con la superficie pulida, tan suave como la espuma y transparentes como el viento. Unas piedras en forma de cristales de un kilo o así de peso y que se encontraban sueltas en una ladera oculta entre el monte. Allí mismo y más abajo, también encontró otras pocas piedras de aquellas, transparentes y brillantes como las primeras pero de color morado intenso. Según yo he oído decir, ella cogió sólo unas cuantas y se las trajo a su cortijo. En el lugar de hallazgo se dejó las demás pensando que un día, nadie sabe cuando, volvería para decírselo luego a todo el mundo y si de verdad esas piedras son buenas, venderlas y hacerse rica.

Esto es lo que a mí me dijeron unos y otros, cosa que nunca llegué a creer del todo ni tampoco pongo en duda. Por que ¿quién sabe si pudiera ser verdad?
- Ya te digo que también lo he oído pero claro, piedras preciosas aquí en estos montes nunca se dieron y por otro lado, si tanto se habla, mientras no se compruebe ¿cómo negarlo?
- Yo estoy pensando que como usted es una persona muy educada y sabe cómo tratar a la abuelita, cuando lleguemos le puede preguntar y a lo mejor se anima y nos lo cuenta. ¿Qué le parece?
- Me parece bien pero ten en cuanta que mi interés en ir hasta el cortijo y verla ya sabes que es por otro asunto ¿Crees tú que ella se vendrá?
- A ella, como a todos los buenos serranos, le resulta más que duro, casi imposible dejar el rincón donde en estas sierras ha vivido. Los demás valores y cosas de la tierra no tienen interés para una persona como la abuelita. Los serranos, los auténticos hombres y mujeres de estas sierras, siempre hemos llevado dentro estos valores y eso no hay cosa en el mundo que lo cambie. Habremos sido más pobre y hasta con menos formación que otros pero a valores humanos llenos de sincero amor, nadie nunca nos ganará.
- En fin, cuando lleguemos y le hablemos veremos lo que piensa y hace.

Así que una vez descansada y con los zapatos repuestos, el mayoral de las cabras, la señorita y la hermana, siguieron subiendo por la senda que surca el monte en busca del cortijo perdido, como ellas lo llamaban. Pero como esta ladera es tan larga y tan mala y tan áspera de andar, media hora más tarde, ahora era la hermana la que ya no podía más.

- ¿Qué le pasa señora?
Le pregunta el mayoral.
- Pues que estoy tan agotada que no puedo con mi cuerpo.
- Si pudiera hacer un esfuerzo, en nada de tiempo estaríamos en el cortijo.
- Lo siento pero en estos momentos no tengo fuerzas ni para dar tres pasos más.
- Pues nos volvemos.
- Ya que hemos llegado hasta estas alturas tenemos que seguir.

A mí me dejáis en la sombra de estos pinos y aquí os espero. Vosotros seguí porque ella necesita de compañía humana y si lográis que se venga, daremos por bien sufrido este esfuerzo.
- Si usted se queda le voy a decir que no se mueva de la sombra de este pino no sea que se meta por el monte y se despeña por algún barranco de estos. Usted quédese aquí a la sombra, respirando el aire fresco que sube del valle y gozando de la hermosa panorámica y cuando volvamos, regresamos juntos. Sola no se va a quedar porque a mi perra le voy a pedir que se esté aquí con usted dándole compañía y ya ve que las vacas también pastan por aquel barranco que aunque parezca que no, los animales acompañan.
- Yo haré caso a lo que usted me diga y aquí me quedaré esperando.
El mayoral miró a la perra grande y le dijo: “Aquí te quedas con el ama y ya sabes, cuídala que no le pase nada” y el animal parece que comprendió lo que le dijo el dueño.

Así que la señorita y el mayoral de las cabras siguieron subiendo ya bastante más reconfortados porque el cortijo no quedaba lejos y tampoco tenía mucha complicación el trozo que faltaba. En unos minutos remontaron una lomilla, atravesaron un buen trozo de bosque, alcanzaron una repisa y ya tenían antes sus ojos el cortijillo de la abuela.
- Verá usted que sorpresa se va a llevar cuando nos vea porque como no nos espera y como por el lugar viene tan poca gente, sin duda que no se lo va a creer.
Le decía el mayoral.
- Y no sé porque pero hasta me siento alegre del encuentro. Debe ser tan buena la abuelita y debe sentirse tan sola que hasta siento gozo de este encuentro.

Y así fue: la abuela estaba sentada frente a la lumbre de la chimenea cuando ellos entraron y la cogieron desprevenida.
- Somos gente de paz.
Le dijo el mayoral acercándose y besándola. Se volvió la abuelita y nerviosa dijo:
- Yo te conozco a ti y me alegro que vuelvas pero esta zagala no sé quién es.
- Es la señorita del cortijo grande que ha tenido el gusto de venir a tu casa porque quería conocerte y darte un rato de compañía.
- Pues hija mía, yo ni tengo nada qué ofrecerte ni te puedo enseñar nada porque ya ves qué chico es mi cortijo y qué pocas cosas hay en él. Un cuartucho con mi cama, una mesa destartalada, una silla y la lumbre que siempre arde porque es la única compañía que tengo. Así que bien venida a mi rincón y siéntate frente a la lumbre que es lo único que puedo ofrecerte y un baso de agua fresca, si quieres.

- Hermana, yo estoy encantada sólo con estar junto a usted y por eso todo lo demás me sobra. Hemos venido nada más que para estar un rato con usted y charlar y como ya estoy en su casa y la tengo aquí a mi lado, me sobra cualquier otra cosa. No necesito de nada porque no venía buscando sino su presencia y el calor de este hermoso cortijo con su lumbre y la paz que en él hay.
Le dijo la señorita.
- Pues gracias, hija mía, por tu generosidad que ya veo que es como la de todos los jóvenes de hoy en día, sincera y noble. Una no se merece tantas atenciones porque una no hizo nunca nada en la vida por los demás y fíjate que ahora, cuando ya soy vieja, todo el mundo os preocupáis por mí como si yo fuera importante. Todos los jóvenes de hoy tenéis buen corazón y sois tan generosos conmigo que en ocasiones hasta me siento avergonzada. ¿Por qué te has tomado tantas molestias en subir ese camino tan malo?
- Es que ya le he dicho que teníamos interés en conocerla y estar aquí un rato a su lado para charla de algunas cosas.
- La verdad es que no sé de qué cosas vamos a charlar.
- Hablamos primero de sus cosas y luego yo le contaré un plan que estoy pensando.
- Pues de mis cosas, como no te cuente los ratos que me paso buscando níscalos y caracoles que luego llevo a los que viven en los cortijos del arroyo, como no te cuente lo buenas que son esas personas conmigo que cada vez que voy por allí me dan tantas comida que luego tengo que dar dos viajes para subirlas a mi cortijo, como no te cuente que ellos me repiten una vez y otra que deje de vivir sola en este cortijo porque algún día me va a pasar algo, como no te cuente alguna de estas cosas, no sé de

qué puedo hablar contigo a no ser que te cuente el sueño que tanto se me repite cada noche.

- ¿Y qué sueño es?

- Pues mira, los sueño mucho y en él siempre veo algo que en la realidad de mi vida nunca vi con estos ojos.

- ¿Qué ve?

- Lo primero una gran montaña que se parece a esta donde vivo pero que es más grande y con paisajes y laderas distintas. Y sobre la gran montaña, arriba, casi en la cumbre, siempre una manada de búfalos que viven como si estuvieran encerrados, pastando en las praderas que sobre la cumbre tiene esa montaña y nunca pueden bajar a los pastos de la llanura.

- ¿Por qué no pueden bajar?

- Primero porque unas grandes paredes de rocas se lo impiden y segundo, porque también se lo impide un grupo de hombres que guardan la montaña.

En una ocasión, en mi sueño, le pregunté a uno de los hombres por qué forzaban a los animales a vivir sobre la cumbre donde aunque tienen praderas, las que hay por las partes bajas también son buenas y están repletas de finas hierbas ¿y sabes lo que me dijo?

- ¿Qué le dijo?

- Pues que no dejaban que los animales bajaran a las praderas de las laderas y del valle porque todas las tierras eran para los visitantes. “Los animales que ahora pastan por la cumbre de esta montaña, son una reserva que hemos acorralado en las alturas para que no se acaben y donde los visitantes no llegan tanto. Es decir: las cumbres para los animales de donde no pueden salir porque todas las otras tierras de las zonas medias y los valles son para

los visitantes que desde aquí los observan tranquilos pastando por la tierra de la cumbre".

Esto fue lo que me dijo aquel hombre cuando le pregunté y la verdad es que ni me gustó su respuesta ni me gustó ver lo que con esos animales han hecho. Los han dejado aislados sobre las cumbres, cerrándoles todas las puertas hacia otras tierras como si fueran piezas de museo que quieren conservar pero privándolos de vida. ¿Tú crees que eso está bien?
- Yo creo que no porque las personas serán importantes pero quitarle las tierras a los animales para dejarlos encerrados entre las rocas de la cumbre, tampoco me parece bien. Pero en fin, vamos a lo nuestro.
- ¿Y qué es lo nuestro, hija mía?
- Pues que me gustaría que se viniera a vivir a mi casa.

Cuando la señorita terminó de pronunciar estas palabras, la anciana la miró y no respondió enseguida, sino que guardó silencio y durante un rato permaneció pensativa, como si buscara alguna vivencia entre sus recuerdos sobre la cual apoyarse para responder. También la señorita empezó a preocuparse, ante la duda de si habría molestado o no a la abuelita con aquella pretensión. Miró al mayoral como esperando que él le echara una mano y al instante se fijó en la abuelita otra vez y le dijo:
- Bueno, lo que acabo de decir no tiene por qué ser ahora mismo. Usted se lo piensa con todo el tiempo que necesite y cuando otro día volvamos, me dice si quiere o no venirse a la casa que tenemos en el pueblo
- La verdad es que yo te agradezco la generosidad pero creo que la respuesta te la puedo dar ahora mismo.
- ¿Y cual es?

- Pues que si me fuera con vosotros a vivir a ese pueblo no me sentiría feliz. A mí nunca me gustó ni molestar ni ser una carga para nadie. Aunque vosotros seáis buenos amigos, pienso que no dejaré de ser una molestia en la casa. Estaréis pendientes de mí para la comida, el vestido, si hace o no, frío o calor... en fin, un montón de cosas que a la larga serán molestas para vosotros. Y por otro lado también estoy pensando que si no me encuentro agusto, por lo que ya antes te he dicho, y porque aquel no es mi mundo, ¿quién puede asegurar que un día no me saldré de la casa vuestra y sin deciros nada me vuelvo otra vez a este cortijo?
- Si eso ocurriera nadie se iba a enfadar. Comprendemos que está en su derecho y que sus cosas y sus recuerdos son más fuertes que cuanto nosotros podamos darle.
- Pero tú fíjate qué faena y a vosotros que tan buenos sois.

Por eso ya te decía que es mejor no irme a esa casa que tenéis en el pueblo. Yo ya estoy muy acostumbrada a vivir en este cortijo encima de la ladera y entre el monte. Tan acostumbrada estoy a la lumbre y al candil que el problema para mí iba a ser lo contrario: hacerme a la luz eléctrica y esas comodidades que ponen en vuestras casas. Yo sé que iba a echar de menos el calor de la lumbre con la chimenea y el chisporrotear de los tizones ardiendo lentamente. Tampoco me iba a sentir bien en una cama con finas sábanas ni en un cuarto de baño con grifos y todas las cosas que allí tenéis.

Yo estoy muy acostumbrada a este cuartucho mío y a lavarme de vez en cuando, en el charco del arroyo que corre por aquí y te aseguro que esto no es ningún sacrificio para mí. Tan poco es ningún sacrificio

levantarme cada día al salir el sol, encender la lumbre, darle de comer a las cuatro gallinas, ir a la huerta a regarla, salir al monte a recoger leña, ordeñar las cabras y recoger piñas secas para cuando llegue el invierno. Tan acostumbrada estoy a estas cosas y tantas veces las he hecho a lo largo de mi vida, que si ahora me faltan, creo que me aburriría mucho. Y sé que tú estás pensando que con mis años, algún día me faltarán las fuerzas para arreglarme sola. También he pensando eso pero como mi vida y mi suerte, desde hace tiempo, la tengo en las manos del Señor, yo confío en que El vaya cuidando de mí hasta el día en que decida llevarme a su lado. Y ya termino. No tengo nada más que decirte sino que te agradezco tu sincera muestra de cariño.

Al terminar la abuelita de pronunciar estas palabras, la señorita permaneció en silencio. No sabía qué decir por la gran claridad con que la anciana se había expresado. Miró al mayoral y con gestos, éste le dijo que no siguiera insistiendo, se dirigió de nuevo a la abuelita y le dijo:

- De todos modos usted lo sigue pensándolo y si algún día quiere venirse no tiene nada más que decirlo.
- Como ya sé que vosotros me queréis y como el mayoral viene por aquí de vez en cuando, pues si cambio de opinión, se lo digo.
- En eso quedamos y ahora nos vamos que en mitad de la cuesta, nos espera la señora.
- Pero ya que estáis aquí tenéis que compartir conmigo un tazón de leche. Es de mi cabra y está recién ordeñada.
- Lo aceptamos pero no queremos ser pesados.
- Me estáis dando compañía y eso es importante para mí.

Y sin más, los tres se sentaron frente al fuego de la chimenea donde, en una olla de barro, la abuelita tenía calentita la leche. Echó una poca en los tazones también de barro y mientras se la iban tomando hablaron de la huerta, del cortijo tan solitario en aquel monte, del trozo de pared que el último invierno se le había caído por el lado del arroyo, de los hijos que se fueron y nunca más volvieron, de los ciervos que cada noche bajaban y se comían las lechugas y los árboles frutales, de las nogueras viejas que este año no han dando nueces porque los hielos la habían quemado.
- Cuando ya tenían las flores brotadas, porque la primavera se adelantó, vinieron los hielos y quemó y las flores.
Decía la anciana.

Hablaron también de los caracoles, de los espárragos que por todo aquel monte crecían, de los nidos de perdiz al llegar la primavera, de las nieves, de las lluvias y la crecida de los arroyos y cuando ya iba llegando el día a su centro, el mayoral y la señorita se despidieron.
- Que volváis.
- Volveremos y nos estaremos aquí más rato.

Emprendieron por el regreso ladera abajo y en cuanto empezaron a alejarse, comenzaron a comentar las impresiones que la abuela había dejado sobre sus almas.
- Lo feliz que es y la paz que tiene a pesar de que parece lo contrario.
- Es lo que la mayoría de nosotros nos decimos y por estas razones la respetamos tanto, dejándola con sus cosas y su mundo a pesar del peligro que tiene.
Decía el mayoral y en estos momentos sientes voces.

- ¡Espera!
Exclama la señorita. Detuvieron el paso y atentos escucharon. Oyeron otra vez un fuerte grito y ahora más claro.
- ¡Es la señora!
Exclamó el mayoral.
- ¿Qué le pasará?
- Bajemos aprisa no sea que le ocurra algo.
Ambos descendieron rápidos por la senda, atropellando monte y cuando trazaron la curva del pino grande, la vieron. La señora estaba acurrucada contra el tronco del árbol, defendida por la perra del mayoral que reculada en sus pies hacía cara a todo lo que se acercaba a la señora mientras ella gritaba llena de miedo.

- ¿Qué ha pasado?
Preguntó enseguida el mayoral.
- Una vaca me ha atacado.
- Pero si estas vacas no son bravas.
- No serán bravas pero yo me he salvado de milagro. Si no llega a ser por la perra ahora estaría por el monte todo hecha polvo.
- Tranquilícese señora, que ya estamos nosotros aquí para ayudarle en lo que haga falta. Pero me interesa saber qué es lo que ha pasado y cómo porque hasta hoy tenía creído que mis vacas no envestían a la gente. Si resulta que sin saberlo en mi manada tengo alguna brava, tendré que tomar medidas antes de que algún día ocurra lo peor. A ver, cuénteme usted.

- Yo estaba sentada bajo la sombra del pino tal como me indicó y tan agotada me encontraba que ni siquiera me apeteció levantarme para dar un paseo y resulta que estando tan tranquila, de pronto, siento un

gran tropel. Venía de allí, del lado del arroyo y claro, enseguida miré asustada y más me asusté cuando vi lo que era.
- ¿Qué era?
Preguntó la señorita.
- Una enorme vaca que con la fuerza de un huracán, atravesaba el monte y rugiendo en mi busca. Traía el rabo alzado, la cornamenta bien preparada hacía adelante y mientras mugía, se retorcía salvaje dando saltos por entre el monte y las rocas. Parecía como si me hubiera visto porque venía toda derecha a mí con la mala intención de llevarme por delante.

Me levanté asustada, me aplasté contra el tronco del pino y menos mal que la perra enseguida la vio, salió a su encuentro y poniéndose delante, le hizo cara dando grande ladridos. Se ve que la vaca le teme a la perra y por eso torció su carrera y sin dejar el trotar endemoniado que traía, siguió saltando por el monte y se perdió ladera abajo. ¡Pero válgame el cielo qué susto al verla tan cerca y con la carrera que traía! Vamos que me hubiera lanzado por los aires y me hubiera tirado barranco abajo por este monte de no ser por la perra.

- Ya ha pasado todo, señora, y gracias a Dios que no ha ocurrido nada. Así que se tranquilícese porque, además, le voy a decir qué es lo que le ocurría a ese animal.
Al pronunciar estas palabras, tanto la señorita como la señora, se le quedaron mirando y ansiosas esperaban la explicación del mayoral.
- ¿Qué ha sido?
- En primer lugar ni la vaca es brava ni le quiso atacar.
- ¿Entonces?

- Pues que al animal le ha picado la mosca, como le pica la mosca a todas las vacas en la época del calor y se puso a correr, que es lo que siempre ellas hacen para defenderse de la molesta picazón que el insecto le produce.
- Pero señor mayoral, eso "de picar" la mosca ¿qué es?
- Científicamente no sé explicarlo pero en mi lenguaje y en mi experiencia de todos los días, sí lo puedo describir. Lo de la mosca en las vacas, pues es eso: unas moscas grandes que atacan a los animales produciéndoles un escozor muy doloroso y por eso salen corriendo. Se les mete entre las pezuñas de los pies y es ahí donde les pica para chuparles la sangre. Al hincar el aguijón les inyectan un veneno que por lo visto debe ser muy doloroso y claro, como en esa parte del cuerpo las vacas no tienen ningún medio para espantar a las moscas, lo único que se les ocurre es salir corriendo. En esa huida loca que parecen que van rabiosas, siempre buscan la espesura del monte, los arroyos de aguas y las sombras de los árboles porque creen que de ese modo se quintan de encima la picazón de tan molesto insecto.

La vaca que hace un rato usted ha visto por aquí ni es brava ni venía con intención de atacarle, sino que corría con el rabo empinado y con la mosca entre las pezuñas. Seguro que el animal ni siquiera sabía que bajo este pino descansaba la señora, y claro, también se habrá llevado una sorpresa.
- Yo no sé si será así o no, el caso es que sino hubiera sido por la perra de usted la vaca me habría destrozado. Ya le digo que la perra se puso delante, haciéndole cara y ladrando de tal modo que si la vaca hubiera insistido acercase hasta mí, yo estoy segura que lo habría tenido que hacer por encima de la perra. Su perra desde hoy

pasa a ser mi amiga y tanto que hasta me atrevo a pedirle que me la regale para que me la lleve conmigo al pueblo.

Al oír estas palabras, el mayoral se sintió un poco preocupado. La hermosa perra que en estos momentos la señora quería, era su mejor compañera también de toda la vida. Siempre que el mayoral iba por el monte cuidando las cabras, la perra le acompañaba y siempre que tenía que mover las cabras de acá para allá, era la perra la que se encargaba de conducirlas. Tan compenetrados estaban los tres, cabras, perra y mayoral, que sin tragedia ni violencia todo funcionaba perfectamente. El mayoral daba las órdenes, la perra las ponía en práctica y las cabras obedecían con la más sabia inteligencia. Si ahora la señora se encaprichaba con la perra y se la llevaba a su casa, para él, iba a ser un extravío. Pero como era la señora, si el mayoral se negaba al capricho, podría ella sentirse contrariedad. Por eso preocupado dijo:

- La señora, desde hoy esta perra mía es suya y estoy segura que a ella también le gustará tener una nueva dueña como usted pero si me permite me voy a atrever a dar mi opinión.
- ¿Cuál es tu opinión?
- Que como el animal se ha criado conmigo, en medio del monte y junto a las vacas, si ahora, de la noche a la mañana, se la lleva a la casa suya del pueblo, puede sentirse extrañada.
- ¿Qué se le ocurre que podemos hacer?
- Como sé que usted ha quedado agradecida a esta perra por lo que ella ha hecho hoy, creo que lo mejor es eso: que a partir de este momento la considera suya propia y para siempre, cosas que ella se lo va a agradecer desde el primer día pero vamos a dejarla como siempre estuvo,

aquí conmigo, junto a las vacas y en la sierra y cuando usted venga por aquí, se la lleva para donde quiera ¿Qué le parece?
- Pues que es buena idea. Usted mejor que nadie la conoce y sabe cómo cuidarla pero tenga en cuenta que mientras viva tanto ella como yo, nos pertenecemos. Nunca podré olvidar lo que hoy ha hecho por mí.

A partir de este momento, los tres y la perra detrás, siguieron bajando por la senda y una media hora después, ya estaban en la casa de cortijo grande. Allí hablaron del encuentro con la anciana, de la vaca brava y la perra y del proyecto para el futuro que de todo aquello había brotado. Aquel día la tarde se les pasó rápida y en cuanto se hizo de noche, el valle y laderas, quedaron cubiertas por las nubes negras de una gran tormenta. Empezó a soplar el viento y a tronar a primera hora y antes de que la noche llegara a su centro, la lluvia comenzó a caer con fuerza. En su pequeño cortijo, la anciana se despertó asustada y aunque enseguida se dijo que aquello era una tormenta como tantas, al poco empezó a tener miedo.

Llovía en forma de diluvio y soplaba el viento arrancando las tejas del cortijo y doblando el monte. Se llenó ella de miedo y mientras se acurrucaba junto a la cocina por donde le empezó a entrar el agua y la ponía empapada e inundaba la estancia, la preocupación se le metió hasta en lo más hondo del alma.

“Después de esta nube mañana subirá otra vez esa señorita y como va a ver el cortijo roto, inundado y sin techo, quiera yo o no, me sacarán de aquí y me llevarán con ellos a su pueblo. Seguro que sucederá eso y

entonces me moriré de tristeza. ¿Qué haré en un pueblo extraño sin mi huerto, sin mis gallinas, sin mis cabras, sin mi sierra? Me moriré de pena sin remedio aunque ellos piensen que me están dando la felicidad. Sin nada que hacer, porque no me dejarán que haga cosas, sin libertad para levantarme e ir donde quiera y sin animales ni monte, ¿cómo me voy a sentir feliz por más rodeada que me encuentre de personas y ciudades?”

Esto es lo que pensaba la anciana, en la oscuridad de su cortijo mientras la tormenta descargaba y los truenos resonaban por los barrancos. Este era su miedo en el centro de la ladera, la densa oscuridad de la noche y en la lejanía del cortijo.

“Así que antes de que esto suceda mejor sería que el Señor esta noche, se apiadara de mí y me llevará con él definitivamente. Las personas que a partir de ahora me rodeen, sólo van a traerme sufrimientos, aunque ellos piensen que me hacen bien. Mejor sería que esta noche el Señor se apiadara de mí y me recogiera ya, antes de que ellos me complicaran más la vida”. Seguía diciéndose toda llena de miedo y empapada por la lluvia.

En aquella ocasión, a media noche dejó de llover, se apaciguó el viento y cuando al día siguiente amaneció, sobre la ladera y el valle, lucía un sol de oro con tonos de estrellas blancas. En el cortijo grande se acordaron de la anciana pero nadie subió a verla. Todos acordaron en que ya irían otro día con la idea de convencerla para que se fuera al pueblo”.

Y ahora, sólo hace un momento, he bajado del rincón y la llanura en lo alto del cerro y donde estaba la

casa pequeña, blanca y de viento ¿sabes lo que mis ojos han visto? Nada más que suelo y la llanura llena de pasto y donde el ciruelo, las piedras de las paredes rodando, zarzas por el huerto, muchos pinos junto a la fuente, muchas ramas secas de los viejos majuelos y luego silencio, soledad, el azul de tu cielo y luego la lejanía donde las nubes y en lo más alto del cerro y algún tizón de aquella lumbre todavía rodando y negro y los caminos borrados y el chorro del arroyuelo que ellos también tenían, saltando limpio y ajeno y luego más soledad y en la ausencia, su recuerdo y su perfume con su cara de madre hermosa y su beso en la mejilla de la hija que se va y también es bella y después más ausencia y ya el silencio y contigo y la sierra y la fuente y mi corazón y su sueño y mi sueño.

Y ahora estoy sentado en este sillón de piedra que aquí, entre el arroyuelo, Tú me has preparado y miro al valle y a las hojas del bosque que caen al suelo y me voy por la ladera siguiendo al viento y las veo a ellas afanadas en sus luchas y su cortijo y ellos y te miro a Ti y miro al cerro y me abrazo a las nubes y lloro y me aferro a la vida, a mi ilusión, a mi sueño y te digo y me digo que si aquello era bueno y, además limpio, noble y bello ¿Por qué tuvieron que irse y las cosas fueron como Tú y yo sabemos?

Y aquí estoy sentado, entre las hojas del bosque denso y respiro y te palpo y miro a lo lejos y donde la sierra limpia y verde y el sol esparce sus reflejos, te sigo viendo a Ti y los veo a ellos y después de tanto, me convenzo que ahí están contigo abrazados y para siempre eternos.

* **PERO DESDE MI ASIENTO** en la piedra tapizada de musgo verde y la alfombra de hojas por el suelo, estoy mirando y, a parte del chirriar de las cigarras, el rumor del agua y el murmullo de las hojas al rozarlas el viento, no se oyen más sonidos en todo el barranco. Silencio profundo como si el cielo entero se estuviera derramando sobre la tierra pero de puntillas para no enturbiar lo que parece el más ancho de los sueños. Silencio profundo sobre el camino por la ladera, las ruinas de su cortijo sobre el cerro junto al arroyo, el azul del cielo arropando las nubes y la bruma blanquísima que llena el espacio del valle del río y como si todo estuviera atascado con sus cerrojos y reposando mudamente en espera de que vuelvan los que están ausentes.

Desde mi asiento estoy mirando y sólo a mi amigo el pastor, como si le hubieras permitido que por un instante más sea dueño de estos montes, lo veo bajando por el puntal de la hierba espesa y las rocas en forma de cresta.

- Espera que me voy contigo.

Le digo al verlo con su gato blanco que siempre le sigue por las montañas, su perro ovejero que también le sigue y su ganado que baja desde la cumbre y esturreado por entre las tierras del puntal, va llenando el monte no hacia el valle grande del río bello sino hacia las dolinas que hay un poco más arriba y que hoy están llenas de hierba y también las pequeñas llanuras que las rodean.

- Pues vente conmigo que te va a gustar.

Me dice parándose por el lado de arriba de la cresta grande, ya junto al agujero de la roca alargada y mientras me mira, esperando que me acerque.

Como si me arropara con su cariño, como si me tendiera la mano para que me sienta seguro y me encuentre bien a su lado, me acoge mientras voy llegando y como no vamos por senda alguna, en cuanto nos acercamos a la gran cresta recosa, nos plantamos frente al agujero que la perfora y nos preparamos para atravesarlo y salir al lado del valle por encima de las dolinas verdes. Primero se mete su gato, después el perro y luego vamos nosotros y en cuanto estamos al otro lado de la gran cresta de rocas de la loma, ya vemos a las ovejas esturreadas por las dolinas y la hierba espesa. Vemos los perros mastines que un poco más abajo ladran y persiguen a los jabalíes, vemos el espeso bosque de las encinas corpulentas hoy más misterioso que otras veces por la humedad de la niebla que sube desde la profundidad del valle y recorre toda la llanura hermosa que se extiende río arriba semi cubierta por la niebla y los cortijos, los caminos, los huertos y los serranos trabajando.

Y como es media mañana, no paramos al lado de la fuente que mana en el centro de la cueva donde duerme y mientras, del agujero de la pared coge la talega con la harina, el aceite y las patatas, me dice que vamos a encender una lumbre para quitarnos el frío y de paso preparar las gachas migas que nos comeremos para quitarnos el hambre.

- Así que busca leña, trae dos piedras largas y un poco de tomillo seco y enciende el fuego mientras preparo la sartén y la harina y ya verás qué pronto tenemos el desayuno listo.

Y cojo tomillo seco, que es la yesca para prender el fuego, dos ramas viejas de una encina que cruje y tres piedras y enciendo la lumbre y mientras amasa la harina junto a la

fuente, me paro y miro: su perro acostado ya junto a las llamas, su gato sentado en lo alto de la roca de enfrente, la tierra de la loma cayendo por las dolinas, las ovejas llenando el barranco, el valle al fondo, la niebla, la mañana, el silencio, el cielo blanco pero limpio, él y su figura, el momento, el viento y las encimas del misterio, igual que esta mañana, Dios mío, sentado aquí en la piedra vestida de musgo: todo lleno de vida y todo apagado y quieto y Tú sin inmutarte, sin hablar, escondido en el centro o chorreando con el rocío de la hierba y los chorros del arroyo pero mudo y en silencio como sosteniendo al mundo y llenándolo de fuerza, de alegría y de gozo y esperando el momento.

Y mientras tanto, aquí mi corazón nadando en la inmensidad de esta mar tan hondo y bello en esta mañana callada de este mi valle que tengo tan vestido de blanco y oro en el amor de mi pecho y que ya no es él ni ellos ni yo sino, todo y todos en Ti, eterno.

* **PERO CUANDO YA ESTAMOS** sentados junta a las llamas y comiendo la sartén de gachas humeantes, como la loma que baja es la prolongación de mi alma en forma de materia clavada por este suelo, me acuerdo de la encina grande y como él para mí lo sabe todo, le pregunto:

- Lo de la encina aquella ¿Fue cierto?

- La encina que se tragaba la niebla era grande como un bosque entero. Creció en esta ladera y como era redonda, más bien bajo y de ramas abiertas, cogía medio cerro. Desde cualquier sitio que se viera la solana lo que más destacaba en ella, siempre era la encina. Verde en todas las épocas, con una lozanía que todo el año parecía

estar vestido con la primavera más radiante y formando como una gran bola su copa por arriba.

Tanto era así que en la gran encina se refugiaban casi todos los pájaros de estos bosques. Los cuervos donde junto con las grajas y los rabilargos, a todas horas tenían ahí una gran escandalera. Los picapinos, los carboneros y los arrendajos también llenaban sus espesas ramas y de vez en cuando, una gran bandada de palomas bravías y cuando llegaba la primavera, todas las aves que volaban desde la llanura a la ladera y desde la ladera a la llanura, su lugar de descanso, siempre era la encina. Algo así como si dividieran el recorrido en dos etapas.

A los otros animales, vacas, ovejas y cabras, siempre les sucedía igual. Al bajar o subir por esta ladera, buscaban la encina y a su sombra, descansaban tranquilos para luego seguir. Pero la encina, grande donde de verdad mostraba su gran misterio, era en la niebla. Cuando en invierno, según te decía antes, estas cumbres y barrancos se cubrían de nubes y llovía intensamente, al alzarse luego las nieblas, la encina era todo un espectáculo. Desde el barranco este de las malezas de las canales, la cumbre de la lancha, la fuente recia y el arroyo del frío, la niebla se alzaba en grandes vellones alargados.

Se levantaba desde el bosque como si diera la impresión de querer elevarse por lo alto de las sierras para irse viento adelante a otros rincones del mundo pero no era así. Cuando ya esos enormes vellones blancos se habían concentrando y comenzaban a moverse a cierta altura sobre el bosque, ladera abajo hacia los valles, de

pronto ocurría el fenómeno: como atraídos por una magia poderosa los chorros de niebla empezaban a caer rápidos y en picado buscando el centro de la gran copa de la encina. Algo así como si entre las espesas ramas de este verde y majestuosos árbol existiera un gran “sorbior” y con fuerza chupara la niebla hasta tragársela.

Cuando esto ocurría, todo el mundo en el valle y en las cumbres de estas sierras, dejaba su trabajo y sus cosas para quedarse absorto frente a la encina viendo como se tragaba la niebla a chorros. Desde todos los puntos del valle y de los barrancos acudía la niebla como atraída por un fuerte imán y clavándose en picado en el centro de la copa, desaparecía para siempre.

- ¡Claro, así está tan gorda y verde!

Decía la gente cada vez que ocurría el fenómeno. Y tenían razón: la encina no se secaba ni perdía su lozanía en ninguna época del año. ¿Y sabes una cosa más?

- ¿Qué es?

- Pues que como era tan grande y a la sombra se estaba tan fresquito en los meses del verano, allí se juntaban siempre los pastores y los vaqueros en los días en que ellos empezaban a agruparse para ponerse en “verea”: trashumar de las tierras bajas a las tierras altas y al revés. Bajo la sombra de la encina planeaban las veredas con sus animales y luego cuando volvían, al llegar el invierno, de nuevo se juntaban para celebrarlo.

Y si ahora me voy siguiendo la loma por la senda que baja y no es tal sino el ajorro que hicieron para sacar arrastrando los troncos de pino que cortaron por debajo de las tierras que dieron garbanzos, al saltar el surco mediano por donde corre el agua cuando la lluvia es

fuerte y le llaman del lentisco y la piedra rubia, me encuentro la campanilla de bronce que suena a gloria y que le pertenece a la hermana pequeña. Su cordero blanco la perdió hace tres días y desde entonces la busca y si no está llorando es porque yo le he dicho que se la llevaré y que no se apene porque no pasa nada, que las cosas, a veces, suceden así y luego al otro día, todos es alegría y sonrisa como su campanilla que suena a plata.

La cojo en mis manos, la alzo por los aires y al sacudirla y oír su repiqueteo dulce ya me alegro y la veo a ella saltando gozosa en cuanto la oiga y la tenga en sus manos y compruebe que ya está encontrada. ¡Qué hermosa es la hermana pequeña con su pelo rubio, su cara de rosa abierta en la mañana y su alegría de nubes blancas y qué bien suena esta campanilla, que aunque tiene reflejos de oro, es pura hojalata y huele a monte y además de estar manchada de barro y rocío y también la veo oxidada, es una joya y más para la hermana!

Y sigo bajando por la senda que se mete en el valle y mientras pienso en la niña y en la encina grande que se tragaba la niebla y debió crecer por este lado de la solana, antes de llegar a donde están trazando el nuevo camino que rompe las otras encinas y la cascada número cien del arroyo nuestro y luego los lentiscos centenarios y los quejigos viejos y las madreselvas y las zarzas que dan moras como manzanas, me tropiezo al que como siempre y desde hace mucho tiempo, aquí se viene a la piedra gorda y mientras corre la mañana, espera que vengan a recogerle con el coche y se lo lleven, todavía no sé a qué cañada, donde dice que tiene su puesto y su canana y su tiempo de espera y dice que su gozo y su ilusión y hasta sus inquietudes más hondas y sus metas y no sé cuántas

cosas más que en su alma calla. Al verlo lo saludo y cono no lo conozco, sigo mi camino por la senda que lleva a los huertos de la parta baja.

Y voy pensando en mis padres, en mi casa, en la hermana pequeña que tanto quiero y tanto ella es alegre y es dulce y es sustancia que da fuerza al corazón y resplandor a las noches claras, que siendo la más chiquita es la grande y la hermosa y la reina, y voy con ella en mi mente sonando la campanilla que aguarda, cuando en la curva del camino viejo y que ahora rompen para hacer el nuevo y la carretera larga, me los encuentro. Están rodeados de la mitad de los vecinos que pueblan el valle y charla y dicen que por las laderas que suben, trazarán una de las pistas hasta la solana y luego en la llanura de las aguas frescas y la hierba grande, trazarán las otras pistas y aquello será el campo, no de batalla, sino de aterrizaje de los aviones que traerán a los visitantes y a la gente de lejos y a la gente grande y a la gente guapa.
- Pero ¿aviones por estas sierras surcando los caminos en busca de aire para remontarse y llenando los espacios y los barrancos de sus ruidos y sus sombras?
Preguntan los vecinos.
- Eso será una maravilla y entre tanta agua fresca, tantas sombras de bosques verdes, tantos arroyos y tantas nubes blancas, ¡ya veréis vosotros!
- Pero nosotros ¿para qué queremos ver si a partir de entonces nos derribarán las casas y nos cerrarán los caminos y nos quitarán los huertos y la libertad de ir por los montes y las ovejas y las cabras y...

Y sigo por el camino en busca de la hermana y mientras me acerco a donde adivino ya debe jugar ella, me repito sus palabras... y entre tanto bosque verde, entre

tantas soledades, tantas aguas frescas, tantas praderas hermosas y tantos silencios y tantas sombras ¿qué pinto yo ahora si estoy perdido y las sendas, las que no rompen se borran y las que no, pierden su nombre y callan?

* **Y AQUEL DÍA SEGUÍ BAJANDO** y un poco antes de pisar las tierras llanas me tropecé con el pastor. Por la mañana había subido él a las partes altas con su rebaño y por aquella zona le sorprendió la gran tormenta. Avanzado ya un poco el día dejó el ganado en una hondonada de aquellas partes altas y se vino a su casa de la aldea. Me lo encontré justo cuando ambos pisábamos las tierras de la llanura y al verme que venía chorreando, no por la tormenta, sino por el agua que la nube había dejado trabada en el monte, me dijo:
- Vente conmigo que en el fuego de la chimenea de mi casa los dos nos vamos a calentar hasta que se sequen nuestras ropas.

Lo seguí, atravesando la llanura, y cuando entramos a la casa, una de las más bonitas del rincón, sobre el cerrillo donde se apiñaban las otras, el fuego danzaba en el hueco de la chimenea. Toda la estancia estaba llena de un confortable calor y allí, sentado frente a las llamas, estaba el anciano, los niños y la mujer.
- Aquí tenéis un sitio para calentaros y para que vuestras ropas se sequen. Voy a por más leña para avivar este fuego porque además de chorreando venís helados.
Nos dijo enseguida ella y a continuación nos dejó el mejor lado frente a la chimenea y al calor del fuego. Trajo un puñado de teas de pinos y en cuanto los puso en las ascuas, las llamas se alzaron y las teas, además de iluminar con su color rojo parpadeante propia de la leña ardiendo en la chimenea, toda la estancia, también

empezaron a desprender alivio y enseguida, nuestras empapadas ropas, sus pantalones y mis pantalones, al contacto del calor de la lumbre empezaron a secarse de aquella lluvia soltando chorros de vapor por todos sitios.
- Es que ha sido una tormenta tremenda la que sobre la sierra ha caído.
- Y lo que todavía puede caer.
Y en aquello tenía razón: fuera, o mejor, sobre la sierra y las casas por la llanura, se cernía una gran tormenta repleta de profundas nubes negras por entre las cuales, de vez en cuando, saltaban los relámpagos y a continuación estallaban los truenos.

También ahora, este otro día bastante más acá en el tiempo, termino de bajar a la llanura y mientras me acerco a la fuente que mana en el mismo centro de las tierras, veo como la manada de ciervos emprenden su huida por la ladera en que el pastor y yo descendimos en aquella ocasión. Junto a la fuente, el manantial principal, me paro un rato y luego subo la cuesta en busca de las casas. Le entro por la parte de atrás y entre asombro y curiosidad comienzo a recorrerlas. Enseguida descubres que ni una sola tiene ya techo. En ninguna de ellas se puede ya vivir porque todo es pura ruina pero en casi todas ellas aún se adivinan el hueco donde estuvo la chimenea, la lacena, las escaleras, los aposentos a un lado y otro y los establos para el ganado. Hasta la “bola”, el horno donde se cocía el pan y eso sí, muchos trozos de tablas que en otros tiempos fueron las vigas que sujetaban el tejado, se amontonan por entre los escombros de las paredes caídas.

Como también es otoño y como también hace gran viento y frío, ahí mismo, entre las paredes de las primeras

casas por el lado del arroyo, me pongo a encender un fuego. Ni siquiera necesito ir a buscar teas o trozos de ramas secas por el monte. Me limito a recoger las tablas viejas que entre los escombros se están pudriendo y en dos minutos la lumbre se convierte en una gran fogata.

En las llamas de la lumbre estoy asando mi gran trozo de tocino, alimento que ellos cocinaban casi a diario, cuando hasta mí se acercan dos hombres. Al verlos me quedo sorprendido porque enseguida veo que no son serranos sino que proceden de otro sitio y, además, han salido de pronto y como de la nada.
- Tranquilo, no te asustes.
Me dice el que parece el jefe.
- Ni te vamos a denunciar por andar por aquí y encender fuego entre las ruinas de esta aldea ni nada parecido. Tú tranquilo que aunque sabemos que estas tierras pertenecen al estado y son coto, lo cual es lo mismo que decir que está prohibido andar por el monte asustando a los animales que pastan tranquilamente en sus praderas, nosotros no te hemos visto.
- ¿Qué hacéis por aquí y quienes sois?
- Eso está claro: no somos serranos y hemos venido con la intención de realizar un proyecto.
- ¿Qué proyecto?
- ¿De verdad quieres saberlo?
- Como me lo habéis anunciado la curiosidad me pica.

Se mueven hacia lo alto del cerrillo y los sigo y sobre la roca me dicen:
- ¡Mira!
Dirijo mis ojos hacia donde ellos me indican y enseguida preguntan:
- ¿Qué ves?

- Veo sólo una inmensa panorámica, con las hermosas cumbres de mi sierra amada en el horizonte, allá a lo lejos, las azules aguas de los charcos remansados, aquí en la hondonada y las laderas repletas de bosques y rocas que desde esas aguas suben hacia nosotros. Sólo veo esto y me parece fantástica tan impresionante panorámica.
- Pues ahí se encuentra lo que te queremos enseñar.
- Pero tenéis que explicármelo.
- Si miras bien, allá junto a las aguas, se ven los cortijos y frente a los cortijos los pueblos que aunque silenciosos se encuentran llenos de vida. Desde que trazamos las carreteras por estas sierras e introdujimos el progreso en forma de visitantes, todos esos pueblos y cortijos se llenaron de vida y bienestar. La gente no lo creía pero les trajimos la salvación y aunque en alguna ocasión, como fue el caso de esta aldea y otras, tuvimos que expropiarlas y luego derribarlas para que los animales pudieran desarrollarse a gusto, a pesar de esto, ellos siempre salieron ganando. Fíjate qué buena carretera asfaltada hicimos desde el estrecho y el valle arriba.
- Algo de lo que tú me dices estoy viendo aunque los siento de otra manera pero lo que me querías enseñar ¿qué era?
- Ya deberías haberlo descubierto. Pero como veo que no, voy a tener la paciencia de explicártelo con detalle. ¿Ves la carretera que sube?
- Sí que la veo.
- ¿Ves la ladera que va desde allí hasta aquí?
- También la veo.
- ¿Ves la senda que desde la carretera sube hasta esta desconocida aldea?

- La senda no la veo porque se está rompiendo y el bosque y los barrancos me lo impiden pero adivino por dónde viene porque la llevo dentro de tanto andarla.
- Pues precisamente por eso, porque desde el valle hasta esta cumbre lo que existe es una estrecha senda, tortuosa y en mal estado y, además, cuesta mucho subirla, por eso y por ahí, queremos trazar una carretera.
- ¡¿Otra más?!
- Sí, una carretera que arranque desde la llanura y que a su vez enlace con los pueblos del valle y que surcando esta ladera, suba o descienda desde estas cumbres y vuelva al valle. ¿Qué te parece?
- Me parece una barbaridad y más aún, una ofensa.
- ¿Ofensa por qué?
- Si echasteis a los serranos de esta aldea y luego la minasteis arguyendo que era necesario para que el bosque se conservara y los animales silvestres pudieran vivir en paz, ¿por qué ahora destrozáis el monte trazando y rompiendo el mundo en que viven los animales?
- Es que no es lo mismo.
- ¿Por qué no?
- Sobre las ruinas de esta aldea puede que algún día construyamos edificios lujosos para los que vengan de fuera y como es natural, se necesitan carreteras buenas para venir con los coches. Esto es progreso y bien para la gente de las sierras y por eso pensamos que aunque se rompa un trozo de monte no pasa nada. ¿No querrás que subamos por esa senda de burros que ellos construyeron y ya se borran?

* **LA SENDA DEL MISTERIO,** la que Tú tallaste caprichosamente en el silencio de los siglos y sólo con el cincel del amor, la que es desconocida casi para todo el mundo y que remonta y después se quiebra y se hunde

en el barranco, queda arriba y yo bien la conozco de aquellas veces que la recorrí gracias a que me permitiste respirar en este mágico rincón donde me pusiste. Sube remontando la gran ladera y cuando ya corona el pico, respira y parece que descansa un poco en el rellano. Avanza unos metros y ya está al borde del precipicio. El gran barranco, cortado en las mismas rocas, con paredes rectas a un lado y otro y profundo casi como el infinito. Primero la senda se asoma un poco y ciñéndose a la pared de la derecha, sube por completo llana en busca de la corriente por el lado derecho al tiempo que se hunde hacia lo más profundo. De espanto es el rincón y si miro para abajo, veo la gran caída de más de trescientos metros y allá, en lo profundo, apenas se descubre la corriente. Tan espantosamente me envuelve y a la vez con tanta dulzura y gozo, que tiemblo y todavía no sé si es de miedo o asombro.

La senda sigue hundiéndose al tiempo que va llana tallada en la pared y por momentos se acerca al profundo surco por donde desciende el cauce. De vuelta, se le ve por la otra vertiente, la que da al norte y en esta pared es donde realmente está lo hermoso, lo tremendo, lo fantástico y al mismo tiempo, lo misterioso y profundo, lo placentero y grandioso: Las madroñeras cuelgan enganchadas en las rocas, los surcos de los arroyos se hunden en las peñas y por entre la sombra del bosque, las agujas rocosas, se alzan dando la impresión que en cualquier momento van a caer al vacío.

Las cascadas se despeñan de unos salientes a otros y luego por los aires hasta el barranco. Horroroso el espectáculo al tiempo que bello, como debes ser Tú, tremendo hasta el asombro y el miedo y fantástico como

un sueño mágico pero en cualquier caso, frío, agreste, infranqueable y abismal.

Cuando ya termina de cruzar el surco principal del gran cauce que raja la montaña en dos, penetras primero por las cascadas y pasas por detrás de ellas. Como si de repente la senda se perdiera hacia el centro de la tierra misma y las cascadas le sirvieran de cortina para que nadie vea lo que allí ocurre. Avanza por detrás de los chorros de agua abiertos en cortinas de espuma blanca y cuando al rato sale al barranco del segundo arroyo, me quedo sin aliento. Al frente, en la tierra húmeda del arroyo y por entre las madroñeras, se me presentan los machos monteses. Una manada que en ocasiones han sido de más de cincuenta.

Al verme, se me quedan mirando y como ellos saben que se encuentran en tierras seguras, aguantan hasta que me he encajado a diez metros de ellos y ahora comienza con su gran juego, su danza riscalera y asombrosamente bella.

Primero uno salta desde la repisa de la senda y se deja caer hacia el surco del arroyo. Al ver el salto y comprobar la profundidad que se abre hacia el barranco, lo primero que me digo, para mi solo, es que se estrella, que se desploma hacia el vacío y sin remedio cae por las rocas hasta lo hondo. Pero ¡asombro! No se despeña. Cae sobre la tierra húmeda del arroyo y dejando sus pezuñas clavadas en la risca y la tierra blanca y quedando todo él parado y hermosamente plantando en la orilla, desde donde me mira tranquilo.

Lo miro yo y al mismo tiempo ya veo como los otros también han comenzado su danza. De acá para allá se dejan caer por la pronunciada pendiente mientras saltan de una roca a otra. Una danza que parece mágica por la variedad, alegre y al mismo tiempo sencilla. Uno salta a una repisa, otro a otra y mientras aquel lo hace por el arroyo, yéndose hacia la izquierda, el otro va por el flanco derecho del cauce, viniéndose hacia mí y el siguiente va por las rocas de la izquierda bajando en picado y los otros se paran y observan. Todo un curioso juego que llena de alegría el barranco al mismo tiempo que de asombro y vida.

Hay que estar aquí para ver esta deliciosa danza, para medio llegar a comprenderla porque no tiene semejanza con ninguna otra realidad serrana. Si yo sigo avanzando por el trazado de la senda no tardo en pararme a la altura de ellos y este es, precisamente, el punto más estratégico del camino. Desde aquí, cuando ya la senda cruza la hondonada del arroyo por el que ellos bajan, es desde donde se les ve a saltando por la parte de abajo y se ve el gran arroyo por el mismo punto en que la senda lo cruza, se le ve por lo hondo total, donde ya el río cae y lleno baja recogiendo los chorrillos de los lados y se le ve a la senda sujeta en la ladera de enfrente y tallada en la vertiente que ahora recorro.

Un poco más adelante, entre las grietas de las rocas pobladas de majoletos y sabinas, se pudrió uno de los machos monteses más grande de la sierra. El rey de los machos, desconocido para todos los de estas cumbres y todos los que, desde fuera, vienen a matarlos. Yo que lo vi, aseguro que era el animal más viejo de y el más bello

que nunca haya recorrido las cimas de estos montes y una tarde tubo lugar la tragedia.

Pastaban en manada en el puñado de tierra fértil retenido en la cornisa de las rocas y los lobos le atacaron entrándole por abajo, desde arriba y por los lados. La manada no los descubrió hasta que las fieras lanzaron el ataque. Se dio la estampida y como estos animales son tan ágiles por las rocas, salieron huyendo cornisa adelante y en cuanto remontaron el escarpado espigón, ya estuvieron a salvo. Ningún lobo podrá trepara jamás por esas paredes de las cumbres.

Pero el viejo macho no tuvo suerte. Fue acorralado por tres de las alimañas y en uno de los embistes, al hacer el quiebro para escapar de la fiera que se le presentó por delante, cayó en las grietas de la roca. Con el mismo filo de las aristas rocosas se abrió la barriga y los costados y con los otros salientes, se rompió el resto del cuerpo. La sangre roja y caliente chorreó por la superficie de las blancas rocas calizas hacia la profundidad de la sima y macho, corriente y sangre, para la eternidad allí quedaron. Es tan profunda y al mismo tiempo estrecha, la raja de la roca, que nadie puede penetrar en ella.

El sol, la lluvia y la nieve fueron consumiendo al viejo montés que tardó mucho tiempo en pudrirse debido al frío de la cumbre. Algunas personas decían que vieron un día parte de los huesos del animal y mi padre, aquella tarde que fui con él aprendido los charcos del río, se encontró los cuernos y aquello fue todo una explosión de alegría porque se trataba de la cornamenta más grande que nunca se ha visto en estos lugares. Uno de los

negros cuernos estaba en la covacha por donde siempre gotea al agua y el otro, las piedras y la tierra de la ladera lo tenían ya medio sepultado. Del asta sólo se veía un trozo de la parte más gruesa pero pudimos rescatarlo y al tenerlo en mis manos, me emocioné tanto que no me lo creía y cuando luego mi padre limpió y preparó tan excepcional tesoro, fue el asombro de todo el que lo contemplaba.

La senda se pierde un poco, según se aproxima al río ya por la parte alta, justo ahí se vuelve un ramal para atrás. ¿Qué a dónde va ese ramal? Pues traza varias curvas por la ladera y al final remonta al collado. Hay mismo construyeron el cortijo más bello de todos los cortijos que nunca se levantó en la sierra. Durante muchos años el cortijo, las tierras que le rodea y los que en él vivieron, fue todo un mundo pequeño lleno de la mejor belleza. Sobre todo cuando la noche caía sobre las cumbres y montes de las sierras. Alrededor de la lumbre, frente a las llamas de la chimenea, ellos se juntaban y aquello era todo un puro gozo.

La gente sencilla de aquel cortijo y de aquellas tan elevadas tierras, charlaban de sus cosas al tiempo que se daban cariño mientras, fuera de la casa, en el silencio de la noche, la lluvia caía, los perros ladraban, los animales balaban o mugían y en lo más denso de la noche, el viento silbaba. De vez en cuento se oía el rodar de las rocas que desde las cumbres caían, de fondo siempre el bramar del río, las cascadas rompiéndose y el ulular del cárabo. Así de sencilla era la vida en el collado y en el cortijo hasta que los nuevos tiempos comenzaron a cambiar las cosas y del rincón, sobre las rocas y la

profundidad del barranco por donde se va el río ¡qué momentos guardo!

Y hoy, desde este trozo mío, tan pequeño, tan escondido y tan poca cosa, si Tú no estuvieras, recordando aquellas horas, la senda, los machos viejos y acurrucado en Ti, ¿qué sería de mí? Y de aquí que te dé las gracias por aquella oportunidad y las montañas y el agua y los abismos bellos, realizado todo casi expresamente para mí gozo profundo, por tu gran amor de Padre y para que me vaya haciendo a la idea de tu grandeza y lo que tienes reservado a los sencillos y de corazón limpio. Gracias porque fue tremendo y sé, como tantas otras cosas, que no lo merezco.